LENA PEPITONE y WILLIAM STADIEM

MARILYN MONROE



Las memorias personales de Lena Pepitone como costurera y sirvienta de Marilyn ofrece información sobre los últimos seis años de su vida, incluido su matrimonio con Arthur Miller, la filmación de *Con faldas y a lo loco*, un asunto notorio con Yves Montand, su adicción a las pastillas para dormir y el alcohol, y sus primeras experiencias como actriz luchadora. El libro es impactante con detalles específicos sobre la falta de higiene personal de Marilyn y su amor por la desnudez. También sugiere que Marilyn dio a luz a un niño, pero lo dejó en adopción. Una obra ampliamente criticada, y sin embargo muy citada.



Lena Pepitone & William Stadiem

Marilyn Monroe Confidencial

ePub r1.0
Titivillus 31.10.2019

Título original: *Marilyn confidential: An Intimate Personal Account*
Lena Pepitone & William Stadiem, 1979
Traducción: Matilde Sánchez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice

Agradecimientos

Agradecemos especialmente a Maurice C. Hakim, junto a quien concebimos la idea de escribir este libro. Sus pautas y conocimientos fueron un aporte incalculable durante la tarea.

También quisiéramos agradecer a Dan Johnson y a otras personas de la editorial Simon and Schuster por su buen criterio y amistad; a Eddie Iaffe y Pepe Romero por sus infatigables esfuerzos para rastrear a la gente más anónima y los hechos más lejanos, y a Joan Raines por ser mucho más que una agente literaria.

L.P. W.H.S.

Capítulo uno

Fines de octubre de 1957.

Nunca había estado tan nerviosa en mi vida. Por empezar, llegaba tarde. La hora pico de la mañana había hecho de la Segunda Avenida una playa de aparcamiento; me bajé del ómnibus y seguí a pie por el centro en dirección a la calle 57. Sin embargo, no era mejor ir caminando, con todo el tránsito detenido y los colegiales, un obstáculo inocente pero a la vez molesto que también retrasaba mi marcha.

Me abrí paso en dirección al este, hasta la Primera Avenida. Al final de la década del cincuenta el alza de precios y los bares de solteros todavía no habían invadido el Upper East Side de Nueva York. Mi barrio, en las calles del 70 al 80 Este, era un verdadero crisol de razas, con pequeños edificios de departamentos y casas de fachada castaño rojiza llenos de modestos trabajadores de todas partes del mundo, desde checoslovacos hasta chinos.

Mientras corría por el pasaje de Queensboro Bridge que desemboca en la Primera Avenida y la calle 59, empecé a sentirme como una intrusa. En cierta medida el puente separaba dos mundos. Las *salamerías*, las *wursthäuser* y las especierías habían quedado atrás. De pronto había hermosas florerías, perfumerías elegantes y mercados exclusivos donde feriantes de saco blanco vendían exquisiteces tales como perdiz, trufas y caviar. Ese no era mi mundo. Era Sutton Place, el mundo de los famosos, los ricos y los poderosos.

Allí yo era una intrusa, una intrusa rezagada, para colmo. Pero lo que en realidad me dejaba sin aliento era el lugar adonde llegaba tarde. Tenía una entrevista para trabajar con la persona más famosa de todas: Marilyn Monroe. A mi marido y a mí nos encantaban sus películas; hasta mis

hermanos de Italia me habían escrito que era su estrella preferida Parecía increíble que yo tuviera la oportunidad de trabajar con ella.

Mi último empleo había sido junto a una encantadora familia de la Avenida Park, pero no había colmado mis sueños Como los otros doctores, y abogados y banqueros que vivían en esa avenida, todos ellos gente rica sin estridencias, aquella familia llevaba una vida perfectamente ordenada y escasamente fascinante. Yo era parte del personal de mantenimiento que les ayudaba a llevar esas vidas ordenadas.

Mi patrono era una mujer adinerada que tenía tres hijas en edad de salir y divertirse. Durante algunos años estuve a cargo de su guardarropas: me encargaba de que cada una fuera la beldad del baile al que irían y de que, en ese día, ninguna de ella se preocupase si el fotógrafo de la revista *Town & Country* llegaba a pasar cerca de ellas. Esa elegancia que podría haber parecido espontánea era, en realidad, muy elaborada, producto de mi trabajo de todo el día. Pero ya no había más bailes. Las chicas habían guardado las ropas caras en las valijas y se habían ¡do a *colleges* como Vassary Smith. Por lo tanto tuve que volver a la agencia de colocaciones donde había conseguido ese trabajo, en busca de otro.

Sin embargo, esta vez decidí ser un poco más audaz. Le pregunté a la directora de la agencia, una señora mayor, si había alguna posibilidad de trabajar con alguien "interesante". Esperaba que no se ofendiera por el hecho de que yo quería trabajar con alguien distinto de su clientela del Registro Social. Era bueno trabajar en la Avenida Park, pero estábamos en Nueva York, donde vivía mucha de la gente más fascinante del mundo. Solo quería un poco de emoción en mi trabajo. Si hubiera sido mayor, un trabajo tranquilo en la Avenida Park habría sido el sueño de cualquier modista. Pero tenía apenas 30 años, estaba llena de energía y abrigaba la loca idea de que el trabajo a veces podía ser divertido.

Ni bien pronuncié la palabra "interesante" el rostro por lo general severo de la directora se iluminó.

—¿Interesante? Sí, por cierto —exclamó—. Tengo para usted una famosa estrella de cine.

—¿Quién es? —le pregunté con ansiedad.

—Marilyn Monroe.

—Está bromeando —le dije, incrédula.

—Usted dijo alguien “interesante” ¿no es cierto? La señorita Monroe busca una mucama personal que también se ocupe de su guardarropa. Sus antecedentes son perfectos para ella y el sueldo es excelente. —Se detuvo y su rostro volvió a ser serio—. Sin embargo, debo advertirle que interesante no es lo mismo que fácil. Ella es una persona muy difícil. En este momento, tengo serias dificultades para cubrir este puesto.

—Me gustaría probar —le dije sin pensarlo siquiera. Cualquier cosa servía para interrumpir la respetable monotonía de mi vida anterior. Además, había leído que Marilyn Monroe se había casado con Arthur Miller, el famoso autor dramático. Con seguridad su departamento estaría lleno de personalidades de todo tipo. Habría grandes fiestas, invitados interesantes, toda la gente sobre la que yo había leído y a quienes había visto en el cine. ¿Tan malo podía ser ese trabajo? Sin duda valía la pena tener una entrevista.

Todos estos pensamientos me daban vueltas en la cabeza cuando en la Primera Avenida doblé a la izquierda por la gran garganta de la calle 57 Este. Las imponentes y lujosas torres de ladrillos rojos se alineaban a ambos lados de la calle casi desierta hasta Sutton Place, con sus hermosos chalés privados con vista al Río Este. Había gente que paseaba perros, institutrices de uniformes, y hombres y mujeres bien vestidos que caminaban por la calle. El bullicio de la Primera Avenida se había convertido en una extraña quietud. Lo único que oía eran los latidos agitados de mi corazón mientras me acercaba al toldo que decía 444.

Un portero de guantes blancos y aire reservado se me acercó Cuando le dije que iba a ver a la señorita Monroe me observó detenidamente y me pidió que esperara en la entrada a que él llamara al departamento para averiguar si en realidad me estaban esperando Mientras aguardaba advertí que el vestíbulo era diminuto en comparación con las recepciones palaciegas que había visto antes de llegar a este edificio. No era el lugar ideal para que una gran estrella hiciera sus entradas y salidas espectaculares Shangri-la debía de estar arriba.

La aprobación fue solo un gruñido en el teléfono. El portero me condujo a un ascensor revestido en madera donde otro empleado de guantes blancos

me llevó al departamento con rapidez. Nos detuvimos en el piso trece. ¡Trece! Era muy extraño, ya que los agentes inmobiliarios de Nueva York son, en general, supersticiosos y evitan ese presagio supuestamente malo al numerar los pisos. Esperaba que no me trajera mala suerte.

El ascensorista me llevó a un pasillo gris y triste que conectaba los dos departamentos del piso. En seguida tuve una sensación de claustrofobia, de quedar atrapada en un submarino. Tocó el timbre del departamento 13E. Yo esperaba que la famosa diosa rubia me recibiera, y cuando la puerta se abrió me sorprendí de que quien me atendió fuera solo una prolija mujer de cabello cano, de más de cincuenta y cinco años, vestida de gris. Con esa mirada penetrante, estrictamente profesional, me recordaba a esas malvadas que aparecen en las películas de espionaje y de muertes misteriosas.

—¿Usted es Lena Pepitone? —me preguntó; yo asentí con la cabeza—. La estábamos esperando.

La puerta del ascensor se cerró detrás de mí. Estaba más asustada que nunca pero no podía echarme atrás. La señora ni se molestó en presentarse. Muy pronto supe que era May Reis, la secretaria privada de Marilyn y la que administraba la casa. No tuve ni tiempo de fijarme en el departamento, ya que May Reis me condujo a su oscura oficina, que tenía un escritorio y algunos ficheros. En la habitación todo estaba muy prolijo. Sobre el escritorio descansaba una hilera de lápices de idéntico tamaño, con la punta recién afilada.

May Reis echó una mirada a las dos cartas de referencia que yo había llevado y me hizo algunas preguntas sobre mis antecedentes, mis conocimientos de costura y mis ganas de trabajar muchas horas. Por lo demás me preguntó muy poco y me dijo aun menos. En seguida se me ocurrió que otra persona ya había conseguido el trabajo y que ella estaba siguiendo todos esos pasos por cortesía hacia la agencia. Sin embargo, antes de que perdiera todas las esperanzas, una figura tropezó al entrar en la oficina. Era Marilyn; estaba totalmente desnuda.

—Disculpa —gritó con voz aguda. Esa era una palabra que habría de oír cientos de veces. A Marilyn no le gustaba llevar ropa, *ningún* tipo de ropa, en la casa.

—No se preocupe. Somos todas mujeres —farfullé por instinto antes de que ella se escabullera. Mi comentario pareció retenerla. Me miró confundida, sin saber por qué yo estaba allí.

—Ella es Lena Pepitone, la chica de la agencia —dijo May Reis. Los brazos y las piernas de Marilyn se aflojaron. Cómoda en su propia desnudez, me miró con los ojos muy abiertos, un poco aturdida.

—Ah —vaciló—. Ah, sí. Usted es la chica que me va a ayudar —dijo recalcando la palabra "ayudar".

—Eso espero —respondí; tenía los dedos cruzados.

Venga. —Marilyn me tomó de la mano con suavidad y me llevó a la sala de estar. No dejaba de mirarme y yo tampoco a ella. No era en absoluto lo que yo había esperado. Su cabello rubio, que estaba sin lavar, era una maraña. Sin pintura, estaba pálida y se veía cansada. Y, más que voluptuosa, su célebre figura parecía excedida de peso.

Sin embargo, era linda, naturalmente linda. Y era Marilyn Monroe en persona. Tenía un aire regio. Extendida en el sofá blanco recordaba a una prostituta de lujo la mañana que sigue a una noche de trabajo en un prostíbulo de alto nivel, del mismo tipo sobre el que mis hermanos solían murmurar cuando éramos pequeños, en Nápoles. Tenía un aire particularmente sensual que podía atraer a los hombres sin que ella hiciera el menor esfuerzo. Pero al mismo tiempo parecía inocente y hasta desvalida. Tal vez era esa la razón de que a las mujeres también les gustara. Pero ante todo Marilyn parecía aburrida.

En realidad, lo que la rodeaba tampoco era demasiado emocionante. La amplia sala donde estábamos sentadas no tenía mucho en común con la revista *House Beautiful*. Parecía a medio terminar, escasa de muebles, y me recordaba a un hotel. Había un piano blanco, unos sofás blancos sin estilo definido y una alfombra blanca de pared a pared estropeada por muchas manchas. Por todas partes había espejos desde el techo al piso. Hasta en el comedor, que estaba detrás de la sala, había una mesa con la parte superior también de espejo. Todos estos espejos no hacían el ambiente más alegre. Lo mejor que tenían para reflejar era Marilyn.

Ni bien nos sentamos empezó a gritar "¡May! ¡May!". En un segundo, May Reis entró con un gran vaso de jugo de tomate y luego se retiró. Era

como un robot: todos sus movimientos parecían duros, mecánicos, programados con minuciosidad.

—El jugo de tomate es muy saludable a la mañana —dije, nerviosa y tratando de iniciar una conversación.

Marilyn rió como una niña. —Es un cóctel Bloody Mary—. Nos sonreímos como dos traviesas colegialas, pero no me ofreció nada para beber.

—¿Qué puede hacer por mí? —dijo, en cambio. No había hecho la pregunta para ponerme en un aprieto. El tono de la voz era, en realidad, casi desesperado. Observé una pila de faldas y blusas en muy mal estado sobre el banco del piano. El desorden hacía agudo contraste con la oficina de May Reis, en extremo limpia y ordenada.

—Me puedo encargar de su ropa —ofrecí.

—¿De verdad? Eso sería maravilloso —dijo Marilyn con un susurro excitado de niña. Tomó un largo sorbo de cóctel. —¿Cómo se llamaba usted? Disculpe; nunca me acuerdo de los nombres. A veces hasta me olvido del mío, —dijo con una tímida sonrisa.

—Lena Pepitone.

—Mm, ¡qué lindo nombre! Usted es italiana.

—Sí, soy italiana —contesté.

—Me *encantan* los italianos —dijo con voz lánguida—. Estuve casada con un italiano.

—Sí, ya sé; con Joe DiMaggio.

—Usted también lo conoce —dijo.

—Claro; todos lo conocen. —Por supuesto, todo el mundo conocía al gran bateador norteamericano.

Cuando se casaron él era más famoso que Marilyn. Después de Babe Ruth, Joe DiMaggio era el mejor jugador de béisbol que tuvo el equipo de los Yanquis de Nueva York. Era una verdadera estrella, uno de los mejores de todos los tiempos. Cuando se encontraron ella empezaba a ser una actriz importante, pero su casamiento hizo que todo el mundo la conociera. Lo mismo que su boda con Miller, tuvo algo de cuento de hadas: el rey del béisbol y la más bella de Hollywood. Aunque no duró mucho tiempo, yo, oí

igual que toda la gente que conocía, siempre pensaba en Joe y Marilyn juntos.

—Joe… —Marilyn susurró para sí—, Joe. —Miró por la ventana en melancólico arrobamiento. Más tarde llegaría yo a saber lo mucho que DiMaggio significaba todavía para Marilyn. Ahora pienso que parecía ser sinceramente modesta con respecto a Joe DiMaggio y a sí misma, como si no se diera cuenta de su propia fama.

—¡May! —Al salir de su ensueño, Marilyn se había tomado todo el cóctel y reclamaba otro. May Reis volvió a repetir la rutina de servicio: entró en la sala y salió sin decir una palabra, sin siquiera mirarme. Marilyn bebió el desayuno de cócteles y se acurrucó como un gatito contento.

—Joe siempre me llevaba a comer la mejor comida italiana. Me encanta la cocina Italiana. —Hizo una larga pausa— ¿Sabe cocinar?

Le respondí con la descripción de una receta de *lasagne*, que produjo en su rostro una sonrisa voraz.

—Usted no… —vaciló—, ¿no podría cocinar para mí?

—Y ¿por qué no? Me gusta muchísimo cocinar.

—¿Podría empezar ahora mismo? —Hablaba en serio. Era el trabajo más fácil que había conseguido. Recordé la advertencia de la señora de la agencia de colocaciones. Me pregunté por pué no había muchas aspirantes a este puesto. Miré a Marilyn y volví a la realidad. Podía ser una estrella en la pantalla pero en la sala de su casa era un desastre. No obstante, era un desastre hermoso y a mí me habían dado la oportunidad de ayudarla. Por alguna razón también quería ser su amiga. A pesar de que era uno de los mitos más grandes del cine, no parecía imposible hacerse amiga suya.

—Puedo empezar mañana —frunció el ceño; era claro que deseaba que yo comenzara en ese momento—. Yo empezaría ahora —le expliqué—, pero mi familia me espera en casa Tengo que hacer muchas cosas para ellos hoy. Se van a entusiasmar muchísimo cuando les cuente sobre usted.

—Eh, por favor —lanzó una carcajada. ¿Es que no podía creer que una legión de admiradores la adoraba? Se interesó mucho más por mi familia.

—Cuénteme un poco, a ver… —me obligó a hablar. Quiso saber cuántos hijos tenía, de qué sexo y edad, si quería tener más niños, etcétera. Mientras averiguaba detalle tras detalle sobre mi marido y mis dos hijos

jóvenes sonreía en todo momento, pero vi que tenía los ojos llenos de lágrimas. Tenía dinero, fama y belleza pero le faltaba una familia; y era evidente que eso le causaba dolor.

—Ay, los niños —suspiró—. Son tan lindos. Me gustaría tanto tener chicos. Tiene usted mucha suerte.

No sabía muy bien qué decir. Solo sabía que a pesar de que me resistió a hablar de mí misma, Marilyn no me dejaba detenerme. Hubiera preferido mucho más oírla a ella.

—Y ¿qué hizo para tener tanta suerte? —imploró, como buscando el secreto de la felicidad que, según ella, yo tenía.

—No tengo *tanta* suerte.

—Sí, claro que la tiene. Le aseguro que sí. Fue feliz de niña, ¿no? ¿Se crió aquí, en Nueva York?

—No, en Italia —contesté.

Marilyn se levantó de la posición supina y me tomó la mano.

—Siempre quise ir a Italia —dijo—; cuénteme cómo es.

No pude negarme. Sentada, ella escuchó con suma atención las cosas que le relataba sobre mi niñez en Nápoles. Se mostró muy interesada en mi padre.

—Seguro que era buen mozo —dijo. Asentí; era el jefe del sindicato de estibadores en las grandes dársenas de Nápoles. En una ciudad cuyo negocio más importante es la marina mercante,/su trabajo era muy importante. Vivíamos en una casa llena de antigüedades con vista a la bahía de Nápoles. Yo había ido a una escuela conventual y en una época guise hacerme monja.

Ni bien pronuncié la palabra “monja”, Marilyn se miró y se dio cuenta de que su desnudez podría molestarme Saltó del sofá para cubrirse con algo pero le aseguré que no se tenía que preocupar; le expliqué que hacía ya mucho tiempo que había decidido no hacerme monja. Mi padre me había hecho cambiar de opinión. Era religioso pero no tanto: dijo que yo era demasiado linda para ser monja.

—Tenía razón —exclamó Marilyn—. Es usted una linda chica.

Me sonrojé. Eso sí que era un cumplido, pues provenía de la estrella más famosa del mundo entero. ¡Ojalá que mi marido lo hubiera oído!

—V entonces, ¿qué pasó? —preguntó; su curiosidad era insaciable.

Le conté que, en lugar de ir a un convento, fui a una academia especial de modistas. En Italia, donde la educación de la mujer no se tomaba tan en serio, yo me sentía muy orgulloso de tener el privilegio de ir a esa academia. Este, como otros privilegios, terminó con la guerra. Como tantos otros italianos, nosotros perdimos todo Pero a pesar de que la guerra trajo sufrimientos y sacrificios, también me trajo amor. Conocí a mi marido, Joe, un soldado italo-americano, casi al terminar la lucha y vine a Nueva York a casarme con él en 1947.

—Su marido se llama Joe, como el mío —acotó Marilyn.

¿Y el señor Miller?, me pregunté. Su ausencia, tanto física como en el recuerdo de Marilyn, de pronto se hizo evidente. No dije nada al respecto. Era muy extraño que sí bien ella quería saber todos los detalles de la historia de mi vida, no mencionara absolutamente nada de la suya. Tal vez fuera demasiado amarga. De todos modos, yo no era quién para preguntar.

Marilyn parecía realmente fascinada por el hecho de que mi marido trabajara como mecánico de aviones en el aeropuerto Idlewild (ahora llamado J. F. Kennedy) y por mi trabajo de modista Nunca se me había ocurrido que nuestras vidas tan comunes pudieran resultar interesantes a alguien como ella, pero le interesaban de verdad.

Estaba muy impaciente por empezar el trabajo. Era curioso, sentía que en vez de buscar una empleada, buscaba una amiga. Me gustaba y, al parecer, yo también le gustaba a ella. Sin darme cuenta habían transcurrido dos horas, con muchos Bloody Mary de por medio. Podríamos haber pasado todo el día charlando, si May Reís no hubiera venido a recordarle que tenía una entrevista a la tarde y que debía empezar a prepararse.

—Ay, no tengo ganas de ir —rezongó.

—Pero debe ir —dijo May con gravedad—. El doctor lo ha esperado demasiadas veces.

—Sí, me parece que tengo que ir —se disculpó Marilyn—. ¿Me promete que vendrá mañana? ¿Sí?

—Lo prometo, señorita Monroe.

—No me llame así. Solo Marilyn. ¿De acuerdo?

—Bueno, Marilyn.

Se levantó para despedirme. Antes de llegar a la puerta de salida, May Reís le trajo una bata blanca y ella se la puso a desgano.

Hubo una larga despedida; Marilyn le pidió a May, que estaba de pie, muy impaciente, que me diera una llave. Hubo un momento de duda pero quedó bien claro quién era la que mandaba en la casa.

—Aquí tiene —dijo Marilyn y me puso la llave en la mano— Ahora no va a tener ningún pretexto para no venir mañana.

May Reis tomó la iniciativa y llamó el ascensor Cuando llego, estreché la mano de Marilyn para despedirme.

—Hasta mañana —dije Marilyn me dedicó la sonrisa más amplia de la mañana.

—Vamos a ser muy amigas —dijo con suavidad al cerrarse la puerta del ascensor.

Tenía ganas de bailar por la calle 57; lo había logrado. Había conseguido el trabajo. Jamás había sido tan feliz

Los años en que trabajé para Marilyn habrían de ser los más interesantes y provechosos de mi vida. Al conocerla, supe que era una mujer maravillosa. Sí, tenía muchos problemas: costumbres raras estados de ánimo terribles y frustraciones intensas que la gente común desconoce. Pero tenía un corazón muy grande, un gran sentido del humor y una profunda comprensión por los problemas ajenos. Todos le importábamos mucho. Comprendía todos los problemas, quizá porque había tenido muchos, demasiados en su vida.

Desde la infancia tuvo que sortear un obstáculo tras otro. Parecía que todo estaba en su contra. Sin embargo, a pesar de sus problemas, ella no se rendía. Aunque llorara mucho, en el fondo era muy fuerte. Tenía una fortaleza especial para triunfar y una voluntad de sobrevivir que la convirtieron en la más grande estrella de cine. Para mí, Marilyn llego a ser mucho más que una estrella y que mi patrono. La admiré; la quise Marilyn fue mi amiga.

Capítulo dos

Al día siguiente Sutton Place no me pareció amenazador en absoluto. Me había sentido como una intrusa, y ahora como si perteneciera a ese lugar. Quizá fuera porque tenía la llave. La agarraba con fuerza mientras caminaba al trabajo; a veces me detenía para mirarla y recordar que no era un sueño.

Hasta el portero parecía más cordial. Me condujo hasta el ascensor sin cerciorarse de que me estaban esperando. El impávido ascensorista del día anterior también se mostró más agradable cuando me llevó al piso trece.

—Buenos días —me dijo—. Suerte con la señorita Monroe.

Con cuidado introduje la llave en la cerradura. ¡Funcionaba! Apenas abrí la puerta, me sorprendí mucho al ver a May Reis, la dama de gris, frente a mí. ¿Había estado montando guardia para esperarme?

—Todavía no se levantó —dijo—. Espere en la cocina. —Me llevó a una pequeña cocina, donde una mujer de color, algo mayor y de andar pesado, estaba trabajando cerca del horno. La estancia podía haber albergado una familia chica, pero me parecía imposible que Marilyn pudiera dar una gran fiesta con esos enseres. Había una heladera vieja y pequeña, y no tenían lavaplatos. May salió sin siquiera ofrecerme una taza de café. Me había hecho sentir como una ladrona. A pesar de la llave estaba asustada otra vez.

Nerviosa, me senté a la pequeña mesa de la cocina. La señora se volvió y me miró.

—Querida, ¡qué cara tiene!, ni que hubiera visto un fantasma. Me llamo Hattie. Le sirvo un poco de té.

Hattie era una mezcla de tía Jemima e institutriz inglesa de *Los de arriba y los de abajo*. Esta extraña combinación se debía a que Hattie había

trabajado en Londres con una familia de diplomáticos. Su acento sureño, lento y arrastrado, estaba salpicado de palabras características del inglés coloquial. Me contó que cocinaba para la casa unos días por semana. Había otra chica que limpiaba la casa día por medio.

—El trabajo difícil es el de usted —dijo sonriendo.

Pasó más de una hora, en la que Hattie dio mil vueltas por la cocina acomodando estantes y sacando platos, cacerolas y comida para preparar el desayuno a Marilyn.

—Tres huevos pasados por agua, tostadas y un Bloody Mary —dijo Hattie—, Todos los días lo mismo, menos cuando no se levanta antes del mediodía.

May Reis volvió a aparecer.

—Ya está despierta —dijo. Como un reloj, Hattie buscó los huevos y empezó a cocinarlos. May me miró. —La está esperando; venga.

Seguí a May por la sala hasta el ala de los dormitorios.

—¿Está Lena? —La inconfundible voz venía del primer dormitorio al costado del largo pasillo, con alfombras de pared a pared que hacían juego con la de la sala de estar hasta en las manchas.

Entré en la pieza de Marilyn, que estaba a oscuras. May se detuvo en la puerta y se retiró a su estudio.

—Señorita Monroe —la llamé, ya que no veía nada.

—Vino usted —dijo. Parecía feliz de que estuviera ahí pero me recordó mi formalidad—. Basta de señorita Monroe. ¡Marilyn!

Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, comprobé con asombro que la habitación de Marilyn no era precisamente el cuarto de una reina. En realidad, lo único digno de una reina era la enorme cama. El cuarto en sí era pequeñísimo. La cama no tenía cabecera. El único mobiliario era una desvencijada mesa de luz gris con un velador, un pequeño escritorio que hacía juego, un tocadiscos chico en el piso y un teléfono al costado de la cama, también en el piso. Ni una sola pintura colgaba de las paredes de esa habitación cuadrada; solo había espejos que cubrían toda la pared detrás de la gran cama y otra pared a la izquierda de la cama, donde estaban los armarios. Había solo dos ventanas en el cuarto:

una frente a la cama y otra a la derecha. Ambas ventanas estaban cubiertas por pesadas cortinas.

En uno de los armarios, que estaba abierto, se podía ver una larga hilera de pantalones sobre otra fila igualmente larga de blusas. Casi todas las prendas tenían arrugas y estaban a punto de caerse de las perchas. Tiradas en el piso del armario había varias docenas de zapatos, casi todos de taco bajo.

Marilyn se había extendido desnuda sobre las blancas sábanas en desorden. El cubrecama de satén gris había caído al piso, al pie de la cama. Ella daba vueltas en la cama; se envolvía y desenvolvía en las sábanas, hechas un embrollo. Estaba tratando de levantarse, y no podía. Con la máscara negra de noche, parecía la versión femenina del Llanero Solitario, sin ropa.

—Lena —dijo con dulzura—, ¿me podría traer el Bloody Mary? Preferiría que usted me lo trajese en lugar de May.

—Me parece que se lo van a traer con el desayuno.

—Ahora —imploró—, ¿podría tomarlo ahora? —Volví a la cocina y saqué el cóctel de la bandeja del desayuno que Hattie estaba preparando.

—No puede esperar, ¿no? —preguntó Hattie. Me encogí de hombros.

—Oh, gracias —dijo Marilyn. Se había quitado la máscara e incorporado. Tomó todo el cóctel de un trago. —Es tan, pero tan rico.

En seguida vino Hattie con la bandeja y la puso sobre la cama. Al engullir el desayuno, Marilyn tiró migas de pan sobre las sábanas. Cuando hice el intento de correr las cortinas empezó a gritar: —¡No! ¡No las corra! —Encendió el velador, la única iluminación que tenía la pieza.

—Así está mejor. No soporto la luz a esta hora de la mañana. —Como no había un solo reloj en la pieza, miré el mío. Eran las 11 y 30. Después de terminar el desayuno, Marilyn se volvió a hundir en las sábanas. Yo temía que se durmiera otra vez.

—Bueno ¿qué puedo hacer hoy? —le pregunté para tenerla despierta.

—No sé —contestó con voz soñolienta.

—¿Y toda esa ropa? —dije señalando el armario abierto.

—Ah, eso. —Hizo una mueca; tomó una almohada y hundió la cara en ella. Luego, muy lentamente, rodó en la cama hasta el borde. La corta

distancia entre la cama y el armario le exigía un esfuerzo tremendo. Sacó un vestido blanco de algodón, sin mangas y muy ajustado, con la parte de adelante más larga que el resto.

—¿Me lo podría ensanchar? Me ajusta demasiado. Fíjese. Mientras luchaba por entrar en el vestido percibió mi asombro de que ella no lo probara con ropa interior.

—Me parece que sería mejor si…

—Nunca uso ropa interior —dijo.

—¿Nada?

—¿Para qué? No la necesito.

Miré las costuras del vestido Dara saber cuánta tela se podía aprovechar. Al acercarme a ella mis sentidos percibieron que ayer tampoco se había bañado.

Terminé de tomarle las medidas. Casi no había tela en el vestido para cubrir las nalgas de Marilyn. Se sacó el vestido con muchísima dificultad y se quedo de pie frente al espejo, admirándose. Puso las manos redondeadas bajo los senos y los levantó para probar sí estaban firmes. Describió lentos movimientos en círculo usando los dos espejos de la pared para observar cada ángulo.

—Tiene un cuerpo hermoso —le dije; me parecía que estaba buscando que la halagaran.

—Gracias —me contestó con sinceridad—. Tengo el trasero demasiado grande. —Volvió a mirarse en el espejo de la izquierda e hizo un mohín. Al parecer, el estómago un poco saliente no le preocupaba.

—Me contaron que a los hombres les gusta así. ¡Qué locos!, ¿no?

—Es muy sensual —dije, y las dos nos reímos.

—Usted me gusta —agregó. Se acercó al armario y revolvió esa interminable hilera de blusas y pantalones— Necesito algo para hoy —Arrancó más de diez blusas del perchero; las contempló y luego las tiró al piso.

—¡No lo tolero! —gritó. Finalmente encontró dos blusas de seda color crema casi idénticas y me las dio para que las planchara. Le costó menos elegir dos pares idénticos de pantalones de terciopelo negro. Me dijo que

tenía dos compromisos y que volvería a la casa para cambiarse al terminar el primero.

Me ayudó a llevar el vestido, las blusas y los pantalones hasta otra habitación casi sin muebles que daba a la callecita de atrás. Había una cama, una tabla de planchar y una mesa llena de implementos de costura de todo tipo.

—Esta es su habitación —dijo con orgullo—. Espero que le guste. —En comparación con el resto de la casa, ese cuarto estaba impecable y todo lo que había estaba dispuesto en forma ordenada Tuve la impresión de que Marilyn se había pasado todo el día arreglándolo para mí.

—Realmente es muy lindo —dije agradecida.

—¡Qué bien! Hasta dentro de un rato Venga cuando haya terminado de planchar. Volví después de una hora y encontré a Marilyn profundamente dormida. Como no quería molestarla regresé a mi cuarto. En la puerta me encontré con May, que venía a despertarla para que cumpliera con sus compromisos.

—Está bien, está bien —rezongó, mientras May Reis le rogaba que saliera de la cama.

— Mire; le preparo un baño —sugerí—. Va a ver como eso la despierta.

—¡No!, ¡no me quiero bañar! —No traté de convencerla de lo que me parecía una buena idea.

—Champaña, eso es lo que necesito —dijo, como si fuera una idea genial—, ¿me lo traería de la cocina? Pídaselo a Hattie, ella sabe Muchísimas gracias.

Hattie me guiñó el ojo significativamente y cumplió con el pedido de Marilyn. Abrió la heladera y vi una docena de botellas pequeñas de Piper Heidsieck. También me mostró una pequeña despensa con muchas botellas de la misma bebida. Lo que había bastaba para un mes, por lo menos.

—Ah, ¡qué bueno! —exclamó después de un largo sorbo Surtió efecto; en un minuto estaba levantada. Se puso la blusa y el pantalón, y este le quedaba tan ajustado que las costuras estaban a punto de reventar. Si hubiera usado sostén y bragas, no le habría entrado. Al odiar la ropa interior, irónicamente Marilyn era una “mujer liberada”, por lo menos en un sentido, mucho antes de que quemaran el primer sostén.

—¿De verdad no usa nada debajo? —dije, incrédula. —No, nunca —contestó con total inocencia. —Odio toda esa ropa. Es tan incómoda.

Me pregunté cómo podía sentirse cómoda con la ropa pegada al cuerpo. Parecía difícil moverse, y hasta respirar, con ese pantalón tan apretado. Se veía como si fuera a explotar en cualquier momento, y en efecto, los botones saltados y los cierres rotos demostraban que ese percance le sucedía con frecuencia.

Cuando estuvo vestida, dio unas cuantas vueltas frente al espejo. Yo no entendía porqué ella, una persona que, al parecer, quería lucir deslumbrante, le prestaba tan poca atención al pelo enmarañado, que tanto necesitaba de un buen lavado y un peinado (no se maquillaba ni usaba perfume; lo único que le importaba era la silueta). De pronto, en la quinta vuelta frente al espejo, decidió que estaba mal vestida.

—¡Maldición! —exclamó, mientras se arrancaba la blusa junto con unos cuantos botones. —¡Es horrible! —Empezó a revisar el armario frenéticamente.

Yo todavía tenía la otra blusa color crema que había planchado. Mientras Marilyn apartaba las perchas con nerviosismo, le señalé la blusa lista.

—Ahí la tiene.

Mi intervención la calmó en un segundo. Aliviada, se dejó caer en la cama. —Perdóneme —dijo con los ojos húmedos de lágrimas—. No quise actuar así. Esto de la ropa me vuelve loca.

—Y ¡quién sabría qué ponerse con toda la ropa en estas condiciones! —dije para consolarla— No se preocupe, yo le voy a arreglar las cosas.

—Lena, usted sí que me va a ayudar. —Bebió de un trago el champaña que quedaba.

Finalmente, gracias a otra botella de Piper Heidsieck y a la reiteración punzante y continua de los compromisos de Marilyn por parte de May, esta consiguió llamar a un chófer para que la llevara. Marilyn no tenía auto, y recurría a una compañía que le brindaba un coche grande, por lo general, un Cadillac negro, y un chófer con uniforme cuando necesitaba salir, Casi siempre prefería tomar un taxi porque así no hacía esperar a nadie. Sin embargo, para los estrenos o los días como hoy, en que tenía varios

compromisos, pedía un auto con chófer. Pero en ese momento no se parecía mucho a esas personas que pasean en coches enormes y lujosos. Con el cabello sin arreglar oculto en un echarpe oscuro, sin maquillaje y con unos anteojos de sol muy poco elegantes, nadie hubiera pensado que era un gran estrella de cine.

Trabajé con la ropa de Marilyn hasta que regresó del médico, unas horas más tarde. Entonces, como quería cambiarse de ropa para ir a la clase de teatro, el torturante proceso de elegir un vestido se repitió. Tuve que planchar por lo menos tres camisas más antes de que quedara satisfecha.

—Ya sabe que llega tarde otra vez —repitió May Reís como un disco rayado.

—No me importa —rezongó Marilyn, mientras arrojaba una blusa a la cara de May. Sin embargo, en un cambio casi inmediato, como el doctor Jekyll y el señor Hyde, trató de explicarme lo que le ocurría en un tono dulcísimo—. No es que quiera llegar tarde; pero a veces estoy tan… tan… confundida, que…

Al parecer, a May Reis le molestaba que yo comprendiera a Marilyn. Ella era muy eficiente, pero no dulce. Sin embargo, nunca me criticó que yo le siguiera la corriente a Marilyn, ya que esta era una mujer a la que no se podía manejar. La única táctica posible era la paciencia.

Finalmente estuvo lista para salir. May se veía agotada, pero en lugar de servirse una copa volvió estoicamente a sus ficheros y papeles, contenta por el momento de que Marilyn hubiera cumplido con su deber.

Mientras estuvo afuera, pasé el tiempo cosiendo y planchando. Como Marilyn trataba la ropa muy mal, su guardarropa requería una atención constante. Interrumpí la labor para comer un sandwich y tomar un café que me había preparado Hattie. Mientras estaba sentada a la mesa de la cocina vi por primera vez al señor Miller. Había salido de su estudio para pedirle a Hattie algo de comer. Ella nos presentó; él solo dijo un cortés “hola” y se fue. Al verlo, aunque fue solo un momento, tuve la impresión de que era muy distinto de Marilyn. Era reservado, tranquilo y medido como un doctor o un maestro. Llevaba anteojos, un suéter gris con escote en V, y debajo una camisa con el cuello desabrochado. Era alto y tenía el cabello oscuro, no muy abundante. El señor Miller no era buen mozo; no tenía físico atlético,

pero era elegante. No podía dejar de pensar en que el día anterior Marilyn había hablado todo el tiempo de Joe DiMaggio… ¡Los dos hombres parecían tan distintos!

Mientras le preparaba una hamburguesa, Hattie me contó que Miller trabajaba casi todo el día en su estudio, que quedaba apartado de la sala de estar.

—Trata de estar lo más lejos posible —dijo Hattie en voz baja—; se levanta antes que ella y por lo general ni le dirige la palabra en todo el día. No sé que hace metido en esa pieza tanto tiempo. Siempre que voy a llevarle la comida está ahí sentado, mirando el vacío.

—Los escritores deben de ser así —dije.

—No sé, no sé —fue todo lo que atinó a decir Hattie—; he trabajado con mucha gente pero nadie era como estos.

Tal vez mi nuevo trabajo fuese extraño, pero no podía decir que era poco interesante. Estaba muy ansiosa de que Marilyn volviera. Cuando regresó, alrededor de las cinco, corrió a su dormitorio, se quitó la ropa con apuro y se dejó caer en la cama.

—Lena, Lena —imploró—, tráigame champaña, ¿quiere?—. Cuando volví con la botella suspiró: —Realmente lo necesitaba. Empecé a levantar la ropa y a colgarla en el armario, pero ella me interrumpió: —No se preocupe por eso; ahora váyase a casa. Seguro que sus hijos la están esperando.

—No tengo inconveniente en quedarme —dije.

—No, váyase por favor.

Concluí de colgar la blusa y le deseé que terminara bien el día, pero cuando fui a buscar mi abrigo me llamó:

—Lena, ¿está segura de que le va a gustar trabajar aquí? —me preguntó con tono dubitativo.

—Sí, por supuesto, ¿por qué no? —¿De verdad? —Sí, de verdad.

—¡Qué suerte! —sonrió—, buenas noches. Durante el mes siguiente mi trabajo en la casa fue muy parecido al del primer día: yo cosía y planchaba y ella seguía con sus indecisiones y demoras. Aunque en ese lapso no charlamos mucho acerca de nuestras vidas, me enteré de muchas cosas por

el solo hecho de estar a su lado. Muy pronto comprendí por qué Marilyn tenía tantas dudas de que llegara a sentirme a gusto.

Por empezar, la vida le resultaba tremendamente monótona. Las visitas a los doctores (más tarde supe que eran sesiones con sus psiquiatras) y las clases de teatro eran la única actividad que tenía. Pasaba la mayor parte del tiempo en el pequeño dormitorio: dormía, se miraba al espejo, tomaba cócteles y champaña, y hablaba por teléfono, algo que le encantaba hacer. Recibía llamados de muchísima gente del mundo del espectáculo: productores famosos, directores, agentes, abogados y otros actores que querían trabajar con ella. Recuerdo que decía con entusiasmo: "*Ese* era Billy Wilder", "*Ese* era *Sir* Laurence Olivier" o "*Ese* era Montgomery Clift".

Sin embargo, los llamados que más disfrutaba, y los que más duraban, eran los de dos hombres muy importantes para ella: Joe DiMaggio y Frank Sinatra. Bastaba el llamado de uno de ellos para que sonriera durante todo el día. Sin embargo, aparte del teléfono, Marilyn tenía pocos intereses. Nunca la vi leer un libro o un diario. De vez en cuando, hojeaba los modelos de alta costura de la revista *Vogue*. No tenía televisor y jamás escuchaba la radio.

Le gustaba poner discos de *jazz* y *blues* en el pequeño tocadiscos del dormitorio. Recuerdo que la canción que escuchaba con más frecuencia era *Siempre estoy triste (Every day I have the blues)*. Sé la letra de memoria porque la escuché muchas veces. Desde su muerte, la canción vuelve a mi mente una y otra vez.

Siempre… estoy siempre triste y mal
siempre… estoy siempre triste y mal.
Me ves así, amor, con tal preocupación
porque es a ti a quien odio perder.
Nadie me quiere ni a nadie importo
nadie me quiere ni a nadie importo
si de mala suerte se trata, amor, y de problemas
sabes bien que también yo he tenido penas.

Otra canción que siempre escuchaba era *El hombre que amo (The man I love)*. Una vez, después de haberla atraído hacia la bañera mediante una espuma de baño especial, la encontré de pie, desnuda y chorreando agua,

dentro de un armario. Tarareaba tristemente la canción. Cuando fui a preguntarle algo sobre un vestido que estaba alargando, vi que tenía una foto enorme de Joe DiMaggio pegada en el armario. Lo estaba mirando tan fijamente que ni siquiera se dio cuenta de que yo estaba allí. Era como una especie de ritual religioso para ella, que repetía casi todos los días

Con frecuencia escuchaba las canciones de Frank Sinatra mientras observaba la foto de Joe DiMaggio con aire soñador. Un día fui a su cuarto a colgar unas ropas pero no pude ir más allá de la puerta del gran armario. Allí estaba Marilyn, de pie, desnuda, como siempre, aunque la mañana estuviera fría y húmeda. En el tocadiscos, al costado de la cama, estaba uno de sus discos preferidos, *Todo de mí (All of me)*, y ella se balanceaba con suavidad al ritmo de la voz de Sinatra. Parecía estar mirando la foto de Joe pero tenía en los ojos la expresión distante que yo habría de ver en sus ojos en muchos momentos de profundo pesar. Lo que primero se me ocurrió fue regañarla en un tono amistoso por descuidar así su salud, pero luego advertí que en la cama tenía una bata de baño aterciopelada al alcance de la mano. Como no quería interrumpir sus pensamientos más íntimos, salí del cuarto.

—No se vaya —dijo Marilyn. Me había tomado por sorpresa, pensaba que estaba muy inmersa en sus fantasías como para notar mi presencia—, Frankie… Frank Sinatra, ¿no es estupendo? —exclamó en forma repentina.

—Sí —contesté—, tengo muchos discos suyos en casa. —Y también es italiano —dijo con una sonrisa—. Mis tres italianos: Joe, Frankie y Lena. —Rió—. Ellos dos. Ah, uno piensa que se llevarían bien. Eran compañeros —dijo, reflexivamente y volvió a mirar la enorme foto de Joe. Al volverse, vio que yo estaba muy confundida y comenzó a contarme cosas de los dos hombres

—Entre Joe y yo había… —Se interrumpió. —Nosotros nos amábamos, aun después de separarnos. Quizá no tendríamos que habernos separado pero, bueno, la vida es así—. Marilyn me explicó que Joe no quería que ella fuera actriz de cine; la quería a su lado todo el tiempo y le molestaba mucho no estar con ella cuando Marilyn trabajaba en alguna película o tenía algún reportaje.

—No le agradaba el tipo de mujer que yo encarnaba. Decía que todos mis personajes eran de mujer promiscua. No le gustaba que los actores me

besaran, ni mi vestuario. Odiaba todo lo relacionado con mis películas. Detestaba toda mi ropa; decía que me quedaba demasiado ajustada y que llamaba la atención en forma indebida Cuando le dije que me tenía que vestir así porque ero parte de mi trabajo, me contestó que entonces tendría que abandonarlo.

“Yo voy a cuidarte”, me dijo. “El exhibicionismo no es un trabajo para una chica como tú”. Joe decía que cuando era jugador de béisbol obtenía cuanto quería; y sin embargo ahí estaba yo, una estrella de cine con la cual la gente de Hollywood no tenía ninguna consideración. Quería que me alejara del ambiente.

Algún tiempo después, cuando nos hicimos aun más amigas, me habría de contar más cosas de Hollywood y de lo que se sentía al ser una estrella y un símbolo sexual. Pero por el momento continuó con el relato de la pelea entre Joe y Frank.

Aparentemente Marilyn y Joe seguían saliendo juntos aun después de separarse. Joe no quería que saliera con nadie más.

—Me hacía un problema terrible aun si llegaba a leer en alguna columna de espectáculos que me habían visto con alguien. Yo ya no era la señora de DiMaggio pero él quería que yo siguiera siendo suya. Se comportaba como si fuese mi marido. Quería que volviéramos a estar juntos pero yo tenía dudas; pasamos hermosos momentos juntos pero siempre terminábamos discutiendo. Yo ya tenía que pelearme con toda la gente del estudio, ¿qué sentido tenía llegar a casa y tener más problemas?

En esa época Frank Sinatra y Joe eran muy amigos, y evidentemente Frank le dijo a Joe algo que lo volvió loco de celos. —No estoy segura de lo que le contó —dijo Marilyn—; era mucho más amigo de Joe que de mí. Es probable que solo haya querido fastidiarlo y que haya pensado que él no se lo tomaría tan en serio. Para mí era algo ridículo; como que yo tenía relaciones con una *mujer* del estudio. Imagínate, con una mujer —rió. —Eso hubiera matado a Joe aunque nos hubiéramos separado hace cincuenta años. Tal vez Frankie le dijo que era un hombre pero Joe hubiera pensado que *no* estaba mal. Es posible que estuvieran tomando unas copas y que Frank empezara a hacer bromas. Le gustaba muchísimo bromear, pero a Joe no. Le debe de haber creído cualquier cosa.

Ese fue el problema. Al poco tiempo una compañía privada de detectives de Los Angeles fue contratada para seguir los pasos de Marilyn. Por intermedio de Frank averiguaron que ella a veces aparcaba el auto frente a un edificio de departamentos de Beverly Hills.

—Era un Cadillac blanco convertible —dijo ella con orgullo—. No podían perderlo de vista; era hermoso. —Me contó que había conseguido el auto por aparecer en el *show* televisivo de Jack Benny—. Me aconsejaron que cobrara más bien dinero porque era mejor por los impuestos, creo. Pero yo siempre había soñado con tener un Cadillac, e insistí en llevármelo. Lo único que extraño de Hollywood es ese auto. —Marilyn me contó que estaba en el edificio comiendo con una mujer del equipo del estudio—. Lo único que estábamos haciendo era comer. ¡Qué pícaro, este Frankie!

Sin embargo, como el trabajo de los detectives era pescarla haciendo algo indebido, la agencia formó una especie de equipo informal de investigación. También había un fotógrafo. Los hombres no encontraron a Marilyn en el comedor, y mucho menos en la cama. Se equivocaron de departamento.

Como pensaban encontrarla en la cama con su amor oculto, los detectives forzaron la puerta de un departamento a puntapiés. Corrieron al dormitorio pero solo encontraron a una señora de edad que dormía profundamente.

—Les pasaron un buen dato, ¿eh? —dijo Marilyn, doblada por la risa— Cuando la vieja vio a esos fulanos se pegó tal susto que casi tuvo un ataque de nervios.

La mujer entabló juicio a Joe, a Frank y a los detectives. La policía investigó el caso. Una vez más, Joe apareció en la primera plana, donde no le gustaba estar.

—La única publicidad que quería era en la página de deportes —agregó Marilyn—. Al principio, a Frankie todo le pareció graciosísimo pero a Joe jamás le hizo gracia. Empezó a sospechar que Frank le había hecho una tramoya y lo culpó de todo. Joe estaba muy molesto porque todo había salido tan mal. Creo que hasta tuvo una pelea, una pelea de verdad, con Frankie un tiempo después. Era un tipo decente y sabía que era mucho más fuerte que Frankie, quien era muy delgado. Pero Joe no podía soportar que

se le rieran en la cara y es posible que le haya dado unos buenos golpes. Ese fue el fin de la amistad entre ellos.

Marilyn me dijo que, aun después de la irrupción en la casa, ella y Joe continuaron saliendo juntos con frecuencia. Sin embargo, nunca volvieron a salir con Frank como tercero.

—Ni siquiera me irrité con Joe —dijo—, ¿cómo me iba a irritar con un hombre que me amaba tanto? Todavía era la persona más importante de mi vida. No nos podíamos poner de acuerdo sobre mi carrera, sobre mí misma.

Es extraño que cuando los trámites de divorcio entre Marilyn y Joe terminaron, en 1954, ella fuera a vivir a la casa de Frank Sinatra hasta mudarse a su nuevo departamento.

—Frankie y yo nos habíamos empezado a conocer mucho mejor —dijo. Al contrario de Joe, él nunca la desalentó en sus ambiciones de ser actriz. En realidad, usó todas sus influencias para ayudarla.

—No hubo algo tan importante —comentó Marilyn con respecto a la relación—, pero bastó para enloquecer a Joe por completo.

—Frankie también tenía ideas medio locas. Podía llegar a ser tan celoso como Joe. —Marilyn me contó que la costumbre de llevar poca ropa, o de no usar nada para estar en casa no había empezado en Nueva York—. Nunca me gustó ponerme ropa. —Con una sonrisa un poco maliciosa dijo que, si estaban solos, a Frankie no le molestaba que no estuviera vestida; pero cuando estaba acompañado era otra cosa. En las noches en que los amigos de Frank iban a la casa para jugar al póker, le pedía a Marilyn que ni se acercara. Eran reuniones solo para hombres. Además, él salía con otras mujeres en esa época. El hecho de que la alojara como un favor de amigo ya era bastante sospechoso y si, para colmo, Marilyn aparecía desnuda…

Ella se quejaba de que se aburría de estar sentada sola en su cuarto.

—Lo único que podía hacer era beber —dijo con el ceño fruncido. Una noche estaba tan borracha que olvidó por completo las órdenes estrictas de Frankie. Con despreocupación fue hacia abajo, desnuda, para buscarlo. Se sentía sola y solo quería charlar un poco con él. Tras entrar en varias habitaciones desiertas, finalmente entreabrió la puerta de la habitación llena de humo donde estaban jugando a las cartas. Frank advirtió que ella estaba allí antes de que nadie pudiera darse cuenta.

—Dio un respingo —contó Marilyn—, Apoyó la copa con tal fuerza que se rompió. Frankie se levantó de la mesa de un salto y la hizo retroceder antes de que los otros pudieran comprender lo que en realidad estaba pasando.

—Me empujó a un lado y me ordenó que me fuera con mi “gordo trasero” para arriba. ¿Cómo había osado molestarlo frente a sus amigos? Cuando traté de decirle que pensaba que a sus amigos yo les gustaría más que ese estúpido juego de naipes, tuve que volver a la sobriedad muy pronto. Puso cara de matarme allí mismo. Corrí a mi pieza y lloré durante horas, había decepcionado a Frankie, que tan bien se había portado conmigo.

Aunque el carácter de Frankie era irascible, en seguida perdonaba y olvidaba. —No existe nadie más dulce que él —dijo Marilyn con arrobamiento—. Cuando volvió más tarde para darme un beso en la mejilla, me hizo sentir maravillosamente. Desde ese día, *siempre* anduve vestida en su casa, hubiera o no gente.

Lo que ella más lamentaba era que Joe DiMaggio no fuera nunca más a una de esas partidas de naipes. Se sentía culpable por haberse interpuesto entre “los dos muchachos más extraordinarios que existen”, a quienes ella consideraba “verdaderos amigos”. Sin embargo, hacía diferencias entre los dos. Recalcaba que Frank no había sido “demasiado importante”; mientras que con respecto a Joe admitía que “jamás amé a alguien más que a él”.

—Desearía que se amigaran —dijo Marilyn con nostalgia—. Los dos me llaman siempre pero no me atrevo a mencionar uno al otro. Y sabía que a ella la hacía muy feliz que ellos la llamaran. Siempre que hablaban, se encerraba en su habitación con una botella de champaña, por lo general durante una hora o más tiempo, sin importarle en absoluto los planes que había hecho. Cuando terminaba la charla siempre se veía más radiante y más feliz.

—Es curioso —dijo— que escuche a uno y mire la foto del otro, y que *ellos* ni siquiera se hablen. ¡Qué locura!

—Cuando se trata de mujeres, los hombres más locos son los italianos —comenté—; no vale la pena ni tratar de entenderlos.

—¡Y de qué manera! *Todo de mí* sonaba por enésima vez. Marilyn dio una larga y última mirada a Joe, cerró la puerta del armario, apagó el tocadiscos y se recostó en la cama. —Estoy agotada —se quejó—, ¿me traerías un poco de champaña?

Yo pensaba que una estrella como Marilyn iría a los estrenos de Broadway y a muchas fiestas. Sin embargo, no solía salir de noche, y no porque no quisiera. Me enteré de esto la primera noche que cociné para Marilyn, a las dos semanas de empezar a trabajar. Era el día libre de Hattie y Marilyn me dijo que tenía un antojo de comida italiana. Nunca me había quedado hasta tarde antes; estaba ansiosa porque esa era mi primera oportunidad de ver al señor y a la señora de Miller juntos. También era mi primera oportunidad de ver a Marilyn fuera de los límites de su dormitorio. Era como si la casa se dividiera en dos dominios: el de ella y el de él.

Preparé un menú sencillo: fideos con salsa natural de tomate, pollo a la cazadora y ensalada. Puse la mesa del comedor. May Reis ya se había retirado a su casa (siempre llegaba a las nueve en punto y se iba a las cinco en punto). Seguí las instrucciones de Hattie de preparar una botella pequeña de champaña para Marilyn y vino blanco para el señor Miller, y luego la llamé a la mesa. Me resultaba un poco incómodo interrumpir el trabajo del señor Miller Desde que había entrado a trabajar no me había dicho más que “hola”. Su formalidad era desagradable; me sacaba de quicio.

Me sorprendí mucho cuando el señor Miller salió del estudio y me agradeció la comida con calidez. Marilyn entró en el comedor con una bata blanca de tela de toalla, lo que para ella significaba vestirse como para una gran cena. Se sentaron a la mesa y comieron sin hablar una palabra. Ella miraba a su marido con admiración y anhelo, como si se estuviera muriendo porque él le prestara atención. Sin embargo, él comió en silencio y ni siquiera la miró. Finalmente ella fue quien rompió el silencio:

—Arthur. —Nunca la oí llamarlo querido o “mi amor”; sólo lo llamaba por el nombre— Dijiste que iríamos al cine esta noche. Me encantaría salir.

—Quizá más tarde —respondió él con tono seco. Le explico que tenía que terminar unas cosas. Si terminaba, saldrían; Marilyn se entusiasmó ante la sola posibilidad. Esa fue toda la conversación Cuando la comida terminó,

el señor Miller volvió a darme las gracias, se fue al estudio y cerró la puerta.

Ella se levantó de la mesa de un salto y me llevó a su cuarto Nunca la había visto tan entusiasmada.

— ¡Me parece que hoy salimos! —exclamó—. Ayúdame a elegir algo lindo que ponerme. —No fue difícil elegir la ropa: una blusa blanca de seda y un pantalón que hacía juego. Por una vez, se parecía a la mujer de mis fantasías. Incluso se sacó las horquillas del cabello y lo peinó hasta que la dorada cabellera lució exuberante. Fue al baño y se maquilló con base, lápiz labial rojo, rímel y colorete. Por fin tuve ante mí a la imagen famosa tan soñada por sus admiradores

—Se ve estupenda —dije.

—Eso espero. —Corrió al estudio de su marido y golpeo esa puerta prohibida. Salió muy rápido; parte de su esplendor había desaparecido—. Todavía no sabe cuándo —gimió— No ha terminado.

Regresó al cuarto y pasó el tiempo con una botella de Piper. Cada vez que oía un ruido en el pasillo miraba con ansiedad en espera de que fuese Arthur. Una hora después, volvió al estudio; esta vez caminaba despacio, muy despacio. Percibí que sabía la respuesta que iba a recibir. Marilyn golpeó la puerta del estudio con suavidad y luego entró. Salió prontamente sollozando para sus adentros. El maquillaje se le había corrido y le bajaba por las mejillas. Una vez en su cuarto se arrancó la blusa y la arrojó al piso con violencia. —Mi vida es una mierda; eso es lo que *es*; una mierda —decía mientras lloraba—. No puedo salir; estoy prisionera *en* esta casa. —Se bajó los pantalones y los pateó, se tiró *en* la cama y lloró desconsoladamente.

Yo no sabía qué hacer.

Me miró a través de las lágrimas. —Lena, no te quedes aquí. No necesito nada. Me encantó la cena. Gracias… y disculpa esta escena.

—Ya va a ver cómo se siente mejor. —Le acaricié el cabello con la mano—. Trate de no llorar, ¿lo promete?

—Bueno, está bien. Buenas noches —dijo.

Me sentía peor que ella. Realmente quería que saliera Nueva York podía ser de Marilyn; pero no lo era. Sabía que ella admiraba a su marido por su

talento literario. “Es un gran escritor”, se jactaba siempre. Sin embargo, para ser un gran escritor había que trabajar muchísimo y trabajar mucho implicaba no salir. Si bien a ella le encantaba la gente y la emoción de una noche en el centro, nunca dejaba a Arthur, aunque esto le costara estar siempre deprimida.

Si no tenía mucho que decirle a su marido, menos tenía que decirle a otra persona. No tenía verdaderos amigos. La poca gente que iba al departamento parecía visitar a Arthur, no a ella. Sus amigos de Brooklyn, Hedda y Norman Rosten, venían con frecuencia. El señor Rosten, un joven escritor, se pasaba el tiempo mirando a Marilyn pero hablando con Arthur. No podía sacarle los ojos de encima. Su mujer no podía sacar los ojos de su guardarropa. Le encantaba probarse la ropa de Marilyn y mirarse al espejo. Cuando algo le gustaba mucho, solía pedírselo prestado. —Oh, quédatelo —le decía Marilyn Pienso que estaba tan agradecida de tener a alguien distinto cerca, que hubiera regalado todo. —Es probable que lo use más que yo —me dijo una vez respecto de un vestido que había dado a la señora Rosten.

También estaban los hijos del matrimonio anterior del señor Miller. Después del colegio, por la tarde, Bobby y Jane solían ir a visitar a su padre. Sin embargo, parecían estar más interesados en las hamburguesas, gaseosas, caramelos y otras delicias que Hattie les guardaba que en la nueva esposa de su padre, aunque ella fuera famosa. También les gustaba jugar con Hugo, el ovejero alemán de Miller.

La razón más frecuente que tenía él para salir del estudio era pasear a Hugo. A Bobby y Jane les gustaba acompañarlo. A mi entender, Marilyn nunca los acompañó. Se alegraba mucho cuando los niños iban a verla al cuarto: entonces se ponía una bata y a veces hasta pantalones y una camisa. Se sentaban en su cama y ella los abrazaba mientras ellos contaban las cosas que hacían en el colegio. Pero la seducción de Hattie era más poderosa que la de Marilyn, y los niños, que rara vez se quedaban mucho tiempo en su cuarto, corrían a la cocina en busca de más golosinas y refrescos.

Quienes daban más satisfacción a Marilyn eran los padres de su marido. Siempre que iban se bañaba y vestía y era puntual; juntos se sentaban en la

sala de estar. Los Miller la trataban como a un miembro de la familia; le enseñaban expresiones en yiddish, le preguntaban si lo que Hattie cocinaba les alcanzaba y charlaban acerca de la posibilidad de que Marilyn tuviera un bebé algún día, tema que siempre le levantaba el ánimo. Era muy importante para ella que los Millers le prestaran más atención que a su propio hijo. Se esforzaba mucho por ser una buena nuera. —Viene mi familia —decía, radiante de felicidad, cuando ellos iban a visitarlos.

La única relación del todo independiente que tenía era con los profesores de teatro Lee y Paula Strasberg. Lee dirigía el Actor's Studio, donde habían estudiado actores de la talla de Marlon Brando, Paul Newman y James Dean. Yo todavía no había conocido a los Strasberg pero la mayor parte del tiempo que Marilyn no pasaba con los doctores ni en la casa, estaba con ellos, en el Studio o en su departamento. En ese momento yo no sabía muy bien hasta qué punto su amistad con ellos se debía al trabajo o a la diversión. —Estoy aprendiendo a ser una actriz dramática de verdad —es todo lo que decía al respecto. Además, lo decía con absoluta seriedad. En rigor, era la única cosa que decía sin reírse de sí misma. Esas palabras, "una actriz dramática de verdad", resonaron en el departamento durante todo el tiempo que estuve con Marilyn. Habrían de terminar por torturarla y ser una obsesión.

Como no tenía verdaderos amigos, se concentraba en sí misma. Su guardarropa era muy importante para ella. Aunque no era prolija ni se ocupaba de la ropa (ese era mi trabajo), adoraba tener cosas finas, en especial vestidos de noche. La hacía sentir bien el saber que los tenía, a pesar de que no tuviera oportunidad de ponérselos más que en casa.

Como no le gustaba salir de compras, los comercios siempre le estaban mandando prendas para que se probara. Yo la aconsejaba y le daba mi opinión, pero nunca conseguí convencerla de que la ropa que se ponía era demasiado ajustada. En realidad, su amplio guardarropa era muy simple: pantalones de terciopelo negros y castaños, muchos pares idénticos de pantalones de cuadros negros y blancos, blusas de seda y de algodón blancas y color crema, una interminable colección de vestidos con tirantes finitos y escote muy profundo y un depósito entero de zapatos Ferragamo de taco bajo.

Tenía cuatro tapados de visón, en blanco y castaño, muchas bufandas pero, por supuesto, nada de ropa interior. En el armario del baño tenía frascos y más frascos de su perfume preferido, Chanel N.º 5, y también unos de Joy, un perfume más caro. Pero rara vez se perfumaba, y con menos frecuencia se daba un baño o una ducha. El pequeño baño ni siquiera tenía una cortina para ducha. Miller usaba otro baño que estaba junto al dormitorio al otro lado del pasillo.

Por ser alguien que odiaba el agua, Marilyn pasaba muchísimo tiempo en el baño. Yo me preguntaba qué podía estar haciendo ahí tanto tiempo, si se toma en cuenta que los espejos del dormitorio eran mucho mejores para admirarse, algo que le gustaba hacer. Un día, pensando que había salido, entré al baño para ordenarlo y la encontré sentada en el inodoro, con las piernas levantadas, ocupada en una complicada ceremonia con un frasco de algún producto químico y dos cepillos de dientes, se estaba tiñendo el vello pubiano de rubio. Al ser descubierta gritó de tal manera que May Reis entró por la otra puerta del baño, que daba a su oficina. Por poco los ojos se le salieron de las órbitas, pero cuando vio que Marilyn estaba bien salió con discreción.

Por mi parte, yo estaba tan incómoda que ni me podía mover. Las dos estábamos rojas como un tomate. De pronto, ella comenzó a reír sin control. —Ahora sabes mi secreto —dijo entre carcajadas—; es para que haga juego con el cabello. —Siempre había supuesto que Marilyn era una rubia natural y rubia en todas partes. Pero ahora sabía la verdad

—Con todos mis vestidos blancos y demás ropa, no quedaría bien tener el pelo oscuro ahí abajo. Se podría trasparentar —dijo.

—Pero ¿no es peligrosa esa tintura?

—Es una porquería —volvió a reír—. Me pica y a veces pesco infecciones; pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

Dos días después la encontré en la cama con una bolsa de hielo entre las piernas. —¿Qué le pasa? —le pregunté.

—Tengo todo hinchado por la decoloración —dijo en un quejido—. Está tan inflamado… ¡ay! —Acercó todavía más la bolsa de hielo. Era un precio muy alto, pensé, el que pagaba para ser una diosa rubia y sensual.

Cuando iba a ver a los doctores o al Actor's Studio no prestaba la menor importancia a su apariencia. Pero en las pocas oportunidades en que iba a los estrenos o a lugares importantes, se preocupaba muchísimo por lucir espléndida.

Los preparativos comenzaban por la mañana temprano, cuando llegaba Kenneth, el famoso peluquero. Muy elegante, como el modelo de un aviso de ropa fina para hombres, siempre traía un diario para leer porque Marilyn lo hacía esperar invariablemente una hora. Nunca había revistas ni libros cortos y divertidos en la sala de estar para que los invitados los hojearan; todo lo que Miller leía lo guardaba en su estudio.

Por lo general me tocaba a mí despertarla con la noticia de que Kenneth ya había llegado.

—¡Qué bien! —decía entre bostezos, antes de volver a dormirse.

Cuando mis esfuerzos fracasaban, May Reis probaba su suerte con nuestra Bella Durmiente, como la llamaba Hattie. May casi siempre controlaba sus nervios y tenía paciencia con la pereza de Marilyn; sin embargo, una vez se exasperó:

—Marilyn, Kenneth tiene mucha gente importante que atender, no puede hacerle perder el tiempo así.

—¡Sí que puedo, sí me da la gana! —Era la primera vez que la veía furiosa. —Le pago por hora. —May salió con humildad y pidió disculpas a Kenneth, un hombre muy paciente, por la tardanza de Marilyn.

Cuando por fin se levantaba, se pasaba un peine por el pelo, se lavaba un poco la cara, se ponía la bata blanca y salía a saludar a Kenneth. A mí me sorprendía que no le diera vergüenza estar tan desprolija delante de un experto en belleza tan importante. —¡Hola! —le decía, le daba un gran beso y sonreía con aire seductor. Jugueteaba con la bata; la abría rápido y la volvía a cerrar para hacerle olvidar el mal humor por haber tenido que esperarla Kenneth, un perfecto caballero, no se turbaba en absoluto. Se limitaba a conducirla al baño para darle el lavado de cabello que tanto necesitaba.

Mientras Marilyn se secaba el cabello y bebía champaña, Kenneth terminaba de leer el diario. Las verdaderas piruetas del peluquero empezaban con la sesión de peinado. A veces Kenneth se pasaba horas

probando distintos modelos. Cada vez que se miraba al espejo, ella empezaba a gritar: —¡Es espantoso, espantoso!

Al final, Kenneth daba con la fórmula mágica para ese día. Cuando por fin Marilyn quedaba satisfecha con el peinado, se volvía para saludar a la maquilladora, que, tras viajar desde Long Island en la hora de más tráfico, había tenido que esperarla durante horas. Las sesiones de maquillaje también eran una agonía. Eran interminables las discusiones sobre el matiz del lápiz labial, las sombras de ojos, las pestañas postizas, el colorete y el polvo. Yo tenía que quedarme a su lado en todo momento para dar mi aprobación. Una vez que peinado y maquillaje estaban "perfectos", me tocaba a mí ayudarla a elegir la ropa para la noche. Más de una vez ocurrió que Marilyn comenzara a llorar, decidiera no salir, tomara unas pastillas para dormir y cayera en letargo a causa de la frustración. Sin embargo, cuando salía, lucía espectacular. Era la verdadera Marilyn Monroe. Me sentía muy orgulloso de ella y estaba contenta de haber podido ayudarla a estar hermosa. Pocas mujeres en el mundo podrían haber lucido más bellas que Marilyn cuando se preocupaba por estar bien

Miller, sombrío y almidonado con su esmoquin, siempre me pareció un compañero poco apropiado para Marilyn en tales ocasiones. Ella, radiante de felicidad, reía como la reina de un baile de estudiantes. Sin embargo, los dos estaban muy satisfechos con la apariencia del otro, y esa extraña mezcla de dignidad y extravagancia era lo que los volvía una pareja llamativa. No había nada que la hiciera más feliz que salir de punta en blanco; yo me sentía feliz de que ella saliera, aunque eso significara muchas horas de trabajo.

Por desgracia, no tenía tantas oportunidades de salir Como tenía pocos amigos, no estaba haciendo ninguna película, y no había muchas cosas que le interesaran, Marilyn tenía muy pocas cosas que hacer. Por lo tanto, al igual que mucha gente que se aburre, comía mucho. Hattie, como cocinera, era la quintaesencia de la trivialidad norteamericana, pero a Marilyn y a Miller, que con frecuencia comía solo en el estudio o en el comedor, les gustaba como cocinaba. Además de sus huevos en el desayuno, Marilyn comía muchos bifes y costillas de cordero. Siempre le gustaba acompañar la carne con un plato de queso mantecoso.

Cuando estaba deprimida comía sola en la cama recostada contra los almohadones. Mordisqueaba la carne del hueso de la costilla hasta dejarla limpia y después tiraba los huesos grasosos sobre las sábanas con descuido. A veces hasta se limpiaba las manos con las sábanas antes de tomar la copa de champaña. Por supuesto, después de comidas como esta había que cambiar la ropa de cama Cuando Marilyn tenía la menstruación, había que cambiarlas varias veces por día, ya que, como imaginarán, las toallas higiénicas le gustaban tanto como las bañeras.

Le gustaba la comida italiana; en realidad la fascinaba. Para ella fue todo un acontecimiento que yo cocinara: las *lasagne*, tallarines, condimentos y salchichas eran el deleite de Marilyn, como son el de los chicos los caramelos y las gaseosas. Gradualmente mis especialidades comenzaron a formar parte de su dieta cotidiana, hasta devoraba las sobras frías con placer. —No tire nada —solía decir. Casi siempre comía lo que yo le cocinaba en la cama—. Los romanos comían como usted —le decía yo como una broma sobre su apetito voraz y sus modales pocos delicados

Traté de enseñarle a comer los tallarines con cuchara y tenedor. —Es mejor así —le expliqué mientras le mostraba la forma de dar vuelta el tenedor en el hueco de la cuchara, típica de Italia. Se negó a intentarlo.

—No soy italiana —me decía, mientras los indomables fideos se le escurrían del tenedor y le caían sobre el cuerpo. Una vez tomó dos largos tallarines y puso uno alrededor de cada seno. —Mira —gritó sacando pecho —, esto es lo que yo llamo un sostén.

Los buenos modales nunca le preocuparon; no le importaba el lugar ni lo que estuviera comiendo. Una de sus costumbres desagradables era la de eructar y ventosear constantemente. Después supe que tenía problemas de vesícula, lo que pudo haber sido la causa de su mala digestión. Sin embargo, cuando Marilyn se daba cuenta, los ruidos que hacía le parecían muy graciosos. A May Reis y a Miller les resultaba muy incómodo pedirle que se aguantara, pero yo tenía la impresión de que hubieran querido esconderse en otro cuarto cuando las explosiones empezaban. Ella a veces advertía lo mal que se sentían, pero su incomodidad la divertía en lugar de molestarle. Pedir perdón con una sonrisa era su única manera de disculparse. Se pasaba tanto tiempo llorando que me alegraba verla reír.

A Marilyn no le costaba nada llorar. A menudo la razón de su tristeza era muy clara: Miller la había ignorado, no le gustaba su propio aspecto, o simplemente estaba aburrida. Otras veces lloraba sin razón y se pasaba muchas tardes de lluvia en la cama, sollozando en silencio. Un día, mientras limpiaba el cuarto y sacaba el polvo, encontré dos fotos en la mesa de luz. Una era de una mujer muy bonita; la habían tomado hacía muchos años. La otra era de Abraham Lincoln.

—¿Quién es la señora de la foto —le pregunté. Ese día Marilyn tenía ganas de charlar.

—Mi madre —respondió con alegría.

—Me lo imaginé —dije—, usted es igual a ella. Es muy linda.

—Gracias. Está en un sanatorio de California —contestó sin avergonzarse—. Y ese es mi padre —dijo, señalando a Lincoln. Comenzó a reír

—Eh, vamos —dije—, sé quién es.

—Es mi padre —insistió, chistosa—. Bueno, en realidad —continuó con más seriedad—, no sé quién es mi padre. Mi madre nunca me lo dijo; así que bien puede ser él. ¿Por qué no? Puedo elegir el padre que más me guste.

—Si el señor Miller tuviera barba sería igualito a Lincoln —dije.

—Sí, ya sé. —Vaciló y luego la sonrisa se le hizo pedazos—. Oh, Lena, cómo me gustaría tener un padre —dijo llorando.

A pesar de las razones que tenía para no ser feliz, nunca se descargó conmigo. Casi siempre estaba triste pero, al mismo tiempo, era dulce. Solo una vez, cuando empecé a trabajar en la casa, quiso probar mi paciencia. La pelea de aquel día nos acercó más que antes, y desde ese momento comenzó a ser completamente franca conmigo.

El problema empezó cuando Marilyn decidió, por puro capricho, que quena el cuello de las blusas muy almidonado, como el cuello de las camisas de hombre. Traté de convencerla de que el cuello blando, que queda chato, era más femenino y le sentaba mejor; pero ella insistió en que lo quería almidonado.

Cuando volví al cuarto después de unas horas, con los brazos llenos de blusas recién almidonadas y planchadas, me ordenó que esperara. Una por

una se las empezó a probar Cada vez que se ponía una blusa, protestaba porque el cuello no estaba suficientemente duro y la arrojaba a una pila de ropa arrugada para lavar que estaba en el piso. Me quise morir al ver que estaba destruyendo lo que tanto trabajo me había costado.

—Usted me engañó. Lo hizo a su manera, no como yo quería. Todo el mundo hace lo que se le da la gana. ¡Por qué no se van al diablo! Yo soy la que manda acá, yo pago las cuentas. ¿No tengo derecho a pedir que hagan las cosas que quiero?, ¿como a mí me gustan? ¿Me escuchó bien? ¡Quiero que hagan las cosas como a mí me gustan! —Se enloqueció de tal manera que tiró de todos los botones de la blusa que llevaba y trató de arrancar el cuello entero. Luego me arrojó la blusa hecha jirones a la cara. —Ahí tiene. Váyase al diablo con su cuello blando de porquería!

Salí de la pieza y corrí a mi cuarto; no podía retener las lágrimas Tenía ganas de dejar el trabajo. Empecé a juntar mis cosas. En un minuto Marilyn estaba en mi cuarto, llorando todavía más que yo. —¡Lena, por favor, disculpa, perdóname! Por favor, dime algo. No me odies. Habla. Dime algo. ¡Te necesito tanto! —me echó los brazos al cuello y la abracé como a una niña. ¿Cómo me iba a enojar? ¿Quién podría enojarse?

No me dejó salir de su cuarto en el resto del día. A la tarde, cuando estaba por irme a casa, insistió en saludarme desde su ventana. Quería que el chófer me llevara a casa pero yo no acepté. Cuando salí del edificio y empecé a caminar por la calle 57, oí a Marilyn gritar desde la ventana del piso trece. —¡Lena! ¡Lena! ¡Hasta mañana! —Me tiraba besos desde la ventana abierta, tenía medio cuerpo afuera y tuve miedo de que se cayera. Le tiré un beso y la saludé con la mano. Desde ese día, Marilyn representó para mí algo más que mi patrono. Se convirtió en mi amiga especial, en mi responsabilidad especial, parte de mi familia y mi vida.

Capítulo tres

La discusión sobre los cuellos almidonados nos acercó mucho más que antes. Se aterrorizaba ante la menor posibilidad de que me fuera del trabajo. Parecía resistirse a dejarme ir a casa por la noche. Cuando me despedía desde la ventana del cuarto todas las noches se mostraba muy insegura, como si tal vez no me fuera a ver más. Por supuesto que yo no la habría defraudado. Como sentía que ella me necesitaba más que a nadie, hasta empecé a descuidar a mi familia.

Por suerte, la familia Pepitone también vivía en nuestro edificio y se podían encargar de los chicos y de Joe, mi marido. Todos eran muy comprensivos. Sin embargo, cuando Marilyn me preguntaba por los chicos, se daba cuenta de que los extrañaba. Un día, de pronto, dijo.

—Tráelos aquí.

—No, por favor…, no puedo hacer tal cosa.

—¿Por qué no? Tráelos, por favor. Me encantaría.

Sabía que hablaba en serio. Quizá quisiera una oportunidad para jugar a ser madre. Pero las razones que tenía no me importaron; al poco tiempo, ya pasaba a buscar a Johnny y Joey por el colegio todos los días para llevarlos a la calle 57, a menudo con el chófer de Marilyn. Me sentía muy rara al andar en ese enorme Cadillac negro; probablemente todo el mundo pensaba que éramos gente muy importante. Los niños se quedaban hasta las 5 y 30, hora en que venía Joe para llevarlos a casa. A él lo fascinaba verla. Siempre lo saludaba con un "hola" enorme y un gran beso.

Mis chicos la pasaban muy bien en casa de Marilyn. Comían en la cocina, jugaban con el piano, se escondían en los grandes armarios y, lo más importante, jugaban con ella. Como eran mucho menores que los adolescentes de Miller, Marilyn por lo general no se preocupaba por estar

vestida delante de ellos. Ellos no sabían bien lo que estaban viendo pero sus ojos muy abiertos me decían que sí sabían que era algo muy diferente y especial. Su juego preferido era usar la cama de Marilyn como un trampolín, mientras ella les cantaba canciones típicas de Broadway, como *I Get a Kick Out of You*.

Ella los abrazaba y besaba todo el tiempo, les preguntaba por el colegio y los miraba con melancolía. Muchas veces se ponía a llorar cuando se iban.

—Lena, los quiero tanto. Yo también quisiera tener un bebé. De veras.

—Los va a tener —le decía para darle seguridad. Cuando los niños se iban, quedaba especialmente deprimida—. Los extraño de verdad —decía. No obstante, la soledad no era su único problema. Con frecuencia, al entrar yo al cuarto, encontraba hojas de distintos guiones tiradas por la cama y el piso; a veces estaban todas rotas—. No puedo aprenderlo —gritaba—. No puedo actuar. No resultará. —Una vez la vi arrancar las páginas de un libreto y tirarlas por el aire como una nevisca. Después se puso a llorar de tal manera que lo único que la calmó fue una buena medida de champaña. Fue en noches como esta cuando empecé a quedarme con ella, a menudo hasta después de la medianoche. En noches semejantes —ya se habían ido todos y Miller continuaba en el estudio— me empezó a contar lo que la hacía tan infeliz.

—¿Qué estoy haciendo en Nueva York? —preguntaba—, ¿qué demonios estoy haciendo aquí? —el tono de la voz era de enojo pero, sobre todo, de Impotencia—."¿Cuándo me van a salir bien las cosas?

No me había hablado todavía de su pasado lejano, la niñez, sus matrimonios, sus comienzos en el cine, porque el presente lleno de problemas le ocupaba toda la atención. En ese momento, la preocupación más grande e inmediata era ser una actriz seria, no el símbolo sexual que constituía para todos.

—Quiero actuar, de verdad. —Ese era el deseo que le había traído a Manhattan. Solía decir: —Ya me harté de ese Hollywood de porquería. —La confundía y le molestaba sobremanera que Hollywood la hubiera convertido en ese símbolo sexual—. Claro que lucía hermosa —decía—, pero allí había muchas chicas más lindas que yo. Tendrías que verlo, Lena.

Parece un concurso de belleza. Supongo que tuve suerte —dijo y vaciló antes de agregar: —por un tiempo.

—Hice tal como me dijeron y para lo único que me sirvió fue para que se abusaran de mí —dijo con rencor de los productores—. Todos se me reían en la cara. Lo detesto. Pechos grandes, trasero grande, un lindo cuerpo. ¿No puedo ser algo más que eso? ¿Cuánto tiempo voy a seguir siendo *sexy*? —Se detuvo para mirarse al espejo largamente. Advertí que tenía pánico de la vejez—. Hay que tener alguna otra cualidad —dijo.

—El problema empezó con la película *El mundo de la fantasía*[*].

—¡Fue el acabóse! —dijo enfurecida—. Se suponía que iba a ser un éxito. Y cuando vieron que no lo era, ¿a quién le echan la culpa? A mí. Yo era “obscena”, una “amenaza” para los niños. ¿Te das cuenta? —Explicó que la famosa película musical debió haber sido todo un éxito. Tenía las canciones del famoso compositor Irving Berlin y la voz inolvidable de Ethel Merman, que estaba muy de moda y que en Broadway había actuado en espectáculo como *Annie, consíguetelo*. Además, también estaba Marilyn. Su gran número se llamaba “Ola de calor tropical”—. Pienso que era bastante calurosa esa ola —dijo sonriendo—. Yo llevaba una falda abierta adelante, creo que se llama flamenco, con bragas y sostén negros debajo. En el baile me hacían abrir bien la falda y saltar de aquí para allá como si tuviera convulsiones. Dijeron que era una danza nativa. ¡Bah! Cuando pienso en ella, me parece tan ridícula. —Rió con desprecio—. ¡Películas! —Los críticos condenaron el número por ser Increíblemente indecente y de muy mal gusto, sobre todo por el modo en que Marilyn se movía al bailar, rodeada de un grupo de nativos que la miraban con lujuria.

—¿Qué puedo hacer yo? —imploró—. Actúe lo mejor que pude. Hice lo que me pidieron. Me dijeron que el baile estaba bien para mí y para la película. ¡Qué basura! Les convenía a ellos, eso es todo. Todo el mundo me odiaba después de esa película, hasta Joe DiMaggio. Era un tipo a la antigua. Quería que yo solo fuese *sexy* en casa, con él.

Me explicó que Joe no respetaba a Hollywood ni su carrera en Hollywood en lo mínimo. —Fue el primero en decirme que no tenía que ser una rubia tonta. También odiaba a Los Angeles. Él era de San Francisco, y a toda la gente de San Francisco le parece horrible. Los Angeles. Para ser

sincera, a mí no me enloquecía San Francisco. La gente de Joe se portó muy bien conmigo y a mí me gustaban mucho, pero me aburría estar dando vueltas por ese restorán y salir en el barquito de Joe. ¡Y esa niebla! Yo podía ponerme muy romántica sin esa bendita niebla. Siempre pescaba resfríos y entonces no estaba romántica en absoluto. Sin embargo, para Joe había solo dos lugares en todo el mundo: San Francisco y Nueva York.

Cuando firmó contrato para *El mundo de la fantasía*, Marilyn pensó que sería una película que enorgullecería a Joe. A ella le parecía la versión cinematográfica de una comedia musical de Broadway. Después de todo, iba a salir la gran Ethel Merman, de Broadway, cantando los éxitos de Irving Berlin. Pero antes del estreno de la película. Joe le dijo a Marilyn que no pasaba de ser una barata explotación hollywoodense del escenario de Nueva York. Él había visto el mentado número "Ola de calor" y le había pacido un desastre. Cuando los ejecutivos del estudio le pidieron que posara con Marilyn en el *set* para fotos de publicidad, se negó rotundamente. Sin embargo, al día siguiente estuvo encantado de posar junto a Ethel Merman e Irving Berlin. —Puede que ellos hayan sido sus amigos de Nueva York, pero yo era su mujer… —se quejó Marilyn.

—Me dijo que ellos eran profesionales. Se merecían ser astros porque tenían verdadero talento y habían trabajado mucho para ganarse la fama. Él pensaba que es deshonesto ser una estrella solo porque una es linda o *sexy*. "Haz una comparación entre tú y Ethel —me gritaba— ¿qué podrías hacer en un escenario de Broadway?". —A ella esto la hacía sentir muy mal, pero Joe no quería ser cruel, sino solo hacerle ver que su reinado había sido fabricado por los productores de Hollywood. Ella estaba en manos de ellos, le advertía siempre Joe. Si un día decidían que ya no era más *sexy*, ese sería el fin de su carrera artística.

—No creía que yo tuviera talento al que recurrir. Eso me asustaba muchísimo. Yo quería seguir la carrera y, aunque en ese momento no podía actuar, quería aprender. —Sin embargo, Joe quería que ella se olvidara de la actuación para siempre. La amaba para sí solamente, quería que fuese su esposa durante todo el tiempo. Él tenía mucho dinero y ella necesitaba una carrera para mantenerse. —Pensaba que yo era la mejor mujer del mundo —dijo—, pero nunca creyó que pudiera actuar. Además, Joe decía que

aunque actuara como Bette Davis, las productoras no me darían los papeles que yo quería. “El problema es que estás encasillada como una rubia tonta y se acabó”, decía. Bueno, yo quería mostrar lo que valía, ante él y ante mí misma.

Joe nunca la alentó en su carrera. En realidad, hizo lo que pudo por obstaculizarla. Se negaba a acompañarla a las fiestas de Hollywood, tan necesarias para la imagen pública de una artista. La única excepción a esta actitud en contra del cine y de Hollywood era ir a comer con ella y Frank Sinatra, su amigo íntimo por aquella época. Cualquier otra persona del mundo del espectáculo estaba excluida. —Aparte de Frankie, lo único que le interesaba era el golf y la televisión —dijo Marilyn—. Nunca jugaba con gente del ambiente. Se quedaba en la casa más que Arthur, solo que él no escribía sino que miraba la televisión. Era como si estuviese en huelga. —Me contó que la única vez que Joe la acompañó a un estreno fue al año siguiente de su divorcio y solo porque ella le había suplicado que le hiciera el favor.

No obstante la actitud de Joe, ella estaba decidida. —Nunca había sido nada, nunca en la vida. Y tenía la oportunidad de ser alguien. No podía abandonarlo todo justo cuando las cosas me salían bien; no para convertirme en un ama de casa, aunque fuera la esposa de Joe. Tenía que llegar al éxito por mí misma. —Vaciló—. Así pensaba entonces. Ahora, cuando hablo con Joe y le cuento lo que me pasa, siempre responde: “Ya te lo dije”, y yo pienso que no estaba equivocado. Pero en realidad me encanta ser una estrella, y después de todo lo que pasé no voy a abandonar.

Marilyn pensaba que *La comezón del séptimo año*[*], la siguiente película, había deteriorado por completo la relación con Joe y causado el divorcio. —Fue por el asunto de la falda, ¿recuerdas? El viento del metro la levantaba. —Se refería a la famosa escena donde ella estaba de pie sobre una rejilla de alcantarillado del subterráneo: una ráfaga de viento le volaba la falda, descubriendo las bragas blancas. A Tom Ewell, el coprotagonista, que representaba a un marido cuya esposa se había ido de vacaciones, le encantó la escena; al público también. Pero a Joe, no—. Y ¿si me hubieran dejado vestir como acostumbro? —rió con malicia; se refería a su hábito de

no usar ropa interior—. Eso hubiera sido distinto. —Volvió a estar triste—. Y entonces, ¿de qué sirve ser una estrella si así se pierde al marido?

A pesar de que el público hacía cola en las boleterías de cine para verla, unas pocas críticas desfavorables y la opinión demoledora de DiMaggio la hicieron sentirse humillada. —Y yo, que supuestamente me estaba convirtiendo en una estrella, me sentía tan infeliz. Dios mío, ¡qué mal estaba! —Fue en este período de depresión cuando conoció a Lee y a Paula Strasberg. Al parecer, la alentaron a estudiar actuación con ellos en Nueva York—, Pensaban que podía llegar a ser una actriz dramática en serio —decía Marilyn, recalcando su frase predilecta—. Eran tan agradables que realmente les creí.

Además de las palabras gratificantes de los Strasberg, Marilyn también tenía el apoyo de un joven fotógrafo de modas, Milton Greene, que le sacaba fotos para la revista *Look*. —Le había sacado fotos a todo el mundo: Marlene Dietrich, Grace Kelly. A mí me impresionó. Además, era un chico tan joven —dijo Marilyn—. Me imaginé que él tenía mucho mundo. —Greene también pensaba que podía llegar a ser una “actriz dramática en serio”, según ella. Insistía en que Marilyn fuera a Nueva York y formara una compañía con él; él iba a producir una película distinta. Me contó que él le había prometido que se podría ganar un buen nombre en buenas películas. Además, le hacía sentir que, junto a él, podía tener éxito por sí misma y no porque los productores de Hollywood lo dictaminaran. “Tú serás la productora”, le había dicho Greene. Nunca más la obligarían a filmar algo como “Ola de calor”.

—Todo eso sonaba muy bien —dijo—. Además, Joe no quería que fuera actriz ni nada por el estilo, excepto una esposa, y yo realmente quería actuar, aunque no fuera excelente. Por lo menos, así pensaba entonces… Cuando nos separamos yo quedé muy confundida… Todavía lo estoy… Bueno, el caso es que yo prefería ir a cualquier lugar, antes que estar en Hollywood. Nueva York me pareció una oportunidad distinta… Ah —agregó tras una pausa—, también estaba Arthur; vivía aquí. Así que vine.

Marilyn no hablaba mucho de Milton Greene, pero lo que decía siempre tenía un dejo de decepción. —Me dijo que no volvería a ser una “rubia tonta” nunca más. ¡Ja! ¿Sabes cómo terminé? ¡Siendo una rubia tonta! —

Ella esperaba que Milton la ayudara a convertirse en una mujer elegante y refinada, como Amy, su mujer, que era modelo—. Yo pensaba que Amy era la típica mujer de Nueva York: con mucha clase y distinción. Bueno, mírame bien. Nueva York no me modificó mucho que digamos, ¿no?

—Tantas mujeres darían cualquier cosa por parecerse a usted —le aseguré; yo estaba realmente convencida.

—Eh, Lena por favor…

—De verdad —dije, y ella me abrazó.

Me contó que los Greene la habían dejado vivir con ellos en Connecticut y después le prepararon una *surte* en el hotel Waldorf Astoria. —Al principio, Milton hizo todo lo posible por que yo me pareciera a una modelo de la revista *Vogue*… bueno, a una modelo gorda de *Vogue* —rió—. Trajo a Kenneth, manicuras, maquilladoras, modistas, de todo. Creo que quería hacer de mí una nueva Amy, pero pronto desistió.

A veces Marilyn bromeaba de ese modo sobre sí misma. Otras volvía a pensar en lo que había dicho y perdía la seguridad que antes había tenido. —Lena, esto no tiene nada de gracioso —decía, y comenzaba a llorar—, ¿Qué soy yo? ¿Qué sé hacer? No soy nada, nada. —En la cama, encogía las piernas sobre el estómago como un bebé y sollozaba. Yo la tapaba y me sentaba a su lado hasta que se quedaba dormida.

Poco después me contó acerca de las dos películas que había hecho con Milton Greene. Estaba convencida de que en las dos seguía siendo una "rubia tonta". La primera película era *Nunca fui santa*[*]. —Se trataba de una cantante de *cabaret* barata y un vaquero que se enamoraba de ella —dijo. Estaba orgulloso de las críticas favorables que había tenido la película, pero la manera en que había cantado *Aquella vieja magia negra* la enorgullecía aún más. Le encantaba cantar y varias veces quiso representarme el número—. Era realmente una tonta —decía con respecto al personaje que encarnaba. A ella lo que le importaba era el papel y no su propia actuación, por más que hubiese sido descollante. No le gustaban los personajes que le tocaba interpretar—. Me encantaría representar a una dama de verdad, aunque fuera una sola vez —decía con voz casi suplicante.

De la segunda película con Greene, *El príncipe y la corista*, ella hablaba en todo momento. Le encantaba viajar y esa película le había dado la

oportunidad de ir a Inglaterra. Era su segundo viaje al extranjero. Con anterioridad había viajado al Japón con Joe DiMaggio para fomentar el béisbol y alentar a las tropas de Corea. Lo único que recordaba era que los japoneses eran bajos, que hacían reverencias todo el tiempo y que siempre le ofrecían toallas de mano calientes. Sin embargo, lo que más le había gustado era el hecho de haber visitado un lugar exótico.

Además, estaba el nuevo entusiasmo de actuar ante el público. —Las tropas de Corea se enloquecían por mí —decía radiante—. No lo podía creer. Había miles de soldados que clamaban por mí. Tuve miedo, pero lo volvería a hacer—. La excitaba la reacción del público ante ella—. Nunca creí que las cartas de admiradores qué recibía fueran auténticas hasta que canté para los soldados. Yo les gustaba de verdad. —Por lo que contó, no hubo otra experiencia en toda su vida que le haya hecho valorarse más que la acogida que le dieron las tropas. Allí cantó y se mostró tal cual era. No fue una actuación. Sin embargo, la idea de actuar en público la fascinaba. En ese momento su nuevo objetivo era actuar bien y no podía dejar de pensar en ello ni por un instante.

Quería ir a todas partes. Decía que las dos viajaríamos juntas a Italia. —Quiero conocer a tu familia —repetía constantemente—, ¿te parece que les gustaré? —Cuando le contesté que ella era su actriz preferida, pareció enorgullecerse.

También se quejaba de que Miller no quería ir a ningún sitio. —El gobierno cree que es comunista. Como le pondrían muchos obstáculos cara viajar, ni siquiera lo intenta… Pero por lo menos fuimos a Inglaterra. —Más tarde supe que el Congreso estaba investigando a Miller porque había tenido actividades izquierdistas por la época en que se casó con Marilyn. Cuando se enojaba, Marilyn se jactaba de haberlo sacado del aprieto: —Lo respaldé en público. Todos sabían que yo no era comunista. Si no hubiera sido por mí, Arthur no habría logrado nada.

Aunque le encantó haber viajado a Inglaterra para la filmación de *El príncipe y la corista*, le disgustó el recibimiento que tuvo. —Se supone que los ingleses son muy agradables, pero a mí me trataron como un animal raro que destila sexo. —Dijo que la prensa británica se comportó como una masa de jóvenes hambrientos de sexo—. Lo único que querían saber era

mis medidas, si dormía desnuda y si usaba ropa interior. Dios mío ¿no hay mujeres en Inglaterra? —Se sintió aún más ofendida porque el diario *Times* de Londres la ignoro por completo, mientras que los periódicos sensacionalistas la adulaban. Para una mujer que jamás leía los diarios, su interés por el nivel de la prensa que recibía era muy curioso. De todos modos, aunque por lo general ignorara la noticias mundiales, tenía muchos recortes de diarios ingleses que ella misma había guardado; la mayoría de ellos la entristecían, ya que hacían hincapié en el sexo.

Para ella, toda la experiencia resultó muy frustrante, en especial su relación con *sir* Laurence Olivier. Pensaba que era un gran honor aparecer junto al mejor actor inglés, pero sentía que *sir* Laurence pensaba que eso era una tarea insoportable. —Creo que me odiaba —decía con el ceño fruncido—. Me echaba las miradas más sucias, hasta cuando sonreía. Yo me lo pasaba enferma, pero él no me creía, o no le importaba. El espectáculo debe continuar, etcétera. Yo me esforcé, de verdad. —Por sus mejillas empezaron a bajar lentamente las lágrimas—. Pero todo el mundo le hacía caso a él porque era un gran actor. Y entonces también me odiaban a mí porque yo llegaba tarde. No lo podía evitar, de verdad. Me crees, Lena, ¿no? —Me contó que trató de seducir a Olivier, en especial, en las fiestas, cuando ella se ponía vestidos ajustados e insinuantes, porque pensaba que eso lo ayudaría a superar la reserva de todo buen inglés. Pero no sirvió—. Me miraba como si hubiera acabado de oler un montón de pescado pasado, como si yo fuera una leprosa o algo repugnante. Decía “estás sencillamente arrebatadora, querida” o algo por el estilo pero, en realidad, tenía ganas de vomitar. —Esto la exasperaba.

La experiencia en Inglaterra le destrozó los nervios. No solo tenía que estar bien ante lord Olivier sino también ante Miller, Milton Greene y Paula Strasberg, que se encontraban allí para la filmación. Ellos tres eran las personas más importantes de su vida y no quería decepcionarlos por nada del mundo. La presión debe de haber sido tremenda.

Sin embargo, lo que más le dolía era el sentimiento de fracaso a los ojos de Olivier —No podía creerlo. Ahí estaba yo con el actor más famoso de todo el mundo. Me sentía una estúpida todo el tiempo. —Marilyn siempre alababa a Olivier por ser un actor excelente. Como yo no había visto

ninguna de sus películas, le pedí que mencionara los personajes más importantes ya que así lo conocería un poco mejor. Marilyn me miró fijo: —¿Sus películas?— Admitió avergonzada que no había visto ninguna. —Pero vi a su mujer. Hacía de Scarlett O'Hara en *Lo que el viento se llevó*, un trabajo excelente.

—¿Se refiere a Vivien Leigh? —Le pregunté; yo había visto la película.

Rió. —Como quiera que se llame. Su Alteza, lady Olivier, —dijo parodiando el acento británico—. Yo tampoco le gustaba a ella Pensaba que yo le había robado el papel y lo había arruinado. —Vivien Leigh había hecho el papel de Marilyn en la versión teatral junto a su marido. De hecho, Marilyn no había robado el papel; Milton Greene lo había comprado para ella. Su compañía, Producciones Marilyn Monroe, había adquirido los derechos de la película *El príncipe durmiente*. Se contrató a Olivier para que fuera el coprotagonista y el director. —Trabajó para nosotros —dijo, orgulloso, una vez. De todos modos, Marilyn me contó que había mucho resentimiento contra ella y sus "norteamericanos millonarios" porque usaban los dólares para "comprar" artesanía británica.

El intento resultó contraproducente. En lugar de convertirse en una Vivien Leigh, sentía que seguía siendo una "rubia tonta", a pesar de su alianza con esos lores y *ladies*. Para empeorar el problema, las críticas fueron desastrosas. Tuvo que agregar el nombre de Milton Greene a la lista de gente que la había defraudado y, finalmente, disolvió la compañía.

Ella creía que Greene había fijado sus propios objetivos como productor de cine, en lugar de los de ella como actriz. ¿Qué mejor que firmar un contrato exclusivo con una de las estrellas más famosas para entrar en el mundo del espectáculo? Todo lo que le había dicho sobre "ser una gran actriz" era puro palabrerío. Cuando los papeles estaban firmados, Greene se veía forzado a seguir las pautas dictadas por Hollywood.

—Yo era una diosa del sexo, nada más. Esas eran las reglas del juego —dijo. Las rubias tontas implicaban una gran cantidad de dinero en la caja y el dinero era lo único que importaba en Hollywood. Estoy atrapada —se lamentaba. Era un asunto de negocios, y nada más. Tal como ella lo veía, el sistema también lo había tragado a él. Se preguntaba quién le conseguiría los "papeles de calidad" que ella quería.

Para Marilyn, lo único rescatable de *El príncipe y la corista* fue la oportunidad de conocerá la reina Isabel. Si bien no podía encarnara una reina en la pantalla, por lo menos había conocido a una. —Fue lo más emocionante de mi vida —dijo con orgullo—. Como no sabía qué decirle, hice una reverencia. Había aprendido esas cosas en la película. —Rió a carcajadas y me explicó que casi se cae hacia adelante pero que, de algún modo, se las arregló para mantener el equilibrio. Yo estaba contenta de verla reír.

Con el eclipse de Milton Greene, la función de asesoramiento, así como la esperanza, recayeron en los Strasberg. Ellos, más que nadie, eran los causantes de su sueño de ser una gran actriz; una actriz de Nueva York, no una diosa de Hollywood. Para Marilyn, los Strasberg representaban Broadway, la legitimidad e integridad en la profesión del actor. Con ellos, su carrera de actriz adquiriría la dignidad que no tenía. Sentía que ellos no permitirían que la "usaran" con el propósito de hacer dinero. —Nunca me defraudarán —aseguraba—, por nada del mundo. —Yo rara vez los vi en el departamento, aunque Paula venía con más frecuencia que Lee. Era evidente que Miller no se llevaba bien con ellos, de modo que Marilyn los veía en el Actor's Studio o en su departamento, que quedaba en Central Park Oeste.

A mí los Strasberg siempre me asustaron. Nunca sonreían. Lee Strasberg era un hombre bajo y calvo, de mirada muy despectiva. No me lo podía imaginar diciéndole algo agradable a algún actor por su trabajo, ni siquiera a *sir* Laurence Olivier. El hecho de que, en efecto, él elogiara a Marilyn, la abrazara y rieran juntos, debe de haber sido muy importante. Si Lee Strasberg decía que ella tenía enormes posibilidades, tenía que ser cierto. Por lo menos, eso era lo que ella pensaba.

Sin embargo, lo más importante era que para ella Lee representaba todo lo que le faltaba a Hollywood. Él era un artista, un intelectual, no una máquina de hacer dinero Según ella, Lee era ruso; sus padres, que eran inmigrantes, habían trabajado en los talleres de confección del Lower East Side, donde los explotaban al máximo. A él le había costado muchísimo llegar a algo en teatro, como actor y como director. También había probado suerte en Hollywood pero se marcho muy pronto. El hecho de que hubiera

conseguido irse hacía a Marilyn sentirse más segura en su decisión. Era el mejor profesor de teatro de Estados Unidos. La gente hubiera hecho cualquier cosa por estudiar con él, y él gustaba de ella. Esto la conmovía. En Lee veía al albo caballero (aunque no lucía gallardo, ni siquiera afeitado) que la respaldaría ante los influyentes de Hollywood que antes habían gobernado su vida.

Si bien no era una persona simpática, Paula Strasberg era menos intimidante. Antes había sido actriz, era la profesora personal de Marilyn. Se quedó todo el tiempo a su lado en *El príncipe y la corista* y en otras películas. —No podría decir ni una línea si ella no estuviera —dijo—, y además, me protege en el *set*. No pueden sacar partido de mi cuando está. Con ella hacemos las escenas como a mí… como se debe. Paula es amiga mía.— Todo lo que Paula representaba para Marilyn, si no me equivoco en lo que ella me dijo, se reflejaba en su enorme sueldo: casi dos mil dólares por semana. En realidad, Paula, que siempre usaba horribles y viejos vestidos negros, no se gastaba el sueldo en ser elegante. Era fea y gorda pero lo que a Marilyn le importaba era su lealtad y su aliento constante.

De todos modos, no estaba segura. —Lena, ¿te parece que podría ir a Broadway? ¿Qué pasaría si me olvido los parlamentos… frente a toda esa gente? —Esas eran las típicas preguntas que hacía, sin esperar una respuesta. Respecto del dinero, tenía otras sospechas. Con frecuencia mencionaba que Lee Strasberg siempre se quejaba de que en el Studio había poco dinero, ya que dependía de las donaciones. Después de todo, era difícil ser artista y hombre de negocios al mismo tiempo. Marilyn era la única alumna del Studio que no tenía problemas de dinero para ejercer la profesión. A veces se preguntaba si no la estarían adulando para sacar ventaja de su fama y dinero. —¿Soy de verdad tan buena como ellos dicen? Es imposible. No lo sé. —Movía la cabeza y se miraba al espejo.

Yo también me lo preguntaba. En las películas ella se veía distinta que en su casa, pero no actuaba en forma diferente. Podía llegar a ser *sexy*, dulce, desvalida, inocente, en extremo alegre y en extremo triste. Así era Marilyn. Ella no estaba representando. Tal vez a la gente le gustaba tanto en la pantalla porque era auténtica, natural. El hecho de tratar de actuar de acuerdo con un libreto o incluso con el método de los Strasberg era un

esfuerzo artificial por imponer orden en un desorden muy humano que el mundo amaba tal cual era.

—Una rubia tonta, eso es lo que soy. ¿A quién están engañando? —repetía con tristeza mientras intentaba seguir el programa que Paula y Lee le habían asignado. A veces me hacía sentar en la cama mientras ella daba vueltas por el cuarto y trataba con desesperación de recordar los parlamentos que debería decir en la clase. Yo leía una parte y ella se olvidaba de la suya. "¡Mierda!" era su maldición preferida cuando fracasaba en algo. A veces, un poco de *Piper Heidsieck* la ayudaba, pero por lo general la hacía desistir y dormir un rato. Otras veces, simplemente tomaba el guión y se miraba al espejo. —Conéctate con el personaje, ponte en contacto con él —decía, repitiendo la probable instrucción de los Strasberg —, Ponte en contacto con él. Ah, cómo desearía poder llamar a este estúpido personaje por teléfono.

Tenía mucha dificultad para pronunciar las palabras Siempre pasaba por el baño a la oficina de May Reis para preguntarle el significado de una palabra o la pronunciación correcta. Hasta se anotó en un curso especial de inglés varias tardes por semana durante un tiempo. Creo que era un curso destinado a extranjeros; sin embargo, Marilyn sentía que era imprescindible para ella. —Me parece que esto me pasa por haber dejado el colegio —decía antes de ir a la clase.

—Lo único que quiero es hacer un papel distinto: una reina, una gran actriz o una doctora. Cualquier cosa. —Quería el desafío de representar un personaje diferente. Cherie, su personaje en *Nunca fui santa*, era una cantante sin amigos y sin un peso que quería triunfar en Hollywood. La historia de Cherie tocaba muy de cerca a Marilyn. Ellas dos se parecían demasiado. El papel de Elsie en *El príncipe y la corista* era más distinguido pero también se trataba de una cantante. Estas no eran las grandes damas que Marilyn soñaba con encarnar. —Los Strasberg dicen que yo puedo —se repetía una y otra vez a sí misma. Para ella eso era actuar de verdad. Ese era el desafío. No estaba segura de poder hacerlo bien, pero tenía muchísimas ganas de hacer la prueba.

El lugar que ocupaba Miller en los esfuerzos de Marilyn por ser "una auténtica actriz dramática" no era muy claro. Como autor, con seguridad

representaba lo máximo en cuanto a arte dramático. El hecho mismo de que Marilyn se hubiera casado con él era un símbolo de su renuncia a Hollywood. En cierto sentido, Miller la protegía de que la usaran como una rubia tonta con un cuerpo voluptuoso. Sin embargo, a él no parecían importarle mucho los papeles de rubia tonta que ella había desempeñado en *Nunca fui santa* y en *El príncipe*. —A Arthur le gustaron los dos —decía Marilyn, con el ceño fruncido. Luego reía tontamente—. Creo que las rubias tontas le gustan en secreto. Antes de mí, nunca tuvo a ninguna otra. ¡Qué gran apoyo tengo en él! —No, no parecía que Miller fuera a luchar por conseguirle un papel de gran drama. Los Strasberg parecían sus únicos salvadores.

Al principio yo había creído que Lee y Paula la ayudaban por pura amistad, pero Marilyn se lo pasaba enviándoles cheques. —Realmente necesitan el dinero —decía con preocupación. No estoy segura de la razón de los cheques: las clases de Paula, donaciones al Studio… La verdad es que Marilyn era muy pródiga con la chequera. De hecho, era muy generosa con todos, incluso conmigo.

Al llegar el otoño, se empezó a preocupar porque mi abrigo de lana no era muy grueso. Un día me vio estornudar. —Bueno, basta —insistió—. No voy a permitir que te resfríes. —Tomó la chequera, que casi siempre estaba cerca de la cama, y me hizo un cheque por 300 dólares—. Y ahora te me vas a Bloomingdale's y te compras un tapado, y que sea abrigado. ¿Está claro? —Yo rechacé el cheque pero ella no lo aceptó. Esta era una de sus pocas órdenes; si no hubiera aceptado el cheque, se habría ofendido.

También era muy generosa con mi paga. Nunca ganaba menos de 150 dólares por semana, lo que en esa época era un excelente sueldo. Con frecuencia ganaba mucho más, en especial cuando ella se sentía triste y yo me quedaba hasta tarde para hacerle compañía. Ni una vez le hablé de dinero; ella tampoco me preguntó. Simplemente me lo daba.

Supongo que a May, Hattie, y Cora, la chica de la limpieza, también las trataba bien. Por ejemplo, siempre insistía en que le dejáramos a Cora una botella de Chivas Regal a mano porque, como ella decía, "limpiar es bastante pesado; se merece un buen trago".

En las noches en que nos quedábamos juntas, decidía que yo también merecía un trago. Aunque antes nunca compartíamos la bebida, en esos momentos se ofendía si no la acompañaba con un poco de champaña. Como enseguida me ponía alegre, yo tomaba apenas unos sorbos. Mientras supiera que yo estaba cómoda, seguía charlando durante horas. Al principio, todas las conversaciones giraban en torno de la cuestión de ser una “actriz dramática en serio”. Sin embargo, al parecer había problemas más importantes y profundos que vacilaba en abordar. Odiaba a Hollywood, pero ¿por qué? —Les quiero demostrar a ellos —decía. “Ellos” eran Hollywood, aunque yo todavía no sabía muy bien lo que “ellos” le habían hecho a Marilyn. Muy pronto me habría de enterar.

Capítulo cuatro

Una tarde, mientras cosía un vestido de Marilyn, empecé a tararear en voz baja. La canción era *“L’ora é fugita”*, la hermosa aria de la ópera *Tosca*. Todos los niños italianos aprenden estas canciones y siempre las disfrutan. Supongo que me habré dejado llevar por la música, ya que en pocos minutos estaba cantando la letra como si fuera Caruso.

—¡Oh, Lena! —exclamó Marilyn, que estaba de pie en el umbral y desnuda como siempre.

Dejé de cantar y le pedí disculpas. —Espero no haberla despertado.

—No, no. Oh, sigue cantando. Era tan linda la melodía —dijo—, no me habías dicho que sabías cantar.

Me sentía muy incómoda como para seguir la canción, pero ella quería convencerme: —¿De dónde es? ¿Qué dice la letra?

Le respondí que era porte de una ópera y que era el lamento de una mujer cuyo amado se había suicidado ahogándose.

—¡Una ópera! Paula Strasberg dijo que me llevaría a ver una. Tal vez podamos ir todos juntos —dijo. Por un momento la idea pareció entusiasmarla, como si en su vida pudiera entrar algo nuevo Pero su sonrisa se disolvió y una mirada muy triste asomó en su cara. —Nunca puedo ir a ningún sitio —dijo, y comenzó a llorar.

—Sí que puede ir adonde quiera, a cualquier parte del mundo —dije para consolarla.

—¿Con quién? —me preguntó con tristeza—, ¿con quién? Sola.

—Con el señor Miller, con sus amigos…

—¿Qué amigos? Si yo no tengo a nadie. —Se arrojó a la pequeña cama cerca de donde yo cosía y rompió a llorar—. Lena, cántame, por favor.

Terminé de tararear el aria y ella empezó a tranquilizarse.

—Cantas tan bien —dijo. Me elogió una y otra vez.

—Cuando era niña quería ser cantante —le confesé—. Pero en Italia las “buenas chicas” no tienen que ser cantantes. Madres, sí pero no cantantes.

—¿Por qué no?

Le expliqué que en Italia no es muy digno ser actriz o cantante. Le conté lo mal que me sentí cuando mi padre me prohibió cantar y hasta pensar en esa posibilidad. Como ya le había mencionado, mi padre se opuso terminantemente a que fuera monja.

—Como decía que era mejor ser prostituta que monja, no me hice monja. Después pensé en ser cantante pero las artistas tampoco le gustaban. Era demasiado rígido; pensaba que era lo mismo ser cantante que prostituta. Entonces me mandó a la academia de costura. Ojalá me hubiera criado aquí. Tal vez hubiera cantado y tenido mucho éxito; no sería una simple modista. Estados Unidos es mucho mejor. Aquí uno puede ser lo que se le ocurra. —Con seguridad debo de haber parecido muy deprimida.

—No, no es así. De ninguna manera —dijo Marilyn, con una amargura poco habitual en la voz—. Tu padre tenía razón. ¿Qué diferencia hay entre una actriz o una cantante y una prostituta? Está todo podrido.

—Hay una gran diferencia en este país —dije—. Y si no, fíjese en usted misma. Es una gran estrella, un éxito. Todos la conocen.

Marilyn sacudió la cabeza. —Una prostituta, una prostituta. Tú tuviste… un padre que te lo advirtió —dijo y comenzó a llorar.

Le traje champaña para levantarle el ánimo y surtió efecto. —Lena, nunca te sientas frustrada por no haber sido cantante. Tenías un padre maravilloso; él estaba en lo cierto. Si no, mírame a mí.

—Todo el mundo quisiera ser como usted.

—No, no es cierto —dijo—; se ríen de mí. ¿Qué soy yo? Nada, una prostituta…

—Pero no —traté de consolarla—, todos la adoran.

Me miró fijamente, y entre las lágrimas asomó una leve sonrisa: —Todo es tan absurdo. Una estrella… Lena, ni siguiera tuve una madre.

Me acerqué; me senté a su lado y la abracé mientras ella lloraba. —Pero ¿y la señora de la foto? —le pregunté. Me refería a la mujer de la mesa de luz.

—A ella no le importaba; a nadie le importaba. —Finalmente empezaba a contarme su niñez. Esto me ayudó a entender por qué se sentía tan infeliz, tan sola—. Te contaré todo si prometes no odiarme.

—¿Por qué habría de odiarla?

—Porque hice cosas que están mal, que me hicieron odiarme a mí misma, cosas que tu padre te impidió hacer.

—Sabe bien que nunca podría odiarla.

—Quiero que sepas cómo se llega a ser una… estrella. No quiero que te lamentes de no haber sido cantante. Tienes suerte de ser lo que eres. ¡De verdad!

Se secó las lágrimas en la funda de la almohada; le llevé pañuelos de papel. Se sonó la nariz, enjugó las lágrimas y me pidió que fuéramos a su cuarto.

—Allí me siento mejor, más segura —dijo. Se acurrucó en la cama y, con otra botella de Piper en la mano y yo sentada a su lado, empezó a recordar.

—Lo único que recuerdo bien es que siempre estuve sola, totalmente sola. —Me contó que era la hija ilegítima de una mujer que trabajaba en un estudio de cine—. Se llamaba Gladys Monroe Baker y mi verdadero nombre era Norma Jean Baker —dijo Marilyn como si se refiriera a gente desconocida—. Me lo cambiaron cuando decidieron rehacerme. Ellos cambian lo que se les da la gana. —Pronto comprendí que “ellos” se refería a los que controlaban los estudios de Hollywood, a los hombres que decidían las películas que se filmarían y quiénes llegarían a “estrellas”.

—Yo nací por error —dijo—. Mi madre no quería tenerme. —Me contó que a veces su madre decía que su padre era un artista famoso—. Yo soñaba que mi padre era Clark Gable. —Pero ella admitió que no sabía quién era y Marilyn nunca tuvo confianza con su madre como para averiguarlo—. Pienso que ella no me quería —dijo con tristeza. Cuando era bebé, la entregó a una familia adoptiva. La señora Baker iba a visitarla de vez en cuando, pero no parecía haber amor en ello—. Les pagaba para que me cuidaran.

Para Marilyn era muy doloroso que, en lugar de cuidarla, su madre hubiera pagado para que se encargaran de ella. Se había divorciado pero

todavía era joven. —Es probable que interfiera en sus planes. Yo era una deshonra para ella ante los demás. A una mujer divorciada le resultaba muy difícil conseguir un hombre, mucho más si tiene una hija ¡legítima. Pero de todos modos… yo desearía… todavía deseo… que me hubiera querido.

Lo que me sorprendía un poco era que a pesar de que la ausencia de su madre la apenaba mucho, nunca lloraba por eso. Era muy distinto con la ausencia de un padre. La sola palabra la hacía vacilar y al hablar del asunto siempre se desesperaba.

—Pero ¿ni siquiera tenía curiosidad de ver qué era yo, en qué me convertía? —se preguntaba con tristeza—. ¿No le importaba en absoluto? Cuando estaba con esas familias —con toda esa gente desconocida— siempre pensaba, en todo momento. Soñaba que un día un hombre agradable vendría y diría: “He venido a llevarme a mi hija”. Entonces me hubiera sentido segura. Siempre soñaba que eso pasaría. Recuerdo que a veces hasta me vestía bien con la poca ropa que tenía para esperarlo, porque ese día él llegaría. Yo quería estar lista. Sin embargo, él nunca vino. Nunca vino nadie. —No pude contener las lágrimas. Cuando Marilyn se dio cuenta empezó a llorar con más fuerza. La abracé; me dolía como si fuera mi propia hermana.

Ya me había confesado bastante en una sola noche; sin embargo, en el curso de unas semanas insistió en contarme la historia. Me explicó que había ido de casa en casa y que finalmente perdió a su madre por completo. La señora Baker fue a parar a un manicomio.

—Mi madre está en un loquero; mi abuela también estuvo en un loquero. Dios mío, yo no quiero terminar como ellas. —A pesar de estar en un manicomio, ella se las arreglaba para pagar a las familias adoptivas que se encargaban de Marilyn. (Tal vez se les pagaba con los fondos de la asistencia social).

Tenía muy pocos recuerdos felices de la niñez. Solo recordaba a una familia inglesa de gente mayor que la dejaba tomar un poco de alcohol con ellos. Para una niña, eso era una gran emoción.

—Allí aprendí a beber —sonrió—. Eran bastante agradables. No se ocupaban mucho de mí pero tampoco me trataban como a una esclava. Me

dejaban sola casi todo el tiempo. Nadie, ninguna de las familias, se daba cuenta de que yo existía.

Lo que más le dolía a Marilyn era que estas familias para ella ni siquiera fueron familias sustitutos. A esa gente le pagaban para que se ocupara de ella por un tiempo. Al parecer, nadie de ellos quería adoptarla.

—Nadie me decía “hija”; nadie me abrazaba ni me besaba. Nadie. Yo tenía miedo de decirles “mami” o “papi”. Yo sabía que no tenía ni madre ni padre; y ellos también. ¿Qué podía decir?

Una experiencia nefasta para Marilyn fue cuando la llevaron a un orfelinato. —Por lo menos antes estaba con gente. Aunque no me hubieran querido era mucho mejor que el Hogar. Era como un prisión Además yo no era huérfana, en realidad. El huérfano no tiene padres. Los padres de los demás niños estaban muertos, yo por lo menos tenía madre, pero ella no me quería. Todo esto me avergonzaba demasiado como para explicárselo a los chicos del Hogar.

Lo que Marilyn más recordaba del orfelinato, así como de algunas de las familias adoptivas, era lo mucho que tenía que trabajar: —Platos, platos y más platos. Sabía que cuando creciera sería una máquina de lavar platos. Es lo único que aprendí en mi vida. —Al parecer, en el Hogar no trataban con crueldad a los niños, pero era muy aburrido. Los mandaban al colegio y luego los llevaban al Hogar, se les asignaban tareas dentro de la estricta rutina y después debían dormir todos juntos en un dormitorio colectivo. Tenían muy poca intimidad; sin embargo, la cercanía con los demás no contribuyó a que Marilyn ganara amigos. Como nunca había tenido la oportunidad de conversar con un familiar, era muy tímida y callada—. Nunca sentí que perteneciera a un lugar, ni siquiera al Hogar —dijo—. Solo me sentía feliz cuando nos llevaban al cine. Me encantaban las películas, eran mi única diversión. Los artistas eran amigos míos. En el cine me sentía libre.

Finalmente la “rescató” del hogar una señora que ella llamaba “tía Grace”. No era un familiar sino una amiga que tenía su madre en el trabajo del estudio. Cuando su madre entró en el manicomio, Grace pasó a ser la tutora de Marilyn. Ella le suplicó a Grace que la sacara del orfelinato, donde había pasado casi dos años. En esa época contaba once años. Grace la sacó

de allí pero las casas adonde fue a parar no fueron mucho mejores. Una de las familias ya tenía hijos propios y no hacía absolutamente nada para que Marilyn se integrara al grupo.

—Los chicos no me querían y los padres tampoco. Cuando me sentaba a comer a la mesa todos hablaban entre ellos pero ni me dirigían la palabra. Para colmo después tenía que lavar todos los platos yo sola. Era horrible.

Al final tía Grace la sacó de esa casa y la puso en otra, pero las cosas fueron de mal en peor. Marilyn comenzó a desarrollarse y tomó conciencia de sí misma, en especial de sus pechos. Además no conocía muy bien los “hechos de la vida”, fuera de lo que había oído en los cuchicheos y murmullos del patio de recreo. Como era demasiado tímida para hablar del tema con tía Grace y no tenía una amiga que la guiase, Marilyn tuvo que aprender la verdad de la peor manera. Una noche uno de sus “padres adoptivos” la invitó a conversar un rato con él. El resto de la familia había salido.

—Nunca me había hablado antes. Me hacía tan bien que alguien me prestara atención. —Después le ofreció *whisky*. No había tomado nada desde que había estado con la pareja de ingleses hacía muchos años. Como la gente inglesa ya le había convidado, no desconfió de la poco usual amabilidad del hombre. Luego este empezó a besarla—. Al principio me gustaba que me abrazara y me besara. Nadie me daba besos, nunca. Pero después… no paraba de besarme. —Sin embargo, Marilyn mantuvo la calma al contarme que el padrastro le ordenó quitarse la ropa—. Pensé que debía hacer lo que él me decía, fuera lo que fuese. —Estaba acostumbrada a cumplir órdenes. Luego él la violó—. No grité, no hice nada. Me dolió mucho al principio pero después dejé de sentir. Solo me quedé allí tendida; lloré nada más.

Marilyn dijo a Grace que fue infeliz en esa casa pero que no podía decirle por qué. Finalmente Grace se la llevó a vivir con ella y su marido, que tenía hijos de su matrimonio anterior. Por fin estaba con gente a quien podía llamar amiga, algo que ella jamás había conocido. Sin embargo la torturaba el hecho de ocultar su nefasta experiencia. Cada vez se sentía peor por la culpabilidad y por los dolores que no desaparecían. Estaba embarazada.

Dijo que ocultó el secreto hasta que fue demasiado tarde para dar otra solución al problema; lo único que podía hacer era tener el bebé.

—Temía que me matara cuando se lo contase —dijo Marilyn respecto de Grace—, pero no se enfureció en absoluto Solo me llevo al médico. Después fui al hospital, donde tuve el bebé… mi bebé Tenía mucho miedo pero fue hermoso. Era un varoncito. Yo lo abrazaba y lo besaba. Lo tocaba en todo momento. No podía creer que ese bebé fuera mío. Lo tuve en el hospital unos días, pero cuando ya me tocaba irme vino Grace con el médico y una enfermera. Estaban muy raros y me dijeron que se llevarían al bebé. Fue como si me dieran una patada en el estómago. Les imploré: “No se lleven al bebé”. Pero Grace me miró con muy mala cara y me dijo que era lo mejor, que yo era demasiado joven para cuidarlo y que ya había causado bastantes problemas. Me ordenó que me callara la boca. Y me quitaron al bebé… nunca volví a verlo.

Marilyn lloraba desconsoladamente. Tomó un frasco de pastillas para dormir que estaba al lado de la cama, se metió una en la boca y la tragó con un poco de champaña. Esa noche Marilyn debió de haber gastado una caja entera de pañuelos. Tiraba los trozos de papel tisú húmedos en la cama y en el piso. Ni se preocupaba. Y yo no se lo reproché.

Cuando la pastilla empezó a hacer efecto y se calmó un poco quiso seguir hablando del bebé. —Ves, Lena, que puedo tener hijos —dijo, orgulloso, con respecto a las dificultades que había tenido en esos años para tener un hijo del señor Miller—. Tuve un hijo una vez y lo volveré a hacer. Volveré a quedar embarazada.

No pude evitar preguntarle si sabía lo que había pasado con el niño.

—No sé —contestó con tristeza—. Temía preguntarles. Pensaba que me mandarían al Hogar. Ah, Lena, esos días que pasé en el hospital cuidando al bebé fueron los más felices de mi vida. Espero que el niño esté bien, que tenga una buena familia. Quizá Grace tenía razón. ¿Qué clase de madre podría haber sido yo en aquel momento? Yo era una nena. —Empezó a llorar otra vez—. ¡Cómo me gustaría verlo!

—Y ¿por qué no? —le pregunté—. ¿No podría averiguar dónde está y qué pasó?

—Ah, no —dijo—. No puedo hacerle eso. Espero que sea feliz. Él tiene su vida. Yo no quiero arruinársela. Al principio, cuando me lo quitaron, tuve ganas de escaparme, de ir a buscarlo y llevármelo y vivir con él, con el bebé. Pero yo no tenía dinero, nada, y estaba muy asustada. De modo que me resigné; eso es todo, me resigné. —Marilyn fue quedándose dormida muy lentamente y la tapé con la sábana y una frazada. Antes de irme a casa me quedé a su lado media hora más para estar más segura de que dormía bien Mientras caminaba a casa por las calles oscuras y desiertas del East Side pensé que yo era muy afortunada. Tenía una familia que me esperaba en casa, dos niños maravillosos. Pobre Marilyn. Ella, ¿qué tenía?

Al día siguiente quiso retomar la charla. Le encantaba tener a alguien con quien hablar y además debía percibir que a mí me importaba. Aunque yo no pudiera modificar mucho las cosas para ella, me gustaba escucharla con atención y paciencia. Me contó que después de que le quitaron el bebé tía Grace decidió que era mucho mejor que Marilyn se casara. Me explicó que la familia de Grace iba a mudarse. Marilyn tenía tres opciones: encontrar a otra familia, volver al orfelinato o casarse. Después de todo, tenía quince años y era casi una mujer. Había tenido un hijo. ¿No era un tanto inapropiado volver al orfelinato? Tal vez el matrimonio no fuera algo tan desagradable.

—A esa altura estaba tan confundida que hice lo que me dijeron —dijo Marilyn—. Ni siquiera podía pensar. No quería regresar al Hogar… Eso nunca. Ojalá hubiera conocido a un hombre y me hubiera casado antes, así podría haberme quedado con el bebé.

—Creo que ellos (la familia de Grace) no me tenían la menor confianza —dijo Marilyn. Me contó que había seguido creciendo (“estaba bastante desarrollada”) y que todos los muchachos del colegio habían empezado a fijarse en ella—. De pronto empecé a ser popular. Antes nadie me miraba, ni me dirigían la palabra. Y de pronto todos los muchachos me saludaban y me galanteaban muchísimo. Había aprendido a maquillarme… ¡Bueno! Realmente había diferencia. —Sin embargo la gran diferencia era que Grace y su familia tenían mucho miedo de que Marilyn volviera a quedar embarazada. Grace le había echado en cara los gastos del hospital y siempre

le advertía muy seriamente que tuviera “mucho cuidado” cuando estaba con muchachos.

El muchacho en quien Grace confiaba era Jim Dougherty, el vecino de al lado. “Nunca pude escribir bien su apellido”, dijo Marilyn. —Jim era apuesto, tenía buenos modales, un buen empleo, y un auto —dijo Marilyn —. Lo que no podía imaginar era por qué quería estar conmigo un muchacho como Jim—. Siempre fue muy insegura de sí misma, aun al despertar por primera vez a la belleza. Decía que estaba “desarrollada”, nunca que era linda.

No obstante, una vez que Grace hizo la proposición Jim pareció querer a Marilyn, y bastante. —Fuimos a un baile juntos —recordó Marilyn—, Grace tuvo que rogar a la madre de Jim que lo hiciera llevarme. Yo tenía quince años, él diecinueve y ya tenía muchas amigas de su misma edad. En esa época yo lo respetaba mucho, en especial porque tenía un auto. Había sido todo un personaje en la escuela secundaria. Yo estaba en el mismo colegio y no era nadie. Hasta le pedí a una chica que hiciera de varón y bailara conmigo. Quería estar segura de que sabía bailar y de que no le pisaría los pies. Bueno, ni bien empezamos a bailar y comenzaron a poner los discos lentos, que se bailan apretados, él no se preocupó en absoluto. Era muy gracioso que fuera él quien me pisaba a mí. Creo que estaba bastante excitado. —Marilyn se puso a reír como una niña.

No era un romance como los de las películas, “pero era lindo sentir que una gustaba a alguien. Yo le gustaba mucho”. Aparentemente Grace siguió presionando a la madre de Jim y la pareja se casó en 1942, en plena Segunda Guerra Mundial.

—Yo no lo elegí —explicó Marilyn—, pero yo nunca había elegido nada. Grace no me dio otra alternativa. Ella se mudaba y quizá quería estar segura de que yo iba a estar bien cuidada. Cuando una vez intenté decirle que no estaba enamorada, ella se rió con desprecio y me dijo: “¿Qué sabes tú del amor? Vas a enamorarte después de casada. Haz lo que te digo, nada más”. Y así lo hice, pero nunca me enamoré.

Marilyn no habló mucho de su matrimonio; solo mencionó que trató de ser una buena ama de casa. —Sabía lavar los platos —dijo riendo—, tenía mucha experiencia. Pero jamás aprendí a cocinar.

—Es muy fácil cocinar —dije.

—Para ti sí. Me alegro mucho de que estés aquí. Yo ni siquiera se calentar la comida sin quemarla.

Abandonó la escuela secundaria, aunque eso no le disgustó mucho. —No era brillante en el colegio. Nunca fui brillante en ningún sitio, de modo que pensé que lo mejor que podía esperar era ser un ama de casa.

—¿No pensó en ser estrella de cine?

Marilyn rió a carcajadas. —¿Estás bromeando? La idea ni se me ocurrió en ese momento. Me conformaba con ir al cine. Pero actuar, ¡ja! Y ahora trabajo en las películas. Es curioso.

—¿Y entonces cuándo decidió actuar en cine?

—Es que yo no lo decidí. Eso es lo ilógico. Te contaré.

Dijo que aunque deseaba tener un hijo fervientemente, tuvo dudas por la incertidumbre de la guerra (era probable que Jim tuviera que ir en cualquier momento) y también porque no estaba segura de que ese matrimonio que Grace le había impuesto durara para siempre.

—La verdad es que me estaba gustando cada vez más —dijo Marilyn—, Jim fue la primera persona que gustó tanto de mí y que era agradable; pero después tuvo que irse a la guerra.

Antes de que Jim se embarcara, él y Marilyn vivieron en una base en una isla cerca de Los Angeles. Excepto las esposas, no había muchas mujeres en la base. Marilyn, que para ese momento ya se había desarrollado mucho más, disfrutaba de la atención que se le prodigaba, en especial cuando se ponía el traje de baño para ir a la playa el sábado.

—En la escuela secundaria los muchachos habían comenzado a prestarme atención, pero en Catalina fue increíble. Era como si yo fuese… una estrella de cine. Nunca se me había ocurrido que yo fuera tan espectacular, pero con todos esos tipos que me miraban y sonreían… Me gustaba que me dijesen que era bonita Me gustaba muchísimo. Toda mi vida me habían ignorado y en ese momento empecé a mirarme en el espejo durante horas para descubrir que tenía yo de particular. Al principio Jim se enorgulleció, pero después comenzó a preocuparse. No me tenía confianza… y supongo que tenía razón.

Cuando Jim partió Marilyn fue a vivir con los padres de él a Los Angeles. Su vida con ellos era tan monótona que empezó a ir a bares por la tarde para beber sola. —Eso me ayudaba a matar el tiempo. No había nada que me entusiasmara. Y me gustaba tomar. —Me contó que solía ir de bar en bar. Hacía las rondas en el auto de Jim. Uno de los bares era peculiar: allí había muchas chicas solteras y muchos hombres. Al parecer todas las mujeres salían del bar con los hombres después de uno o dos tragos. Nunca había visto un lugar tan propicio para la amistad. Algunos hombres habían tratado de conquistar a Marilyn pero ella se había negado diciendo que era casada—. Era divertido cuando trataban de conquistarme —confeso Marilyn—. Sin embargo la mayoría de ellos no eran tan interesantes. Los verdaderos hombres parecían estar luchando en algún país en el extranjero.

No obstante, en este bar había otras compensaciones. Un hombre maduro, que le dijo que trabajaba en el cine, no se dio por vencido. Le ofreció a Marilyn quince dólares para que fuera con él.

—Al principio me chocó. No había concurrido a ese bar lo suficiente para saber lo que allí pasaba. Vestía de traje, de modo que pensé que no podía lastimarme. Cuando empecé a pensar que no me alcanzaba el dinero para comprar un vestido que me gustaba, bueno… yo también estaba bastante borracha… así que le dije que iría. Yo no sabía muy bien qué quería hacer él. —Marilyn me contó que salieron del bar y fueron al hotel donde el hombre se hospedaba. Le pidió que se quitara la ropa—. Pensé que eso era bastante por quince dólares. En la playa estaba casi desnuda… gratis.

Sin embargo, el negocio no concluía allí. Cuando el hombre comenzó a sacarse el traje, Marilyn empezó a chillar. El hombre le explicó sus intenciones. Ella dijo que al principio quiso salir de allí corriendo. —Pero después lo pensé mejor. Aunque en realidad no amaba a Jim, le dejaba hacer lo que quería. No me molestaba tanto. ¿Cuál era entonces la diferencia? —Marilyn dijo al hombre que él tendría que tomar precauciones, como lo hacía Jim. Por supuesto, no quería correr el riesgo de quedar embarazada—. Él se molestó mucho. Tuvo que volver a vestirse y salir a buscar una farmacia —dijo Marilyn con ironía—. Pero volvió más que rápido.

Según Marilyn, ella volvió a aquel bar y a otros del mismo tipo con bastante asiduidad. Para ella era una manera fácil de conseguir un poco más de dinero. Además le entusiasmaba ver cómo los hombres se excitaban cuando ella se desvestía. —Me decían que era hermosa, espléndida, de todo. Todos actuaban de la misma manera. —Le hacía sentir que tenía un poder especial sobre los hombres—. No hacía falta que les dijera una palabra. Solo tenía que desvestirme. —Meneó la cabeza con aire incrédulo y sonrió. Dijo que los hombres ni reparaban en que ella no se excitaba con lo que ellos le hacían—. Simplemente satisfacían sus ganas y luego se iban. A mí no me importaba —dijo— No estaba acostumbrada y no esperaba nada.

Uno de los hombres que conoció de esta forma le dijo que era un agente de Hollywood. —Esos bares estaban llenos de agentes —dijo Marilyn—, o al menos de tipos que decían serlo. Muchas de las chicas que frecuentaban esos bares tenían la esperanza de llegar al cine de esta manera. —Ese agente fue más amable que los demás—. Pienso que yo le gustaba de verdad. Nos vimos unas cuantas veces. Me dijo que yo era especial, que tenía el aspecto justo para trabajar en películas. Dijo que si *lo* hacía, lo que estaba haciendo, con los hombres indicados quizá pudiera actuar en películas. Yo me reí de él y le dije que no sabía actuar. Y él me contestó que tampoco sabían hacerlo Fulanita y Menganita. Nombró a algunas de las grandes actrices del momento. Cuando se fue me quedé pensando en lo que había dicho. Y bueno, decidí que tal vez tuviera razón. —Fue entonces cuando Marilyn empezó a pensar en ser actriz de cine—, Al principio solo fue una idea pero luego adquirió más importancia. Se convirtió en una ambición, mi única ambición, la primera ambición que tuve en la vida.

Marilyn dijo que empezó a dar más importancia a su aspecto, a comprar vestidos que realzaran su figura, a maquillarse y arreglarse el cabello. —Esos hombres me dieron una razón para vivir. —Sin embargo, dijo que esas tardes secretas la inquietaban mucho. ¿Qué pasaría si Jim volvía a casa y la descubría? ¿Y si se encontraba con algún amigo de Jim que estuviera con licencia? Temía tanto que la descubriesen que hizo que la madre de Jim le consiguiera un trabajo en la planta de defensa donde trabajaba la señora de Dougherty. Pero ese trabajo no duró mucho. Marilyn pronto reunió coraje

para entrar en una agencia de modelos y en seguida consiguió muchos trabajos—. Allí también había mucho sexo. En cierta medida los tipos esperaban que aquello fuera parte del trabajo. Sin embargo en vez de pagarme me tomaban una foto. Yo lo prefería así. Me encantaba posar. Me asombraba que en general saliera en las fotos mejor de lo que era en la vida real.

Para preservar su creciente independencia, Marilyn se fue de casa de los Dougherty y se mudó a la casa de la tía de Grace, Ana Lower, que era una mujer de edad. Marilyn la llamaba cariñosamente “tía Ana”. Cuando Jim volvió a casa con una breve licencia ella decidió que debía divorciarse.

—Para mí no había diferencia entre lo que sentía con él y los demás —admitió. Sentía que necesitaba libertad y que ese matrimonio tampoco era justo para Jim—. Se merecía una esposa que lo amara. Él era una buena persona. No me merecía. —Esa fue la única vez que vi a Marilyn llorar por Jim. En general hablaba de él en un tono frío, pero para ella fue un paso muy importante dejar a Jim, el único hombre que le había demostrado verdadero afecto. —Todavía me siento mal al respecto —me dijo en voz baja.

Como Jim ya estaba fuera de su vida, Marilyn pudo perseguir sus sueños de Hollywood sin perturbaciones. Según ella, la mayoría de las “modelos” de Los Angeles querían trabajar en el cine, y su agencia tenía ciertos contactos en diversos estudios. Consiguió que le tomaran una prueba en la compañía Twentieth Century Fox ya que su foto había aparecido en varias revistas.

—No podía creer que me estuviera pasando a mí —dijo Marilyn. Sonrió; aun siendo una estrella, todavía se asombraba de haber tenido esa oportunidad. Marilyn pasó la prueba en forma brillante y obtuvo un contrato. Solo le pagaban 75 dólares por semana. Otras chicas también habían conseguido contratos similares pero no habían llegado a nada. Sin embargo eso ya era un primer paso. Tenía un pie en el umbral.

—¿Qué tuvo que hacer en la prueba? —le pregunté—. ¿Qué papel tuvo que representar?

Marilyn rió. —¿Papel? No dije una palabra. Era rubia y tenía buenos pechos; fue así como empecé. —De pronto se arrodilló en la cama y se miró

el pecho en el espejo. Se levantó los senos con la mano—. Eran mejores en esa época, más firmes —se lamentó Marilyn, y bebió un poco más de champaña. Después pasó los dedos por el cuello, grasoso por haberlo descuidado bastantes días. Volvió a hacer una mueca, como si no estuviese del todo satisfecha de su aspecto en ese momento. Dijo que para la prueba se había teñido el cabello de un rubio más brillante—. Cuanto más rubia, mejor. Los hombres tienen debilidad por el cabello rubio. ¡Es verdad! Ya te lo dije, Lena, tu padre tenía razón. Es lo mismo ser actriz, cantante o prostituta. Todas empiezan igual. Por lo menos, yo empecé así. —Su rostro volvió a ser muy serio—. ¿Qué piensas, Lena? ¿Me equivoqué? ¿Quizá debiera haber sido ama de casa? ¿Cuál es tu opinión?

—Si no fuese buena, no hubiera llegado a estrella —le recordé—. Si eso es lo que deseaba ser, entonces hizo bien.

—No, no; no es así, —suspiró Marilyn—. No sabía actuar. Todo lo que tenía era una cabellera rubia y un cuerpo que gustaba a los hombres. La razón por la que seguí adelante fue que tuve suerte y conocí a los hombres indicados. —Marilyn dijo que lo mejor que le pasó en la Twentieth Century Fox fue conocer a un señor llamado Joe Schenck, uno de los fundadores de la compañía. Marilyn me contó que los más altos ejecutivos insistían en “examinar” a las nuevas estrellitas que habían llegado a los estudios. Lo peor que una chica podía hacer era negarse a esos tipos. Estaría acabada —dijo.

Marilyn explicó que las actrices principiantes iban a fiestas especiales que se daban en dos importantes clubes nocturnos para que les “pasaran revista”. En general estas fiestas privadas se daban la noche anterior al estreno de alguna gran cantante o algún espectáculo famoso.

—Toda la gente de Hollywood iba a esas fiestas a ver a las nuevas chicas —dijo Marilyn—. Nosotras podíamos elegir. Podíamos conquistar a un actor joven y apuesto y divertirnos un rato; o ir con algún viejo influyente y ganar unos dólares, o, si realmente teníamos suerte, convencerlo de que nos ayudara a conseguir algún papel. Casi todas nosotras siempre tratábamos de encontrar a un viejo. Yo enseguida me hice conocida. Me consideraban una “muchachito promisoria” en esa época —dijo riendo.

Para darme una idea más exacta de la vida en Hollywood, Marilyn me habló del señor Schenck. Era un hombre de alrededor de setenta años, calvo y con aspecto de oso; tenía una enorme nariz y un cigarro enorme en la boca. El señor Schenck, un inmigrante ruso, realmente triunfó por sus propios medios. Empezó trabajando en una farmacia en Nueva York. Le dijo a Marilyn que había trabajado en el Bowery.[1] Irving Berlin era mozo y cantante en el restaurante que estaba al lado de la farmacia donde Schenck aprendía a llenar recetas. Luego el señor Schenck tuvo un parque de diversiones. Había sido dueño del Palisades Park, que iluminaba la parte del Río Hudson perteneciente a Nueva Jersey, frente a Manhattan. En varias ocasiones Marilyn había mencionado que quería ir a ese lugar. Pensaba que sería divertido dar una vuelta en todos los juegos. Muy pronto Schenck dejó la montaña rusa para dedicarse al cine. Había estado casado con la estrella de cine mudo Norma Talmadge, que lo dejó por George Jessel. Luego estuvo comprometido con la belleza británica Merle Oberon y vinculado a muchas otras sirenas de Hollywood. Tenía un yate que valía un millón de dólares. En Hollywood Schenck tenía la fama de ser un hombre que podía comprar a cualquier mujer que deseara; y en realidad era cierto. En ese momento quería a Marilyn, a quien habían cambiado el nombre al firmar contrato con la Fox.

—Me hacía ir a su casa —dijo Marilyn—. Era una mansión. Nunca había estado en un lugar semejante. Tenía una comida exquisita también. Allí fue donde tomé champaña por primera vez. Lo que me gustaba era que me contara cosas de todas las estrellas que yo había visto en el cine. Joe las conocía a todas. Tenía una especie de pasión por los pechos. Después de cenar, me hacía desvestir y me contaba historias maravillosas sobre John Barrymore, Charlie Chaplin, Valentino y otros mientras él jugaba con mis pechos. ¿Yo qué podía decirle? Como ya estaba poniéndose viejo, no pretendía mucho más que eso; pero a veces me pedía que lo besara… allí abajo. —Marilyn hizo un mohín y señaló sus genitales—. No quiero volver a hacerlo nunca más —exclamó. Su rostro mostraba una intensa expresión de asco reprimido—. El tiempo transcurría muy despacio, y nada pasaba, pero temía detenerme. Yo tenía náuseas, pero si vomitaba yo pensaba que él se ofendería. A veces se dormía. Si se quedaba despierto, me daba

palmaditas en la cabeza como a un cachorro y me daba las gracias. Las demás chicas pensaban que yo ya lo había logrado. ¡Ja! Yo siempre volvía a su casa. Al menos la comida era rica.

Los esfuerzos de Marilyn con el señor Schenck parecían haber sido en vano. Al cabo del primer año le anularon el contrato. Aunque Schenck había tenido mucho poder, hacía poco tiempo había estado en la cárcel por chantaje organizado en la industria del cine. Si bien lo habían absuelto, sus conexiones con el hampa se cernían sobre él como una nube. Por eso no podía usar de toda su influencia para "hacer de Marilyn una estrella" de un día al otro. —Yo siempre pensaba que lo único que tenía que hacer era un llamado telefónico pero él no se decidía. Todo lo que me decía era: "Ya va a llegar el momento". —No obstante, la hacía ir a su casa para las sesiones de cuentos y le decía que tuviera paciencia—. Yo no tenía otro lugar a donde ir, ni siquiera un empleo. Joe era mi única esperanza.

Finalmente sus anhelos se cumplieron. Después de varios meses de frustraciones y desempleo, durante los cuales vivió de sus desfiles como modelo y de frecuentar bares, Joe le presentó a Harry Cohn, el director de Columbia Pictures.

—En comparación, Joe [Schenck] era Clark Gable. El señor Cohn era el tipo de hombres que ni siquiera saluda antes. Solo ordenaba que te metieras en la cama. Para él las mujeres eran esclavas. —De todos modos, Cohn llevó el nombre de Marilyn a las marquesinas, en el segundo lugar de importancia de una película llamada *Ladies of the chorus*. Yo siempre pasaba con el auto por el teatro donde estaba la marquesina con mi nombre. ¡Marilyn Monroe! Dios mío, ¡cómo me emocionaba! Deseaba que hubieran usado Norma Jean para que vieran mi nombre los chicos del Hogar y los colegios, que nunca se fijaban en mí. Se hubieran sorprendido mucho. —La película no fue un éxito pero en ella Marilyn cantaba y bailaba. Representaba a una bailarina de *vaudeville* que conoce a un millonario. El hombre se enamora de Marilyn sin conocer su identidad. Aunque al final la descubre, el amor todo lo puede. A menudo Marilyn hablaba sobre ese final. A ella le gustaba.

El único final triste fue que Cohn y la Columbia se deshicieron de Marilyn después de esa película. Después de otra espera angustiosa

consiguió un pequeño papel en el film *Locos de atar*[*], con los Hermanos Marx. —No había nada de actuación, solo sexo. Tenía que atravesar un cuarto contoneando las caderas. Tuve que practicar el movimiento durante una semana. A Groucho le enloquecía. Los ojos se le salían de las órbitas. Recuerdo que fuera de cámara me hizo el siguiente chiste: “Jovencita, creo que eres un caso de desarrollo detenido. Con tu desarrollo seguro que algún día detienen a alguien”. Eso me ayudaba mucho a tranquilizarme. ¡Groucho es formidable!

A pesar de sus progresos poco regulares, Marilyn comenzó a desesperarse. Era evidente que Joe Schenck no iba a pedir para ella el tipo de favor que su *status* le permitía. Marilyn necesitaba a un nuevo padrino que le diera el empujón definitivo. Pero ella no se había dejado estar. Marilyn dijo que en ese momento estaba tomando clases de actuación. —Quería aprender algo. Así tal vez no tendría tanto miedo. —Como en el Hogar, ella volvió a sentir que no “pertenecía” al cine, pero quería pertenecer a él. Solo necesitaba un poco de aliento, y este se lo dio Johnny Hyde—. Era el agente más importante de Hollywood —dijo con orgullo. El señor Schenck se había dormido sobre los laureles, pero Hyde era un hombre muy activo. Evidentemente los agentes andan siempre con cien ojos. Cuando Hyde ubicó a Marilyn en *Locos de atar* ella le gustó tanto que quiso administrar su carrera.

En un principio Hyde había contratado números para una de las cadenas de teatros de Joe Schenck, y se había desempeñado tan bien que se había convertido en el protegido de este. Hyde pasó a ser representante de muchos grandes artistas, tales como Mickey Rooney, Amos y Andy, Mae West, Lana Turner, Bob Hope, Rita Hayworth. Marilyn pensaba que Schenck le había hecho a Hyde muy buenos comentarios sobre ella, aunque al parecer no los necesitaba realmente, —Hyde me dijo que había descubierto a Lana Turner y que ahora me estaba descubriendo a mí, que yo llegaría aún más lejos. Eso me mareó.

De todos modos el sexo volvió a entrar en juego. Hyde se enamoró aún más de Marilyn como mujer que como actriz. —Él era tan dulce —dijo Marilyn—, pero como hombre no llegaba a atraerme. Yo pensaba que un hombre tenía que ser alto, moreno, buen mozo y todas esas cosas. Johnny

no tenía esas cualidades. —Hyde era elegante y vestía bien pero era diminuto, medía solo un metro y medio—. Tenía la mejor ropa de la ciudad —dijo Marilyn— pero parecía ropa de muñeco. —Marilyn dijo que estaba obsesionado con su propia virilidad. Cuando hacían el amor se sentía herido si Marilyn no hacía un despliegue de éxtasis—. No me molestaba hacer el amor —dijo y se encogió de hombros—, pero nada me excitaba. No era por él. Era una cuestión mía, pero Johnny lo tomaba como algo personal y entonces yo tenía que actuar como si fuera lo más emocionante de mi vida. ¡Ojalá lo hubiera sido! Johnny era muy bueno conmigo, de verdad. Hasta quería casarse, pero después de la experiencia con Jim [Dougherty] yo no quería casarme a menos que me enamorara perdidamente. Y este no era el caso.

Fuera o no una cuestión de amor, Johnny Hyde hizo cuanto pudo por Marilyn. La llevaba a todos los restoranes y fiestas grandes. El solo hecho de que la vieran con él, aunque ella le llevaba una cabeza, hacía que la gente indicada quisiera saber quién era y conocerla. —Me encantaba ir a todos esos restoranes con Johnny ¡Cómo desearía que Arthur saliera más a menudo! —exclamó con tono de decepción—. Al principio yo me sentía un poco incómoda porque Johnny era muy bajo, pero todos los artistas lo respetaban mucho.

Pero aún más importante que ser vista con él fue el hecho de que Johnny Hyde le consiguiera sus papeles más importantes hasta ese momento: *Mientras la ciudad duerme*[*], un melodrama policial realista, y *La malvada*[*], una complicada comedía sobre el teatro. Eran papeles pequeños; en una, Marilyn representaba a la querida de un abogado deshonesto; en la otra, a la de un autor dramático depravado. —Empecé como una rubia tonta y puta. Y voy a terminar siendo lo mismo —protestaba. Sin embargo Marilyn admitía que no podía quejarse de la enorme difusión que estos dos grandes éxitos le habían dado—. Lo que realmente me ayudó fue el almanaque y esas dos películas.

El almanaque al que aludía era el de desnudos —había hecho las fotografías varios años antes para ganar dinero cuando estaba sin empleo—. Era lo más fácil del mundo que a una le pagaran por desvestirse. Quiero decir, de todos modos yo nunca estoy vestida. —Rió como una niña y

observó su cuerpo desnudo al espejo—. ¿Cómo pude haber engordado tanto? Tendrías que haberme visto entonces. Ay, Lena, no me dejes comer tanto. —Nunca dejaba de preocuparse por su aspecto.

Es probable que el país hubiera criticado a otra actriz por posar desnuda, pero cuando todos supieron que la bella rubia del almanaque era Marilyn, a nadie le importó. Todos querían una copia. Se convirtió en una de las chicas favoritas de los Estados Unidos. —El estudio dio a conocer toda la cuestión del orfelinato y demás, y todos me tenían lástima. Pensaban que esa era la mejor publicidad que yo podía tener. Realmente dio resultado.

Por desgracia Marilyn había perdido a su mejor amigo en Hollywood; Johnny Hyde murió de un ataque cardíaco. Tenía apenas cincuenta años. Marilyn lloró al hablar de él. —Dios mío, si nos hubiéramos casado tal vez habría vivido. Solía decir que yo era la única persona que podía salvarle la vida, pero yo pensaba que era una broma. Y después murió, Johnny murió. Y entonces decidí que lo amaba, pero ya era demasiado tarde. Me odié a mí misma. Dios mío, Johnny no era un hombre ideal. Pero era mi amigo; yo le importaba. Él me quería. ¿Qué importancia tiene el aspecto? Yo podría haberlo salvado. Yo lo maté, ¡yo lo maté! —Marilyn empezó a gritar y tirarse del cabello, cosa que hacía siempre que se ponía muy nerviosa. La sensación de haber causado la muerte de alguien habría de surgir años más tarde cuando Clark Gable murió de un ataque cardíaco después de filmar con ella *Los inadaptados*[*].

Le dije que al señor Hyde le había llegado su hora, que no era culpa de ella y que el hecho de haberla tenido a su lado había hecho más felices sus últimos años. Traté de mostrarme positiva, pero fue inútil.

—Fue feliz conmigo —dijo Marilyn—, pero lo hubiera sido más si nos hubiésemos casado.

—Pero usted no puede leer el futuro —le respondí.

—Es cierto, pero yo tenía la sensación… sentía que tendría que haber aceptado. Me porté como una malcriada. ¿Quién era yo? Nunca había tenido nada, y de pronto quería que todo saliera perfecto. Johnny era con mucho la persona más considerada del ambiente.

Antes de morir Hyde le consiguió otro contrato con la Twentieth Century Fox con un sueldo mucho mayor, casi 500 dólares por semana.

Como no tenía a Hyde para que convenciera a los jefes del estudio de que la perfeccionaran como actriz, Marilyn quedó encasillada en la imagen de rubia tonta. El hombre a quien más culpaba por mantener esa imagen era Darryl F. Zanuck, el director de la compañía. Según Marilyn, Zanuck creía que ella no era más que una rubia tonta, que a los norteamericanos les gustan las rubias tontas y que la obligación de un empresario es dar al público exactamente lo que quiere.

Él pensaba que nadie pagaría una entrada para verme en el papel de buena chica. —Marilyn dijo que Zanuck la ignoraba por completo. Por mucho que ella tratara de ser dulce con él o seducirlo, nada surtía efecto—. Hubiera estado encantada de hacer cualquier cosa —dijo y guiñó un ojo—, con tal de convencerlo de que me dejara probar con otro papel. Pero él no tenía el mínimo interés. Todos los demás tipos estaban muy interesados. ¿Y por qué él no? —se preguntaba.

Marilyn dijo que al principio respetó la opinión del señor Zanuck. Después de todo, él era el jefe, y si le pagaban para que fuera una rubia tonta, ella debía cobrar el cheque y estar agradecida. Pero por otra parte los profesores de actuación y otros artistas que conocía le decían que podía ir más lejos, y que tenía talento. —Me lo decía tanta gente que empecé a creerles. —Además los actores se quejaban constantemente de que los empresarios y los artistas estaban siempre enemistados. Muy pronto este desagradable rumor comenzó a influir en Marilyn. Empezó a pensar que quizás estuvieran explotándola. No obstante, en la boletería las cosas iban mejor que nunca para Marilyn. Estaba convirtiéndose en una gran estrella, por muy malas que fueran las películas. Bien podría haber sido Miss Estados Unidos. Gracias a su romance con el legendario Joe DiMaggio en 1952 tuvo la fama asegurada. Ningún otro hombre en el país podría haber apoyado más su imagen pública que el Rey del Béisbol. El país entero hablaba de Marilyn Monroe. ¡

De todas sus primeras películas, la que Marilyn prefería era *Los caballeros las prefieren rubias*. También fue un éxito rotundo. Como yo no había visto esa película, Marilyn representó su gran número, “Los diamantes son los mejores amigos de una chica”, en la habitación, usando la cama por escenario. Amaba actuar, aun con una sola persona por público.

Se ponía una de sus chaquetas de visón para la escena y comenzaba a dar patadas y a contonearse. —Mi rutina de buscadora de oro —bromeaba. Su parte preferida era la que dice que las "piedras" no pierden la forma. Yo la aplaudía con fervor y le gritaba "bravo" repetidas veces. A ella le encantaba y por una vez se sentía feliz. Muchas veces yo le pedía que repitiera el número, en especial cuando ella estaba deprimida, y siempre aceptaba. A cambio de su actuación me hacía cantarle canciones italianas como "O sole mio" y "Funiculi, funicula". Aprendía las palabras con facilidad y cantaba conmigo, aunque no tuviera idea de lo que significaban. A veces cantábamos tan alto por la noche que yo pensaba que los vecinos se quejarían, o por lo menos Miller. Pero jamás tuvimos problemas. Nada parecía sacarlo del estudio.

—Usted es bastante buena para ser una rubia tonta —le decía en broma. Me hacía sentir muy bien verla reír.

Marilyn ya me había contado, por lo menos a grandes rasgos, cómo había llegado al estrellato. Era una historia triste y, tal como ella había prometido, me hizo sentir menos decepcionada por no haber sido cantante. Jamás hubiera querido pasar por lo que ella pasó para llegar a algo en el mundo del espectáculo.

Era claro que Marilyn quería dejar atrás el pasado. Le encantaba ser una estrella pero odiaba no solo la manera en que había usado el sexo para trepar en Hollywood sino también el modo en que el sexo dominaba su vida. Si el estrellato dependía de sus ganas de ser un símbolo sexual, era claro que ella no estaba muy segura de que el precio valiera la pena. Marilyn era hermosa. Podía ser tan atractiva como cualquier mujer. La adoraban hombres de todo tipo. Pero no quería que la codiciaran. Quería respeto, algo que ni siquiera en sus primeros años de vida había conocido. Había usado el sexo para franquear las barreras de los estudios, pero una vez adentro, quería actuar, ser alguien. Por esa razón había ido a Nueva York, para empezar de cero con la gente que apreciaba toda su potencialidad.

—Lo curioso, Lena —decía con suavidad—, es que yo nunca supe qué quería ser. Al principio me pareció magnífico ser una estrella. Pero después todos mis amigos… ya sabes… la gente que quería ayudarme empezó a

decirme: “No seas un símbolo sexual, sé actriz. Tú puedes hacerlo”. Por eso estoy aquí, para tratar de serlo. Sin embargo, quizá Zanuck tenía razón. Tal vez esto de la actuación sea una locura. Tal vez tendría que seguir con la cuestión del sexo.

El hecho de llegar a ser una actriz cabal borraría su pasado y su promiscuidad anterior le sería perdonada. Siempre es muy difícil vivir de acuerdo con la imagen que otros han formado para nosotros, y cuando esos “otros” son expertos como los Strasberg, el desafío es realmente aterrador.

No obstante, había algo bien claro. Cualesquiera que fueran los pasos que diese en su carrera, Marilyn no se arrepentía de haberse ido de Hollywood. Le quedaban muy pocos recuerdos felices de Los Angeles. Era el lugar donde había nacido, pero allí no había nada que ella pudiera llamar hogar, familia o amigos. Y hasta cuando su éxito iba en aumento, se sentía tan ajena a la industria del cine como a las familias adoptivas en su niñez. Jamás la aceptaron en el ambiente artístico, y eso le dolía mucho.

Uno de los desaires que más le había dolido fue el que le hizo Joan Crawford, la actriz predilecta de Marilyn. (Su actor preferido era Tyrone Power y su película favorita *Sangre y arena*, donde Power encarna a un torero). Pero Joan Crawford, que podía representar cualquier papel, era lo que Marilyn llamaba un éxito, una persona “distinguida”. Cuando Marilyn ganó un premio de la revista *Photoplay* a la estrella joven de mayor popularidad en 1953, asistió a la cena de entrega del premio con un vestido dorado de *lamé* muy ajustado y sensual, del tipo que los vestuaristas del estudio consideraban “perfecto” para su estilo. Pero ¡ay!, Joan Crawford no consideraba que Marilyn estuviera perfecta en absoluto. Marilyn dijo que ella percibió que algo andaba mal cuando vio a la señorita Crawford en el baño de damas e intentó expresarle lo mucho que la admiraba. Joan Crawford pasó muy de prisa a su lado y con aire arrogante simuló no haberla visto.

Al día siguiente la Crawford hizo explosivas declaraciones a la prensa de Hollywood; acusó a Marilyn de monstruo sexual, de ser una amenaza para la diversión “familiar” y, tal como lo sintetizaba Marilyn, una “puta sucia”. —Me sentí morir. Yo no estaba al corriente de la moda; confié en la gente que supuestamente es experta en eso. Experta para el estudio. Me

vestí de acuerdo con las normas, las normas del estudio por supuesto, y ¿qué conseguí? Que me humillaran. —Cuando Joan Crawford, que en Hollywood estaba en la cima del círculo dirigente, hubo hablado, Marilyn sintió que todos los tachaban de ser una bomba sexual barata a quien, además, era muy divertido tomar el pelo y tratar mal—. No podía enfrentar a nadie —dijo. El sexo, que tanto la había ayudado, empezó a obsesionarla —. Estaba volviéndome loca. Tenía que largarme de ese lugar. Estaba harta de ser un bicho raro toda mi vida. —Fue entonces cuando Milton Greene le ofreció empezar de cero en Nueva York; era la oferta que ella esperaba. Desgraciadamente Nueva York, ya fuera, con los Greene, los Strasberg o con Arthur Miller, tampoco andaba bien. En realidad, estaba volviéndola loca.

Capítulo cinco

—Arthur. Fue por Arthur, fue por él que me quedé en Nueva York. Él iba a cambiar mi vida, a mejorarla, a mejorarla mucho —solía decir Marilyn entre lágrimas de desesperación. Era evidente que esa mejora nunca había llegado y ella se sentía muy frustrada al respecto. A menudo me decía que Miller era el acceso al modo de vida que ella buscaba.

Dijo que Miller representaba muchas cosas para ella. Era el “hombre agradable”, el padre misterioso que según sus sueños la rescataría de las familias adoptivas. Era Abraham Lincoln, su ídolo histórico; en efecto, Miller se le parecía físicamente. Era inteligente y sensible, un gran lector y un escritor famoso. —Arthur fue el único “cerebro” a quien le gusté por mí misma —dijo con muchísimo orgullo— Él no buscaba nada. Los otros tipos famosos de Hollywood, que supuestamente eran muy inteligentes, se comportaban muy bien al principio, pero después pretendían algo más. Solo tenían una cosa en mente, todos ellos. Pero no Arthur. A él le importaba yo. Vio lo que estaba haciéndome Hollywood. Y prometió que no lo permitiría. Si yo fuese solo una rubia tonta no se hubiese casado conmigo… ¿no es cierto? —preguntaba. Ahora no estaba segura.

Los papeles que los productores de Hollywood enviaban a Marilyn para que los leyera seguían siendo iguales: mujeres sensuales y personajes sensuales. La situación no había cambiado. —¿Y él no puede hacer nada por mí? —gritaba— ¿Acaso no pueden respetarme como lo respetan a él? —Sin embargo, aún más importante para ella que el hecho de que Miller la ayudara a alcanzar el objetivo de ser una buena actriz, era que fuese el padre de sus hijos. —Lena, imagínate lo maravillosos que serán nuestros niños; serán tan inteligentes —decía radiante. Pero inmediatamente las

dudas la acosaban—, Lena, ¿tú crees que podré tener hijos? ¿Eh? Quiero tener un hijo. Debo tener un niño.

Yo no sabía muy bien qué le importaba más; si la carrera o la familia. —Y cuando tenga niños —le pregunté una vez—, ¿qué hará con el cine?

En su cara se dibujó una amplia sonrisa. —Nada. Si tengo niños, una niña, ella será todo para mí. Tal vez, más adelante, cuando haya crecido, vuelva a actuar. —Ese “ella” aludía al gran deseo de Marilyn de tener una niña. —Quiero que tenga amor, felicidad, una familia, todo lo que a mí me faltó. Haré que sea la niña más feliz del mundo.

Al poco tiempo de casarse, en 1956, Marilyn quedó embarazada. Por desgracia perdió al bebé a la sexta semana. —Puedo tener un hijo, yo sé que puedo —decía Marilyn. Se refería al bebé que había tenido y que le habían quitado. —Debo tener un bebé—. Luego volvía a desesperarse. —Dios mío, no es justo. Lo he intentado muchas veces… estoy harta. ¿Es que no puedo tener un bebé?—. Hice cuanto pude por infundirle confianza.

Además, el hecho de pensar en ser madre le hacía olvidar un poco lo difícil que era ser una “actriz dramática en serio”. Una vez estaba tratando inútilmente de practicar o aprender un papel que los Strasberg le habían asignaos. —¡Mierda! —la oí gritar Hubo un ruido de vidrios rotos. Había arrojado una pequeña botella de champaña contra la pared y se había hecho pedazos. En lugar de disculparse, Marilyn ignoró el episodio. —Lena, dime, ¿de qué color te parece que habría que pintar tu cuarto cuando llegue el bebé?… Ay, espero que llegue—. Por consiguiente, iniciamos una larga charla sobre los colores de pintura y muebles para niños. Ella parecía muy gustosa de dejar el guión sobre la cama en completo desorden y los vidrios rotos en la alfombra.

Para ser el padre que Marilyn quería tan fervientemente para su hijo, Miller parecía ser un marido muy distante. Ella lo respetaba muchísimo y también su trabajo. Siempre advertía a Hattie y Cora que guardaran silencio si estaba conversando en voz muy alta cerca del estudio de Miller. Y si llegaba a haber visitas, agentes, abogados o gente por el estilo, siempre los hacía pasar a su cuarto para atenderlos. —Arthur está escribiendo —susurraba con solemnidad. Necesita silencio total.

En cuanto a ellos dos como pareja, al parecer el único contacto que tenían era a la noche, cuando yo ya me había retirado. Cuando comían juntos, había muy poca comunicación entre ellos, solo miradas anhelantes por parte de Marilyn. —Ojalá me hablara un poco más —me confió una vez. —Me hace sentir una estúpida. Yo temo sacar algún tema de conversación porque tal vez digo tonterías. Hay veces en que casi me asusta.

Cuando los padres de Miller o sus amigos, los Rosten, iban a cenar a la casa a menudo conversaban en *yiddish*. No creo que lo hicieran para ocultar algo a Marilyn. Es posible que el *yiddish* les permitiera expresar ciertas ideas con más facilidad. No obstante, cuando hacían bromas en *yiddish* y reían, aunque se las explicaran a Marilyn, ella se quedaba con una expresión de increíble soledad. A menudo los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Es como cuando era niña —me confesó entre sollozos una noche—. Las familias reían, se divertían y hablaban unos con otros, pero nunca a mí. Yo no era parte de esas familias y lo sabía. Sé que ellos no lo hacen a propósito pero… es como volver a ser huérfana—. Aunque los padres de Miller tenían la gentileza de enseñarle frases en *yiddish* y hacían lo posible por hacerla sentir como una “hija”, Marilyn parecía distante, como si no fuera parte de la familia.

Yo me preguntaba si Marilyn y Arthur tenían la oportunidad o el tiempo de ponerse románticos. Él se levantaba mucho antes que ella Tenía un baño para él solo, guardaba la ropa en un armario del pasillo y prácticamente vivía en el estudio. Rara vez iba al cuarto de Marilyn durante el día. En general Miller almorzaba sin compañía, sacaba a pasear el perro solo y parecía divertirlo más hablar de negocios con May Reis sobre los futuros planes de Marilyn que charlar con su propia esposa.

Sin embargo, a veces, después de cenar, Marilyn se arrimaba amorosamente a su marido, cosa que siempre provocaba una gran sonrisa infantil en el rostro por lo general severo de Miller Era como si la hermosa capitana del colegio se hubiera enamorado del genio de la clase; era una pareja poco usual, pero, de todos modos, brillante. Y en ciertas mañanas, cuando yo iba al cuarto de Marilyn a cambiar las sabanas, me saludaba con

una enorme sonrisa —¡Ah! —exclamó una vez. Se extendió en la cama y arqueó la espalda con sensualidad, los ojos le brillaban con soñadora alegría. —No cambies estas, por favor —dijo y pasó la cara por las sábanas como si fueran de seda. Quiero quedarme acostada sobre ellas todo el día —¿No durmió bien? —pregunté con ingenuidad. —¿Y quién dijo que la noche estaba hecha para dormir? —respondió y guiñó un ojo. Comprendí que la había pasado muy bien.

Evidentemente una de las noches produjo el resultado esperado. Cuando Marilyn fue a Hollywood a filmar *Una Eva y dos Adanes*[*], la primera película que hacía en más de un año, descubrió que estaba embarazada otra vez Recuerdo que me llamó desde larga distancia, su voz era aguda y chillona como la de una niña. Me pidió que empezaba a pensar nombres; dijo que quería que yo hiciera alguna ropa para el bebé y que estaba segura de que sería una niña.

Dije a Marilyn que yo también había querido tener una niña y que volvería a intentarlo. —Suerte para las dos —me respondió. Yo me entusiasmé tanto que con mi hermana recorrimos más de una docena de negocios para encontrar un regalo para Marilyn. Elegimos una cunita rosa de madera hecha a mano que tenía bajo el cubrecama una muñeca de mejillas rosadas con un gorrito. La puse en su mesa de luz al lado de las fotos de su madre y de Abraham Lincoln. Cuando regresó de Hollywood y la vio se puso a llorar y me besó tanto que temí que Miller se pusiera celoso. Esa cunita significaba todo para ella. Desde ese día empezó a llamarme “Ovejita”. No se la razón, pero ese fue mi sobrenombre para Marilyn. Solo dijo: —Lena es poco dulce para ti.

Nunca la había visto de tan buen humor Aunque al principio se había resistido a filmar *Una Eva y dos Adanes* por no querer representar a una rubia tonta otra vez y porque no le gustaba que fuera en blanco y negro (“Salgo mejor en colores”), en ese momento desbordaba felicidad. El embarazo fue lo que modificó su actitud Cantaba “Quiero que tú me ames”, su gran número de la película, hablaba con mucho entusiasmo de Jack Lemmon y no se quejaba de Billy Wilder, sobre el que más tarde yo habría de oír comentarios muy desagradables. Marilyn también me había hablado varias veces desde California, donde estaban filmando en una playa cerca

de San Diego, para decirme lo saludable que sería para ella y el bebé el mar y el clima cálido. —Nada saldrá mal esta vez, Lena. Reza por mí. —Así lo hice.

Cuando Marilyn regresó de la filmación su buen humor se había esfumado. Comenzó a aterrarse de que el bebé no estuviera sano. Trató de evitar la rutina habitual de champaña y somníferos. —No quiero hacer mal al bebé —decía. No obstante, sin el alcohol y las pastillas estaba en exceso nerviosa. Normalmente hubiese caminado por el cuarto y se hubiera admirado en los espejos, pero sentía que esto también molestaría al bebé. Solo se quedaba en cama, totalmente sola, con la cunita y el bebé de juguete que yo le había regalado. A veces, cuando entraba al cuarto para reanimarla, Marilyn estaba de costado con la cuna al lado de la cabeza. Con suavidad mecía al bebé en la almohada del costado. Junto a la cuna lentamente se iba formando un charquito de lágrimas.

—¿Qué le pasa? —pregunté una vez.

—Estoy tan preocupada, Ovejita. En cierto modo soy feliz, pero ese es un mal signo. Si soy feliz, sé que algo malo va a pasar. Tengo tanto frío. —Le llevé unas frazadas y la arrope.

En efecto, algo malo sucedió. Una mañana Marilyn empezó a gritar de dolor. —La voy a perder —gritaba. Al mediodía estaba tan histérica que comprendimos que no era una depresión corriente. May Reis llamó al doctor y luego una ambulancia. May y Miller llevaron rápidamente a Marilyn al Polyclinical Hospital del West Side de Manhattan, cerca del distrito donde están los teatros. Yo estaba tan preocupada por lo que pudiera pasar que apenas podía trabajar. A la noche Miller llegó con la mala noticia. Percibí que él, que era siempre tan serio y controlado, estaba luchando por no caer en la desesperación. Cuando me dijo que Marilyn había perdido al bebe comencé a llorar. Me puso delicadamente la mano en el hombro Compartíamos el mismo dolor.

Durante dos días prohibieron a Marilyn las visitas, pero al tercero ella misma me llamó desde el hospital. —Me muero de hambre, Ovejita. ¿Me traerías un poco de sopa de pollo? Quiero verte pronto. —Preparé una gran olla de sopa y el chófer me llevó al hospital. Marilyn tenía el semblante más blanco que las paredes de su cuarto Nunca la había visto tan débil.

Necesitaba mucho más que un plato de sopa. No obstante, me acercó a la cama y me besó. No nos dijimos casi nada pero lloramos mucho. —No podré tener hijos nunca más —dijo entre sollozos.

—Sí que podrá —dije—. Debe de haber alguna forma de que pueda.

—No, Lena. No puedo.

—Trate de comer. Por lo menos va a sentirse mejor.

Logró probar la sopa y después de las primeras cucharadas reacias, se tomó casi toda la olla. —Mm, qué rica está —dijo con una leve sonrisa.

A los dos días, cuando Marilyn estaba por abandonar el hospital y regresar a casa, me llamó para que fuera, esta vez a llevarle un abrigo color crema y un vestido escotado de seda del mismo color que debía retirar en Jax, una casa de modas de la calle 57 donde ella compraba muchos vestidos. —Tengo que lucir bien —dijo riendo.

—¿Por qué?

—Por los reporteros, ¿por quién iba a ser?

Cuando llegué al hospital también estaba Kenneth arreglándole el cabello. El peinado de moda en ese momento era el preferido de Marilyn: raya al costado, cabello lacio con las puntas apenas onduladas. Se veía hermosa, aunque con un aire trágico. —Uno pensaría que voy a un estreno —dijo y luego vaciló. —Pero se parece más a un… funeral que a otra cosa —. Marilyn comenzó a llorar otra vez. Le di los anteojos de sol para que ocultara los ojos enrojecidos y caminamos hacia la salida, donde nos esperaba el auto. Al llegar a la puerta un sinnúmero de periodistas nos aguardaba. Empezaron a aplaudir. Por instinto ella los saludó con la mano y les sonrió. Siempre se comportaba como una estrella, cualquiera que fuese la circunstancia. No quería decepcionar a su público. Sin embargo, al entrar en el auto rompió a llorar nuevamente. —Pero ¿por qué aplaudían? ¿Qué razón hay para aplaudir? Acabo de perder a mi bebé… que era toda mi vida.

—Solo trataban de ser amables —expliqué—. Se alegran de verla repuesta.

—Yo soy su bicho raro —dijo con voz quejosa—. Ojalá tuviera a mi bebé y pudiera mandar a los periodistas al diablo… Odio todo esto. —El auto partió, entre los fogonazos de las máquinas fotográficas, hacia la calle 57 Este.

Ni bien llegó a la pieza se quitó la ropa y se metió en la cama. Llevaba una braga manchada de sangre; en el hospital debieron haber insistido en que se la pusiera. —Tengo que usarla —dijo con el ceno fruncido. Miller permaneció de pie junto a la cama con aire grave y preocupado por unos instantes; luego volvió al estudio. En los días de recuperación que siguieron Miller salía del estudio con más frecuencia para ver si Marilyn estaba bien. Cuando Marilyn se acostó en la cama mi corazón por poco se detuvo. La pequeña cuna rosada todavía estaba en la mesa de luz. Con toda la confusión yo había olvidado esconderla. Ella se dio cuenta inmediatamente. Primero la tomó y la observó con inmensa nostalgia; luego la arrojó contra la pared y la cuna quedó hecha trizas. Marilyn comenzó a llorar desconsoladamente. —Llévatela de aquí. Llévatela. Es asunto concluido. Concluido. No puedo…—. Junté los pedazos de la pequeña cuna rosada. La cabeza de la muñequita se había roto y había quedado en el piso. Al salir del cuarto Marilyn me llamó. —Ovejita. Lo siento. Lo siento mucho. Ya no me queda nada más. Yo quería tanto… tenerla. Discúlpame—. Guardé los pedazos del regalo en mi cuarto y volví a su lado para tratar de tranquilizarla. —Era mi última oportunidad —dijo entre lágrimas—, la última.

A pesar de la tierna preocupación que Miller demostró por su esposa durante el lapso, alrededor de un mes, en que se recuperaba de la pérdida del embarazo, tuve la impresión de que el matrimonio nunca volvería a ser igual. El primer indicio me lo dio Marilyn cuando observó la pieza al llegar del hospital. —Pero está tan vacía. No hay flores; ni tarjetas que deseen una pronta recuperación. ¿Es que a nadie le importo?—. Dijo que sabía que en realidad no tenía amigos propios. —Pero ¿y Arthur? —Se quejó de que Miller tampoco tenía amigos—. ¿Qué vida es esta sin amigos? ¿Sin gente? Cuando yo era niña tampoco tenía amigos, pero pensaba que a esta altura de mi vida ya tendría algunos —dijo con amargura.

Más tarde sugerí a Marilyn que hiciera un viaje a Europa. Eso le hubiera hecho olvidar los problemas del bebé, y la actuación. Por supuesto, sugerí un viaje a Italia que empezara en el Lago Como, en Los Alpes. —El lugar es tan romántico que volverá a quedar embarazada enseguida —le dije.

—No de él, —rió—. Él no irá a ningún sitio—. Le hablé de Venecia, Florencia, Roma, de todos los lugares, y ella se entusiasmó mucho. —Es como en *Tres monedas en la fuente* —dijo—. Yo los vi. Tienes que venir tú también —insistió.

Por desgracia esto no eran más que palabras. —Él no irá —dijo con mala cara tras rogar varias veces a su marido que hiciera el viaje—. No irá a ningún sitio. “Tengo que escribir. Tengo que escribir” —agregó imitándolo —. Es un comunista de porquería. No lo dejarán salir. ¡Es por eso!—. Marilyn se refería a los problemas que había tenido su marido para conseguir el pasaporte al viajar a Inglaterra para *El príncipe y la corista*. El gobierno sospechaba de él porque cuando era joven había estado implicado en actividades supuestamente izquierdistas. Estoy segura de que en ese momento Miller era tan comunista como Marilyn, pero normarlo así era para ella una manera de sacar la rabia que guardaba adentro. —Es un comunacho. No puedo ir a ningún sitio. ¡A ningún sitio! —Exclamaba, encolerizada. Sin embargo, nunca lo llamaba comunista en su propia cara. Marilyn todavía era muy dócil y sumisa en presencia de su marido. La tranquila dignidad de Miller la hacía controlarse; le incomodaba tener un arrebato delante de él. Al menos en esa época.

Gradualmente Marilyn empezó a ser más hostil y dejó de ocultar su agresividad. Por ejemplo, una vez, poco después de que Marilyn regresara del hospital, se habían caído algunos botones de la camisa deportiva preferida de Miller. Él me pidió que se los cosiera y yo le dije que lo haría con gusto. Sin embargo, cuando Marilyn vino a mi cuarto y me vio cosiendo me preguntó: —¿Por qué estás haciendo eso? —Sus ojos muy abiertos y salientes reflejaban una rabia extraña.

—Su marido me lo pidió.

—¡Ya veremos! —Me arrebató la camisa de las manos—. ¿Qué botones son? —me preguntó y se los mostré. Yo no entendía lo que pasaba. Marilyn arrancó los botones de la camisa y corrió desnuda por el pasillo hasta el estudio. Lo único que oí fueron sus gritos—. ¡Lena trabaja para mí, no para ti! ¿Has oído? ¡Para mí! ¡Así que déjala en paz! —Cuando volvió sonreía de oreja a oreja. —No te lo hará más —dijo con aire casi triunfante.

—Pero si a mí no me molesta en absoluto —dije.

—A mí sí, —contestó. No le pregunté la razón pero mi rostro debe de haber reflejado un gran signo de interrogación; sintió que debía responderme—. Él no hace nada por mí. No me lleva a ningún sitio, no me deja divertirme. Así que yo no haré nada por él. —Yo no estaba acostumbrada a verla tan obcecada pero era bien claro que en lo que respectaba a Miller Marilyn estaba muy nerviosa. No me atreví a discutir con ella.

A esto siguieron las amargas acusaciones a Miller por lo que había hecho con la carrera de Marilyn. —Tú permitiste que yo hiciera de rubia tonta en *Nunca fui santa*. Permitiste que Olivier se riera de mí. Dejaste que filmaran *Una Eva y dos Adanes* en blanco y negro. Aunque Miller en realidad tuvo poco que ver con las películas de su mujer, Marilyn necesitaba a una víctima a quien culpar por lo que consideraba sus propios fracasos. Y Miller era esa víctima. Además, la razón por la que Miller pasaba tanto tiempo encerrado en el estudio era que estaba escribiendo un guión para su esposa basado en su cuento *Los inadaptados*. En principio había escrito la historia de unos vaqueros cuando estaba en Nevada tratando de obtener el divorcio de su primera mujer Aunque Marilyn no había estudiado su papel (que todavía estaba sin terminar) había empezado a desconfiar también de su marido— Verás como escribe otro papel de rubia tonta para mí, igual que el resto. Ya verás.

Marilyn estaba poniéndose muy agresiva con su marido. Una vez llegó a decirme: —Él tiene sus hijos. No le importa que yo no tenga niños—. Como yo había visto el rostro apesadumbrado de Miller cuando Marilyn perdió a la criatura, traté de explicarle que yo creía que a su marido ella le importaba de verdad. —¡Una mierda! —exclamó con amargura—. Lo único que le importa es él mismo, escribir. Es lo único. ¿Yo a quién le importo? ¿A quién?

—A mí.

—Sí, lo sé, Ovejita —dijo Marilyn. Las lágrimas corrían por su enojado rostro. —A ti sí. Pero ¿a quién más?—. Cuando empecé a trabajar para Marilyn ella iba a clases especiales de inglés. Me había dicho que quería aprender a pronunciar bien, a escribir y a hablar en forma correcta. En parte lo hacía para actuar mejor pero la otra razón de igual peso era que quería

que Miller la respetara. —Está bien que yo sea rubia, pero estoy harta de ser una tonta. Quiero que él esté orgulloso de mí —solía recalcar. Sin embargo, dejó de asistir a las clases. Su vocabulario empezó a ser cada vez más obsceno. En lugar del ocasional “mierda”, a menudo maldecía como un camionero, hasta cuando estaba sentada a la mesa. Una vez tuvo una discusión con Miller sobre *Una Eva y dos Adanes* —antes de que la estrenaran. Marilyn se estaba quejando de la película y él trató de halagarla diciendo que estaba graciosa. —¡Vete al demonio! —le gritó ella—. No quiero ser graciosa. Todos van a reírse de mí, pero no porque esté actuando bien sino porque parezco una chancha. Esos asquerosos hijos de puta hicieron que me pareciera a una chancha graciosa. A un bicho. ¡Estoy muy graciosa! ¡Por qué no se van todos a la mierda!—. Durante el arrebato Miller había vuelto a sentarse muy en silencio; parecía haberse dado cuenta de que él nada podía hacer al respecto Entre tanto, Marilyn clavó su tenedor en los fideos y corrió a su cuarto llorando.

La casa de fin de semana de Miller en Roxbury, Connecticut, tampoco pareció aportar un tranquilo refugio que uniera a la pareja. Al principio se iban a menudo el viernes por la noche y regresaban el domingo. Después Marilyn empezó a ir un día más tarde y finalmente había veces en que no iba. —Odio ese lugar —decía— no hay nada que hacer allí—. Tampoco hacía mucho que digamos en la casa de la calle 57 pero al menos le hablaban por teléfono. Gozaba hablando por teléfono. Las veces que visité la casa de Connecticut el teléfono casi no sonó.

En la quinta, que era una casa sencilla, la rutina era la misma que en Nueva York. Miller trabajaba, solo, en sus libros, paseaba el perro y arreglaba el jardín. Marilyn se quedaba en su cuarto y tomaba champaña o dormía. Las únicas ocasiones en que la vi desplegar energía en Connecticut fueron las veces en que invitó a mi marido e hijos a pasar el sábado con ella. Al parecer ni siquiera se cocinaba en la quinta, ya que Hattie o yo preparábamos comida para todo el fin de semana. —Arthur cocina unos huevos —decía Marilyn. Cuando nosotros llegábamos corría a recibirnos, vestida para variar. Siempre usaba pantalones de algodón informales y una blusa de algodón anudada sobre el estómago. Ella se ponía tan feliz, con sus

“Hola” y sus besos radiantes, que yo pensaba que nunca entraríamos en la casa.

Generalmente almorzábamos sándwiches de salami y queso en el porche. Marilyn tomaba champaña, y nosotros Coca-Cola. Miller jamás comía con nosotros. —¿Dónde está él? —pregunté una vez.

—¿Y dónde va a estar? —contestó riendo mientras lo imitaba completamente enfrascado en sus libros y escritos. Las pocas veces en que vimos a Miller nos dirigió una sonrisa y un breve saludo y se retiró a trabajar. Nunca parecía tener tiempo para charlar.

Marilyn hablaba casi exclusivamente de nosotros: del empleo de mi marido y de mis dos niños. El pasatiempo que preferían era que Marilyn los montara en su caballito petiso. Ella daba vueltas y más vueltas en el parque con el caballo mientras los niños se turnaban para jugar a los vaqueros. Era muy buena con los dos niños pero parecía no poder despegarse del más pequeño, Johnny, que por esa época contaba seis años Johnny tenía el cabello muy rubio, casi platinado, y Marilyn solía besarlo por lo menos cada cinco minutos. A veces mi marido nos llevaba con Marilyn y los niños a dar un paseo en auto por las colinas de Connecticut para observar el paisaje y la vegetación. En esos paseos Marilyn siempre llevaba a Johnny en la falda. —Desearía que fueras mi hijo— decía a Johnny mientras se apretaba a él.

—Yo también —decía Johnny— pero ¡yo ya tengo una mamá! —Ella lo abrazaba más fuerte y sonreía con valentía, pero yo veía que las lágrimas empezaban a manar. Más tarde me contó que siempre que miraba a Johnny, en especial por su hermoso cabello rubio, pensaba en su bebé, el que le habían quitado. Marilyn odiaba el momento en que nos íbamos a casa y siempre lloraba mientras nos alejábamos en el automóvil.

Marilyn llamaba a mis hijos sus “muñequitos” y estaba eternamente agradecida de que yo “los compartiera” con ella. —Es lo más parecido a ser madre que viviré en mi vida —decía llorando. Le rogué que no se diera por vencida y ella siguió intentándolo. Sin embargo, después de otra operación para tratar de mejorar su aptitud de concepción, los doctores al parecer le dijeron que no tenía esperanzas. Esta mala noticia contribuyó a que la relación con Miller se deteriorara aún más. Si no podía ser el padre de sus

hijos, Marilyn tampoco parecía dispuesta a aceptarlo como marido. —Yo quería una familia —dijo una vez. —Yo esperaba que Arthur me diera una familia. Y él ¿que me ha dado? ¡Ahora ya nunca tendré nada! —exclamaba con desesperación.

Su diaria contemplación de la foto de Joe DiMaggio que estaba dentro del armario pareció aumentar. —¿Por qué, por qué lo habré dejado ir? —se preguntaba en voz alta—. ¡Qué estúpida!—. Por lo demás, hasta ese momento yo había comprobado que era una esposa muy fiel. Nunca se le había ocurrido andar divirtiéndose por ahí. Lo que quería era una sólida vida de hogar; ella había pensado que un hombre sólido como Miller se la daría. Amaba a Miller, por lo menos al principio, pero al parecer los abortos habían arruinado la relación. Necesitaban a un hijo que los uniera.

Comencé a notar que Marilyn había empezado a pensar en otros hombres, y hasta a coquetear. Por ejemplo: uno de los puertorriqueños que hacían las reparaciones en el edificio siempre me pareció mal alimentado. Era buen mozo, moreno y de hermosas facciones, pero era sumamente delgado. Un día estaba trabajando en el vestíbulo cuando trajeron una gran bolsa de comestibles; jamás vi a nadie tan hambriento. Cuando se lo conté a Marilyn ella insistió: —Démosle de comer—. Luego preguntó: —¿Es bien parecido?

—Cuando contesté que lo era Marilyn dijo: —Entonces que coma conmigo.

Preparé al puertorriqueño una gran fuente de pasta y un bistec y lo serví en el cuarto de Marilyn. Ella llevaba la bata blanca muy suelta y era evidente que disfrutaba de la expresión de deslumbramiento del hombre. Él no podía decidirse entre comer el bistec o mirar a Marilyn. Sin embargo, se retiró feliz y le preparamos una bandeja durante todo el tiempo que estuvo en el edificio.

A veces Marilyn me llevaba a Bloomingdale’s a ver ropa, en general informal. Se sentía muy halagada cuando la gente, en especial los hombres, la advertían. Aunque llevaba anteojos de sol, un chal y a veces una peluca negra, de algún modo la verdadera Marilyn se dejaba ver. Le encantaba guiñar un ojo y hasta coquetear con los admiradores en el negocio; les preguntaba si tal o cual blusa la hacía “demasiado gorda”. Lo único que los

hombres atinaban a decir era —Esta usted hermosa —aunque tuviera la blusa puesta al revés. Hacía eso hasta que el grupo de gente empezaba a crecer y entonces quería irse— No quiero contestar preguntas —me decía mientras corríamos en busca de una escalera trasera para llegar al automóvil que nos aguardaba Otras veces miraba los carteles de las películas casi con la devoción con que una admiradora observa a su ídolo. —Ah, ¡que buen mozo! —exclamaba al mirar las fotos de los actores, en especial las caras nuevas y jóvenes que yo no había visto antes.

Hasta le gustaba coquetear con mi marido. Ella sabía que nuestra amistad era demasiado estrecha como para que yo me pusiera celosa, y además sabía que a Joe le gustaba mucho estar con ella. Él siempre le hacía bromas sobre la cuestión de la seriedad actoral. —Sea sensual —le decía—. Es la mujer más sensual del mundo. ¿A quién quiere representar? ¿A una vieja? Como se le ocurre, eh?

La hacía reír. —Es por Arthur —respondía Marilyn, en parte como una disculpa. —Es un gran escritor, un escritor de verdad, y yo no puedo ir y actuar como, bueno, como una rubia tonta. Eso haría que él pareciera un estúpido.

Joe reía. —Sea tal cual es usted él la ama por usted misma —le decía.

Lo que a Marilyn más le intrigaba de Joe eran los tatuajes que tenía; se los había hecho hacer durante la guerra. Tenía todo el cuerpo tatuado: los brazos, el pecho, la espalda. Ella siempre le levantaba las mangas de la camisa y examinaba cada tatuaje con detenimiento. Algunos tenían muchos detalles y a ella le parecían fascinantes. Una noche Joe y Marilyn estaban sentados en la cocina mientras yo preparaba *lasagne*. Marilyn no pudo contener la curiosidad, —Joe, ¿podría… podría ver todos los tatuajes?

—¿Todos?

Marilyn se ruborizó y rió como una niña. —Sí, todos. Realmente me gustan mucho.

Joe pensó un segundo y luego una sonrisa maliciosa le ilumino el rostro. —¿Está el señor Miller en casa? —le preguntó. Marilyn contestó que había salido. —Bueno, entonces sí. ¿De verdad quiere verlos?

—Sí, de verdad —respondió ella como una nenita.

—Bueno. Yo le hago el favor; pero usted me hace otro a mí.

—Muy bien —dijo Marilyn. —¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Como mis compañeros de trabajo no me creen que Lena trabaja para usted, yo les dije que lo probaría. ¿Cómo? Con una braga autografiada. Pero ellos no quieren que la saque del armario y la firme. Quieren que usted se la quite, la que lleva puesta, y que firme esa *braga*. Ya sabe como son los hombres…

—Lena, ¿a ti no te molesta? —me preguntó Marilyn.

—Claro que no —contesté—. Somos una gran familia—. Yo le había comentado a Joe que ella no usaba bragas pero no me había creído.

—Está bien, Joe —sonrió Marilyn con picardía—, pero primero quiero ver los tatuajes.

—¿Promete que no va a engañarme? —dijo Joe.

—Lo prometo.

Joe se quitó la camisa y dejó al descubierto una colección de tatuajes que dejaría atónito a cualquiera. Marilyn no dejaba de mirarlos; con el dedo seguía el contorno de los barcos y demás dibujos en la espalda y el pecho de mi marido. Pienso que él estaba muy impaciente por cumplir con la otra parte del trato, —es su turno —anunció.

—Ah —susurró Marilyn—. Olvidé decir que no llevo bragas.

—¿Conque no? Ya lo sabía. Yo sabía que me tomaría el pelo! —exclamó Joe entre risas.

—No, es verdad —dijo Marilyn—, yo nunca miento. ¡Mire! —Marilyn se levantó el vestido blanco y mostró a Joe que no llevaba nada debajo. Él por poco se desmaya. Nosotras dos empezamos a reír a carcajadas. Marilyn abrió una pequeña botella de champaña para Joe. —Aquí tiene. Le hace falta —dijo. Los dos brindaron.

Marilyn corrió al dormitorio. Cuando regresó palmeó la espalda de Joe, que seguía pasmado. Él se volvió e inmediatamente Marilyn levantó otra vez la falda y dejó al descubierto una braga roja brillante —¿Cómo esta?

—¡Dios mío! —exclamó Joe y bebió el resto del champaña de un trago. Como yo nunca la había visto llevar bragas no había imaginado que la ropa interior pudiera divertirla tanto. Enseguida se apoyó en una pierna y luego en la otra y se guitó la braga. Con una lapicera que le alcancé la firmó: “Para Joe con mucho cariño, Marilyn”.

—No preguntaré si tiene más tatuajes —dijo Marilyn sonriendo y mirando con malicia los pantalones de Joe. Él estaba demasiado anonadado para darse cuenta de la mirada. Al día siguiente llevó la prenda al trabajo—. Me convertí en el rey del lugar. En el rey, te lo aseguro. —Siempre hacía alarde de la anécdota.

—Ojalá Arthur fuera así —dijo Marilyn después—. Seguro que ustedes dos lo pasan muy bien. Es un gran hombre tu marido. —Yo solo atiné a reír.

Sea por lo que fuere, después de estar más de un año con Marilyn descubrí que no estaba satisfecha en ningún aspecto de su vida. No parecía encaminada a ser “una actriz dramática en serio”. No podía tener hijos. No se llevaba bien con Miller. No estaba sacando provecho de Nueva York. Nunca había sido tan infeliz; su compañía predilecta eran el champaña y los somníferos. Sus psiquiatras tampoco parecían darle la respuesta indicada. Salvo los Strasberg, no había hecho nuevas amistades que pudieran ayudarla. Aunque con el estreno de *Una Eva y dos Adanes* se convertiría en una estrella mucho más destacada, el éxito le importaba poco. Todos los días Marilyn estaba enojada o histérica, o ambas cosas a la vez. Me tenía muy preocupada.

Capítulo seis

La película más exitosa de Marilyn fue *Una Eva y dos Adanes*. Al público le encantó. A los críticos les encantó. A toda la gente que ella conocía el encanto, incluso a Miller. Pero Marilyn la detestaba. Y lo que más aborrecía de la película era su éxito, ya que la gente había empezado a decir que nadie había representado a una “rubia tonta” con más perfección que Marilyn. —¡Ya está! —se lo pasó gritando durante meses después del estreno de la película. —Estoy encasillada. Ahora seré una rubia tonta toda mi vida. ¡He arruinado todo mi porvenir!

Casi desde el principio Marilyn se opuso al proyecto. Corría el año 1958 y su última película había sido *El príncipe y la corista*, en el verano de 1956. Sin embargo, no tenía ningún apuro. A la casa llegaban muchos guiones para que ella los leyera pero los únicos que parecían tenerlos en cuenta eran May Reis y Miller. Ellos leían los libretos minuciosamente y luego daban a Marilyn los pocos que creían que a ella le gustarían. Pero siempre se equivocaban. Marilyn solía leer una o dos páginas y luego tiraba el guión en un rincón. —Otra estúpida. No lo tolero —protestaba—. ¿Es que no saben lo que quiero? —. A veces, si el nombre de cierto director estaba relacionado con el guión, se negaba a leerlo rotundamente. —Nunca me daría una oportunidad justa —decía—. Si tengo que esperar para conseguir el personaje que quiero, esperaré. No me importa.

Sin embargo, un día May y Miller parecieron entusiasmarse no con un guión sino con el esquema general de una película que le habían propuesto y que constaba de varias páginas. Miller habló a Marilyn del proyecto durante un tiempo y ella convino en que esa sería su próxima película. Esa misma noche Marilyn me habló del largometraje. —Voy a representar a la cantante principal de un conjunto compuesto solo por mujeres, en la época

de la Ley Seca, en la década del veinte, con todos los *gangsters*—. No sabía muy bien cómo era la historia. Lo que más le atraía era que el director de la película. Iba a ser Billy Wilder, quien tanto éxito le había proporcionado con *La comezón del séptimo año*.

—Es el mejor director de Hollywood —lo elogiaba—. Y también es el más inteligente. Billy es gracioso y muy listo—. Dijo que Billy Wilder era el director que más la apreciaba. —No hay dudas sobre quién es la estrella si trabajo en su película—. Este nuevo proyecto le parecía la manera perfecta de retornar a la pantalla. Creía que el director es quien más contribuye a dar forma a una película y hacer que tenga éxito, y confiaba plenamente en que tenía uno que la comprendía. Además, tendría que cantar. —Me pone mucho menos nerviosa cantar que actuar —dijo. Pero sobre todo habían insinuado que Frank Sinatra estaría en la película—. Ah, Frankie —dijo radiante—, sería tan divertido; no me importaría el *tema* de la película.

Su entusiasmo desapareció ni bien leyó el guión entero, poco más tarde. Se enteró de que en realidad la historia trataba de dos músicos que presenciaban un asesinato entre gente de la mafia. Para huir de Chicago y de la banda de criminales, se disfrazan de mujeres y se incorporan al conjunto musical de Marilyn. —¡Es ridículo! —gritó Marilyn cuando finalmente supo el argumento— Yo he hecho papeles de tonta pero nunca hasta tal punto. ¿Cómo *no iba* a darme cuenta de que eran hombres? No lo haré. ¡Nunca! —Arrojó el guión al otro lado del cuarto.

A pesar de que con mucha tranquilidad Miller trató de convencerla de que era una gran oportunidad para ella, Marilyn ni lo escuchó. Evidentemente él le sugirió que podría ganar una fortuna con el proyecto y que podrían disfrutar ese dinero. Aunque ninguno de los dos había estado trabajando, la sola mención de dinero alteraba a Marilyn. —Lo único que le importa es el dinero, no yo. ¡Solo el dinero! —me dijo llorando—. Es lo único que le importa. ¿Por qué no trata de escribir algo que deteste? Entonces comprendería. No puedo aceptar un papel como ese. Es el más estúpido que he leído—. Marilyn empezó a echar culpas a todos: a Miller, a sus abogados y agentes, a todos los relacionados con el cine como “negocio”. Sencillamente no quería pensar en el dinero. —Confío en estos

fulanos… les pago para que se ocupen del dinero y ya ves lo que me hacen. Me engañan de esta manera.

Marilyn estuvo furiosa durante un buen tiempo. Lo único que hacía era comer. Yo nunca vi a nadie comer tanto. Un día devoró tres huevos con tostadas, tres hamburguesas, tres platos de papas fritas caseras, dos batidos de helado de chocolate, una costilla de ternera enorme, dos porciones de berenjena a la parmesana y cuatro de budín de chocolate. Engulló todo esto, acompañado con champaña, sola en su cuarto. Seguía con tanta hambre que entraba y salía de la cocina corriendo, desnuda, mientras Hattie y yo cocinábamos. —¿Todavía no está listo? —nos preguntaba, y mordisqueaba cualquier cosa que encontrara en la mesa.

Yo le hacía bromas sobre sus interminables ganas de comer budín de chocolate. —Eso es comida de chicos —le decía.

—Oye, elefantita —reía—. Voy a engordar tanto que no me dejarán de trabajar en esa espantosa película.

A pesar de lo que Marilyn comía y de que estaba poniéndose muy gorda, nadie dejó de requerirla. No obstante sus reservas, finalmente firmó contrato para trabajar en *Una Eva y dos Adanes*. Aparte de la comida, también la tranquilizaban las canciones que, según había descubierto, tendría que cantar en la película. Adoraba cantar y lo hacía bien. Entre las comidas se sentaba en la cama y rasgueaba en su nuevo *ukelele*, que debería aprender a tocar, y practicaba la letra de las canciones. Cuando se sentía desdichada cantaba siempre “He terminado con el amor” pero por lo general, “Quiero que tú me ames”,

Marilyn tuvo una gran decepción cuando se enteró de que Frankie no estaría en la película. Evidentemente Billy Wilder había tratado de conseguirlo pero no había podido. Sus dos coprotagonistas serían entonces Tony Curtis y Jack Lemmon. Aunque no conocía bien a ninguno de los dos, siempre decía que Tony Curtis era muy buen mozo. Al menos tenía una expectativa. Sin embargo, de vez en cuando se sentía desanimada y lloraba y suplicaba a Miller que no la hiciera ir a Hollywood para la película. Él nunca perdía la paciencia; siempre trataba de explicarle que la película dependía de ella y que solo su actuación la convertiría en un éxito.

No sé con certeza si Marilyn hubiera terminado la película de no haber tenido la seguridad de contar con Paula como asesora de actuación a su lado constantemente. —El hecho de que haga otra comedia no quita que algún día pueda ser una actriz dramática en serio —me dijo Marilyn. Era un intento de convencerse de que la película no arruinaría su porvenir como artista. El hecho de que la haría millonario no le importaba en absoluto. Para tratar de reanimarla un día le dije que debía empezar a planear las cosas hermosas que se compraría con el dinero de la película. —Lena —me dijo—, yo no quiero nada. No quiero cosas. Cosas ya tengo. Solo quiero una verdadera carrera, actuar. Quiero amigos; quiero ser feliz. Quiero que me respeten, no que se rían de mí. ¿Es qué nadie lo entiende?

No sé la cantidad que Miller y Marilyn habrían ahorrado de sus trabajos anteriores, pero a ella nunca se le ocurría que se necesitara dinero para mantener la casa. El personal, las maquilladoras y el peluquero, el champaña, los doctores, la ropa, el alquiler, todo eso debe de haber costado muchísimo. Sin embargo, Marilyn daba por sentado que en la casa había mucho dinero. Pensaba que si era tan famosa de ninguna manera podía ser pobre. —Me preocupé por el dinero durante mucho tiempo —me dijo—. Estoy harta de eso. Nunca volveré a preocuparme por el dinero—. Siempre que May Reis o Miller trataban de discutir asuntos económicos con ella, Marilyn se tapaba los oídos con las manos y se iba.

El recelo de Marilyn hacia *Una Eva y dos Adanes* pareció poner más nerviosa a toda la gente relacionada con el proyecto. Un día Marilyn hizo que Kenneth y las maquilladoras, fueran por la mañana temprano. Dijo que ese día Billy Wilder, Jack Lemmon y Tony Curtis irían al departamento a conversar sobre la película. Quería lucir bien, en especial para Tony Curtis. —Está casado con Janet Leigh. Ella es hermosa —dijo Marilyn con admiración. Quería causar una buena impresión. Además mencionó que Billy Wilder era el hombre más minucioso de Hollywood en lo que respecta a la belleza de la mujer—. Cuando él te mira ya sabes que está notando todos tus defectos.

Ese día debo de haber planchado diez blusas. Ninguna estaba bien. Una vez pensé que finalmente había escogido una, pero no podía decidirse acerca del número de botones que debía dejar desabrochados. Según

Marilyn el problema consistía en que: —O los senos se desbordan de la vestimenta, o me veo demasiado recatada—. Eligió otra blusa, una de seda blanca muy ajustada que combinaba muy bien con los pantalones a cuadros. —¿Son lo bastante ajustados? —preguntaba constantemente, sin pensar que tal vez fueran *demasiado* apretados. Yo le aseguré que a esos señores les encantaría.

Cuando los invitados de Marilyn llegaron a media tarde, ella todavía estaba vistiéndose y desvistiéndose. Me pidió que fuera con ellos y los ayudara a servirse alguna bebida Para ser tres señores que iban a colaborar en la película más cómica del cine, nunca había visto a nadie con menos ganas de reír. Los tres vestían exactamente igual: de traje y corbata oscuros y muy formales. Se veían muy serios y nerviosos. Billy Wilder no tenía el mínimo aspecto de ser el hombre más perspicaz de Hollywood con respecto a la mujer. Era pelado, panzudo y llevaba anteojos. (Supongo que yo esperaba a alguien espectacular como Cecil B. De Mille, con botas, pantalones de montar y anteojos oscuros). Los tres parecían empresarios de pompas fúnebres más que comediantes. Mientras esperaban a Marilyn se movían inquietos en el asiento y en voz baja se decían cosas tales como: "Asegúrele que ella es la estrella", "Haga hincapié en el canto" o "Muéstrese positivo".

Cuando por fin Marilyn irrumpió en la sala con un sonriente "Hola" las caras serias de los hombres se iluminaron. Hubo muchos besos y abrazos, comportamiento que, según dijo Marilyn más tarde, es la norma en Hollywood aunque la gente apenas se conozca. Hablaron de la película más de una hora. En cuanto Marilyn expresaba sus dudas, en especial de que nadie creería que los disfraces de los hombres eran eficaces, los tres se turnaban para asegurarle que mientras Marilyn los creyera, el público los aceptaría. —Es que no puedo creer en los disfraces —dijo Marilyn—. ¿Cómo es posible?—. Le respondieron que era una gran actriz y que solo ella podría convencer al público. Repetían sin cesar que toda la película dependía de ella. La charla terminó entre risas y besos.

No obstante ni bien los despidió de la forma más cálida, Marilyn corrió al cuarto, se quitó la ropa con prisa y empezó a llorar. —Quiero champaña, Lena, ¡urgente! —gritó.

—¿Qué pasa? —le pregunté—. ¿Acaso no se divirtió con ellos?

—¿Divertirme? Una mierda. Negocios, nada más que negocios. Ellos me necesitan imperiosamente porque soy la única lo bastante tonta para creer que esos fulanos son mujeres. ¿Por qué tendré que representar a una tonta? ¿Es que no puedo hacer otra cosa? ¿Ningún otro papel?

Nunca la había visto tan desdichada. Su depresión por esta película nunca hubiera terminado si no hubiese descubierto que estaba embarazada (del bebé que habría de perder al concluir la filmación). La noticia le levantó el ánimo por completo. De pronto se sintió feliz y optimista. No volvió a cantar “He terminado con el amor”; hasta dejó de soñar con Joe DiMaggio. En cuanto a *Una Eva y dos Adanes*, convino en hacerla. —No me gusta —dijo— pero no vale la pena que me ponga nerviosa y dañe al bebé. Es solamente una película más, otro trabajo —agregó encogiéndose de hombros—. Esto es lo único que importa —dijo Marilyn con orgullo palmeándose el vientre.

Desgraciadamente, cuando Marilyn y Miller llegaron a Hollywood para la filmación, la situación volvió a agravarse. Se hospedaron en el Beverly Hills Hotel, el preferido de Marilyn. Sin embargo fuera del hotel y en el lugar de filmación, ella temía que todo el equipo conspiraba para humillarla. Marilyn me llamaba cada dos noches para contarme lo aterrada que estaba. Se sentía muy sola, con la excepción de Paula Strasberg. —Tú y Paula son las únicas que se preocupan por mí, Ovejita. Aquí no puedo hablar con nadie. Para ellos soy una estúpida. Están aquí para usarme. Si Paula no estuviera para respaldarme, abandonaría todo e ¡ría a casa —susurró por teléfono con voz tristísima.

La primera gran crisis sobrevino cuando Marilyn se enteró de que la película era en blanco y negro. Pensaba que lucía mucho mejor en colores y creía que en el contrato había una cláusula que garantizaba que todas sus películas se harían en colores. Pero no había tal cláusula. Aunque me contó que Wilder le había dado la excusa de que los hombres vestidos de mujer se verían totalmente ridículos en colores, en especial por el maquillaje, Marilyn se sintió traicionada. —De todos modos son ridículos —dijo furiosa—. Ahora *yo* voy a parecer ridícula Dijeron que era mi película pero es *de él*.

Por “él” se refería a Billy Wilder. Gradualmente el hombre que ella admiraba como el más inteligente de Hollywood se convirtió en su mente en un enemigo acérrimo. Empezó a llamarlo “pequeño Hitler”. Marilyn admitía que Miller la había reñido por eso. Wilder era alemán pero no pequeño, y era judío. No estaba bien llamarlo Hitler, pero Marilyn estaba tan frustrada que ni siquiera pensaba. —No me importa lo que sea, para mí es un “pequeño Hitler”. No es un director, es un tirano. No le importan en absoluto los sentimientos de nadie. Lo único que le importa es su asquerosa película.

Como se preocupaba tanto por el bebé Marilyn quería estar segura de que dormía lo suficiente. Pero debido a que le costaba mucho conciliar el sueño, a veces debía dormir hasta el mediodía.

Quizá Billy Wilder y los demás no advirtieron en ese momento que Marilyn estaba encinta. Sin embargo, embarazada o no, Marilyn gozaba de poca comprensión por parte de Wilder. Él era un profesional y pensaba que había de ser puntual; además, hay que tener en cuenta la presión que harían de afuera para que Wilder hiciera la película dentro del presupuesto. Marilyn sabía que su extrema impuntualidad molestaba a los actores y retrasaba la producción, pero para ella el bebé estaba ante todo. El bebé era lo único que Marilyn había esperado con ansiedad durante mucho tiempo. Al fin su sueño parecía realidad. No correría ningún riesgo.

También me habló de otro problema: Wilder se impacientaba si Marilyn tardaba mucho en hacer bien una escena. —Para él hacer bien una escena significa seguir al pie de la letra el guión, *su* guión. Yo puedo encontrar un modo mejor de hacerla, pero a menos que sea a *su* manera, me hace repetirla hasta el cansancio—. Dijo que un día tuvo que repetir una escena más de cincuenta veces. En ocasiones ella misma insistía en volver a hacer una escena para lograr que fuera lo más perfecta posible. —No me gusta este trabajo, pero quería hacerlo lo mejor que podía. Todos van a verme, de modo que *tengo* que estar bien —me dijo con sinceridad. Sin embargo, el concepto de la perfección de Wilder no coincidía con el de Marilyn, y a él le molestaba que ella tratara de hacer valer su opinión.

La única escena que repetía con placer era la del yate, donde seducía a Tony Curtis, quien en la película se ha enamorado del personaje de Marilyn,

Sugar Kane. Curtis se quita el disfraz de mujer, simula ser un millonario y sube a hurtadillas al yate de un verdadero millonario. Este verdadero millonario no se encuentra a bordo porque está persiguiendo a Jack Lemmon, es decir, a la chica por la que Lemmon se hace pasar. Para ganar el favor de Sugar, Tony Curtis le dice que tiene dificultades con las mujeres y que no se excita con ninguna. Sugar cree la historia y hace cuanto puede por "curarlo". —Era taaan tonta la chica, —dijo Marilyn riendo como una niña por el teléfono al describir la escena. Me contó que tuvo que besar a Tony Curtis muchísimas veces y que "era divertido". Aparte de las canciones, era lo único agradable que podía decir de la película.

Marilyn supuso que Tony Curtis también se había divertido. Más tarde oyó que cuando alguien preguntó a Curtis qué le había parecido besar a Marilyn él contestó que era como besar a Hitler. Marilyn se sintió morir. Ahora *ella* era comparada con Hitler y por el actor a quien tanto apreciaba. Al parecer Tony Curtis se había hartado de las tardanzas de Marilyn y las innumerables tomas de más, y había perdido la paciencia. En lugar de alabarlo, Marilyn empezó a tacharlo de cínico y a mofarse de su "acento de Brooklyn", como dio en llamarlo. Para tratar de imitarlo ponía la voz gruesa y hablaba como los taxistas neoyorkinos, con la voz ronca. Aunque dejó de apreciar a Tony Curtis, empezó a gustarle Jack Lemmon cada vez más. —Es uno de los tipos más simpáticos que conocí —dijo—. Él entiende que yo me asusto mucho frente a las cámaras. A él también lo asustan pero no se avergüenza por ello. Él me lo dice. Eso ayuda mucho.

Si bien por instinto le gustaba toda la gente, Marilyn percibía muy rápido si ella no gustaba a alguien. Ni bien tenía esa sensación de rechazo por parte del otro dejaba de lado a la persona Inmediatamente, aunque hubieran sido amigos íntimos antes. —Uno puede dar de sí mismo hasta cierto punto —me dijo llorando después de oír lo que Curtis había dicho—. Yo trato de brindarme a todos, pero una persona tiene una cantidad limitada de cariño. No voy a desperdiciar el mío en alguien que está en mi contra. Desde ahora en adelante reservaré mi amistad para la gente a quien le intereso de verdad. Lena, esta película es una pesadilla.

La pesadilla de Marilyn empeoró todavía más. Ni bien terminó la película, un mes después de lo planeado, Marilyn regresó a casa para

descansar. Muy pronto perdió al bebé, a pesar de los esfuerzos que se hicieron. Por supuesto, echó la culpa de todo a *Una Eva y dos Adanes*, a Billy Wilder y a Miller por haberla dejado hacer el largometraje. Estaba muy perturbada y era muy comprensible que lo estuviese.

Para colmo de males, la película motivó más comentarios negativos. Poco tiempo después del aborto, mientras se recuperaba, apareció en un periódico de Nueva York una entrevista con Billy Wilder donde él hacía muchas bromas sobre las tardanzas de Marilyn y el hecho de que no supiera los parlamentos que tenía que decir. Wilder dijo que lo había hartado y dejó entrever que no volvería a filmar con ella Cuando Marilyn se enteró de la entrevista insistió en que May Reís consiguiera el periódico y se lo leyera. May lo leyó varias veces en voz alta; luego Marilyn lo leyó. No podía creer que Billy Wilder se hubiese mofado de ella en público después de todo lo que había tenido que pasar—, ¡Así que *yo* lo harté! —gritó mientras rompía el periódico—. ¡*Yo* lo harté!

No obstante las órdenes del doctor de que descansara, saltó de la cama y corrió al estudio de su marido. —¡Es culpa tuya! —la oí gritarle por todo el departamento—. *Haz* algo al respecto… ¿Cómo que “Qué puedes hacer?”. ¡*Debes* hacer algo! ¡*Diles* algo! Todo el mundo va a tomarme por una estúpida. Tienes que decirles algo. A ti van a oírte. A ti te respetan… ¿Que lo olvide? —gritó—. ¡Que lo olvide! Nunca en la vida olvidaré. Nunca olvidaré al bebé… *Diles* algo… Si me quieres, lo harás.

Después de un momento Miller pasó un brazo por los hombros de Marilyn y la llevó a su cuarto. Ella lo había perturbado. Miller no podía tolerar los gritos y las peleas, y yo me daba cuenta de que en realidad deseaba que Marilyn se fuera a dormir y olvidara todo lo ocurrido. Durante ese día varias veces se puso histérica y corrió al estudio gritando y tirándose del cabello. Insistía en que Miller hablara en su defensa. Esa noche les preparé comida italiana pero ninguno de los dos acudió a la mesa ni probó bocado. Marilyn se quedó en la cama llorando y tomando champaña.

Finalmente Miller habló. Mandó a Billy Wilder varios telegramas en los que protestaba por los comentarios del director y elogiaba la actuación de su esposa. Sin embargo Wilder envió los telegramas de vuelta, lo que enfureció todavía más a Marilyn. Wilder había tomado en broma todo el

asunto. Al pie de un telegrama escribió la última frase (y también la más famosa) de *Una Eva y dos Adanes*: “Nadie es perfecto”. Esto es lo que dice el excéntrico millonario a Jack Lemmon cuando este se quita la peluca y revela su verdadero sexo. Ni a Marilyn ni a su marido les pareció gracioso pero se dieron cuenta de que ya no había nada que decir. El que una vez había sido el director preferido de Marilyn se convirtió así en el símbolo de todo lo que odiaba de Hollywood. Juró que nunca volvería a trabajar con él ni a hablarle.

En el invierno del año 1959 Marilyn fue olvidándose de la nefasta experiencia de *Una Eva y dos Adanes*. Volvió a contemplar proyectos; descansaba y comía, principalmente comía. Llegó a pesar alrededor de 63 kg, cuando su peso normal era de 52 kg. En cierto modo, se parecía más a un poderoso jugador de fútbol que a una estrella de cine. Yo estaba gustosa de cocinar si eso la hacía feliz y la ayudaba a olvidar el pasado. Estuviera delgada o gorda, de todas formas era hermosa. Después de varios meses y muchos kilos, sentí alivio al saber que no volveríamos a saber nada de la película. No obstante, en marzo mucha gente empezó a llamar a Marilyn para que asistiera al estreno mundial de *Una Eva y dos Adanes*, que tendría lugar en Broadway. Los que estaban detrás de la película tenían muchísimo interés en que ella fuera. Según le dijeron, su presencia seria una publicidad muy importante para el éxito comercial de la película.

Inmediatamente supuse que rehusaría ir. Al principio se negó, pero no por las razones que yo había esperado. Marilyn se negaba a ir no por los malos recuerdos que tenía de la filmación, ni por su antipatía a Wilder, ni siquiera para demostrar la aversión que le causaba representar a rubias tontas. No quería ir porque pensaba que estaba demasiado gorda. —Estoy horrible y ya no me queda tiempo para bajar de peso —dijo histérica—. No puedo aparecer en público así. No en un estreno.

El teléfono no dejaba de sonar. —Dicen que estoy más voluptuosa que nunca —dijo Marilyn con un tono de fastidio que subrayó la palabra “Voluptuosa”—. Son capaces de decir cualquier cosa con tal de hacerme ir. ¿Qué piensas tú?

—Creo que tienen razón —contesté—. Está usted más sensual que nunca. Y cuanto más sensual, mejor.

—¿De verdad lo crees? ¿Te parece que puedo salir?

—Por supuesto, ¿por qué no?

May Reis y Miller también alentaron a Marilyn; le aseguraron que se veía muy bien. Pienso que Marilyn estaba buscando un poco de aliento y que realmente tenía muchas ganas de ir. —Al menos podré vestirme bien y salir de este condenado departamento —dijo Marilyn.

Las palabras amables dieron resultado. Marilyn convino en ir al estreno.

El día de aquel estreno, a fines de marzo, un día demasiado cálido para la estación en curso, fue el más agitado de todo el tiempo que trabajé para Marilyn. Fue agitado para todos, empezando por Kenneth. Debió haber probado con Marilyn todos los peinados que conocía, pero ninguno la satisfacía. Se quejaba de que todos la hacían “demasiado gorda”. A media tarde finalmente se decidió por un peinado ondulado que hacía que su cabello, platinado en esa época, luciera muy radiante. Nos consultó a Miller, Hattie, May, a Kenneth y a mí, y todos lo aprobamos rotundamente. Cuando yo elogié el peinado Marilyn me miró con enojo. Echaba fuego por los ojos. —Lena, solo lo dices por amabilidad; parezco una gorda puta, ya lo sé. Pero es demasiado tarde para cambiar ahora.

Varias maquilladoras trabajaron durante horas mientras Marilyn bebía champaña y más champaña. No guiso comer en todo el día. —Así tendré el vientre chato —dijo, en su lucha por bajar de peso. Le preocupaba haber bebido tanto—. Y ¿si tengo que levantarme durante la película para ir al baño? Quiero que los fotógrafos me vean de pie lo menos posible —agregó con preocupación—. Oh, al demonio. Si no tomo estaré demasiado nerviosa para ir.

Marilyn me había contado varias veces que la industria del cine la aterraba. Se ponía muy nerviosa frente a las cámaras “en vivo”, y más aún frente a una multitud. Se sentía tranquila y segura de sí misma solo frente a una cámara estática. —Me encantan las fotografías —me dijo—. No hay diálogo, ni actuación. Solo un hombre y yo. Eso basta. Así está bien.

Alrededor de las seis de la tarde, tras una agonía para elegir un vestido, Marilyn escogió finalmente uno sin tirantes, escotado. Aunque yo lo había ensanchado lo más posible, parecía que las costuras fueran a reventar. Marilyn se daba cuenta, pero daba vueltas y más vueltas frente al espejo

para convencerse de que le quedaba bien el talle. —¿Cómo es que llegué a ponerme así? —gritó—. ¿Cómo puede ser? Mírame los brazos. ¡Uf! Ojalá fuera invierno. Ojalá pudiera usar mangas.

May Reis, que la miraba nerviosa desde la puerta, empezó a preocuparse por la tardanza de Marilyn. En general se reservaba los comentarios para sí, pero por alguna razón esta vez explotó. —Nadie la manda comer tanto. Usted sabía que el estreno sería en primavera.

Marilyn podía hacer los comentarios desfavorables que quisiese sobre sí misma; eso no le molestaba. Pero cuando otra persona la criticaba se sentía muy mal. No bien May hubo hablado apareció en el rostro de Marilyn una expresión de horror. May debería haberse mordido la lengua. La pobre Marilyn estalló en llanto y se tiró en la cama. —No iré. Parezco una vaca. No iré—. May corrió a buscar a Miller, quien trató de tranquilizarla.

Sin embargo, nada la calmó. Hasta Miller, normalmente imperturbable, se quedó de pie allí fumando la pipa y abrochando y desabrochándose con nerviosismo el esmoquin. Él y May intercambiaban miradas de desesperación mientras Marilyn seguía llorando y su elaborado maquillaje mojaba las sábanas. Cuando los demás salieron del cuarto encontré un vestido plateado de *lamé* con tirantes finos y escote en V muy pronunciado, y lo puse en la cama a su lado. —Esto es para usted —le dije—. Ahora a levantarse, que medio Nueva York está esperándola. Y toda mi familia va a estar allí también—. Marilyn nos había conseguido asientos cerca de su butaca. —Ellos han estado esperando el estreno con mucho entusiasmo. Y usted no los defraudará.

—¿A mí? —Me miró, alzando el rostro hinchado por el llanto—. ¿Me quieren a mí?

—Por supuesto. Ellos pueden ver la película cuando quieran, pero no pueden verla a usted. Para ellos esto es todo un acontecimiento. La quieren, Marilyn. Ahora póngase este vestido. Se verá magnífica.

—Ah, Ovejita, sabes que nunca los defraudaría a ustedes. —Marilyn se levantó inmediatamente y se vistió; volvió a llamar a las maquilladoras para que la retocaran. Sentía que realmente se debía a sus admiradores. Y como había invitado a mi marido, a mis hijos y a nuestros familiares personalmente, pensaba que tenía un deber especial para con ellos. Marilyn

era una persona que siempre cumplía sus promesas, aunque hubiese sido mucho más fácil para ella dejarse estar y quedarse en la cama. Era una verdadera amiga y yo estaba muy orgulloso de ella.

A Marilyn le costó bastante meterse en el nuevo vestido que yo había escogido, pero cuando logró ponérselo lucía más sensual que nunca. Los kilos de más no importaban; de hecho, realmente hacían de ella una diosa del sexo, mucho más atrayente. Marilyn no hubiera querido que se hablara así de ella; no obstante, en ese momento desempeñaba el papel de diosa. Cuando Marilyn insistió en tomar otra botellita de champaña antes de irse, Miller empezó a caminar impaciente por el pasillo, fuera del cuarto. —Vamos. Apúrate —decía, inquieto. Por una vez a Miller, siempre tan tranquilo, se le habían puesto los nervios de punta.

Finalmente entramos en el ascensor. Sin embargo, cuando llegamos al pasillo de entrada Marilyn recordó que había olvidado la pequeña funda que se ponía entre los dientes de adelante para disimular el hueco que allí tenía Miller, angustiado, hizo rechinar los dientes mientras Marilyn y yo subíamos a buscarla. Antes de volver a descender Marilyn tomó a hurtadillas un último sorbo de champaña y se miró al espejo. —Espero gustarles —dijo.

—Les gustará —prometí.

Marilyn y Miller fueron al teatro en su automóvil, y mi familia y yo los seguimos en un taxi. Marilyn nos había conseguido asientos detrás de los de ella. —Escucha lo que dice la gente y después me lo cuentas. La verdad, ¿eh? —me había pedido expresamente—. Cuando todos llegamos, había una multitud que aclamaba a Marilyn. A pesar de su susto, disimuló muy bien el miedo con uno amplio sonrisa y con su modo cálido de saludar. Todos corrimos a nuestras butacas. Marilyn, que había estado bebiendo todo el día, por poco se cayó varias veces. —Camina derecha. Camina derecha —le decía Miller al oído mientras la tomaba del brazo con firmeza. Los ojos del público estaban puestos en Marilyn, aunque ella simulaba ser solo una espectadora más. Se volvió para mirar con una gran sonrisa. —Bueno, Ovejita, ahí va. Deséame suerte—. Se estiró para alcanzar mi mano en busca de apoyo y tiró besos a mis niños.

—Buena suerte, Marilyn —le dijeron, y le devolvieron los besos. Nada la había hecho tan feliz en todo el día.

Marilyn miró la película con atención y se rió de todos los chistes, hasta de los de Tony Curtis; es decir, hasta que ella apareció en la pantalla. Inmediatamente hizo una mueca y exclamó "¡Oh!". Se tapó los ojos con las manos y espió la película solo cuando ella no aparecía en la pantalla. Parecía que estuviera viendo una película de terror con el estómago revuelto. Cada recuerdo desagradable de la película se reflejaba en la pantalla para torturarla. En varias ocasiones se volvió hacia mí con una expresión de dolor que parecía querer decir. —Es horrible, te lo dije. —Lo que ocurría era que en cada escena de Marilyn el público se desternillaba de risa. Ella no sonrió ni una vez; solo se cubría la cara. No se le ocurría pensar que la gente se reía porque era una gran comediante. Creía que se reían porque ella, Marilyn, y no Sugar, era tonta. Y además, gorda.

En la escena del yate con Tony Curtis, Marilyn ni siquiera espió. El público se reía a mandíbula batiente de los supuestos "problemas sexuales" de Tony Curtis y también del vestido transparente de Marilyn.

Marilyn no podía resistirlo. Miller la abrazó como para evitar que escapara de la sala. De hecho, solo vio las escenas en las que cantaba. En las escenas de su primera canción, "Vivir a lo loco", su actitud cambió por completo. Marilyn sonrió satisfecha al ver lo bien que había actuado. El hecho de que el público no se riera de ella en esa parte la hizo sentir mucho mejor aun. Cuando acabó de cantar "He terminado con el amor" se volvió hacia nosotros y guiñó un ojo con delicadeza. Pero las risas comenzaron otra vez y Marilyn volvió a levantar las manos.

Al final de la película el público se puso de pie y aplaudió con fervor. Era un éxito rotundo. Sin embargo, a Marilyn no le importaba. Se fue del teatro muy de prisa, con Miller tratando de alcanzarla. No dijo palabra a los periodistas; solo cerró la puerta del automóvil con violencia y partió. Cuando los periodistas empezaron a preguntarme sobre mi patrono les respondí con un "No haré comentarios". Marilyn me había advertido muchas veces que no contestara a los periodistas. —Ellos tergiversan las cosas y luego se mofan de todos nosotros —me había prevenido.

Cuando volví al departamento Marilyn estaba con un ataque de nervios. —¡Asquerosa! ¡Asquerosa! ¡Asquerosa! —repetía constantemente. Se había quitado el vestido, que había quedado tirado en el piso, y se había embrollado el cabello con los dedos. Entraba y salía de la cocina corriendo con una botella de champaña en la mano y gritaba: —¡Asquerosa!

Miller trató de decirle que estaba magnífica en la película y que debería tratar de ser feliz con el éxito.

—¡Cállate! —le gritó, con lo que Miller volvió al estudio y cerró la puerta—. Lena —dijo corriendo hacia mí ni bien entré—. ¿Has visto lo gorda que estaba? Como una chancha. Dios mío, ¡qué película horrible!

—En absoluto, era fantástica. Y usted también estaba fantástica — Debía decirle la verdad.

—¿Con que tú también? —Tomó mi elogio como una traición—. ¡Tú también! —Corrió al cuarto y se encerró con llave. Golpeé varias veces la puerta pero no hubo respuesta. Después de inútiles esfuerzos por hablar con ella me fui a casa. El día había sido muy largo.

Volví a la mañana siguiente y Marilyn seguía encerrada. Cuando le pregunté desde afuera si estaba bien, contestó: — No puedo hablar. No puedo soportarlo. El día de ayer fue un desastre para mí. —Sin embargo, muy pronto empezaron a llamar para avisar a Marilyn que las críticas de la película eran excelentes y que aclamaban su actuación. Después dejó entrar a May Reis para que le leyera las críticas. Eso le levantó un poco el ánimo, pero seguía molesta por su aspecto. —¡Basta de comida! —exclamó—. No volveré a probar bocado—. Ese mismo día comenzó una dieta estricta sobre la base de frutas, verduras y, muy de vez en cuando, un huevo. Cuando quería, Marilyn podía imponerse una disciplina muy rigurosa.

Más tarde Marilyn me llamó para conversar. —¿Qué decían? ¿Qué oíste decir a la gente del cine, Lena? —me preguntó. A pesar del elogio de las críticas, a Marilyn le importaba aún más lo que pensaba el público. SI bien el comentario que más oí fue: “Este es el papel justo para ella”, no me atreví a decírselo. No en ese momento. Solo le dije que al público le había encantado la película y ella.

—Toda esa gente que ha llamado me dijo que estaba hermosa —dijo Marilyn—, pero de una forma u otra trabajan para mí. Si a una persona le

pago mucho dinero, no va a decirme que estoy gorda y espantosa.

—Mm, ¡qué inteligente está hoy! —le dije en broma y empezamos a reír.

Aunque la película le daría una fortuna y la haría aún más famosa en el mundo entero, Marilyn jamás volvió a mencionarla.

Capítulo siete

Tras la agonía de *Una Eva y dos Adanes* pensé por un tiempo que Marilyn no volvería a filmar otra película. Parecía detestar a Hollywood más que nunca y con frecuencia hablaba de hacer una obra de teatro con los Strasberg en Broadway. Sin embargo a los pocos meses cambió de parecer al recibir del cine italiano un premio por su actuación en *El príncipe y la corista*. Nada la hubiera hecho más feliz ni la hubiese hecho valorarse más que ser reconocida como actriz. —Solo los italianos me aprecian —dijo en broma—, tú, Frankie, Joe y ahora esto, ¿Qué pasa que en Hollywood no me valoran?

Acompañé a Marilyn a recibir el premio al consulado italiano, en la avenida Park. Ella quería que hiciera de intérprete si me necesitaba. Marilyn llevaba un vestido de tarde negro con una chaqueta negra que hacía juego, y zapatos altos de charol al tono. Seguía con el régimen de verduras y frutas y ya había bajado a 55 kg. Lucía linda y bastante formal con ese conjunto negro. Distaba mucho de sus típicos vestidos de escote pronunciado y línea adherente al cuerpo. —Los italianos tendrán una gran desilusión —le dije riendo.

—Ay, Lena, es un premio importante. Es como el *Oscar*. No quiero ser irrespetuosa—. Advertí lo orgulloso que estaba del premio. En el consulado brindaron a Marilyn una recepción con champaña que contó con la presencia de alrededor de cincuenta funcionarios. También estaba allí la gran actriz Anna Magnani, una de las estrellas más famosas de Italia. Yo siempre la había admirado. Al agolparse la gente en torno a Marilyn, Anna Magnani se quedó sola en un rincón, bebiendo champaña y poniéndose cada vez más furiosa. Era obvio que no estaba acostumbraba a no ser el centro de atención y eso había herido su amor propio. Muy pronto la

situación colmó su paciencia y quiso hacer una retirada espectacular, pero tuvo que luchar contra la multitud que admiraba a Marilyn para encontrar la salida.

Anna Magnani se salió de sus casillas por completo. Comenzó a maldecir a Marilyn en italiano y a mofarse de sus compatriotas por ser lo bastante estúpidos para prestar atención a una mujer que ni siquiera sabía actuar. —*¡Putane!* —gritó al alejarse—. *¡Putane!*—. Esta palabra significa prostituta en italiano y me alegré de que Marilyn no entendiera el idioma. El arranque de la otra actriz no perturbó a Marilyn. Estaba disfrutando mucho con el reconocimiento que le prodigaban. —¿Qué le pasaba a esa mujer? —me preguntó al volver a casa.

—Estaba celosa, nada más. Estaba acostumbrada a ser siempre la estrella —le respondí.

—Ah, comprendo. Las estrellas de cine no se llevan bien conmigo. Me odian a primera vista, de modo que ya no trato de gustarles.

No obstante, fue una estrella de cine quien cambió la actitud de Marilyn hacia el dinero y, de hecho, la hizo retornar a Hollywood. La estrella era Elizabeth Taylor. Marilyn siempre se sintió inferior a ella; reverenciaba su origen inglés, su voz y su aire más refinado. Sin embargo, rivalizaba con Elizabeth Taylor como actriz. Cuando se enteró de que ella iba a ganar un millón de dólares por filmar *“Cleopatra”* se puso furiosa.

Lo que más le molestaba era que esa cantidad de dinero la pagaría el mismo estudio de Marilyn, la Twentieth Century Fox — ¿Cuánto gano yo? —preguntó a May Reis, Marilyn sólo cobraba cine mil dólares por película. Para mí eso era toda una fortuna, pero a Marilyn en ese momento le parecía una miseria. Estaba ofendida. ¿Valía diez veces menos que Elizabeth Taylor?

Después de llamar con desesperación a sus abogados y agentes Marilyn se enteró de que tenía un contrato con la Fox que la obligaba a hacer cuatro películas con la compañía por ese dinero. Entonces estaría libre para exigir un sueldo mucho más alto, más aún que Elizabeth Taylor, según le aseguraron sus agentes. Marilyn decidió muy pronto que quería filmar esas cuatro películas y deshacerse del contrato.— ¿Cómo puede ser que esté ganando tan poco? —se preguntaba perpleja. Marilyn tenía mucho dinero y

si seguía haciendo películas llegaría a ser millonario, aunque gastara a manos llenas. Sin embargo, por primera vez el dinero pasó a tener un valor simbólico muy importante para Marilyn. Quería ser la estrella “máxima” y, en su manera de ver, la estrella más famosa ganaba el sueldo más alto.

Por lo tanto, se lanzó con avidez a un nuevo proyecto que la Fox le había propuesto. —Hagámosla de una buena vez —dijo Marilyn. La película se llamaría *La adorable pecadora*[*]. Era acerca de una comedia musical en la que Marilyn era la estrella, y hay un multimillonario. Sucede que el propio multimillonario asiste a un ensayo en ese teatro para ver qué ocurre. Los productores no lo reconocen y creen que es un actor; como tiene aspecto de millonario, lo contratan para que haga ese papel. Por supuesto, se enamora de Marilyn, quien aparentemente odia a los hombres ricos, y él finge ser actor para conquistarla.

—Es ridículo —dijo Marilyn después de tratar de comprender el argumento—. Todas mis películas son ridículas; al menos con la Fox, Por eso quiero acabar con el contrato. ¡Entonces haré solo lo que yo quiera! —. Marilyn estaba particularmente ansiosa por volver frente a las cámaras. La cuestión del embarazo debió de haber influido también. En el verano le habían hecho una operación menor. Marilyn esperaba que con esta intervención pudiera tener hijos.

La operaron en el Polyclinical Hospital, donde Marilyn había perdido al bebé el año anterior. A pesar de los recuerdos horribles que guardaba del lugar, tenía mucha confianza en el médico. —Ovejita, es una pesadilla volver a ese hospital —me confesó—, pero vale la pena sí me da la oportunidad de tener un bebé, un bebé todo mío—. En una ocasión había hablado de adoptar un niño, pero para ella eso hubiera significado admitir la derrota. Marilyn nunca se daba por vencida.

Marilyn me dijo que la intervención quirúrgica era bastante arriesgada y que la posibilidad de que diera resultado era muy pequeña. No obstante, el dolor no la amedrentaba. —¿El dolor?, ¿qué es el dolor? —dijo y rió, nerviosa, el día en que se internó. Para ella el único dolor era no poder tener un bebé. Pienso que yo estaba más preocupada por la operación que ella. —Ovejita, deja de preocuparte —me regañó. No pude evitar el llanto cuando

se fue del departamento—. Actúas como si yo no fuera a volver. No es una operación tan grave. Así que deja de llorar.

Me abrazó y me dio un beso en la mejilla. —Todo saldrá bien. Te veré en unos días—. Marilyn a menudo admitía que se ponía nerviosa frente a las cámaras, pero cuando se trataba de cosas que hubieran aterrado a cualquiera era más valiente que nadie. La acompañé al pasillo de entrada para despedirme de ella cuando partiera en el automóvil con todas las valijas. Parecía que se iba en un largo viaje. Al saludarme con un ademán vi que tenía los dedos de ambas manos cruzados. Me dirigió una sonrisa de despedida.

No volví a verla hasta el día siguiente a la operación. Me llamó al departamento, donde yo estaba modificando algunos de los vestidos nuevos que se había comprado para ese verano. Cuando May Reis me dijo que Marilyn estaba en el teléfono por poco tropecé al correr a hablarle. Estaba muy Impaciente por saber cómo se sentía. —Ah, supongo que estoy bien —dijo. Agregó que por un tiempo no sabría si el resultado de la operación era satisfactorio. Lo primordial era que quería verme; y que tenía mucha hambre. Para ella lo peor de estar internada era la comida del hospital. Le preparé *lasagne* y pollo al horno, y me metí de un salto en un taxi esa misma noche.

Encontré a Marilyn en un pequeño cuarto sin ventanas. Era muy deprimente, en especial porque no había flores ni otro signo de que Marilyn tuviera amigos que pensaran en ella. Había dos teléfonos junto a la elevada cama pero no tenía libros ni revistas, ni un televisor o una radio que la ayudara a pasar el rato. Sin embargo, a pesar de la atmósfera oprimente, allí estaba Marilyn. Se veía hermosa con ese salto de cama blanco de raso ribeteado en tela *Maribou*. Se lo había comprado especialmente para el hospital, aunque ya tenía muchas camisas de dormir elegantes muy similares a esa, que nunca usaba. Me había dicho que no quería decepcionar a los doctores y enfermeras del hospital.

—Ovejita, mi único visitante —me saludó tomándome la mano con suavidad entre las suyas. Dijo que Miller también había ido. —Pero él no cuenta, porque tiene la obligación de venir—. Antes de que pudiera preguntarle cómo se sentía comenzó a hurgar en la canasta de comida.

Comió como si no hubiese probado bocado durante días. —Ah ¡está *taaan* rico!—. Su apetito me demostró que se recuperaría muy rápido.

Cuando dije a Marilyn que estaba hermosa solo atinó a reír como una niña. —Me muero de ganas de volver a casa y quitarme todo esto. Aquí estoy exhibiéndome—. No obstante, Marilyn tenía más intimidad de la que realmente quería. Yo esperaba ver una larga fila de gente del hospital haciendo cola por obtener un autógrafo, pero, aparte de los dos teléfonos, la trataban igual que a cualquier otro paciente. —Seguro que empiezan a venir dentro de un día o dos —me dijo—. Todo el mundo va a enterarse de que estoy aquí—. Pero resultó que solo una enfermera y un ordenanza le pidieron autógrafos durante toda la internación.

Yo fui a visitarla al hospital todos los días durante el lapso, una semana o más, que Marilyn estuvo en el hospital. Iba en taxi, le llevaba comida y le hacía compañía. No le molestó mucho que no hubiera flores ni amigos, al menos no mencionó nada, hasta el día en que el doctor tuvo con ella una conversación muy seria. Cuando la llamé para preguntarle si quería que le llevase algo en especial me contó que el médico había ido a verla. El informe no era lo que ella había esperado. Aunque el médico dijo que no podía saberse el resultado de la operación hasta que Marilyn intentara quedar embarazada, ella tenía la impresión de que la cirugía no había cumplido el objetivo. Marilyn parecía muy triste.

Cuando llegué al hospital más tarde las cortinas del cuarto estaban corridas. Marilyn estaba acostada, sola en ese cuarto oscuro y lloraba con la cabeza hundida en la almohada. No quería comer. —Este lugar me trae mala suerte —dijo llorando al recordar el hondo pesar que sintió la última vez en que había estado en ese hospital—. Quiero regresar a casa. Quiero regresar y olvidarme. Lo he intentado, Lena. Lo he intentado…

El día siguiente, cuando se fue del hospital, fue peor aún. El año anterior la había esperado una multitud de fotógrafos. Esta vez no había nadie, solo el automóvil. Yo no fui a buscarla, pero Marilyn me contó que se sintió muy desanimada. —A nadie le importo. Ya nadie me conoce. ¿De qué sirve ser Marilyn Monroe? ¿Por qué no podré ser una mujer común? Una mujer que puede tener una familia. ¿Qué digo una familia? Me

conformaría con un hijo. Un hijo mío. Ay, ¿por qué tiene que salirme todo tan mal.

Marilyn siguió deprimida unos días; se quedaba acostada en cama, tal como en el hospital. No obstante, en vista de las circunstancias tomó las cosas muy bien. La había destrozado tanto la pérdida del bebé el verano anterior, en noviembre, que en comparación este problema era muy leve. —Qué estúpida soy —dijo Marilyn—, es culpa mía. Ya me había resignado a no tener hijos pero después salió esto de la operación. Me pareció un rayo de esperanza y volví a entusiasmarme. Pero no tendría que haberme ilusionado.

Hizo lo posible por olvidar la tristeza. La falta de atención que habían demostrado en el hospital dio a Marilyn una nueva preocupación. Sentía que tenía que hacer otra película cuanto antes. No quería que la olvidaran. Comenzó a leer guiones todo el día y a planear su carrera. —Ya que no puedo ser madre es mejor que sea actriz. Pero tengo que ser algo. Y sea lo que fuere ¡voy a hacerlo bien!—. Sus casi diarias sesiones con los psiquiatras y las clases de teatro le daban una perspectiva optimista. Además, había bajado de peso en el hospital y su físico más delgado le devolvió la confianza en su aspecto. Nunca la había visto tan decidida.

Marilyn tomó un interés tan grande en *La adorable pecadora* que convenció a Miller de que modificara el guión. Marilyn pensaba que esos cambios mejorarían la película. —Esta vez lo haremos como a mí me gusta —anunció desafiante. El único inconveniente que había en esas modificaciones era que reducían la importancia del papel del millonario. Algunos actores famosos que Marilyn quería para la película, como Cary Grant y Rock Hudson, rechazaron el libreto. Gregory Peck iba a aceptar, pero se echó atrás cuando Miller hizo más cambios en favor de su esposa.

Marilyn volvió a deprimirse. —¿Es que nadie quiere trabajar conmigo? —se preguntaba en voz alta. Sin embargo, justo cuando empezaba a aterrarse de que no conseguiría a un protagonista, llegó a salvarla uno de los amigos extranjeros de Miller. Era Yves Montand. Ese otoño Montand estaba en Nueva York haciendo un espectáculo donde él solo bailaba y cantaba, en Broadway. Era todo en francés, pero de todos modos fue un éxito rotundo. Montand aparecía en todos los periódicos y estaba convirtiéndose en una

celebridad en Nueva York. Había venido con su mujer, Simone Signoret, que en Francia era una actriz muy importante y que en Estados Unidos estaba haciéndose famosa por su actuación en la película *Almas en subasta*, por la que habría de ganar el *Oscar* en la primavera siguiente.

Hacía varios años los Montand habían trabajado en la puesta en escena parisina de la obra de Miller *Las brujas de Salem*, acerca de la caza de brujas en Salem, Massachusetts, en las primeras colonias puritanas de Estados Unidos. Marilyn me contó que cuando fueron a Inglaterra para filmar *El príncipe y la corista* Miller viajó a París para ver la obra y trabó amistad con los Montand. Como a Miller, a ellos también los habían acusado de comunistas y el Departamento de Estado les puso muchas trabas cuando quisieron viajar a los Estados Unidos. Después de rechazarlos varias veces les otorgaron una visa para que Yves Montand pudiera montar el espectáculo. Miller estaba ansioso por agasajarlos cuando llegaron a Nueva York.

Yo les preparé la cena cuando vinieron de visita. Nunca olvidaré la expresión de Marilyn cuando los vio aparecer. El señor Montand se parecía a Joe DiMaggio, y percibí que Marilyn también lo había advertido. En la cara de Marilyn se dibujó una amplia sonrisa que perduró toda la noche. Descubrimos que Montand no era francés sino italiano. Había nacido cerca de Florencia. Era alto, tenía una cabeza grande, una boca grande y una nariz grande, pero aun así era bastante buen mozo. Además, tenía un encanto muy especial. Lo advertí cuando Marilyn me lo presentó. Me tomó la mano con calidez, me habló en italiano y me sonrió de tal manera que por un momento me hizo sentir la única mujer de la habitación, hasta del mundo.

Yves y Simone Signoret formaban una pareja extraña. Se notaba que ella era mayor que él y no tenía el menor encanto. Apenas se maquillaba, tenía el cabello corto y rubio y era robusta. No obstante, parecía muy inteligente. Inmediatamente ella y Miller iniciaron una charla sobre política. Como Marilyn y Miller por lo general no tenían mucho que decirse, yo no estaba acostumbrada a oírlo hablar tanto.

Debido a que Yves casi no sabía hablar inglés Simone le traducía todo. Miller balbució unas palabras en francés y Marilyn casi no abrió la boca. Solo miraba a Yves y sonreía, y él le devolvía las sonrisas. A su manera

estaban comunicándose. Los cuatro comieron, bebieron y lo pasaron tan bien que no podía entender por qué los Miller no invitaban a gente más a menudo. Eso hubiese sido muy importante para Marilyn.

Después de que se fueron Marilyn se moría de ganas de hablar conmigo. —¿No se parece a Joe? —fue lo primero que dijo. —Me encanta la voz que tiene. Ahh…, Yves es tan sensual—. También le había impresionado Simone Signoret. —Dios mío, ¡qué inteligente es! ¿Cómo hará él para estar a su nivel? Ah, supongo que lo está cuando hablan en francés. Voy a aprender ese idioma —anunció riendo—. Suena más divertido que el inglés —. Agregó que estaba ansiosa por ver el espectáculo de Yves.

Al día siguiente Marilyn pasó horas en el teléfono preguntando a la gente que conocía si sabían algo de Yves Montand. Lo que preguntaba con más insistencia era cómo él se había podido casar con Simone Signoret. —Pero no es linda —decía—, y además es más vieja que él. ¿Qué hizo para conseguirlo?—. Por medio de los llamados Marilyn se enteró de que Yves se había iniciado como actor de *cabaret* porque había tenido una relación amorosa con Edith Piaf, la gran cantante. Ella también era mayor que él y tampoco era bonita. A través de ella Yves se había convertido en un cantante muy importante de Francia. Edith Piaf también lo había ayudado a entrar en el mundo del cine. —Apuesto a que se casó con Simone para que lo ayudara a ser un gran actor de cine —dijo Marilyn—. Esa debe ser la razón: su carrera. —Vaciló—. Bueno… no lo culpo. Es tan difícil llegar a algo en el cine. Hay que tener muchas relaciones. De todos modos ella es agradable. Se ve que él la admira. Simone tiene mucha suerte.

Después de ver el espectáculo Marilyn quedó aún más fascinada con Yves Montand. —Tendrías que verlo, Lena. Es excepcional. Si Joe supiera cantar se vería igual que él—. Hizo unos pasos de zapateo norteamericano alrededor del cuarto, mientras cantaba “C’est si bon” tratando de imitar la forma suave en que Montand modulaba las tres palabras, y tarareaba el resto de la canción. Me dijo que le encantaría hacer una película con él. —Sí aprendiera francés sería perfecto.

Marilyn hablaba constantemente de Yves a quien quisiera escucharla. Hablaba maravillas de él a los niños de Miller y a sus padres cuando iban a visitarla. A los padres de Miller también les gustaba Montand. Dijeron con

orgullo que creían que los Montand eran judíos. Sabían que el padre de Simone Signoret era judío y pensaban que Yves también lo era porque su apellido real era Levy. Miller los corrigió: el apellido se escribía Livi, aunque Montand por poco tuvo problemas con los nazis por culpa del apellido. Miller dijo que Montand había combatido en la Resistencia durante la guerra. Eso lo hizo aún más romántico a ojos de Marilyn.

Cuando todos los actores norteamericanos empezaron a rechazar *La adorable pecadora* Marilyn decidió que la haría Yves Montand, y dijo: —Está aprendiendo muy pronto—. A Miller y a otros de sus consejeros que decían que el hecho de que Yves no hablara inglés sería un problema insoluble. Yves había regresado solo al departamento varias veces y había contado a Marilyn su infancia pobre: su padre trabajaba en una fábrica, él tuvo que abandonar la escuela a los once años para conseguir un empleo, había trabajado en una fábrica de fideos y de peluquero, había empezado como cantante en los cafés de Marsella cantando canciones de Maurice Chevalier e imitando al Pato Donald. Marilyn estaba extasiada. Los dos hacían ascendido de la manera más difícil. Tenían mucho en común.

Miller andaba siempre cerca cuando Yves iba a la casa y a veces hacía de intérprete entre Yves y su esposa. Parecía tener una confianza ciega en Yves. A menudo volvía al estudio a escribir mientras los otros dos bebían champaña y charlaban sentados en el sofá uno muy junto al otro. A veces Yves y Marilyn se tomaban de las manos mientras conversaban, pero siempre se soltaban cuando oían abrirse la puerta del estudio. Era algo tan lindo; parecían dos escolares enamorados que no quieren que sus padres se enteren.

Marilyn pasó días enteros hablando por teléfono e insistiendo en que Yves hiciera la película. La ayudó la formidable acogida que tuvo el espectáculo de Montand. Cuando él llevó el espectáculo a Los Angeles los magnates del cine también quedaron fascinados. Por una vez coincidieron con la elección de Marilyn. Montand haría el papel. Aprendería el sonido de las palabras aunque no supiera lo que significaban. Marilyn me contó que los Strasberg trataron de disuadirla. —Me preguntaron cómo podría Yves entender el personaje si no entendía lo que estaba diciendo. Dicen que el papel es para alguien mayor, un tipo como Cary Grant—. A ellos Yves no

les parecía verosímil como millonario. A Marilyn no le importaba. Para ella trabajar con él significaba mucho más que la película en sí. La hacía feliz.

Ni bien Marilyn se enteró de que Yves haría el papel empezó a practicar los números de baile y cantó con gran tenacidad. Se quedaba levantada hasta muy tarde a la noche luchando por aprender la letra de las canciones. Hasta contrató a una profesora de baile, una chica hermosa y esbelta llamada Mara Lynn (Marilyn siempre hacía bromas sobre el nombre), para que le enseñara los pasos. Como no había vuelto a bailar desde *Los caballeros las prefieren rubias*, al principio Marilyn se sintió un poco torpe. Solía tomar la sala de estar por escenario y a veces se subía a las mesas o chocaba contra el sofá y se hacía moretones en las piernas. Sin embargo, progresaba en la práctica.

Se ponía una malla elástica negra y medias negras de red, y con ansiedad esperaba la llegada de Mara Lynn, que venía por la tarde. Entonces bailaba con ella en la sala y cantaba durante horas hasta lograr hacer las cosas a la perfección. Por momentos, ese departamento nos daba la sensación de estar viviendo en Broadway. Lo único que necesitábamos era una gran orquesta. El pobre Miller se veía agotado; se quedaba encerrado en el estudio o daba largos paseos con el perro para escapar de la casa. Marilyn seguía trabajando a todo lo que daba. Debía complacer a alguien más que sus admiradores. Tenía a Yves.

Además de Yves, la experiencia más emocionante que tuvo Marilyn antes de empezar *La adorable pecadora* fue conocer al primer ministro de Rusia, Nikita Jrúschov, que había venido a visitar Hollywood. Esta fue una maniobra publicitaria ideada por la Twentieth Century-Fox. Al principio hubo que decir a Marilyn quién era Jrúschov, ya que ella nunca leía los periódicos ni escuchaba las noticias. —Ah —dijo Marilyn sin asombrarse. Sin embargo el estudio siguió insistiendo. Dijeron a Marilyn que para Rusia Estados Unidos significaba dos cosas: Coca-Cola y Marilyn Monroe. Le encantó oír eso y convino en ir a conocerlo.

A último momento se decidió que Miller no la acompañaría a Hollywood a causa de la publicidad desfavorable que había tenido por sus opiniones supuestamente izquierdistas. Podría parecer sospechoso que se encontrara con el mayor representante del comunismo. A Miller no pareció

importarle mucho. Marilyn viajó sola a Hollywood. Me contó que el estudio quería que Marilyn llevara al estreno el vestido más apretado y sensual que tuviese. Los ejecutivos del cine también llevaron a Jrúschov al lugar de filmación de *Can Can*, una película atrevida en esa época. —Supongo que no hay mucho sexo en Rusia —dijo Marilyn riendo.

Lo que Marilyn recordaba de Jrúschov era que era “gordo y feo”, que “tenía verrugas en la cara” y que “gruñía”. No podía entender cómo había llegado a ser el líder de ese pueblo. —¿Quién querría ser comunista con un presidente como ese? —bromeó, agregando luego: Vi que a Jrúschov le gusté. Cuando nos presentaron me sonrió más a mí que a nadie del banquete. Y estaba todo el mundo allí. Me dio un apretón de manos tan largo y tan fuerte que pensé que me la rompería. Supongo que eso fue mejor que darle un beso.

En los primeros meses de 1960 Marilyn volvió a Hollywood, esta vez con su marido, para filmar *La adorable pecadora*. Como siempre, se hospedaron en el Beverly Hills Hotel. Marilyn me llamó muy entusiasmada para contarme que Yves y Simone Signoret se alojaban en la habitación contigua. En el curso de la filmación Marilyn me dijo que se divirtió más en esa película que en ninguna anterior. —Es por Yves. Vamos juntos al estudio cada mañana y volvemos al hotel después. Trabajamos juntos en el guión. Lo pasamos maravillosamente—. Paula Strasberg también estaba allí pero en realidad Marilyn ya no la necesitaba. —Yves es un gran actor. Me comprende, es maravilloso trabajar con él. Ya no me pongo nerviosa.

La relación se estrechó cuando Miller viajó a Irlanda por unas semanas. Iba a visitar al director John Huston para trabajar con él en el guión de *Los inadaptados*, la próxima película de Marilyn. Le pregunté a Marilyn si no se sentiría sola sin su marido. —¿Sentirme sola? ¿Estás bromeando? Tengo a Yves y a Simone al lado. Nunca me dejarían sentirme sola.

En ese momento Simone ganó el Oscar a la mejor actriz e Yves cantó en la fiesta. Simone y su marido se convirtieron en la pareja más popular de Hollywood. Una noche Marilyn me llamó; no podía ocultar la envidia. —Ella tiene el Oscar. Tiene a Yves. Es inteligente y la respetan. Y yo, ¿qué tengo?

—Pero ¡usted es usted! —le contesté para darle seguridad—. Es la chica más linda del mundo. Fíjese en ella y fíjese en usted. Usted sí que es famosa. Usted es la estrella más importante, apuesto a que hasta en Francia. El público la adora.

—Una mierda —fue todo lo que respondió. Yo sabía que deseaba profundamente ganar el Oscar. El solo hecho de que la hubieran nominado hubiese sido todo un honor para Marilyn. Yo había visto lo orgulloso que la había puesto el premio de Italia. A esa altura Marilyn hubiera sacrificado gustosa su belleza con tal de estar en el lugar de Simone.

Luego Simone tuvo que volver a Europa para empezar una nueva película. Miller había vuelto a Hollywood, pero él también decidió irse de allí. Quería pasar unos días con Bobby y Jane, que empezaban las vacaciones de verano. Marilyn quedaría sola con Yves. Sí es que Marilyn había soñado con esa situación, su sueño se cumplió. Cuando me habló estaba muy entusiasmada, aunque solo insinuó una vez que algo indebido podía pasar entre ellos. —Ovejita, ¿qué pasaría si Yves… tratara de hacer algo? ¿Qué debo hacer?

—Lo que a usted le parezca —le contesté— Yo sabía que Marilyn estaba loca por Montand, pero en lo que respecta al sexo, yo era muy anticuada. Mi marido era el único hombre de mi vida. No podía imaginar a otro. Sin embargo, yo sabía que el hecho de tener amoríos con Montand podría hacerla muy feliz. Y yo quería que ella fuese feliz.

Además, quizás el que Miller la hubiera dejado sola con Montand fuese un esfuerzo por decir algo a su esposa. —Tal vez al principio se sienta feliz pero después puede llegar a arrepentirse. Creo que Yves ama de verdad a su mujer —le advertí.

—Claro, no era más que un sueño —dijo Marilyn con una risita infantil —, a mí no puede pasarme algo tan emocionante.

Marilyn vivía quejándose de que en Hollywood no hacía más que trabajar. Su vida se repartía entre el estudio y el cuarto del hotel. Eran muy escasas las grandes fiestas y las comidas en restoranes lujosos. —Lo que más me gusta es dormir —me dijo—. Por lo menos puedo soñar.

No obstante, algo emocionante le sucedió. Me contó lo que pasó al volver a Nueva York después de terminar *La adorable pecadora*. —¡Lo

hicimos! ¡Lo hicimos! —me susurró con voz aguda y exaltada ni bien entró en el departamento y nos encerramos en su cuarto. Era evidente que no quería que May Reís se enterara. No dejaba de sonreír. Esa misma noche me contó todo con lujo de detalles; disfrutaba de cada parte del relato.

Admitió que iniciaron la relación muy pronto. —Era tan natural, como si fuéramos el uno para el otro. Eso es un hombre—. Al describirlo no dejaba de repetir que era “tierno”, “dulce” y “gentil”.

—¿Y el señor Miller? —le pregunté.

Marilyn respondió que no estaba segura al respecto. Le había dolido que él la dejara sola en Hollywood. —No creo que yo sea la mujer indicada para él —dijo fríamente. Marilyn había advertido que su marido parecía divertirse mucho con Simone Signoret—. Arthur necesita una intelectual, alguien con quien pueda hablar. Necesita a alguien como Simone—. Luego de una larga pausa hizo una amplia sonrisa y agregó: —Yves me necesita a mí—. Cruzó los dedos en un gesto que expresaba el deseo de casarse con él. —No creo que a Arthur le importe. Pero a Simone… no sé… Ojalá, ojalá que…

Yves debía volver a Francia vía Nueva York al poco tiempo. Marilyn había planeado un encuentro para cuando él cambiara los planes. Reservó un cuarto, bajo otro apellido claro está, en un hotel cerca del Aeropuerto de Idlewild. Pidió flores y varias botellas grandes de champaña. Marilyn hasta se bañó dos veces el día de su llegada: a la mañana y a la noche antes de ir al aeropuerto en el automóvil. No sé cuánto sabía May Reis del asunto, pero la llevó con ella por si llegaba a encontrar la tan indeseada publicidad. —Rezo por que no encontremos periodistas. Eso lo arruinaría todo.

Todo lo que podía arruinarse se arruinó. Cuando llegué al trabajo al día siguiente esperaba encontrar a Marilyn radiante con los hermosos recuerdos. Sin embargo, había vuelto al llanto. No la había visto llorar desde que ella había regresado de Hollywood. —Todo terminó —dijo entre lágrimas—. Fui una estúpida. Una reverenda estúpida.

Casi al borde de la histeria me contó cómo todos los planes se habían estropeado. Para empezar, en el aeropuerto ya había varios agentes de prensa y periodistas que comenzaron a hacerle demasiadas preguntas indiscretas. —Ahora se enterará la prensa y lo sabrá todo el mundo —dijo

en un lamento. Además, Yves no tenía la menor intención de ir al hotel con Marilyn. Quería volver a París y a Simone cuanto antes.

—Trató de ser amable —dijo llorando. —Me besó y todo pero dijo que la idea de dejar a Simone era… ridícula. Eso es lo que dijo… ridícula. Agregó que esperaba que lo hubiera pasado bien con él y me dijo que él había pasado un muy "buen rato" conmigo. Lena, yo estaba enamorada y él solo estaba pasando un muy "buen rato". Lo último que dijo fue que Arthur y yo fuéramos a visitarlos a Francia, a él y a Simone. ¿Qué te parece, eh? Tenías razón, Ovejita. ¡Discúlpame! ¿Por qué me habré enamorado de él? ¡Dios! ¿Por qué? Creo que fue cuando Simone ganó el *Oscar*. Yo estaba tan celosa. Tenía ganas de decirle: "Tú tienes el *Oscar* pero yo tengo a Yves". Ahora deben de estar sentaditos en París muriéndose de risa de mí.

Marilyn no iba a quedarse mucho tiempo en Nueva York. Tenía que viajar a Nevada para empezar a filmar la película de Miller, *Los inadaptados*. Sin embargo, no estaba de humor para ir a ningún sitio. Se quedaba en la cama y comía todo lo que yo le preparara, escuchaba los discos de Frank y contemplaba la foto de Joe con más frecuencia que nunca. —Él nunca me habría hecho tal cosa —decía con amargura.

Traté de explicarle a Marilyn que los hombres europeos tienden a tomar los asuntos amorosos más ligeramente que los norteamericanos. —Hoy aquí, mañana allí —le dije—. Y nadie, ni la mujer ni el hombre, espera más que pasar un rato agradable, guardar buenos recuerdos. Eso es todo.

—Sí —dijo Marilyn con desprecio—. Mi problema es que yo sí esperé algo más. Y mira lo que gané. Mierda, nada más que mierda.

Así como Marilyn había borrado de su memoria *Una Eva y dos Adanes*, tampoco volvió a hablar de Montand ni de *La adorable pecadora*, excepto una vez. Al año siguiente, cuando Marilyn se divorció de Miller y quedó sola, un día se puso la peluca negra, un chal y anteojos oscuros y me llevó a ver la película. A diferencia de *Una Eva y dos Adanes*, esa tarde estábamos casi todos en el cine. A Marilyn la halagaba mucho verse cantando y bailando en la pantalla. Trabajó muy bien en números tales como "Mi corazón es de papi", y Marilyn lo sabía. Pero al final, en la escena en que se casa con Yves Montand, volvió a cubrirse la cara con las manos. Sin embargo, esta vez las muecas de dolor no se debían a lo que veía en la

pantalla. Estaba llorando por lo que podría haber sido, en silencio pero desgarradoramente.

A causa de las hamburguesas, las *lasagne* y el budín de chocolate, Marilyn estaba engordando otra vez. —No me importa —respondió, mordaz, cuando le recordé lo orgulloso que ella había estado al adelgazar—, ¿Para quién tengo que lucir bien, eh? ¿Para quién?

—Para Clark Gable —contesté.

Dejó de comer. Estaba desconforme con muchas cosas de su próxima película pero trabajar con Gable era una fantasía que arrancaba desde su niñez, cuando simulaba que él era el padre que había perdido hacía mucho tiempo. De hecho, fue la presencia de Gable y la de su amigo Montgomery Clift lo que la impulsó a continuar con *Los inadaptados*. Durante muchos meses Marilyn se había quejado de que la película era “poco real” y de que sería un fracaso.

En primer lugar, no le gustaba su papel: una mujer divorciada que se va a vivir con un vaquero, Clark Gable. Ella sigue frecuentando a los vaqueros compañeros de Gable: Montgomery Clift y Eli Wallach (un amigo íntimo de los Strasberg en Nueva York). Los hombres deciden reunir una manada de caballos salvajes y venderlos como carne de perro. Marilyn, que en la realidad adoraba los animales, los acompaña en la expedición pero pronto comprende que ese rodeo es horrendo. Después de que los hombres casi mueren al capturar los caballos, Marilyn los convence de que los dejen en libertad.

—No los convenzo con una explicación de por qué lo que hacen está mal, sino con una gran rabieta. Supongo que pensaron que yo era demasiado estúpida para explicar algo —me dijo Marilyn—, así que me peleo con ellos. Una pelea con gritos y violencia, peor que cualquiera que hayas visto aquí, Lena. Una pelea digna de una loca —dijo riendo—. Y pensar que *Arthur* me hizo esto—. Marilyn culpaba a Miller de todo lo que le disgustaba de la película. —Se suponía que lo estaba escribiendo para mí. Podría haberme escrito *cualquier cosa* y se sale con *esto*. Si eso es lo que piensa de mí, entonces yo no soy para él ni él es para mí —declaró.

Otra característica que aborrecía de la película era que se filmaría en blanco y negro. También culpó a Miller: —Arthur sabía lo que yo pienso de

las películas en blanco y negro. Me veré horrible, —le habían dicho que el color destruiría el clima de la película—. Ah, ya es bastante deprimente tal como está. ¿Quién pagaría para verla? Se supone que con todo el dinero que les pagan a los actores, podrían hacerla en colores. Por lo menos, yo estaría bonita. ¡Qué estúpidos! Nadie trabajaría en esta película a no ser por el dinero—. Dijo que Clark Gable ganaría casi tres cuartos de millón de dólares. Entre ella y Miller ganaban medio millón. El director, John Huston, ganaba más de un cuarto de millón de dólares. —Creo que el dinero podría alcanzarles para hacerla en colores —dijo. Sus palabras eran sarcásticas, algo poco habitual en Marilyn—. Estoy harta de confiaren la gente.

Una de sus últimas peleas con Miller, y quizá la peor, fue por esa época, durante el rodaje de *Los inadaptados*. Una tarde volvió al cuarto gritando y arrojó una botella contra la pared. La botella se hizo trizas. —Arthur dice que la película es *suya*. Creo que ni siquiera le importa que yo trabaje en ella —dijo, enojada, y empezó a abrir y cerrar la puerta del armario con tal violencia que pensé que iba a romperla.

Al parecer, Miller le había dicho a Marilyn que a él también se le estaba acabando la paciencia. No soportaba más sus tardanzas. No toleraba la presencia constante de Paula Strasberg en el estudio. Lo incomodaba demasiado tener que disculparse por los problemas de Marilyn y tener que inventar excusas constantemente a causa de ella. —Me dijo que si no me comporto como una "profesional"… quizá yo no tendría que seguir con esta película—. Miller había trabajado día y noche en el guión durante dos años. No quería que Marilyn "lo arruinara".

A pesar de que Marilyn se había arriesgado con Yves Montand con la esperanza de casarse, no creía que Miller fuera a reprochárselo. Y, aunque hubiese estado muy enojada, nunca habría sacado el tema de Yves Montand para no ofender a Miller con lo sucedido, si bien él seguramente sospechó cuando el incidente del aeropuerto apareció en los periódicos. En el fondo Marilyn se había sentido culpable por lo ocurrido y no quería herir a Miller. Del mismo modo, ella creía que él era incapaz de lastimarla, pero en ese momento había perdido la confianza en su marido: —¿Cómo puede decirme una cosa así? Soy su mujer. —Cruzó la sala, enfurecida, y empezó a golpear con violencia la puerta del estudio, que estaba cerrada con llave.

Miller se negó a salir. —¡Soy tu mujer! ¡Soy tu mujer! —gritaba Marilyn —. La película no es *tuya*. Es *de los dos*. La escribiste *tú* pero dijiste que la escribías para *mí*; y ahora dices que es solo tuya. Me mentiste. Me mentiste —. Pero Miller no respondió.

Marilyn derribó unas mesas a puntapiés, golpeó las teclas del piano y tomó otra botella de champaña de la cocina. Cuando regresó al cuarto oí un estrépito de vidrios. Había arrojado la botella contra el espejo que estaba detrás de la cama. Las sábanas estaban cubiertas de vidrios, y Marilyn se golpeaba el cuerpo una y otra vez contra la puerta del armario. Traté de detenerla y la abracé con fuerza cuanto tiempo pude para que no se lastimara. Ni esa noche ni las que siguieron antes de que partieran a Nevada Miller durmió en el departamento.

Marilyn se resistía a viajar a Reno e irse del departamento. Como seguía deprimida por Yves Montand y por la última pelea con Miller, Marilyn se pasaba el día entero comiendo o durmiendo. El día de la partida devoró una fuente enorme de fideos y tres costillas de ternera. —Allá me voy a morir de hambre, Ovejita.

Marilyn me suplicó que la acompañara a Reno. —No podré resistir sola. Necesito que estés allí para darme aliento. Por favor, Lena, ¿vendrás? Por unos días, nada más—. Me dolió mucho tener que decirle que no. En el tiempo que trabajé con ella me había sentido muy culpable por no disponer de todo el día para dedicarme a mis niños. Tenía la suerte de contar con una familia que me ayudaba. Pero al menos podía preparar el desayuno a mis hijos, llevarlos a la escuela y pasarlos a buscar, estar con ellos a la tarde en casa de Marilyn y arroparlos a la noche. Si me iba a Nevada, Joey y Johnny se quedarían sin madre.

Estaba tan desesperada por que viajara con ella que hasta trató de hacer arreglos para que pudiera llevar a los niños. Iba a conseguirles una maestra particular. Decía que los niños actores, como Shirley Temple, estudiaban de esa forma. La sola idea de llevar a los niños, a quienes Marilyn llamaba “mis bebés”, la entusiasmó muchísimo. Quería mostrárselos a toda la gente del grupo. Yo sabía que seguramente les dedicaría más tiempo a los niños que al libreto, pero Marilyn los quería tanto que no le importaba. Hasta nos prometió que podríamos aparecer en las escenas donde había mucha gente.

—Podría ser tu iniciación, Lena —dijo entre risas. De pronto comenzó a llorar—. Otra fantasía. No resultará. Ay, Ovejita, será todo tan difícil sin ti.

Me dio tanta pena que faltó poco para que sacara los niños del colegio y la acompañara. En cierta medida, Marilyn también formaba parte de mi familia y ella parecía necesitarme tanto como mis hijos. Pero luego mi marido se cayó en el trabajo y se lastimó la espalda. Se quedó en casa y apenas podía moverse. Marilyn comprendió que Joe era quien más me necesitaba. Nunca podía ser egoísta cuando de amigos se trataba. Insistió en que me quedase con él. —Tu Joe está ante todo. Yo voy a tener que sacar fuerzas de donde pueda, Ovejita pero te llamare… y muchas veces. Si no puedo verte, por lo menos sé que podré escucharte.

Ni bien Marilyn llegó a Reno empezó a llamarme todas las noches, tal como había prometido. Necesitaba alguien a quien contar sus penas. En Nevada hacía mucho calor. La comida era horrible. John Huston la apabullaba. No podía dormir porque debía compartir el cuarto con Miller. —Todo ha terminado entre nosotros —me dijo—. Debemos seguir juntos porque perjudicaría la película que nos separáramos ahora. Es una tortura. No sé hasta cuándo podré soportarlo. Ojalá estuviera en casa—. Antes Marilyn había hablado muy bien de Huston. Él la había dirigido en *Mientras la ciudad duerme*, "su gran iniciación". —Esa fue con Johnny [Hyde]—. Consideraba que Huston debía ser agradable con ella porque era amiga del famoso agente que tanto la cuidaba. Ahora tenía la sensación de que Miller y Huston se habían hecho muy amigos, en especial después del viaje que había hecho su marido a Irlanda solo, ese mismo año. Marilyn sospechaba que los dos se habían confabulado en su contra. —Apuesto a que Arthur se queja con él de todas las cosas que le parecen mal de mi persona, que estoy loca y demás. Por eso Huston me trata como a una idiota. "Cariño, esto", "Cariño, lo otro". ¿Por qué no me tratará como a una actriz normal? —. También le molestaba que Huston pasara todo el tiempo libre jugando en los casinos de Reno. —Eso es lo que realmente le gusta: no dirigir. Desearía que me prestara la misma atención que a esas malditas máquinas tragamonedas—. Primero se había sentido traicionada por Billy Wilder. Y ahora John Huston le destruía las ilusiones con la misma

crueldad. Marilyn confiaba en el hecho de tener los mejores directores, pero los mejores directores estaban defraudándola. Estaba desesperada.

Marilyn estaba tan nerviosa que, además de Paula Strasberg, llamó a May Reis para que la acompañara. Marilyn también tenía dos peluqueras, dos maquilladoras, una persona encargada del guardarropa un chófer y hasta un masajista. En suma, un personal completo a su entera disposición. Aunque no me tenía a su lado, no estaba sola en absoluto. Sin embargo, se sentía sola y triste. Si Joe hubiera estado bien, los niños y yo habríamos ido a Reno en el próximo avión.

Como estaban las cosas, tuve que quedarme en Nueva York. Iba al departamento unas horas todos los días a sacar el polvo, recoger las cartas y a hacer arreglos a la ropa (sabía que Marilyn estaba comiendo tanto que tendría que ensanchar todas las prendas otra vez). —Lena, quiero que todo esté listo para cuando vuelva. —Marilyn me decía todas las noches al llamarme. —Cualquier día de estos estoy en casa—. A ella no le costaba nada meterse en un avión y viajar a casa para el fin de semana. Le encantaba volar, es decir, mientras fuera en aviones de la compañía TWA (Transworld Airlines). En cierto modo, era supersticiosa con respecto a los aviones. Recuerdo que después de la muerte de Mike Todd, el esposo de Elizabeth Taylor en un accidente aéreo, la ponía muy nerviosa viajar en avión. —No sé cómo logran mantenerse en el aire —decía—. Siempre he tenido suerte con la TWA, y seguiré con esa compañía.

Esperaba que Marilyn regresara a casa en cualquier momento. Por eso me sorprendió mucho que me hablara desde un hospital de Los Angeles. —Fue demasiado para mí. Tuve que venir aquí a descansar. —No era solo qué la película le estaba costando cara; los malos recuerdos habían recrudecido. La periodista Hedda Hopper escribió que Yves Montand había ridiculizado los sentimientos de Marilyn por él diciendo que eran un “amor de colegiala”. —No le bastó con hacerme el amor y luego plantarme —dijo Marilyn con amargura. —Se burló de mí públicamente. ¡Qué te parece!—. Marilyn comenzó a insultar a los periodistas y reporteros chismosos y a la prensa en general. —Deben de tener una vida tan aburrida que tienen que inventar todo esto—. Fuera cierto o no, Marilyn seguía dolida por el hecho de que su relación con Yves se hubiera divulgado abiertamente.

Llegó un momento en que los productores no estaban seguros de que Marilyn fuera a terminar *Los inadaptados* o de que pudiera hacerlo. Cuando Miller fue a verla al hospital Marilyn dijo que no la había visitado como esposo sino como espía de John Huston. —No quieren que le pase nada a su amada película —dijo con ironía. —Probablemente quieren que deje de trabajar para conseguirá Elizabeth Taylor por un millón de dólares—. Marilyn estaba cada día más sarcástica. Su actitud cambió por completo cuando fue a visitarla el hombre a guíen ella más necesitaba: Joe DiMaggio. —¡Vino Joe! Lena, ¡vino! Se veía tan apuesto. Cuando te enfermas compruebas a quién le importas realmente.

Después de la visita de Joe, Marilyn se recuperó con rapidez, y cuando volvió a Reno fue a visitarlo a San Francisco. —Terminaré la película muy pronto. Ahora tengo algo que me ilusiona (se refería a Joe). —Pero apenas llegó al estudio y empezó a vivir en la habitación de Miller, la depresión volvió. Se sentía tan sola en ese grupo de gente que no podía trabajar con tranquilidad. Y tampoco podía dormir. Tuvo que recurrir a los somníferos porque la champaña sola no le hacía efecto. Dijo que debía levantarse a las cinco de la madrugada. Sin embargo, si se imponía levantase a esa hora estaba hecha una inútil todo el día. La única alternativa era dormir hasta tarde y que todos la esperaran. —Más vale tarde que nunca —bromeaba con tono poco convincente.

Básicamente Marilyn sentía que no ganaba nada con *Los inadaptados*. La relación con Miller había terminado y Marilyn ya no tenía el deseo de complacerlo. No le gustaba la película y estaba segura de que a sus admiradores tampoco les gustaría. A pesar de sus esfuerzos, Marilyn pensaba que su papel era tan malo que no podría mejorarlo ni con la mejor actuación del mundo. Ganaría mucho dinero, pero seguía siendo menos de lo que cobraba Elizabeth Taylor; aunque fuese mucho, no le bastaba. Lo único que la impulsaba a seguir eran los dos actores: Montgomery Clift y Clark Gable.

El hecho de que Marilyn por lo menos se levantara se debía más a Gable que a su sentido de la responsabilidad. Le encantaba estar con él; quería agradarle y percibía que a él le gustaba. —No se enojó conmigo ni una vez porque me salteara parte del guión o llegara tarde ni por ninguna

otra razón. Nunca me levantaba la voz ni perdía la paciencia. No era como Tony Curtis. Era un perfecto caballero. El mejor. —Marilyn me describió la escena más emocionante con Gable: ella está en la cama a la mañana siguiente a su primera noche con Gable. Gable entre y la encuentra tapada solo con una sabana, (así es como Marilyn dormía en la vida real). En la escena, que tuvo que filmarse varias veces, Gable le da los buenos días con un beso. Marilyn me contó que estaba tan estremecida por los besos de Gable que en una toma dejó caer la sábana y por accidente él le puso la mano en un pecho. —Se me puso la piel de gallina en todo el cuerpo —exclamó—. Ese beso… esa manera de tocarme… ah…

—¿Cómo fue? —le pregunté con viva curiosidad.

—Fue como… como… besar a Clark Gable. ¿Qué puedo decirte? Tal como en las películas, cuando de niña lo veía y soñaba con besarlo. ¡Y lo besé! ¡Lo besé! —exclamó. Tocaba el cielo con las manos.

Marilyn me contó que esa noche durmió perfectamente sin la necesidad de pastillas. Soñó que llegaba aún más lejos con Gable. —Pero era solo un sueño. Me trataba como si fuera una hija. A veces me pellizcaba y me decía: “A trabajar, hermosura” o “¿Por qué serán tan impuntuales las mujeres sensuales?”. O, si no, me daba un pellizcón en el trasero y me decía “gordita” o “gordinflona”. Yo siempre quería acercarme y echarle los brazos al cuello y besarlo, besarlo, besarlo, pero no me atrevía. Quiero decir, uno no puede ir a darle un beso a Clark Gable como si tal cosa. Pero una vez después de una escena muy buena me besó en los labios y dijo: “Gracias”. Nunca lo olvidaré.

Marilyn dijo que no pudo ocultar su eterna admiración por “El rey”, como llamaban a Gable en Hollywood. —No me creerías lo modesto que es. Siempre decía: “Hay mil tipos más apuestos que yo”. Una anécdota que le gustaba contarnos era que cuando sus admiradoras lo perseguían y le decían que era muy apuesto, él se sacaba la dentadura postiza para demostrarles que: “Soy un viejo como todos los demás”—. A Marilyn no le importaba. En Gable veía la figura paterna, por no decir a su mismo padre. Le dio cuanto pudo solo a él. El hecho de que Gable fuera su coprotagonista fue un honor que Marilyn siempre atesoraría.

Así como Gable representaba a su padre, Marilyn veía a Montgomery Clift como su hijo, o quizá como su hermano menor. —Si a ellos les parece que tengo problemas deberían fijarse en Monty. Es quien más confundido está —solía decir. Clift, que había sido uno de los mejores actores jóvenes de Hollywood, y uno de los más apuestos, había quedado horriblemente desfigurado en un accidente automovilístico. Marilyn dijo que él nunca lo superó. Bebía y se drogaba todo el tiempo. Marilyn tendía a protegerlo mucho. Según ella describió el conflicto con Miller, Clift era la única persona importante del reparto que estaba del “lado” de ella. (Huston, Eli Wallach, todos los asistentes de dirección, los camarógrafos y demás gente del equipo estaban del “lado de Arthur”). —Con todo este asunto de mi romance con Yves en los periódicos, seguro que sienten pena por Arthur. Esos chismes hacen que yo parezca una mujer cualquiera. Y Arthur, en cambio, parece tan digno de pena… Dios mío, no los culpo por odiarme. Sé que haría cualquier cosa pero jamás me lastimaría. Pero nos hemos equivocado, los dos… en este matrimonio todo está mal. Pero no podemos explicárselo a toda esta gente. Es algo que no les concierne. Entonces siguen pensando que la culpa es toda mía, que yo soy una puta. No lo soy, Lena, tú sabes bien que no lo soy.

Marilyn me llamó llorando el día en que Clift se lastimó en una escena de rodeo. —Es tan frágil y enfermizo, Lena. Espero que se ponga bien… muy pronto. Es mi único amigo, el único actor amigo que tengo. Si sigue enfermo y no trabaja voy a quedarme sola. Tengo tanto miedo—. Por suerte, Clift se recuperó y fue una buena compañía para Marilyn. —Tratamos de ayudarnos mutuamente, aconsejándonos sobre qué método seguir y qué tomar para poder conciliar el sueño. Él tampoco puede dormir —dijo—. Monty es igual que yo.

Tenía mucho miedo de que su marido y Huston modificaran sus escenas para hacer que pareciera aún más loca. —La película es de ellos. En realidad se traía de los vaqueros y los caballos. Eso es lo único que necesitan. A mí no me precisan en absoluto, no por mi actuación. Solo por el dinero, para poner mi nombre en la marquesina. Es un engaño para que la gente pague para ver otra película sobre una rubia tonta y sensual. Pero esta vez se arrepentirán.

Después de salir del hospital de Los Angeles Marilyn volvió a casa varios fines de semana antes de regresar definitivamente a Nueva York, en los primeros días de noviembre de 1960. —¡Hogar, dulce hogar! —siempre gritaba al irrumpir en el departamento, y me daba un gran abrazo y un beso. Inmediatamente corría al cuarto, se quitaba la ropa, se metía en la cama y me pedía champaña y alguna especialidad italiana que le gustara. —Este es el único sitio donde puedo dormir. Estoy tan contenta. Ahora tengo mi camita. Y buena comida. Por fin—. Marilyn se veía muy mal. Tenía grandes ojeras. Y estaba pálida, demasiado lenta y muy nerviosa. Se lo pasaba hablando de todos los momentos de tensión que había pasado, tanto con el director como con Miller, que no había regresado con ella. —Se ha marchado —dijo simplemente, sin una sonrisa ni una mueca—. Ahora la casa es nuestra, Ovejita, solo tuya y mía—. Me acercó a la cama y me dio otro beso. —Ah, Lena, estoy tan contenta de estar en casa…

Capítulo ocho

El período de descanso que Marilyn esperaba para después de *Los inadaptados* no duró mucho. Por empezar, la asediaron los llamados de gente que quería saber sobre su separación de Miller. Ella les contestaba que era cierto. Un día Miller vino a llevarse la máquina de escribir, los libros y papeles del estudio. Marilyn permaneció encerrada en su cuarto. Miller no dijo palabra a Marilyn ni a mí. Se veía muy triste, como si fuera a lloraren cualquier momento. —Avísame cuando se haya ido —susurró Marilyn.

No bien Miller cerró la puerta llevándose la última parte de sus posesiones, Marilyn me llevó al estudio y con cuidado abrió la puerta que había permanecido cerrada casi todo el tiempo que ella había estado en el departamento. El cuarto estaba vacío; solo había un escritorio, una silla y las bibliotecas. Era muy deprimente. El único signo de vida era una foto de Marilyn. El hecho de que él la hubiera dejado en la casa parecía dolerle. —Realmente quiere olvidarme —dijo mientras una lagrimita descendía por su mejilla—. Supongo que yo también voy a tener que olvidarlo. Ven, Ovejita, por favor, toma un poco de champaña conmigo. Por favor. Necesito a una amiga.

La soledad de Marilyn tras la silenciosa partida de Miller recrudeció con la súbita muerte de Clark Gable a los pocos días. Gable había tenido un ataque cardíaco grave el mismo día de terminar la filmación de *Los inadaptados*. Todos pensaron que se recuperaría y él parecía mejorar notablemente. Pero murió. Marilyn quedó muy impresionada. Había llegado a quererlo durante la filmación y me había comentado que quería hacer otro largometraje con él cuando se repusiera.

—Lo quería, Lena. Era tan bueno conmigo. Estaba siempre sonriente y era tan alentador. Si había alguien en el mundo que podría haberme despreciado, esa persona era Clark Gable. Era el astro más importante pero me respetaba. Me dio un beso de despedida. Mi amigo… Ay, Dios mío, ¿por qué estará muerto?

La muerte de Gable fue tan perturbadora para Marilyn como los maliciosos rumores de que ella lo había matado. Ya estaba mal del corazón antes de que comenzara la filmación. Se dijo que las tardanzas y peleas de Marilyn con Miller le habían causado mucha tensión, que Gable había guardado para sí porque era un perfecto caballero. Según el rumor que corría en Hollywood, la presión reprimida fue demasiado para él. Estos chismes llegaron hasta Marilyn a través de los llamados telefónicos y por los periódicos que May Reis le leyó.

—Pero eso es horrible —dijo Marilyn, con la cara blanca de miedo ante la sola idea de ser culpable—. No pudo haber simulado simplemente que yo le gustaba… ¿no es cierto? Si hubiera estado furioso, ¿no habría dicho algo al respecto? Como todos los demás. No tenía más que decírmelo. Me hubiese levantado a las cinco, a cualquier costo. Hubiera hecho lo que fuese. Comenzó a llorar histéricamente. —Dios, yo lo maté. Yo lo maté. Fui tan egoísta. Ay, por Dios, yo lo hice. Lo maté. Dios mío, perdóname. Oh, ¡no!

Marilyn se había atormentado de la misma manera al recordar la muerte de su amigo Johnny Hyde. Pensaba que podría haberlo salvado si se hubiese casado con él. En ese momento estaba convencida de que podría haber salvado a Clark Gable si hubiera sido puntual. Hice cuanto pude por convencerla de que no había sido su culpa y de que no había hecho mal a nadie. Marilyn era literalmente incapaz de matar una mosca. Era tan dócil, tan triste. Sin embargo, por alguna razón se le metió en la cabeza que ella era la culpable del ataque cardíaco de Gable. Empezó a tener espantosas pesadillas y le resultaba imposible dormir sin somníferos, cuya dosis aumentaba día a día. Hasta perdió el apetito. Se pasaba los días en la cama con los ojos desorbitados y retorciéndose las manos por la frustración.

Una tarde de diciembre de 1960 decidió salir de compras. Parecía una buena idea; la sacaría un poco de sus problemas. Pero no lo fue. Nueva

York brillaba con las fiestas navideñas. Todos los negocios estaban alegremente decorados. La gente compraba regalos para amigos y parientes. Las parejas paseaban por la Quinta Avenida observándolo todo. Y Marilyn estaba sola. Volvió al departamento con las manos vacías y con lágrimas en los ojos. Allí no había árbol ni regalos ni tarjetas. El departamento estaba frío y desolado. Sentí por ella más pena que nunca.

Para levantarle el ánimo le preparé una gran cena italiana. Cuando regresé al cuarto no había probado bocado. Solo observaba la comida. —Por favor, llévatela —dijo. Alrededor de las siete y media volví para ver cómo seguía. Algo me dijo que era mejor que la cuidara. Mi instinto no falló. Había corrido las cortinas de unas de las ventanas del cuarto, algo que casi nunca hacía ya que le gustaba la habitación a oscuras. Marilyn estaba de pie delante de la ventana con la bata blanca puesta. En general Marilyn andaba desnuda en el cuarto, a menos que hubiese invitados. La única vez que se acercaba a la ventana era para despedirme. Era bastante extraño. Tenía ambas manos agarradas a la moldura exterior. Parecía que fuera a saltar.

Corrí hacia ella y por sorpresa la sujeté por la cintura. Se volvió y se dejó caer en mis brazos. —No, Lena. Déjame morir. Quiero morir. Me merezco la muerte. ¿Qué razón tengo para seguir viviendo?

—¿Se ha vuelto loca? —le dije y cerré la ventana y las cortinas—. ¿Qué le pasa?

—No puedo seguir viviendo. ¿Qué he hecho de mi vida? ¿A quién tengo? Es Navidad. Yo quiero celebrar la Navidad. Yo nunca tuve una… y jamás la tendré.

—Usted tendrá una Navidad. Y una muy linda. Y muchas navidades más, se lo prometo.

—Ovejita. —Marilyn me abrazó un largo rato hasta que dejó de temblar.

Le dije que debía llamar a Joe DiMaggio. Eso la reanimaría. Estuvo de acuerdo y marcó el número. Cuando por fin lo encontró hablaron durante casi una hora. Al volver la hallé sonriendo detrás de las lágrimas.— Mm, ¿cómo pude haber sido tan idiota? Perdí el control un segundo, eso es todo. No sabía lo que estaba haciendo.

Le hice bromas por haberse puesto la bata al planear arrojarse del piso. —El suicidio. Iba a ser lo más modesto de su vida. Marilyn se puso a reír.

—Pensé en vestirme. Y me vestí… de verdad. Pero de todos modos tengo el pelo hecho un embrollo, de modo que pensé: "Para qué diablos voy a vestirme? Ey, ¿por qué me habré *puesto* la bata? Qué locura… lo siento. —Marilyn ya estaba lo bastante bien para que yo pudiera darle de comer. Luego tomó un somnífero y se quedó profundamente dormida. Llamé a mi marido y le dije que no regresaría a casa esa noche. Marilyn iba a estar bien pero yo no quería correr riesgos.

Ya me había sucedido algo similar con Marilyn hacía un año Miller estaba en Connecticut y Marilyn había ido a cenar con gente de Hollywood. Me había dado la noche libre. Cuando llegué a la mañana siguiente a las ocho la encontré inconsciente, tirada en la alfombra del cuarto; tenía la cara embadurnada con los restos de la cena, que había vomitado en la alfombra. Como no conseguía despertarla llamé al médico, cuyo número hallé en la lista de Emergencias de la oficina de May Reis.

El doctor, un hombre gordo y simpático, vino en seguida; le vació el estómago y la metió en la cama. Cuando May Reis llegó llamó a Miller a Connecticut. Él volvió inmediatamente, muy preocupado. Cuando Marilyn despertó esbozó una leve sonrisa y preguntó con absoluta inocencia: —¿Qué hice? Ah, ¡qué hambre tengo! —Le preparé fideos, y después de devorarlos en un instante me contó lo sucedido. Se había vestido muy bien para ir a la cena (yo misma la había ayudado) y se deprimió mucho al ver que en el restorán no se fijaban en ella. Además, la gente de Hollywood casi ni la elogió; solo hablaron de negocios. Se sentía tan infeliz por toda la situación que no podio dormirse. Primero tomó una pastilla, luego dos, más tarde tres, pero no surtían efecto. —Me enloquecí tanto por no poder dormir que me tragué un puñado de somníferos. No sé cuántos. Eso seguramente me descompuso, pero no quise suicidarme. Dios, no estoy tan loca. Gracias, Ovejita, un millón de gracias. Me has salvado la vida. No quiero morir. Tengo demasiadas cosas que hacer.

Recordé a Marilyn todo esto cuando despertó el día siguiente al intento de suicidio y me dio la razón.— ¿Cómo voy a morir antes de filmar las películas que quiero hacer? Y voy a filmarlas, Lena. Voy a ser fuerte. No se

repetirá lo de ayer. Lo prometo. —Me tranquilizó su seguridad. Lo del día anterior había sido una pesadilla. Rogué para que no volviera a suceder.

Puede ser que Marilyn haya comentado a May Reis que había pensado en suicidarse. Lo haya hecho o no, era bien claro que May estaba muy preocupada por la depresión de Marilyn antes de la Navidad. Se pasaban horas hablando de un testamento y ambas tenían largas conversaciones telefónicas con los abogados de Marilyn sobre ese tema. —Dicen que necesito un testamento —dijo Marilyn—. Realmente quieren liquidarme —rió—. Un testamento, imagínate. Yo pensaba que eso era algo para los viejos. Bueno, haré el testamento si eso les cierra la boca. No será muy útil, ya que pienso quedarme en la tierra por un buen tiempo—. Pude darme cuenta de que su ánimo había mejorado. —Ovejita, ¿qué quieres que te deje?

—Nada —le dije y sonreí—. Quiero que *usted* no me deje—. Marilyn pensaba que todo el asunto era muy cómico. Cuando los abogados vinieron a trabajar en el testamento Marilyn insistió en ponerse muy borracha. —Toda esta cuestión es tan pavorosa —dijo—. Recuerdo que preguntó si podría modificar el testamento si así lo quisiese; le contestaron que sí. —Lo cambiaré cuando sea vieja y necesite preocuparme seriamente por el testamento —me dijo cuando se fueron—. Quiero terminar con esto de una buena vez. Tengo la sensación de que lo próximo que harán es enterrarme. ¡Uff! Eh, Lena, acuérdate de tener estas ventanas bien cerradas —dijo y rió como una niña.

En unos pocos días dejé de preocuparme tanto por Marilyn. Ya hacía chistes, comía y escuchaba música. Sin embargo, el verdadero motivo de su recuperación fue que por fin Joe DiMaggio había acudido a ella. Siempre venía tarde, después de la cena, y se iba a la mañana temprano antes de que llegara May Reis. Tomaba el ascensor de servicio y entraba por la puerta de la cocina. —No quiere publicidad —explicó Marilyn—. Nada en absoluto—. Siempre vestía de traje. Era uno de los hombres más distinguidos que uno pueda imaginarse. Realmente inspiraba confianza y Marilyn era quien más la necesitaba. Lo que Marilyn necesitaba para cobrar fortaleza era la manera en que él la saludaba, su modo calmo y firme de hablarle y la forma en que la rodeaba con sus fuertes brazos.

Además de Joe, que con frecuencia le llevaba flores, también empezaron a llegar tarjetas y regalos. Cada uno de mis niños talló en un jabón un hombrecito gordo, como los muñecos de nieve, con pedacitos de carbón por ojos y nariz. Le escribieron una nota con sus infantiles garabatos: "Para nuestra amiga Marilyn, Feliz Navidad. Con todo cariño, de Joe y Johnny Pepitone". Eso significó muchísimo para ella; puso las figurillas junto a la cama. Los niños siempre la hacían sonreír. Mi marido le envió una tarjeta y también lo hicieron varios miembros de mi familia que la habían conocido en el departamento. Con todo lo que me habían oído nombrarla ellos sentían que formaba parte de nuestra gran familia. En cuanto a mí, me había pasado meses tejiéndole un suéter de angora en color crema. Recuerdo que lloró de alegría al abrir el paquete — Ya lo ve, tuvo su Navidad —le dije.

—Ay, Lena, tú me has salvado. De verdad. —Su regalo fue un sobre repleto de billetes de cien dólares. Marilyn no era de esas personas que recorren negocios para comprar regalos; cuando Marilyn regalaba algo siempre daba dinero. Por supuesto que yo lo necesitaba, pero era la gentileza de Marilyn detrás del regalo lo que hacía que tuviera para mí un valor especial.

Mientras Marilyn estuvo con Miller la noche de Año Nuevo era la más triste del año. El 31 de diciembre de 1960 Marilyn insistió en que yo fuera a casa temprano para estar con mi familia. Al principio le dije que no, ya que me resistía a dejarla sola, pero con orgullo anunció que esperaba a "un invitado" y que estaría muy bien. Yo sabía quién era el "invitado". Sin embargo, esa noche a las 11 y 15, cuando estábamos por celebrar el Año Nuevo en casa, sonó el teléfono. —Ovejita, detesto hacer esto pero estaba pensando si podrías prepararnos una comida especial de Año Nuevo. Si estás ocupada, no vengas…

—¡Ve! ¡Ve! —insistió mi marido—. Ella te necesita. Festejaremos más tarde.

Lo que Marilyn quería eran fideos con salchichas italianas dulces. Por suerte había muchas en casa; me dirigí al departamento de Marilyn. El automóvil me esperaba abajo. Al entrar en la cocina encontré a Joe y a Marilyn, que sonreían felices y hambrientos. Se quedaron en la cocina

mientras yo preparaba la comida rápidamente. Los tres comimos fideos con salchichas y brindamos por el Año Nuevo juntos. Joe besó a Marilyn y luego a mí. Eso ya justificó el viaje. Se negaron a que yo lavara los platos; me mandaron de vuelta a casa con una propina de doscientos dólares, por tan solo una hora de trabajo. Al saludarme con la mano cada uno estaba en los brazos del otro, muy juntos. Rogué para que el resto del año fuera tan bueno para ella como el comienzo.

A la mañana siguiente serví a Marilyn y a Joe un abundante desayuno en la mesa del comedor. Los dos estaban sentados del mismo lado, tomados de la mano. Él la llamaba "querida" y era cariñoso de una manera que ella había desconocido al lado de Miller. Advertí que Marilyn lo amaba más que a nadie. Llevaba la bata blanca. Él, formal como siempre, tenía puesta una corbata y una camisa blanca. La foto del armario era un sueño hecho realidad. Si bien Marilyn tenía los ojos vidriosos por la que debió de haber sido una larga noche, ese día de Año Nuevo Marilyn tocaba el cielo con las manos.

Cuando ella se levantó de la mesa para ponerse unos pantalones, Joe y yo conversamos en italiano mientras él tomaba un vaso de leche. No quiso tomar café porque estaba haciendo un tratamiento para curar su úlcera. Aunque fuese famoso era muy simpático y era agradable estar con él. Por lo tanto le dije lo primero que se me ocurrió: —¿Por qué no vuelve a casarse con Marilyn? Lo ama. Sería maravilloso para ella.

Joe movió la cabeza con tristeza. Dijo que la amaba más que a ninguna otra mujer, que haría todo por ella. Pero casarse… Tenían muchas diferencias que no podían conciliarse. Como siempre, pensaba que la carrera de Marilyn era lo que estaba matándola. Si ella olvidaba el cine y se quedaba a su lado, entonces podrían ser felices como marido y mujer. Pero mientras ella quisiese figurar en Hollywood. —Joe se tomó la cabeza entre las manos y se agarró el estómago por el fuerte dolor—, no podían vivir juntos sin pelear. No obstante la negativa de Joe, seguí esperando que cambiara de opinión.

Marilyn también siguió esperando. No ocultó su frustración por la actitud rígida de Joe. —Es terco como una mula —decía desesperada. De todos modos, el solo hecho de tener a Joe en el presente la hacía tan feliz

que evitaba pensar en el futuro—. Al menos está aquí —solía decir—. Tal vez algo resulte. No voy a darme por vencida.

Marilyn tenía cada vez más optimismo; hablaba de los viajes que haría con Joe, de nuevas películas. Todos los días recibía guiones y también llamados telefónicos sobre nuevos proyectos de largometrajes. En enero se fue del departamento por unos días para volar a México. Allí, en un pueblo fronterizo, Marilyn obtuvo el divorcio de Miller. Al regresar su buen estado de ánimo seguía. Pero inesperadamente murió la madre de Miller. Su muerte fue un duro revés para Marilyn, ya que quería a la señora Miller, como a su propia madre y hablaba de ella por teléfono aun después de la separación.

Marilyn empezó a sentirse culpable de la muerte de la señora de Miller. — Me rogó que siguiera con Arthur, que hiciera un esfuerzo. A ella también la defraudé. Era una persona maravillosa… un ángel. No puedo creerlo. —Marilyn quedó muy aturdida. Además del hondo pesar por la pérdida de su suegra recibió el impacto de los nuevos rumores sobre la muerte de Gable. Se publicó que hasta la esposa de Gable acusaba a Marilyn. Ella ya se sentía bastante culpable; no podía tolerar que se lo recordaran.

Como Joe estaba en Florida, las únicas personas en quien Marilyn podía apoyarse eran sus psiquiatras, a quienes nunca había dejado de visitar a pesar de que no pudieran consolarla. Comenzó a beber más y a tomar cada vez más somníferos. Un día en que fue a ver a uno de sus psiquiatras no regresó. Cuando llegué a la mañana siguiente y encontré el cuarto vacio, Pat Newcomb, una joven que su agencia de relaciones públicas había asignado a Marilyn, me informó de que la habían llevado a la Payne Whitney Clinic. Esta clínica, que quedaba a una diez cuadras del departamento, sobre el Río Este, era conocida como “el loquero de los ricos”. Y yo sabía que Marilyn no quería estar en un lugar semejante.

Evidentemente, Marilyn odiaba tanto el lugar que en el lapso de dos días habló a Joe DiMaggio a Florida para que la sacara de allí. Joe regresó muy de prisa y la trasladó al Columbia Presbyterian Hospital, en la parte alta de la ciudad. Allí tenía un cuarto individual. Sin barrotes. —Payne Whitney era una prisión —dijo, todavía atemorizada, cuando le llevé comida casera y ropa para que usara. —Había barrotes, barrotes de verdad,

y puertas de acero y celdas acolchadas. Iban a ponerme un chaleco de fuerza. Ese lugar es para locos de remate. Gracias a Dios que vino Joe. Gracias a Dios.

Marilyn no quería pensar que estaba loca. Y no lo estaba. Solo era desdichada. Sin embargo, la perturbaba pensar que el psiquiatra en quien ella tanto había confiado creyera que ella estaba loca Finalmente el doctor convenció a Marilyn de que había habido un malentendido. No obstante, como su madre estaba en un manicomio y su abuela había muerto en uno, la posibilidad de la demencia dio a Marilyn algo nuevo por lo que preocuparse.

Durante las semanas que estuvo en el Columbio fue a visitarla casi cada día y a llevarle comida: sopa, pastas y budín. La había visitado en la Payne Whitney. Quise hacerlo pero allí no se permitían visitas. Era una frustración querer ver a Marilyn y que me contestaran cosas como: “No hay nadie con ese nombre aquí”. El personal era gente fría y distante. Comprendí por qué Marilyn se sentía encarcelada allí.

El Columbio Presbyterian era un hospital mucho más agradable. Aunque no sabía cuáles eran las reglas para las visitas, ni bien descubrí dónde estaba Marilyn tomé el metro y fui a visitarla. Yo sabía que olla odiaba estar sola. Cuando finalmente entré en el cuarto empezó a llorar de alegría.— ¡Me has encontrado! ¡Me has encontrado, Lena! —exclamó, sonriente. Estaba blanca, pálida y muy agotada Necesitaba descansar pero no que se lo impusieran contra su voluntad.

El hospital Columbio era mucho más alegre de lo que había sido la Polyclinic (donde había perdido al bebé), aunque solo fuera porque tenía el cuarto lleno de flores. —Joe las mandó —me dijo—. Él ha hecho todo por mí—. Dijo que quedaría en el hospital un par de semanas. Me explicó que los doctores iban a ayudarla a que se calmara y pudiera dormir sin somníferos. —Será hermoso simplemente cerrar los ojos y quedar dormida. Y olvidar.

Marilyn estaba muy molesta porque yo había hecho el largo viaje en metro hasta la parte alta de la ciudad. Pasó más tiempo dándome las gracias por preocuparme por ella que hablando de sus pesadillas y otros problemas. Se aseguró de que alguien del hospital me consiguiera un taxi para volver a

casa y de que tuviera bastante dinero para pagarlos cada vez que fuese a visitarla. Solía quedarme menos de una hora y Marilyn parecía disfrutar de cada minuto, aunque lo único que yo hacía era sentarme a su lado y mirarla comer. —Es hermoso tener una amiga —solía decir.

Cada vez que iba le llevaba un nuevo camisón. Le encantaba variar. De hecho, los camisones eran unos de los acontecimientos de su vida en el hospital, junto con la comida que le preparaba y sus frecuentes sesiones con los psiquiatras del hospital. Por lo demás, Marilyn me dijo que se pasaba el día sin hacer nada. —Supongo que esto es lo que ellos llaman descansar —me dijo. No obstante, a Marilyn no le molestaba esa vida de absoluta tranquilidad— Extraño los discos de Frankie —confesó. Esa era su única queja.

Al principio de la internación tenían que darle muchas inyecciones para calmarle los nervios. Pero gradualmente disminuyó la cantidad y la frecuencia. Era evidente que el tratamiento daba resultado. Marilyn se veía cada día más fuerte. El color volvió a sus mejillas y dijo, orgulloso, que dormía toda la noche sin la ayuda de una pastilla ni de una copa de champaña. —Ni una pesadilla —anunció triunfante—. Muy pronto estuvo bien para volver a casa. Ese descanso, alejada del teléfono que sonaba y los rumores que corrían, le había hecho bien. De todos modos, estaba contenta de haber regresado a su propia cama, rodeada de sus otras posesiones. Una de las primeras cosas que hizo fue probarse más de una docena de vestidos de noche, como para comprobar si todavía se veía magnifica. Había estado usando camisones y batas tanto tiempo que le divertía vestirse bien. Pero le divirtió aún más quitarse toda la ropa. En el hospital no podía andar desnuda y eso la había incomodado. —No volveré a llevar un camisón nunca más —juró Marilyn mientras se extendía desnuda en la cama—. Soy libre —anunció con orgullo—, libre.

Miller se había llevado el perro, Hugo, pero ahora Marilyn tenía uno propio. Frank Sinatra le había regalado un perro de lanas blanco. Era un cachorro muy bonito. —Este es mi bebé, mío y de Frankie —decía Marilyn mientras abrazaba el perrito. Lo llamó Maf, apócope de *mafia*. Ella siempre hacía bromas a Frank sobre sus amigos italianos. —Aunque no lo sean, para mí todos parecen malhechores —dijo entre risas. Pensó que era un buen

chiste poner al perro el nombre de *Mafia*—. Frank no soportaba ese nombre. Decía que era estúpido ponerle a un perro francés el nombre de Mafia. —¿Por qué no lo llamas Fifi o Pierre; no sé, algún nombre francés?, —preguntaba. Además decía que daba una mala imagen de él. Esa era la verdadera razón. Es tan prolijo a veces; él y su imagen. Pero entonces le dije: —"Tú nunca podrías tener mala imagen", y me dejó ponerle ese nombre—. Maf también pasó a ser responsabilidad mía. Como a Marilyn no le gustaba salir del departamento, yo tenía que sacar a Maf varias veces al día.

Además de Maf, Marilyn también tenía otras compañías. Por supuesto que Joe seguía en su vida pero sus compromisos de negocios no permitían a DiMaggio ir a la casa todo el tiempo. Marilyn también tenía a Frank, a quien ella veía no solo en Nueva York sino también en excursiones a Los Angeles de dos o tres días, en las que se llevaba a Maf en la falda. Usaba el avión como uno usaría el auto en las salidas de fin de semana. Además contaba con el masajista. Marilyn había decidido que los masajes eran formidables para "bajar de peso". Por consiguiente, contrató a un moreno alto y apuesto para que le hiciera masajes. No era tan musculoso como yo había supuesto que un masajista sería; aunque Marilyn me garantizó: —Tiene las mejores manos del mundo.

Las sesiones de masaje eran algo extrañas. El hombre llegaba alrededor de las seis de la mañana y terminaba para la hora en que yo entraba a trabajar. Los ejercicios se hacían en la mesa del antiguo estudio de Miller, que se había convertido en el "gimnasio" de Marilyn. Tal como Miller, ella empezó a dejar la puerta cerrada. Cuando yo entraba oía los chillidos y las risitas estridentes de Marilyn, y también del masajista.

Advertí que antes de estas sesiones Marilyn se bañaba y perfumaba profusamente. Solía salir del estudio acalorada, desnuda y transpirada, pero nunca se bañaba después. Se iba a la cama y dormía hasta el mediodía. Luego despertaba con apetito voraz. —Si uno se da masajes, nunca vuelve a necesitar somníferos —reía. —Estoy ta-a-an relajada—. El masajista, que vestía de blanco, solía tomar una taza de café antes de irse a casa. Se veía agotado, pero nunca dejaba de sonreír ampliamente.

Otro de sus amigos era su chófer italiano, que bien podría haber sido el doble de Rodolfo Valentino. A Marilyn le encantaba su uniforme y gorra oscuros y lo llamaba “El Sheik”. A menudo lo invitaba a tomar champaña y le pedía que la llevara de paseo, aunque no tuviera que ir a ningún sitio. El chófer, Johnnie, trabajaba en la compañía de automóviles que Marilyn usaba. Inclusive cuando estaba casada con Miller siempre insistía en que el chófer que se le asignara fuera Johnnie.

Cuando Miller se fue, Marilyn empezó a recurrir a esa compañía cada vez menos. No obstante, “El Sheik” no interrumpió sus asiduas visitas. En ese momento comenzó a visitar a Marilyn como amigo, ya no como empleado. A veces se encerraban en el cuarto toda la tarde Marilyn solía ponerse un vestido negro ajustado, se maquillaba y ponía una gran bandeja de caviar y champaña a entera disposición de él. Nuevamente la casa se llenaba de risas, grititos y demás ruidos pero ella nunca me decía nada sobre Johnnie. Simplemente me guiñaba un ojo cuando él se retiraba y yo devolvía la seña.

Marilyn podía llegar a pasar horas sentada conversando sobre artistas de cine y otros hombres que conocía; los catalogaba de acuerdo con su sensualidad e imaginaba cómo sería noviar con ellos. Cuando me contó sus comienzos en Hollywood dijo que se hubiese acostado con quien se lo hubiera pedido sin importarle en absoluto su aspecto. La única condición era que el hombre fuese “agradable”. —Si eso los hacía felices, ¿por qué no iba a hacerlo? A mí no me molestaba. Me gusta ver sonreír a los hombres.

Sin embargo, admitió que tenía preferencias. Encabezaban la lista los hombres maduros, ya que Marilyn podía fingir que eran su padre. No hacía falta que fueran apuestos, “solo cálidos y fuertes, como un padre”. Cuando le pregunté a quién elegiría si pudiera acostarse con cualquier hombre del mundo, no vaciló un instante —Clark Gable —dijo—, y comenzó a llorar. Realmente lo amaba. Y ¿quién sería la última persona con quien se acostaría? —Billy Wilder, sin duda. Es probable que él sienta lo mismo por mí. Si lo hubiera atraído me hubiese tratado mejor.

Aparte de los hombres maduros, Marilyn amaba a los italianos fuertes y morenos. Dijo que le gustaban los hombres que llevaban las riendas, que le decían lo que debía hacer, que la dominaban —Por eso Frank y Joe son

formidables. Ellos son los que mandan, los que llevan los pantalones. Yo no tengo mucho empuje, pero ellos sí.

Le expresé mi sorpresa de que Frank fuera así Joe, por supuesto, era un poderoso atleta, pero Frank era tan delgado y parecía muy débil. —Ah, no, Lena. Es un hombre muy recio, de verdad—. En su cara eso Frank y Joe son formidables. Ellos son los que mandan, los que llevan los pantalones. Yo no tengo mucho empuje, pero ellos sí.

—¿Qué?

Se cubrió la cara con las manos y comenzó a reír sin control. No puedo… No puedo decírtelo.

—Por favor…

Se reía tanto que empezaron a bajar lágrimas por sus mejillas Cuando Miller vivía con ella Marilyn bromeaba muy poco sobre el sexo. En ese momento comprendí que le encantaba y que el tema la fascinaba. Quizás eso la hiciera feliz.

Marilyn me contó que soñaba que artistas de cine como Clark Gable y Tyrone Power la alzaban en brazos y que le hacían el amor en lugares parecidos a un *set* de filmación: lujosos palacios, islas tropicales, yates, elegantes trenes. Sin duda, era una mujer romántico, con fantasías de mágicos romances que Miller, encerrado en el estudio, nunca colmó.

En verdad, aunque Joe DiMaggio era a quien más elogiaba por sus dotes de amante, tampoco iba a ningún sitio romántico con él. Protestaba que Frank solía ir a lugares muy elegantes por la noche pero nunca con ella. —Siempre me tenía encerrada en el cuarto—. Marilyn hablaba de las películas de Fred Astaire de su juventud: sombrero de copa, corbata y faldón blancos, ropas elegantes, champaña y caviar, no de quedarse sola en el cuarto Quería divertirse y recorrer la gran ciudad. —¿Acaso no es ese el encanto de Nueva York? Necesito el tipo indicado que me acompañe—. Quizá Yves Montand fue lo más parecido a ese sueño de refinamiento que Marilyn conoció. Era cortés, encantador, europeo, pero ella no volvió a mencionarlo. Marilyn sabía olvidar ciertas heridas hondas. Esa era una de las razones por las que podía sobrevivir.

Alguien en quien no dejaba de pensar era Montgomery Clift. Siempre creía que quizás estuviera enamorada ya que se sentía más cerca de él que

de ningún otro artista. —Me necesita. Necesita a alguien. A mí me encantaría ayudarlo pero, ay, es tan complicado—. Monty, como ella lo llamaba, venía al departamento de visita. Por lo general, vestía ropa tan desaliñada que parecía que hubiera dormido vestido durante días con ellas. Siempre llevaba la barba crecida y caminaba encorvado. Ese terrible accidente había hecho de un joven apuesto como él un viejo enfermo. —Era el tipo más buen mozo que conocí. Era perfecto—. A veces Marilyn lloraba solo al pensar en la mala suerte de Monty. —Ves, Lena, uno no puede depender del aspecto. Puede pasar cualquier cosa.

Como una madre preocupada Marilyn pensaba que Monty no comía bien. Siempre me hacía preparar un gran bife para Monty y, ni bien él llegaba, Marilyn lo conducía a la mesa del comedor donde se hallaba el banquete. Clift apartaba la comida; lo único que quería era caviar y vodka pura, que tomaba como agua. A veces solía tragar una pastilla con vodka. Marilyn le suplicaba que comiera pero él simplemente se negaba con un movimiento de cabeza. Clift bebía, y con la mirada fija balbuceaba palabras a Marilyn. Hablaban del cine y compartían anécdotas de lo terrible que era Hollywood. Charlaban de sus respectivos psiquiatras. En ese momento Monty iba a representar a uno: Freud. Eso les causó gracia a ambos. —Ojalá yo también pudiera encarnar a uno —dijo Marilyn—. Dios mío, tú y yo sabemos más de psiquiatras que nadie—. Sin embargo, Marilyn lo previno de que no volviera a trabajar con John Huston, que los había dirigido juntos en *Los inadaptados*. —Es un hijo de puta. Te usará —le dijo—. Quizá la cuestión haya sido solo conmigo pero yo en tu lugar tendría cuidado.

También charlaban de drogas. El único momento en que Monty demostraba un leve entusiasmo era al describir algún nuevo analgésico o somnífero que el doctor le había recomendado. Marilyn siempre insistía en que le anotara el nombre. Invariablemente cuando Monty se iba llamaba a su médico para preguntarle sobre la pastilla.

—Necesita a una mujer que lo ame —anunció Marilyn un día—. Tal como yo necesito a alguien—. Marilyn me contó las historias que había oído sobre la homosexualidad de Monty. No quería darles crédito. La idea de que un hombre se acostara con otro le parecía sumamente misteriosa. —

¿Por qué habría de hacer tal cosa? Monty podría tener cualquier chica del mundo…—. Además, sabía que Monty era muy amigo de Elizabeth Taylor, de quien jamás le hablaba a Marilyn, y ella tenía demasiado orgullo para preguntarle al respecto. De todos modos, seguía considerando a Elizabeth su rival más importante y a veces no podía ocultar los celos que le tenía. El hecho de que Elizabeth ganara un millón de dólares por *Cleopatra* aún perturbaba a Marilyn. Entonces Marilyn trajo a colación otra forma de competir con Elizabeth, y de perder. —Apuesto a que Monty se acuesta con ella, apuesto a que sí —declaró Marilyn—, y ¿por qué con ella?

De pronto Marilyn decidió que si Elizabeth Taylor se acostaba con Montgomery Clift, ¿por qué no habría de hacerlo ella? Él le gustaba más que nadie del ambiente artístico y quería que Clift sintiera lo mismo por ella. El hecho de seducirlo se convirtió en un gran desafío para Marilyn. El día en que iba a ir al departamento Marilyn se hizo arreglar el cabello y las uñas y eligió un conjunto muy sensual. Por lo general se ponía solo la bata blanca y se veía tan desaliñada como Monty. Pero ese día sería diferente.

Marilyn eligió unos pantalones blancos con una blusa blanca de seda que hacía juego. Ambos le quedaban muy ajustados y revelaban cada curva de su cuerpo. Hasta se puso zapatos blancos de tacón alto que combinaban con la ropa y se empapó de perfume Joy: en los brazos, los muslos, detrás de las rodillas y en el vientre. Tomó champaña con ansiedad para calmarlos nervios. Al atravesarla puerta Monty tuvo una reacción un poco tardía por la sorpresa —Estás con alguien —se disculpó al creer que se había equivocado de día.

—Solo contigo —susurró Marilyn con suavidad— Monty parecía confundido. En lugar de sentarse a la mesa del comedor, Marilyn lo atrajo al sofá, donde empezó a darle caviar con una cuchara. Por poco estaba sentada encima de él, pero Monty no se movió, ni siquiera cuando Marilyn, con un suspiro, se recostó en el sofá y puso la cabeza en su regazo. Monty se limitó a seguir bebiendo y balbuceando ocasionalmente, como siempre. Como Marilyn era muy tímida no se atrevía a ir más lejos. Después me dijo que no tuvo cara para acercarse y besarlo.

Al advertir que el sofá no tendría éxito Marilyn se levantó a servir champaña. Con el vaso en la mano, comenzó a caminar hacia adelante y

hacia atrás ante los ojos de Monty, que seguía en el sofá con aire abúlico. Marilyn daba cada paso con deliberación y balanceaba las caderas en la forma más sugestiva. La luz que se filtraba por la ventana la favorecía, destacando su cuerpo espectacular. Cuando entré para llevar más caviar Marilyn me miró y se encogió de hombros con resignación. Pero luego, inesperadamente, Monty se puso de pie y caminó hacia ella. Observé desde el vestíbulo con la esperanza de que Marilyn hubiera logrado su cometido. Su gran sonrisa me indicó que ella pensaba lo mismo.

Sin embargo en lugar de alzarla entre sus brazos, Monty extendió la mano para darle una chistosa palmada en las nalgas. —Tienes un trasero hermoso —dijo, y le dio un breve beso en la mejilla—. Oye, tengo que irme. Hasta luego—. Al cerrarse la puerta Marilyn se tiró en la cama y comenzó a reír como una niña.

—Me rindo, Lena. Lo he intentado. ¡Y cómo! Sabes, dudo de que haga algo con Elizabeth Taylor. Creo que me equivoqué con respecto a ella. Monty es un desastre… pero igual lo quiero.

De todos modos fue una ardua lucha con escasas probabilidades de éxito Marilyn no lo tomó como algo personal. Se divirtió mucho al tratar de conquistarlo. Volvió a su cuarto y se quitó la ropa con prisa. Luego puso un disco de Frank Sinatra, se acostó en la cama y siguió soñando despierta el resto de la tarde.

Capítulo nueve

A la par de su creciente interés en el sexo, Marilyn empezó a despreocuparse por ser “una actriz dramática en serio”. No solo dejó de ver a los Strasberg con tanta frecuencia; también comenzó a cuestionar su entusiasmo por alentarla a desechar los papeles de “rubia tonta” que la habían hecho famosa. Como había estado alejada del cine por muchos meses, empezó a valorar más su fama y estaba ansiosa por volver a los ojos del público. —Es mejor que a una la conozcan en el mundo entero, aunque sea como estrella del sexo, que ser completamente desconocida —dijo—. Si soy tan famosa (como sus agentes de prensa le aseguraban día a día), los buenos papeles no tardarán en llegar. Yo no voy a matarme para tratar de apresurar las cosas.

Después de todo, *Los inadaptados* era una película seria de verdad. Sin embargo, a pesar de los artistas y el talento puestos en la película, no tenía éxito comercial. Las críticas tampoco fueron muy favorables. *La adorable pecadora* no fue asimismo muy exitosa. Por otro lado, *Una Eva y dos Adanes* era un éxito rotundo, tanto en Estados Unidos como en el resto del mundo. Aunque Marilyn no quisiera admitirlo, este era el tipo de película que el público esperaba de ella. Nadie quería verla gritar y llorar como en *Los inadaptados*. Querían ver a Marilyn reír y deseaban reír con ella. Tenía un don especial para hacer feliz a la gente. Ella se dio cuenta, y al menos por el momento decidió atenerse a eso.

Si bien desistió de conquistar a Montgomery Clift, a Marilyn comenzó a impresionarle la idea de ser “la reina del sexo”. Siguió con la dieta, se cuidaba más el cabello y la piel, y no dejaba de mirarse al espejo. —Me veo bastante bien para ser una vieja dama de treinta y pico, ¿no es cierto, Lena?

—me decía constantemente mientras se pavoneaba desnuda frente al espejo. Y, en verdad, tenía razón.

Hasta empezó a mandar a buscar copias de la revista *Playboy*. Solía desplegar la tapa, en la que aparecía alguna chica de dieciocho o veinte años, la observaba y luego se miraba a sí misma. —Yo soy mejor —decía —. Mm…, sí tengo que confesarlo…, no está mal. ¿Qué te parece? —Siempre necesitaba aliento. A veces hablaba de salir en *Playboy*. Le preocupaba no haber aparecido en público durante tanto tiempo y temía que la publicidad desfavorable de sus internaciones la hubiera afectado. —Si aparezco en *Playboy*, seguro que todos sabrán que sigo existiendo —decía.

En 1961 la creciente confianza en sí misma sufrió un serio revés. Había tenido problemas de digestión durante mucho tiempo. Yo había atribuido los eructos a las burbujas de champaña. La verdadera causa era su vesícula biliar. Tuvieron que operarla para extirpársela. Aunque la operación fue todo un éxito, la cicatriz que le quedó en la parte derecha del vientre pareció destrozar su opinión de sí misma. En su piel blanca y cremosa, que siempre había sido inmaculada, había un desagradable costurón.

Además de la cicatriz, Marilyn empezó a notar muchas cosas que antes no había advertido. Por empezaren sus senos. Antes solía sacar pecho y ufanarse de lo firmes que eran. En ese momento decidió que estaban poniéndose fláccidos. Descubrió que tenía pequeñas estrías en los senos y las nalgas, probablemente por subir y bajar tanto de peso. En el rostro empezó a aparecer uno que otro surco. —Ya tengo patas de gallo —dijo, balbuciente. Por primera vez, Marilyn tomó conciencia de que estaba envejeciendo. Y eso la aterraba.

—No quiero hacerme vieja, Ovejita. Quiero quedarme así Todavía no sé actuar… no como quisiera. Monty era apuesto, pero cuando dejó de serlo siguió siendo un gran actor. Pero yo no. No quiero cometer más estupideces. Cuando mi rostro haya envejecido, y mi cuerpo también… no seré nada… nada, otra vez —Marilyn comenzó a sollozar.

Aparte de la operación, su ánimo empeoró cuando fracasaron algunos proyectos que tenía. El primero era una producción de *Lluvia* para la televisión, la historia de Somerset Maugham sobre Sadie Thompson, la prostituta de Pago Pago, con dientes de oro y demás. Si un año antes

hubieran pedido a Marilyn que representara a una prostituta, se hubiese ofendido. En ese momento, lo tomó como un elogio. Aunque no encarnaría a la reina Victoria, como Marilyn hubiese querido antes, Lee Strasberg aprobó el papel. Marilyn pensó que si Lee así lo determinaba, entonces estaba bien. Desafortunadamente, la cadena de televisión no aceptó a Lee como director. Dijeron que no tenía experiencia en ese medio; preferían recurrir a uno de sus directores.

Marilyn era totalmente leal a sus amigos. Dijo: —Dirige Lee o no dirige nadie. —El resultado fue que no dirigió nadie, por lo cual Marilyn sacrificó cientos de miles de dólares para protestar por la exclusión de su profesor y amigo por parte de la cadena de televisión. De todos modos, Marilyn ya estaba hasta la coronilla de directores que no la comprendían. Por ninguna cantidad de dinero volvería a maños de alguien como Billy Wilder o John Huston, menos aún de un técnico de televisión de menor prestigio.

La segunda frustración fue el proyecto de filmar la vida de Jean Harlow. Se había planeado hacer una película biográfica sobre aquella rubia platinada con quien comparaban a Marilyn con mucha frecuencia — Yo soy la versión natural de ella —dijo Marilyn con seguridad. Jean Harlow no tenía tanto el tipo de rubia tonta sino que era más descarada. No obstante, Marilyn se identificaba con aquel antiguo símbolo del sexo y ansiaba conseguir el papel. Los productores de Hollywood no aprobaron a Marilyn. Ella me contó que muy pronto la descartaron como posible actriz. Cuando Marilyn murió finalmente el papel le tocó a Carroll Baker y su coprotagonista fue Peter Lawford, un gran amigo de Marilyn. La película fue un fracaso.

A esta altura, Marilyn, muy preocupada por su edad y belleza, comenzó a desesperarse por los papeles y a sentirse aterrada. Hasta llegó a contemplar por un momento la posibilidad de levantar la mano para trabajar *Irma la dulce* la nueva película de Billy Wilder. A Marilyn le gustaba el papel de la prostituta francesa de corazón de oro. Lo único que quería era que Billy Wilder le pidiera disculpas con sinceridad y le prometiese más amabilidad en el futuro. Sin embargo, ni bien Wilder se enteró de que Marilyn estaba interesada, comenzaron otra vez los chistes maliciosos. Aunque a Marilyn le encantaba reír, detestaba que la ridiculizaran. Podría

haber llegado a ser el papel del siglo, pero Marilyn no podía decidirse a trabajar con Billy Wilder otra vez.

El pánico continuó. Marilyn decidió que estaba perjudicándose al quedarse en Nueva York. Si los papeles no llegaban a ella, Marilyn iría a buscarlos. Por lo tanto comenzó a pasar cada vez más tiempo en Hollywood a pesar de que odiara mucho el lugar. En ese momento los negocios estaban ante todo. Estaba desesperada por volver a filmar y más aun por que su retorno fuera con un papel "sensual". Además, quería terminar el contrato con la Fox para así poder exigir salarios enormes, como Elizabeth Taylor. Marilyn se había convencido de que en ese momento los merecía. En cuanto a Hollywood, lo único que le entusiasmaba era Frank Sinatra. —Por lo menos Frankie está allí, en su ciudad. Él no va a dejarme sentir sola.

Frank la ayudó a encontrar a otro compañero: un nuevo psiquiatra, que era pariente de su apoderado. Marilyn quedó fascinada con este hombre desde el principio. —Lena, Lena, por fin lo he encontrado. He encontrado a mi salvador, a Jesús —me dijo, jadeante, al volver del primer viaje después de conocer al médico.

—¿A Jesús?

—Sí, Lena. Lo llamo Jesús. Me está ayudando en forma maravillosa.

—¿Qué hace? —le pregunté. Marilyn había ido a muchos psiquiatras pero nunca lo había visto tan entusiasmada antes. En general volvía de las sesiones más deprimida y confundida que antes de ir. Pero en ese momento abrió una botella de champaña para celebrar los consejos de este doctor, no para tratar de olvidarlo— ¿Qué hace?

—Me escucha.

—Yo también la escucho.

—Sí, ya sé. Tú eres mi amiga pero él es un médico. Y es un genio. Te voy a llevar para que lo veas. Te ayudará.

—No sea tonta. Yo no necesito a un psiquiatra. No puedo pagar ese lujo.

—Yo te lo pagaré —dijo Marilyn.

—No, no lo hará. Tengo que ocuparme de mi familia. No tengo tiempo para ir a un psiquiatra.

—¡Pues no sabes lo que pierdes!

—Tal vez algún día vaya. —Traté de zafarme lo mejor que pude— Dígame, además de escucharla, ¿qué es exactamente lo que le hace?

— Me alienta. Me hace despabilarme, me hace pensar Puedo enfrentar cualquier cosa con él. Ya no tengo miedo. Ya nada me perturba. Soy tan feliz.

Evidentemente, cuando Marilyn estaba en Hollywood veía a este hombre todos los días. A veces lo llamaba desde Nueva York varias veces al día.

—¿Qué haría si él se tomara vacaciones? —le pregunté.

—Lo llamaría dondequiera que estuviese.

—¿Y si no pudiera conseguirlo?

—Me vería en problemas.

Si bien este psiquiatra pudo haber hecho bien a Marilyn, empezó a depender totalmente de él. Parecía una dependencia malsana Nunca decía que estaba bien para no dejar de necesitarlo. Eso me preocupaba. Aunque al parecer estaba optimista y emprendedora, la había visto igual cuando las cosas andaban bien con Yves Montand. Si la relación con este médico se cortara, la recaída de Marilyn sería fatal.

Según me contó, lo que comprendió con este psiquiatra fue que su matrimonio con Miller era la causa de muchos de sus problemas de ese momento. Al ser él un intelectual importante y un gran dramaturgo, era un desafío demasiado grande para ella Para tratar de ganar su respeto Marilyn se obsesionó con el objetivo de ser “una actriz dramática en serio”. Pero esa meta era falsa, no era para ella. Seguiría con sus clases de actuación y trataría de mejorar sus condiciones gradualmente pero se dedicaría a aquellas películas que llegaran a ella por sí mismas: comedias, musicales, películas para pasar el rato, nada que fuera muy serio. Dijo que sobre todo tenía que ser “ella misma”.— Quienquiera que yo sea —agregó con una risita y con aire un poco confundido.

Como Marilyn era tan insegura de sus ideas como de su aspecto, me alegró el hecho de que tuviera alguien que le reafirmara en forma contundente que estaba yendo por el camino correcto. Marilyn jamás había creído que tenía buenos instintos. Pero en ese momento el psiquiatra le decía que sus instintos eran buenos, que tenía razón. Le estaba apuntalando

la confianza en sí misma también. Por primera vez, si consideraba que cierto papel era indicado para ella, hablaba con decisión al respecto en lugar de reprimirse por la timidez y dejar que otros decidieran por ella. Marilyn dijo que este psiquiatra era con mucho el doctor más agradable y amable que había tenido. Marilyn sentía que él realmente confiaba en ella y, a su vez, ella confiaba en él.

Al llamar a su psiquiatra "mi Jesús" Marilyn no era irrespetuosa. Nunca había profesado una religión organizada. Había estado en tantos hogares adoptivos, cada uno con su fe particular, que nunca había tiempo de comprender una religión determinada y adoptarla. Era comprensible que estuviese desorientada.— No supe mucho sobre religión —dijo— pero aprendí lo importante que es amar al prójimo. Todas las religiones lo predican. —Prefería a "Christian Science" porque su tutora predilecta, Ana Lower, había pertenecido a esa congregación. En un momento esto dio a Marilyn mucha inspiración pero finalmente ella se alejó. —Yo era demasiado débil —admitió—. *Necesitaba* a los doctores y la medicina. Estaba tan enferma, y además, supongo que no tenía bastante fe—. Cuando se casó con Miller decidió convertirse a la religión judía, más que nada por complacer a los devotos padres de Miller, que tanto le importaban. —Elizabeth Taylor también se convirtió. Las dos somos judías —dijo, y rió. Lo único que le molestaba del judaísmo es la creencia de que no hay vida después de la muerte. Ah, no. Eso no me gusta. Ojalá haya algo más allá.

Sin embargo, en medio de las películas, las peleas y la depresión, nunca encontró tiempo para profesar una religión formal. No obstante, Marilyn creía en Dios y a menudo rezaba un poco a distintas horas del día. —Tengo una religión propia —me dijo—. Ruego por ti todo el tiempo. Ovejita. Ruego por Lee y Paula, por Frank, Joe y Monty, y por mi madre… hasta por mi padre, quienquiera que sea.

Marilyn siguió volando de Nueva York a Los Angeles, donde alquiló un departamento. Me contó que veía a Frank Sinatra todo el tiempo. Si bien Hollywood le disgustaba profundamente, sentía que el hecho de estar allí era mejor para su carrera cinematográfica. No obstante, todavía no había conseguido una película que le gustara. Tal vez lo que menos le gustaba de Hollywood era que a Joe DiMaggio tampoco le gustaba. Él se resistía a ir a

visitarla allí. La veía en Nueva York, aunque no con la frecuencia que ella hubiera querido.

De uno de los viajes desde Hollywood Marilyn volvió con una bolsa de sostenes. En verdad, esto era algo nuevo. Los sostenes no eran comunes y corrientes. En realidad, estaban formados solo por los breteles y las tazas recortadas. Cuando le pregunté por qué los había comprado explicó que estaba preocupada por el hecho de que sus pechos empezaran a aflojarse. Esperaba que esos portasenos los sostuvieran y como eran tan diminutos, serían lo más parecido a no llevar nada que podría conseguir. Alrededor de una semana después ya los había tirado todos. Sencillamente, no podía llevar ropa interior, bajo ninguna circunstancia.

También había comprado una gran cantidad de bragas negras y rojas de encaje. —Se supone que a los tipos les gustan —sonrió y puso las bragas al trasluz—. Sabrá Dios por qué—. Las bragas tampoco llegaron a gastarse. Las tiró en un cajón “para una ocasión especial”. En esa época Marilyn también se había comprado mucha ropa. Como había bajado de peso le inquietaba el hecho de no estar lo bastante “sensual”. Por consiguiente, empezó a llevar la ropa cada vez más ajustada.

Varias veces salí de compras con ella. En el pasado Marilyn prefería que le enviaran la ropa para probársela porque no quería llamar la atención. Ahora le encantaba. Además de salir de tiendas comenzó a acompañarme a pasear a Maf. Íbamos al hermoso parque que queda al final de la calle 57, con vista al Río Este. Cuando las mujeres y hombres mayores sentados allí la miraban boquiabiertos y susurraban, Marilyn sonreía. Todos le devolvían la sonrisa. Le encantaba mirar el puente Queensboro cuando su luz nos llegaba a la hora del crepúsculo. Parecía un collar resplandeciente. Había barcos cisterna que navegaban tan cerca de nosotros que uno casi podía tocarlos. Para Marilyn este era el lugar más romántico de Manhattan Ella quería pasear por ese sitio con Joe DiMaggio pero él siempre se negaba, al igual que persistía en la rutina de subir por el ascensor de servicio y entrar por la puerta trasera. *Nunca* quería publicidad.

Era toda una experiencia salir de compras con Marilyn Se vestía de punta en blanco y se maquillaba tal como si fuera a un estreno. Ya no quería disfrazarse pero transigía y usaba la peluca negra. —Si no dicen que armo

una revuelta —rió—, Mm, eso sí que sería divertido—. Su negocio preferido era Bloomingdale’s, no tanto por la ropa como por la multitud de hombres que se la comían con los ojos. —Creo que me reconocerían aun si llevara una máscara —dijo, radiante. Los viejos tiempos cuando Marilyn corría en busca de una escalera trasera se habían ido. En esa época hablaba con cualquiera.

No creo que en realidad quisiera comprar algo en Bloomingdale’s. Solo vagaba de un piso al otro para ver el gentío que lograba atraer. Cuando realmente quería comprar ropa iba a Martha’s, un negocio muy formal de la avenida Park. Sin embargo, aun allí la esnob clientela compuesta por las damas de la sociedad parecía tan fascinada y ansiosa por hablar con Marilyn como los hombres de la calle. Tomaba esto como un verdadero elogio si bien los hombres eran quienes más le importaban.

No obstante toda la atención que se le prodigaba, Marilyn jamás se sintió totalmente segura de sus atractivos Cada día detectaba un nuevo surco, una nueva arruga, y esto la perturbaba. Yo le aseguré que estaba tan atractiva como cualquier mujer pero no le bastó. No creía que sus amigos le dijeran la verdad. Tenía que probarse con desconocidos. A tal efecto, solía ponerse la peluca negra, un chal y muy poco maquillaje e ir a sentarse en la barra del bar “Many Wolfs Chophouse”, entre la calle 50 y la avenida 3. El bar era oscuro. Marilyn debió haber sido la mujer con aspecto más cambiante del mundo. Variaba tanto de peinado y usaba tantos cosméticos: lápiz labial, pestañas postizas y maquillajes por el estilo, que era casi irreconocible cuando se levantaba a la mañana. Sin embargo, la verdadera Marilyn era esa: sin maquillaje, al natural. Marilyn tenía curiosidad, y también bastante miedo, por saber lo que los hombres pensaban de ella sin los adornos de estrella de cine. —Quiero parecer una mujer común, no Marilyn. Así sabré lo que la gente realmente piensa.

Marilyn quedó encantada con el resultado. Solía volver a casa por lo general antes de medianoche y siempre sola. No quería conquistar a nadie. Solo quería corrobar podía hacerlo Todos le ofrecían una copa: viajantes, abogados y hombres de negocios, y Marilyn disfrutaba al describir las circunstancias y el modo en que cada hombre se le acercaba. Fingía ser secretaria pero siempre la “descubrían”.— Por poco se caen del asiento,

siempre. A un tipo se le cayó la bebida y quedamos los dos manchados. Fue muy cómico.

Pero un viernes a la noche estaba repleto de gente y nadie le dirigió la palabra. Regresó a casa llorando. Bebió champaña y escudriñó cada milímetro de su rostro en el espejo mientras las lágrimas no cesaban de caer.

Insistí en que volviera a intentarlo la semana próxima. —Todos podemos tener una mala noche— le dije. Hizo la prueba y los hombres volvieron a acercársele con sumo interés. Su confianza se restableció nuevamente pero me di cuenta de que ella misma se había puesto en una posición muy engañosa. Bastaba que la rechazaran una sola vez para que Marilyn se sumiera en una terrible depresión. Yo deseaba profundamente que tuviera un hombre a su lado que la consolaba… en todo momento. Ninguna mujer necesitaba a un marido más que ella. Ella también se daba cuenta de esto y la desesperaba aún más.

—Ya nadie querrá casarse conmigo, Lena. ¿Qué tengo de bueno? No puedo tener hijos, no sé cocinar. Me he divorciado tres veces. ¿Quién me desearía a mí?

—Millones de hombres —le contesté.

—Sí —dijo a desgana—, pero ¿quién me *querría*? ¿Quién?

Yo sabía que Joe DiMaggio la amaba, pero era inflexible en cuanto al matrimonio. Con respecto a Frank Sinatra, estaba ligado a muchísimas mujeres. Cada vez que Marilyn oía algo de alguna de ellas, se deprimía mucho. Aunque sabía que era casi imposible atrapar a Frank, esperaba poder superar los obstáculos.— Algún día Frankie va a querer asentarse. Ya verás. —Desgraciadamente, hasta que uno de estos dos hombres cambiara de opinión o hasta que conociera a un hombre que la amara igual que ellos, Marilyn debería seguir sustentándose en los breves períodos de felicidad con Joe y Frank y en los halagos de desconocidos o casi desconocidos para que su integridad no se hundiese.

Un encuentro que la ayudó a mantener el buen ánimo fue la visita de mi padre, que vino de Italia a fines de 1961. Él era quien no me había dejado ser cantante porque decía que una actriz o una cantante eran lo mismo que una prostituta. Mi padre era muy riguroso y anticuado en muchos aspectos

pero en el fondo tenía un gran sentido del humor y sabía pasarlo bien. A pesar de su mala opinión sobre los artistas, mi padre adoraba a Marilyn Monroe. Ella significaba para él más que una actriz. En sus cartas él me había suplicado le enviara fotos autografiadas, discos, cualquier cosa. Ahora iba a conocerla en persona. Pienso que le entusiasmaba más esto que el hecho de ver a sus hijos y nietos en los Estados Unidos. Mi padre no era la única persona estricta de mi familia que adoraba a Marilyn. Yo tenía un primo en Providence, en Rhode Island, que era sacerdote. Tenía una copia autografiada del famoso almanaque de desnudos de Marilyn en la pared contigua a su escritorio.— No hay nada de sucio en una chica hermosa como ella —decía.

Del modo en que yo le había hablado de mi padre, pienso que Marilyn suponía que mi padre era un viejo cascarrabias. Ella le había prometido llevarlo a cenar, irían los dos solos. Él hablaba inglés bastante bien, mejor que Yves Montand, por lo tanto no tuve que preocuparme por la comunicación entre ambos. De todos modos, Marilyn sabía entretener a cualquiera, tanto si la persona hablaba inglés como si no. Escuchaba al otro con tanta atención que la persona pensaba que Marilyn entendía todas las palabras, hablara en el idioma que hablara.

Sin embargo, la mayor sorpresa fue para Marilyn, no para mi padre. Se había puesto uno de sus vestidos de tarde color crema, más formal y suelto, y había reservado una mesa en un restaurante francés Pero ni bien conoció a mi padre decidió cambiar de ropa. Vio que él no era nada viejo. Tenía alrededor de cincuenta y cinco años y era alto, de ojos oscuros y muy apuesto; tenía el cabello, que antes había sido negro azabache, algo canoso. Se veía muy distinguido con aquel traje oscuro; definitivamente, era el tipo de hombre que gustaba a Marilyn Después de unas cuantas copas de champaña mi padre dejó de sentirse tenso por completo y la hizo reír con todas sus bromas e impresiones sobre los Estados Unidos. Comprendí que juntos iban a pasarlo en grande.

Al advertir que se veía mucho más tradicional de lo que su ánimo requería, Marilyn volvió al cuarto a cambiarse de ropa. Se puso el conjunto ajustado de pantalón y blusa blanca con el que había tratado de excitar a Monty Clift, y ajustó la blusa con una banda para lucir su chato vientre.

Cuando regresó, a mi padre le hizo falta otra copa llena. Esta era la Marilyn que él había esperado.

Marilyn también cambió los planes para la cena. Me preguntó si podía llevar a mi padre a comer a Greenwich Village y luego a bailar Parecía preocupada por lo que mi madre, que había quedado en Nápoles, pudiese pensar.

—No sea tonta —le dije—. Vayan y diviértanse. Mi madre quiere que él lo pase bien en los Estados Unidos.

Marilyn lo hizo posible. Mi padre no volvió a casa hasta las 3 de la mañana pero no me preocupé. —Amo a los Estados Unidos— por poco cantó al entrar por la puerta bailando. Hicieron falta muchas tazas de café para hacerlo volver a la realidad. Mi padre no podía creer que hubiera salido a divertirse nada menos que con Marilyn Monroe. Nunca le pregunté qué pasó *exactamente*. De todos modos, en el resto de su vida nunca dejó de hablar de lo maravillosa que era Marilyn. —Es mi mala suerte, está casado —bromeó Marilyn—, me encantaría ser tu madre.

Pero ni bien se fue mi padre Marilyn volvió a deprimirse. Fue igual que cuando Joe o Frank se iban. Necesitaba la compañía de un hombre. Eso la hacía feliz. Si no lo tenía debía recurrir al teléfono, a los vuelos a Los Angeles y a su psiquiatra. Quizás en el avión conozca a alguien agradable —decía cada vez que viajaba. Yo no podía creer que a Marilyn le costara más encontrar al hombre indicado que a la mayoría de mis amigas, chicas comunes y corrientes. Pero era así. El hecho de ser una gran estrella no garantizaba amor.

Aparte de Paula Strasberg y de mí, Marilyn no tenía otras mujeres en quienes confiar. Con Hedda, la esposa de Norman Rosten, tenía cierta amistad pero cuando Miller se fue a Marilyn le resultó un poco incómodo ver a los Rosten sin él. Eran más amigos de él que de ella. May Reis también se fue unos meses después que Miller. May guardaba una relación estrecha con él y supongo que era difícil para ella seguir trabajando para Marilyn sin Miller. Por un tiempo la reemplazó Marjorie Stengel, que con anterioridad había sido la secretaria de Montgomery Clift.

Marjorie, de alrededor de cuarenta años, era muy dulce. Era alta y muy delgada, tenía flequillo oscuro y voz honda. Solía vestir pollera gris, blusa

blanca y llevar zapatos de tacón bajo, casi como un uniforme de un colegio. Como May Reis era tan fría y reservada fue un alivio tener por compañera de trabajo a una chica tan amistosa. Marjorie tenía un problema: era demasiado amistosa.

La naturaleza cariñosa de Marjorie ponía muy nerviosa a Marilyn. Marjorie solía quedarse de pie en el baño y observar con ojos muy abiertos la desnudez de Marilyn. Le repetía muchas veces que tenía un cuerpo hermoso. Aunque Marjorie se desempeñaba muy bien como secretaria, era claro que su verdadera compensación no era el dinero sino el hecho de estar cerca de Marilyn. Finalmente Marilyn llegó a sentirse tan incómoda que decidió que ambas se separarían.

Yo no podía comprender por qué la presencia de Marjorie perturbaba tanto a Marilyn hasta que ella misma me confesó que una vez había tenido una relación extraña con su primera profesora de teatro, una dama extranjera llamada Natasha Lytess, con quien Marilyn vivió cuando era una actriz principiante. Marilyn la admiraba y cuando Natasha le hizo las primeras insinuaciones, ella Simplemente las aceptó como parte de la formación actoral. Además, Marilyn estaba muy sola en esa época. Recibía con avidez y apreciaba la calidez que cualquiera le demostrase, fuera hombre o mujer Marilyn necesitaba ser querida… por cualquiera que fuese sincero.

—Yo estaba tan confundida en esa época que hubiera dejado que cualquier tipo o chica hiciese lo que quisiera si yo pensaba que era un amigo. Se lo permití a Natasha pero eso estaba mal. No era como un hombre; ya sabes, pasan un rato agradable y nada más. Ella se ponía muy celosa de los hombres a quienes yo veía, de todo Pensaba que era mi marido. Era una excelente profesora pero eso arruinó todo. Empecé a tenerle mucho miedo y tuve que irme. —Marilyn dijo que Marjorie tenía algo que le recordaba a Natasha: las dos eran muy delgadas, espectrales y la miraban con mucha atención. Marilyn no podía darse el lujo de tener cerca un solo recuerdo malo. Ya le costaba bastante manejarse con el presente.

El lugar de Marjorie lo cubrió Pat Newcomb, una muchacha joven de la agencia de relaciones públicas de Marilyn Pat parecía una estudiante competente y ansiosa y no amenazaba a Marilyn en absoluto. Pat iba al

grano: su trabajo principalmente consistía en escudar a Marilyn de la prensa, concertar entrevistas y sesiones de fotografías y verificar que sus planes de viaje estuvieran bien. A veces tenía una actitud demasiado protectora con Marilyn, a quien le fastidiaba que, cuando tenía una oportunidad de estar en contacto con el público, Pat la alejara de la gente. A menudo Marilyn le insistía que se olvidara un momento del trabajo y tomara champaña con ella —Trabajo y nada de diversión —le decía en broma. Pat no le hacía caso. Trabajaba para una agencia, no para Marilyn, y se tomaba el trabajo demasiado en serio para pasar un rato divertido.

Otra mujer que también apareció en la vida de Marilyn por esa época fue la señora Berenice Miracle. Era la media hermana de Marilyn, vivía en Florida. La madre de Marilyn se había casado y divorciado antes de tener a Marilyn. Berenice también era hija suya aunque, como a Marilyn, no la había criado su madre. Había ido a vivir con unos familiares de su padre en el sur. Cuando Marilyn alcanzo la fama, de algún modo Berenice pudo ponerse en contacto con ella Por supuesto que Marilyn se moría de ganas de conocer a esta mujer Al principio Marilyn estaba un poco escéptica. —Quizás haya inventado todo para sacarme dinero o algo. —May Reis, que todavía estaba en la casa para esa época, le alimentó las dudas, en especial en cuanto al dinero. La extrema prudencia de May enfurecía a Marilyn. —Para ti es muy fácil decirlo, May—. Marilyn decidió conocer a Berenice y nada le hizo cambiar de parecer. —¡Caramba! El dinero es mío. ¿De qué me sirve? Tengo derecho a tener una familia; todos los demás la tienen—. Ni bien conoció a Berenice, Marilyn quedo convencida de que era realmente su hermana. Esto le encantó. —Tiene la misma sangre que yo. ¡Imagínate! —anunció rebosante de alegría. Marilyn la colmó de besos y le dio un abrazo interminable del que no quería deshacerse. —Eres mi hermana—. Berenice, de cuarenta y tantos años, también era rubia, naturalmente más rubia que Marilyn. Era un poco más baja y delgada pero también tenía un cuerpo exuberante. Hasta en los rostros tenían un parecido. Cuando se sentaron en el departamento, Marilyn, asombrada, no le quitaba los ojos de encima. —Eres realmente mi hermana. Mi hermana —repetía Marilyn.

Si bien ella y Berenice no tenían mucho en común, Marilyn ansiaba con desesperación conocerla. La invitó con su marido a un generoso viaje de

diez días a Nueva York, los hospedó en un hotel muy caro, contrató a un chófer para que les mostrara las atracciones de la ciudad (con Marilyn, orgulloso, por guía de turismo) y los llevó a almorzar y cenar todos los días a los restaurantes más famosos. Hasta mandó a Berenice a sus negocios predilectos para que comprara ropa y a Kenneth para que le hiciera un tratamiento completo de Belleza. En secreto Marilyn admitió que quería que su media hermana "se vea exactamente igual a mí".

A pesar del tratamiento majestuoso, Berenice no tenía aspecto de reina del encanto. Ni ella ni su marido eran ricos; por el contrario, eran gente sencilla. Creo que el señor Miracle era granjero u obrero Marilyn insistió en darles una gran cantidad de dinero "para que puedan vivir mejor y educar a sus niños". —En cierto modo Berenice parecía mucho más tímida que Marilyn, que estaba atravesando una etapa en que salía mucho. El brillo y el excesivo dinamismo de Manhattan parecían asustar a Berenice. Parecía que Nueva York la hubiese aturdido, y también Marilyn. No era fácil para ella, ni para nadie, hacerse a la idea de que su hermana, perdida por tanto tiempo, era una estrella famosa de cine.

Las dos mujeres (una, una celebridad mundial; la otra, una ama de casa) no tenían mucho que decirse, salvo comparar sus infancias. —Al menos tú viviste con familiares —Marilyn dijo a su hermana cuando Berenice se quejó de los problemas que tuvo al crecer. Sin embargo, al ver el modo en que Marilyn, con mucha atención y tomándolo de las manos, se sentó a escuchar cada detalle de como Berenice llevaba adelante la casa, y educaba a sus hijos, dónde hacía las compras en Florida y qué cocinaba, pensé que Marilyn podría tentarse muy fácilmente a vender toda su fama para ser una ama de casa. En cuanto a Berenice, sabía muy poco de cine y ese era casi el único tema del que Marilyn sabía algo.

Ninguna de la dos podía hablar de Gladys Baker ya que Berenice parecía saber menos aún que Marilyn. Los mismos sentimientos de Marilyn hacia su madre eran confusos. Cuando le pregunté por qué no la traía a Nueva York a vivir con ella me contestó: —Porque le falta un tornillo. —Marilyn pensaba que su madre estaba mucho mejor en el manicomio de California, adonde, según Marilyn, siempre enviaba dinero para que la cuidaran bien. Aun guardaba un poco de resentimiento por el hecho de que

su madre la había abandonado a manos de las familias adoptivas cuando era una niña. —Entonces no quería verme. ¿Por qué habría de querer ahora?—. Pero al instante, con los ojos húmedos, decía: —Ojalá pudiéramos llevarnos bien, así podríamos hablar. Sería maravilloso tener una verdadera madre aquí conmigo. Y si Berenice también viviera en Nueva York, podríamos vivir todos juntos como una familia normal Podríamos cenar juntos los sábados, salir a pasear en automóvil, ir al teatro… Ay, es hermoso soñar, ¿no?

Marilyn seguía soñando. Quería ser amada por todos pero en especial por alguien en particular. Soñaba con ser feliz, con que la amaran. Al mismo tiempo no olvidaba su carrera. En ese momento era una mujer totalmente independiente. No tenía que vivir para complacer a Miller ni estar a la altura que Marilyn pensaba que él esperaba de ella. Podía seguir sus impulsos y hacer lo que creyera correcto Cuando entró en el último año de su vida Marilyn se sentía más fuerte y optimista que nunca. El día que cumplió treinta y cinco años me dijo —Ovejita, este año las cosas van a mejorar. Las cosas van a salir bien. Hasta puedo percibirlo. Este será mi año.

Capítulo diez

Al principio pareció que Marilyn tenía razón al decir que el año por delante sería muy favorable para ella. Un par de meses después de su cumpleaños, en junio, me dijo que creía que Frank se casaría con ella. Él no se lo había dicho pero en general la intuición de Marilyn no fallaba. —Está casi preparado —anunció, triunfante.

—¿Y Joe? —le pregunté.

—Nunca volverá a casarse conmigo. Jamás. Me ama, pero nada más. No podemos estar de acuerdo con respecto al cine—. Por el contrario, Frank estaba en la misma actividad que ella. —Frank no querría que yo fuera ama de casa. Los dos podemos tener nuestras carreras. Será perfecto… espero—. Cruzó los dedos de ambas manos y las levantó en el aire. Luego cerró los ojos y pidió un deseo en voz baja. —Permite que tenga suerte… aunque sea una sola vez.

Marilyn quería estar en Hollywood el mayor tiempo posible por Frank. Yo siempre le había hablado de que quería conocer el lugar. Deseaba ver dónde vivían los artistas y dónde se filmaban las películas. Por lo que yo había leído, me parecía una especie de paraíso. A Marilyn la idea le pareció muy cómica. —¿Un paraíso? —exclamó, muerta de risa—. Hollywood es una mierda. Es horrible. Te llevaré, Lena. Si de verdad quieres ir, yo te lo mostraré. Quizá te guste, ¿quién sabe? Puedes estar segura de que a mí no.

Marilyn me dijo que Los Angeles era hermoso, por lo menos Beverly Hills, Bel Air y otros suburbios donde vivía la gente del mundo del espectáculo. Había montañas, el océano, palmeras y un clima perfecto. Sin embargo, según me explicó, la mayor parte del lugar estaba lleno de puestos de hamburguesas, terrenos repletos de autos usados y edificios bajos y feos parecidos a moteles. No obstante, la arquitectura no era lo que preocupaba a

Marilyn sino los recuerdos espantosos de haber crecido allí. —Los Angeles es una pesadilla si uno es pobre. Uno ve a los artistas y todo lo que tienen y luego se fija en lo que uno tiene. Eso hace sentirte muy mal. —Marilyn tampoco olvidaría jamás que aquellos poderosos ejecutivos de los estudios que vivían en esas fabulosas mansiones la habían maltratado y no la habían comprendido. Para Marilyn, *ellos* eran Los Angeles.

Cuando le sugerí que ella podía tener su propia casa con pileta, más grande y mejor que la de cualquiera de esos hombres que la habían lastimado, movió la cabeza en forma negativa —¿Quién quiere una casa? No quiero vivir cerca de ellos. No quiero verlos. Amo a Nueva York. Ahora es mi hogar y va a seguir siéndolo. Espero poder convencer a Frank de que venga aquí pero él no siente lo mismo que yo por Los Angeles. Siempre fue un ganador allí. A él no lo patearon de aquí para allá como a mí. —Aun así, Marilyn decía que si se casaba con Frank, aceptaría vivir en Los Angeles a pesar de los recuerdos y demás inconvenientes. De todos modos se quedaría con el departamento de Nueva York como una válvula de escape. Según dijo— Frank y yo podemos ser felices en cualquier parte.

Una mañana de septiembre, en 1961, recibí un entusiasta llamado telefónico de California. —Te vienes, Ovejita. Tu sueño se ha hecho realidad. Voy a mostrarte Hollywood—. Marilyn iba a hacerme volar para llevarle un vestido especial que quería llevar en un gran baile de Hollywood, al que asistiría con Frank. —Todo el mundo va a estar allí —dijo Marilyn. No solo quería lucir bien para el mundo artístico, también quería lucir bien para Frank. —Le gusto más cuando estoy bien vestida y arreglada—. Dijo que había comprado algunos vestidos en Beverly Hills pero había decidido que no eran “lo bastante fascinantes para Frankie”. Marilyn sentía que faltaba tan poco para la declaración que no quería correr ningún riesgo.

Lo que debía llevarle era un vestido de noche de lentejuelas color verde esmeralda que Marilyn se había mandado a hacer. Costaba 3.000 dólares. Ella no creía que el vestido estuviera listo para este acontecimiento. Cuando supo que estaba terminado insistió en tenerlo. —Ya se lo he contado a Frankie y él está ansioso por verme con ese vestido. Pero lo mejor de todo, Lena, es que tú vendrás aquí. Me muero de ganas de verte.

Corrí a casa e hice las valijas; luego volví al departamento de Marilyn para preparar el vestido. Cuando Pat Newcomb me entregó el boleto de primera clase para el vuelo de las 23 a Los Angeles me dijo que tendría una compañía especial en el avión para que no tuviera posibilidad de perderme. No quiso decirme quién era, solo aclaro que me llevaría una gran sorpresa.

Mi marido me llevó al aeropuerto. Hubiera deseado ir con él pero Joe tenía que trabajar. No pudo cambiar los planes de vacaciones a tan corto plazo. Cuando la azafata me condujo a mi asiento el señor sentado junto a mí miraba por la ventana Se volvió. Era Henry Fonda. La agencia de publicidad de Pat era tan poderosa que debió haber podido arreglar *todo*, hasta conseguirme el asiento junto a un actor de cine. Qué forma de viajar a Hollywood.

Nunca pude haber imaginado a un compañero de viaje más agradable. En medio de las anécdotas sobre el cine, la champaña, el caviar y demás placeres de volar en primera clase, el viaje terminó demasiado pronto. En Nueva York eran casi las seis de la mañana y ni siquiera estaba cansada. Ahí estaba yo, en Los Angeles. Mientras aterrizábamos Henry Fonda me advirtió que el lugar tal vez me decepcionaría. Me dijo que el viaje a Hollywood haría sentirme feliz de vivir en Nueva York. Yo no alcanzaba a entender por qué a tantos artistas que Marilyn conocía Hollywood les disgustaba tanto como a ella. Todos parecían preferir a Nueva York. Las razones que daban eran: que había gente más emocionante, más cosas que hacer y que era más divertido. Pero en ese momento allí me encontraba; el aire nocturno, suave y fragante, me supo maravilloso.

El chófer de Marilyn estaba esperándome en el aeropuerto. Después de agradecer y saludar al señor Fonda, el chófer me llevó al Beverly Wilshire Hotel, donde Marilyn me había reservado un cuarto amplio y elegante de color azul, mi preferido. Me hubiese encantado estar con Marilyn pero ella insistió en que me alojara en el hotel. Era uno de los más lujosos del país y Marilyn hizo hincapié en que me gustaría mucho el hermoso mobiliario, los negocios, el servicio de atención y las celebridades que solían congregarse en la recepción del hotel. —Serán verdaderas vacaciones para ti, Lena.

Marilyn se había quejado de que su departamento era un lugar solo para dormir. Era demasiado pequeño e incómodo para recibir a invitados, aunque

no me hubiera molestado en absoluto dormir en el sofá. Sin embargo, Marilyn tenía un invitado especial por quien preocuparse. Como estaba tan emocionada por el hecho de que ella y Frank estaban cada vez más cerca, yo sabía bien que no quería tener a nadie en la casa ya que eso podría romper la atmósfera romántica que estaba tratando de crear.

El hotel era tan hermoso como Marilyn lo había descrito, hasta en los detalles. A pesar de la enorme cama, digna de una reina, y las suaves sábanas, no podía dormirme. Me resultaba extraño estar sola en ese inmenso cuarto. Deseaba que mi marido estuviera allí para compartirlo conmigo. Me quedé despierta pensando en mi familia y en Marilyn hasta que el brillante sol de California inundó la habitación. Estaba impaciente por ver a Marilyn y demasiado ansiosa para dormir. A la mañana siguiente, después de desayunar en la cama, el chófer me llevó a la casa de Marilyn. El brillo del sol y el profuso verdor me sorprendieron mucho. Estaba tan acostumbrada a Nueva York, fea y gris, que pensaba que todos vivían así. Pero estaba equivocada.

Sin embargo, en comparación con las palaciegas mansiones y los vivos colores de Beverly Hills el departamento de Marilyn era tan triste como el de Nueva York. Las cortinas estaban corridas. Lo más importante del mobiliario era la gigantesca cama de Marilyn. La poca cantidad de sillas y lámparas confirmaba las reiteraciones de Marilyn de que esta era solo su residencia temporal.

Pero la casa era lo de menos. Allí estaba Marilyn, que me abrazaba.

—Ovejita, ¡has venido! Estás aquí. ¿Qué tal fue el viaje?—. Llevaba la bata de toalla blanca, su preferida, y estaba tomando champaña. Bien podríamos haber estado en Nueva York. Estaba encantada de que me hubiera sentado junto a Henry Fonda y prometió que daría “una gran propina” a Pat Newcomb por haberlo arreglado todo. —Es realmente competente —agregó.

Ni bien Marilyn vio que me habían cuidado bien rompió con prisa el paquete que contenía el vestido. Se quitó la bata y se lo puso. Lucía espectacular.

—Dios mío, ¡cuando Frankie lo vea! —se ufanó y por lo menos durante media hora se quedó mirándose al espejo. —Lena, por favor, prepárame

ajíes rellenos —me suplicó a pesar de ser aún de mañana. En la cocina no había bastante comida para preparar todo y comencé a hacer una lista de cosas para salir a comprar. Luego Marilyn cambió de parecer. Decidió no comer en todo el día. —Quiero verme bien delgada para Frankie.

Por lo tanto en lugar de comer, Marilyn bebió champaña como siempre. Mientras tanto, sus maquilladoras y su peluquero de la Costa Oeste vinieron a prepararla para el gran acontecimiento. Marilyn anunció que yo la acompañaría. Yo quedé atónita. —No puedo ir —dije abruptamente.

—Sí que puedes. Vendrás —insistió. Pidió al chófer que me llevara al hotel para que me cambiara. Dijo que yo no necesitaría un vestido de gala. Ella *debía* vestirse bien pero no los demás. Cuando regresé al departamento Marilyn estaba casi lista. Cuando de Frank se trataba, siempre era puntual y a veces estaba lista antes de tiempo.

Finalmente Frank llegó, con traje de etiqueta. A pesar de que no le quedaba mucho cabello y de que se estaba poniendo un poco panzudo, lucía mucho más espectacular que en cualquiera de sus películas. Le abrí la puerta pero antes de que pudiéramos presentarnos Marilyn irrumpió en la habitación como un pájaro tropical exótico, su cabellera platinada y el vestido de lentejuelas verdes iluminaron el sombrío departamento. El rostro de Frank también se iluminó. Estaba fascinado con el aspecto de Marilyn. Desfalleciente, exclamó: —¡Frankie! —y lo abrazó. Se besaron como dos personas realmente enamoradas. Sin prisa se separaron para contemplarse el uno al otro; Marilyn acarició la solapa de raso del esmoquin de Frank.

Frank dijo a Marilyn que cerrara los ojos. Sacó una caja del bolsillo y le puso dos magníficos aretes de esmeralda; besó sus orejas al colocárselos. Luego le dijo que abriera los ojos y la llevó al espejo tomándola de la cintura con los dos brazos. —¡Ah, ¡Frankie! ¡Frankie!—. Marilyn ni siquiera podía hablar. Volvieron a besarse, con tal pasión esta vez que me incomodó estar de pie junto a ellos. Marilyn comenzó a alabar con efusividad los hermosos pendientes. Frank solo reía y decía que debían ser hermosos ya que como le dijo, habían costado 35.000 dólares. Me sorprendió que le mencionara el precio pero más tarde Marilyn dijo: —Frankie y yo no nos ocultamos nada—. Cuando Marilyn oyó el precio por poco se desmayó. Volvieron a besarse largamente.

De pronto Marilyn me vio por el espejo. —Ovejita —exclamó. —Mira Fíjate en ellos. Ven; Lena Pepitone, él es Frank Sinatra—. Me acerqué y le estreché la mano. Él me hizo acercar y me abrazó. Me preguntó qué me parecían los aretes. —Son hermosos —fue lo único que atiné a contestarle. Frank me dijo que había oído hablar mucho de mí, que Marilyn siempre me nombraba y que debería mudarme a California para estar con ella. Dijo que pensaba que *eso* haría que a Marilyn le gustara más Los Angeles.

—No le hagas caso a Frankie. Nosotras vamos a quedarnos en Nueva York. Él puede venir allí —dijo Marilyn y rió.

Frank siguió insistiendo. ¿Cómo era que yo podía soportar el clima, el ruido y la suciedad? Él conseguiría un buen empleo para mi marido y nos mudaríamos a Los Angeles. Dijo que California era formidable. Además, había oído hablar de lo bien que yo cocinaba. El hecho de tener que viajar a Nueva York cada vez que quisiera un exquisito plato italiano le causaría muchas dificultades. Marilyn me necesitaba y él también. Me sentí realmente halagada.

Dos grandes automóviles nos llevaron al baile de beneficencia, en el bulevar Sunset, uno para Marilyn y Frank y otro para mí y Lydia, una joven que trabajaba para Marilyn y en cuya compañía Marilyn quería que yo estuviese. —Te hubiese conseguido a un apuesto actor por compañero pero no quería que tu marido se pusiera celoso. Ya bastó con el hecho de dejarlo solo —dijo Marilyn. —Habrá tantos fotógrafos que quizá te hubieran sacado una foto con el tipo y Joe nunca me hubiera perdonado—. Le dije que no se disculpara ya que seguramente habría bastante bullicio para mantenerme ocupada.

Y lo sabía. Parecían estar allí casi todos los actores de Hollywood: Rock Hudson, Cary Grant, John Wayne, James Stewart, Jennifer Jones, Lucille Ball, Desi Arnaz y muchísimos más. Aun así, Marilyn y Frank eran el centro de atención. Todos los hombres querían besarla a ella y todas las mujeres, a él. Marilyn hasta pareció perdonar a Billy Wilder y Tony Curtis esa noche. Los saludó como si fueran íntimos amigos. La única persona a quien no dirigió la palabra fue Elizabeth Taylor. Yo no la vi pero Marilyn sabía que ella iba a estar presente. Había otra razón más para haberme

hecho traerle el vestido verde. Quería ser la estrella más hermosa del lugar. Y lo era.

A pesar de la atención que se le prodigaba, Marilyn no se olvidó de mí. Cuando la ceremonia terminó y empezó el baile vino a la mesa donde estábamos Lydia y yo y nos llevó a pedir autógrafos a todos los artistas presentes. Al final de la velada Marilyn y Frank me acompañaron al hotel antes de irse a casa juntos. Ella estaba más feliz que nunca. —Adiós, Lena. Hasta mañana… a la tarde. Pienso dormir hasta muy tarde—. Al darme el beso de despedida me pellizcó y guiñó un ojo con malicia. Quería hacerme saber lo bien que lo estaba pasando.

En los días que siguieron el chófer me llevó de paseo por todo Los Angeles: las casas de los artistas, los estudios de filmación, al Teatro Chino de Grauman, con las huellas de los artistas, las playas del Pacífico, el anfiteatro Hollywood Bowl, los regios negocios de Beverly Hills. Lo único que me perdí fue Disneylandia pero lo hice a propósito. Me hubiera entristecido ir allí sola sabiendo que Joey y Johnny hubieran disfrutado del lugar. Marilyn prometió que el verano siguiente cuando los niños terminaran el colegio traería a toda mi familia de paseo. —Iré con ustedes. Yo tampoco conozco Disneylandia —dijo. Yo sabía cuánto quería Marilyn a mis niños y lo feliz que la haría llevarlos a todas las vueltas de los juegos de diversiones.

Cuando no estaba conociendo el lugar estaba en la casa de Marilyn cocinando y charlando. Todos los días que estuve allí los expertos en belleza fueron a la casa, ya que Marilyn veía a Frank todas las noches. —En cualquier momento ocurrirá —me susurró; se refería a la declaración por la que tanto había rogado. —Todo está saliendo a las maravillas. El vestido fue perfecto. —¡A Frank le encantó!—. Marilyn no dejaba de agradecerme por habérselo llevado. Me decepcionó un poco que Marilyn no pudiera acompañarme con el chófer pero dijo que estaba muy agotada por las noches anteriores. Quería estar en perfecto estado para Frank y sabía que yo la comprendería.

Aparte de las noches con Frank, la vida de Marilyn en California parecía idéntica a la de Nueva York: no leía, ni miraba televisión y no salía. Aunque el sol brillaba en todo momento Marilyn seguía tan pálida como

siempre. No le gustaba salir de la casa durante el día. Nunca hacía ejercicios. No cabía duda de que la vida al aire libre, típica de California, no le atraía demasiado. Marilyn ocupaba la mayor parte de su tiempo probándose ropa, jugando con Maf, en los llamados telefónicos, las visitas al psiquiatra, el sueño, la champaña y los discos de Frank. Mientras estuve allí no la vi tomar una sola pastilla. Con Frank a su lado no las necesitaba. Pero cuando yo estaba ordenando el baño encontré el botiquín repleto de prescripciones, al igual que el cajón junto a su cama. En Nueva York Marilyn dependía de estas drogas para tranquilizarse y dormir. Yo deseaba que nunca más tuviera necesidad de tomarlas.

Marilyn y yo tomamos una copa de champaña juntas antes de que yo me fuera. Yo no dejaba de agradecerle mi hermoso viaje y ella a mí, que yo hubiera ido. —Lena, tú eres mi amuleto de la buena suerte —me dijo y me metió un sobre en el bolsillo al despedirme con un abrazo. —No lo abras hasta que estés en el avión y da a Joe y Johnny un beso grande de mi parte —. Dijo que volvería a Nueva York ni bien la cuestión de Frank y las películas marcharan sobre ruedas. Cuando abrí el sobre encontré billetes de quinientos dólares. El dinero era su manera de agradecer y de demostrar que uno le importaba. Y yo sabía que era sincera.

Marilyn regresó a Nueva York más pronto de lo que yo suponía. Por desgracia, nada había salido bien. Frank no le había propuesto casamiento y todavía no había encontrado la película indicada para ella. Se deprimió y se puso muy nerviosa. Y nuevamente empezó a comer todo el tiempo y a tomar somníferos para poder dormir. Las cosas empeoraron aun más cuando Marilyn descubrió que Frank estaba saliendo con Juliet Prowse, una hermosa bailarina de Sudáfrica que apenas tenía poco más de veinte años. Esto hizo que Marilyn se sintiera vieja, mucho mayor de lo que representaba.

Aunque Juliet Prowse estaba iniciándose como actriz, ya era famosa por sus piernas. Eran las más hermosas de Hollywood, según dijo Marilyn. Marilyn, que nunca había prestado mucha atención a sus piernas, empezó a observarlas constantemente. —Son demasiado cortas y gordas —se quejaba con expresión de asco. —Son espantosas—. Hablaba todo el tiempo por teléfono para preguntar a todos “cuán feas” tenía las piernas. Por supuesto

que las piernas de Marilyn no eran feas pero eso era lo de menos. Las piernas y la edad eran las únicas cosas en que Juliet Prowse podía aventajar a Marilyn. —¿Cómo pudo Frank hacerme esto? —se preguntaba, desesperada. Pero Frank no había desaparecido de la vida de Marilyn. Aun la llamaba y la veía. Los dos se querían muchísimo. La única diferencia era que Marilyn se había dado cuenta de que nunca se casarían. Eso le dolía mucho, sin embargo Frank fue un amigo a quien Marilyn jamás habría de abandonar. —No puedo atarlo, no a Frankie, pero siempre lo amaré.

No obstante, la aparente predilección de Frank por una mujer más joven llevó a Marilyn a un estado de depresión muy grande. Junto a Frank ella era la reina de Hollywood. Sin él, Marilyn se veía a sí misma como una estrella cuyo ocaso había llegado. Aunque Marilyn casi nunca censuraba a las actrices, salvo a Elizabeth Taylor, empezó a criticar a todas las jóvenes rubias que intentaban ser "la imitación de Marilyn". Marilyn temía que Hollywood estuviera preparándolas para reemplazarla. Se ensañaba particularmente con Jayne Mansfield, quien, según Marilyn creía, se había hecho una operación para aumentar de busto. —Por lo menos yo soy natural —dijo Marilyn. Pero claro que envejecer la aterraba. Me dijo que tenía pesadillas en las que era una viejita y que estaba sola en un asilo, encerrada en una celda. Me dijo que sería castigada por "abandonar" a su madre. —Empecé sin tener nada y voy a terminar exactamente igual —me dijo mientras lloraba.

En Nueva York el único interés que le quedaba eran las clases de actuación con Lee Strasberg. Se dedicaba a él y a aprender el arte por el que otros se habían mofado de ella. No obstante, cada vez perdía más confianza en llegar a ser una gran actriz. Aunque llegara a serlo, pensaba que Hollywood nunca le daría una oportunidad. No le ofrecían los papeles importantes.

Seguía perturbada por lo de Frank y estaba siempre triste por no poder llegar a nada con Joe DiMaggio, quien continuaba viéndola y dándole apoyo. Necesitaba más de parte de Joe: una entrega total, algo que él no estaba dispuesto a darle. Por lo tanto Nueva York cada día la desalentaba más. Marilyn viajaba a California solo para cambiar de cuarto y ver a su psiquiatra.

Pero luego, milagrosamente, las cosas mejoraron. Marilyn conoció a un productor mexicano, José Bolaños. No estoy segura dónde y cómo se conocieron pero sí sé que Marilyn se enamoró perdidamente de él. Nadie hubiera estado más pronto a enamorarse que Marilyn. Bolaños tenía la misma edad que ella (35 años), y según su descripción, era de tez oscura, intenso y muy fuerte, y para definirlo con la palabra que Marilyn usaba con más frecuencia, era un "hombre". No era nada apuesto, dijo. —Ninguno de mis hombres lo es—. Cuando le pregunté qué lo hacía tan especial me respondió: —Tiene unos modales increíbles. ¡Y es el mejor amante de todo el mundo!

Bolaños había sido torero, un matador fascinante; un actor mexicano de cierta edad lo había "descubierto" y lo había llevado al mundo del cine. —Me he enterado de que hace algunas de las peores películas de México —rió Marilyn. —Romances estúpidos. Pero ¿a mí qué me importa? Hace todo lo demás admirablemente.

Ese "todo lo demás" aludía a la total atención que Bolaños daba a Marilyn y a su pasión por ella. Cuando pensaba que se casaría con Frank una vez Marilyn había comparado la capacidad amatoria de Frank con la de Joe DiMaggio. —Joe te levanta en brazos sin siquiera proponérselo pero Frank… él no te levanta, te derriba. Se vuelve loco. Dios mío ¡*cómo* le gustan las mujeres!—. Según Marilyn, no hubo un solo hombre que se excitara con ella más que Frank y con la ansiedad que provocaba a Marilyn la vejez y la pérdida de su atracción física, la actitud de Frank era justo lo que ella necesitaba para estar segura de que seguía tan apetecible como siempre. José Bolaños prosiguió con la tarea de Frank ya que él la hacía sentir aún más atractiva. —Es como si yo fuese la única mujer de la tierra —dijo, radiante.

Bolaños también la asustaba. —Un minuto está riendo y luego empieza a pensar en algo y se pone de pésimo humor. Nunca sé en lo que está pensando. Y si ve que otro hombre me mira tiene ganas de matarlo. Si yo le devolviera la mirada no sé que me haría José. Pero es emocionante que me asuste; es sensual. Me encanta temerle—. Todo en la vida de Marilyn tenía que ser mexicano. Compró discos en español y un libro sobre cómo bailar la rumba, la samba y otras danzas. Habló de hacer un curso de español.

Hasta compró una casita de estilo mexicano donde viviría, que Marilyn describió como “nuestro nidito de amor en Los Angeles”. Luego de adquirirla viajó a México especialmente para hacer compras, se suponía que para amueblar la casa. No obstante, yo sabía que a ella la decoración de ambientes le importaba bien poco. El viaje fue tan solo una excusa para estar con José Bolaños. —Lo único que hicimos fue bailar, beber y hacer el amor —dijo Marilyn con su típica risita, al volver a Nueva York.

Para Marilyn ese año era o muy buen o muy malo. En ese momento era bueno. Además de su idilio con José, finalmente había encontrado una comedia: *“Something’s got to give”*. Debía encarnar a una esposa cuyo marido la ha dado por muerta. Pero ella no lo está.

Después de varios años vuelve y descubre que su marido está a punto de volver a casarse. La versión original, *“Mi mujer favorita”*, hecha hacía veinte años con Cary Grant, había sido todo un éxito. A Marilyn le encantaba la historia y pensaba que podía repetir el éxito. El marido lo representaría Dean Martin, uno de los mejores amigos de Frank Sinatra, que enloquecía a Marilyn. En cierta medida, la película sería como trabajar en familia.

Además, con esta película Marilyn terminaría las obligaciones del contrato con la Twentieth Century Fox y luego podría hacer películas por su cuenta al precio de Elizabeth Taylor o aún más. Marilyn me dijo que estaban haciéndose tratativas para que recibiera un nuevo contrato de otra compañía productora por once millones de dólares. Viajaría a Italia, a Austria y a otros países europeos para filmar películas. Había sido siempre uno de sus sueños conocer otros países. Habíamos hablado de ir a Italia juntas durante muchos años. Ahora parecía que su sueño se concretaría y me suplicó que viajara con ella, al menos parte del tiempo. Lo conversé con mi marido y mis parientes, que dijeron que con gusto cuidarían de mis hijos mientras yo estuviera afuera. Sería la oportunidad de mi vida y ellos eran lo bastante generosos para querer que la aprovechara. Además todos conocían a Marilyn y la trataban como a un miembro de la familia. —*Ella* es quien más te necesita —dijeron—, *debes* ayudarla.

Al parecer, la película sería una realización fácil y divertida. No obstante, cuando se inició el rodaje en abril la mala racha comenzó para

Marilyn. Como Marilyn y José Bolaños habían ido tanto de juerga, Marilyn tenía muy pocas defensas. Marilyn, siempre proclive a los resfriados, se pescó un virus mexicano del que no lograba curarse. Volvieron a repetirse la impuntualidad, los diálogos que olvidaba y las ausencias. Ya todo el ambiente relacionaba estos inconvenientes con Marilyn. —No puedo evitarlo —me dijo por teléfono—. Es por mi mala suerte. Siempre que hago una película, me enfermo.

Marilyn siguió quejándose del virus y de la alta fiebre, que le restaban muchos días de trabajo en el lugar de filmación. Sin embargo, se preocupaba menos por sí misma que por lo que otros en la película podrían pensar y decir. Había todo tipo de rumores de que la impuntualidad de Marilyn estaba arruinando a la Fox. —Pero ¡mierda! —exclamó Marilyn—. No es justo. ¿Por qué nunca la culpan a ella?—. Ese "ella" se refería a Elizabeth Taylor. La película "Cleopatra", por la que Elizabeth Taylor percibiría un millón de dólares, se había excedido del presupuesto por varios millones más. Ella también había caído enferma y había retrasado la filmación muchísimo más de lo que Marilyn había retrasado cualquiera de sus películas. A Marilyn le enfurecía que nadie acusara a Elizabeth Taylor de inventar enfermedades. —Si ella puede enfermarse, ¿por qué yo no?—. Según Marilyn, Elizabeth Taylor era la niña mimada de la Fox, Marilyn era su esclava.

Enferma o no, Marilyn volvió a Nueva York a mediados de mayo para cantar el "Feliz cumpleaños" al presidente John F. Kennedy en la gran fiesta que el Partido Democrático daría en el Madison Square Garden. La familia Kennedy era otro tema de rumores pero Marilyn lo desmintió. Se decía con frecuencia, y aún se rumorea, que Marilyn tenía una relación amorosa con el presidente Kennedy, o con su hermano Bobby, o con los dos. Sin embargo a Marilyn no le enfurecían estas habladurías sino que la hacían reír. Marilyn decía que eran "inteligentes" los Kennedy, a quienes había conocido por intermedio del amigo de Sinatra, Peter Lawford (en esa época casado con la hermana de John, Pat). A Marilyn ellos le gustaban porque eran graciosos y muy listos. —Pero no son el tipo de hombre que me gusta. Son muchachos—. Seguía muy enamorada de su "hombre", José Bolaños, que era totalmente diferente de los Kennedy.

Marilyn sabía muy poco de política y le importaba aún menos. Por ejemplo: todo el nerviosismo por Cuba y el comunismo no le afectó en absoluto. Para ella Castro era la marca de un sofá-cama, no un dictador. Como no leía los periódicos ni escuchaba la radio no se enteró de la invasión de Bahía de Cochinos. Recuerdo haberle dicho que John Kennedy era un presidente maravilloso. Lo único que respondió fue: —Bueno, no tiene aspecto de presidente. Es demasiado joven—. Al parecer, Marilyn pensaba que todos los presidentes debían parecerse a Abraham Lincoln.

Llegó a conocer mucho mejor a los Kennedy en las fiestas que daba Peter Lawford. En Hollywood Frank Sinatra y sus amigos, como Peter Lawford, Dean Martin y Sammy Davis Junior eran conocidos como "el grupo de ratas". Ellos habían colaborado muchísimo para que John Kennedy fuera electo presidente y él a su vez era un gran amigo de ellos. Los Kennedy disfrutaban del mundillo del cine en Hollywood; su base era la casa de su cuñado, Peter Lawford. La casa de Lawford era uno de los pocos lugares adonde Marilyn iba.

Marilyn hablaba mucho más de John Kennedy que de Bobby. Si John no tenía aspecto de presidente menos aún actuaba como tal. Al menos con Marilyn. Según dijo ella, él siempre le contaba chistes verdes, le daba apretones y pellizcos. —Esa era una broma continua—. Marilyn rió con cariño. Dijo que el presidente Kennedy solía ponerle la mano en el muslo. Una noche empezó a tocarle la pierna debajo de la mesa donde estaban cenando pero cuando descubrió que no llevaba bragas retiró la mano y se ruborizó. —No había supuesto que llegaría tan lejos—, me contó Marilyn con una sonrisa.

Marilyn no podía entender por qué ese hombre tan amante de la diversión se había casado con una mujer a quien ella llamaba "la estatua". —Apuesto a que John no le toca un pelo —sonrió—, a que nadie le toca un pelo. ¡Es tan almidonada!—. Marilyn pensaba que era probable que Kennedy se hubiera casado con Jacqueline "porque sus familias los obligaron". Marilyn suponía que la gente rica de la costa este, perteneciente a Ivy League[2], se casaba así. —Me dan pena. Están atrapados en un matrimonio que a ninguno de los dos les gusta. Yo me doy cuenta de que él

no está enamorado. Bueno, no de ella. Quizás a ella le guste la situación. Tal vez sea lindo ser la Primera Dama. Nunca lo sabré.

Marilyn pudo haberse divertido con los Kennedy pero nunca me mencionó que tuviera un idilio. El hecho de cantar para el presidente, para que todo el país la viera, fue un grandísimo honor para Marilyn. A *ella* se lo pidieron y no a Elizabeth Taylor. —Porque usted es la estrella más grande de todas —le dije cuando volvió a la calle 57. Por esa vez no estuvo en desacuerdo. Si Marilyn estaba preocupada porque el público la hubiera olvidado, ya no necesitó preocuparse más.

Al abandonar el *set* de filmación para esta celebración Marilyn tenía otro motivo, uno más importante y menos egoísta que toda la publicidad que ganaría.

Quería presentar al padre de Miller a su amigo, el presidente de los Estados Unidos. Aun después del divorcio el padre de Miller había permanecido junto a Marilyn. Él la quería mucho y le había dicho: “piensa siempre que yo soy tu padre”. Eso la había conmovido profundamente y siempre lloraba cuando mencionaba sus palabras. La esposa del señor Miller había muerto y Marilyn quería hacer lo posible por levantarle el ánimo. —Es un hombre maravilloso y será todo un acontecimiento para él conocer al presidente. Para mí él significa mucho más que cualquier película.

Con su vestido de canutillos muy al cuerpo, Marilyn habrá sido una pareja extraña para el señor Miller, un hombre suave y tranquilo y 20 cm más bajo que su hijo Arthur, a quien Marilyn jamás volvió a nombrarle. El elegante hombrecito sonreía de oreja a oreja. La velada fue perfecta. Al día siguiente el país entero hablaba del tributo de Marilyn al presidente. Nadie había cantado el “Feliz cumpleaños” de esa forma. Todos estaban encantados, es decir, todos excepto la Twentieth-Century Fox. Al volver a California Marilyn percibió la creciente ira en su contra de parte de la gente del *set*. —Todos me odian —me dijo por teléfono: aludía a los ejecutivos del cine que producían esa película. Se dijo que reemplazarían a Marilyn por otra actriz, lo que la puso furiosa. —Piensan que soy un desastre… pero yo no hice nada. Me gustaría darles *algún motivo* real para que se enfurecieran—. Marilyn no acostumbraba antagonizar con la gente en

forma deliberada ya que ansiaba gustar a todos. Sin embargo esta vez se había hartado de los chismes.

Y Marilyn dio algo de que hablar al estudio. Esa fue la famosa escena de la piscina. A pesar del virus que persistía, Marilyn se propuso demostrar que no temía trabajar aunque esto significara nadar con fiebre. Le advertí que se repusiera primero pero no me escuchó. En la escena Marilyn debía usar un traje de baño color carne. —En ese momento decidí que toda la película era tan engañosa como ese traje de baño que simulaba la desnudez total. Entonces dije: ¡Al demonio! Y me lo quité. Tendrías que haber visto a todos.

Yo sabía que Marilyn estaba muy satisfecha con su cuerpo la última vez que había venido a Nueva York. Por primera vez en muchos meses podía mirarse al espejo y sonreír, en lugar de lamentarse por los signos de la vejez. Estaba joven, esbelta, y no tenía absolutamente nada que ocultar. A Marilyn tampoco le importaba que los fotógrafos tomaran muchas fotos para que después las viera todo el mundo. Como por una vez estaba encantada con su propio cuerpo, le fascinaba toda la experiencia. Después de ver las fotos estaba todavía más feliz. —Nunca pensé que estuviera tan linda. Es decir, parezco muchísimo más joven. Mm, esa escena de la piscina es con mucho lo mejor de toda esa asquerosa película —dijo.

Para la Fox, el desnudo de Marilyn fue la gota que colmó el vaso. A los pocos días, en junio, despidieron a Marilyn. Ella acababa de cumplir 30 años, el 1 de junio, y lo había celebrado con una fiesta en el *set*. —Me hicieron la fiesta pero no eran sinceros —dijo Marilyn después—. Querían que me fuera, yo me di cuenta—. La idea de que alguien, aun la Fox, “despidiera” a Marilyn Monroe era algo ridícula. Si ellos no la querían, los demás estudios, sí. En esa época Marilyn estaba sintiéndose muy segura de sí misma por la fiesta de Kennedy, las fotos de la piscina, la oferta de un contrato por once millones de dólares y por José Bolaños. El hecho de que la despidieran del estudio que ella tanto detestaba no le molestó en absoluto. —¡Por fin me los he quitado de encima! —declaró.

Lo que más la entristecía era el no poder seguir trabajando con sus coprotagonistas, Dean Martin y Wally Cox, quienes le gustaban mucho. Cuando el estudio anunció que Marilyn sería reemplazada por Lee Remick,

Dean Martin abandonó la película en señal de protesta. Martin había firmado contrato solo porque estaba Marilyn; solo trabajaría si Marilyn regresaba. Su gesto hizo sentir muy bien a Marilyn. —Es un amigo, un amigo de verdad —me dijo.

A Marilyn le pareció muy gracioso que cuando el estudio demandó a Martin por varios millones él también los demandó a ellos por el doble del valor. —Así aprenderán—. El estudio también había hablado de hacer un juicio a Marilyn. —Yo también los demandaré a ellos —dijo, mordaz—, sabrá Dios por qué cantidad de dinero—. A Marilyn le dolió mucho enterarse de que circulaban en todo el país los detalles de su falta de profesionalismo a través de los periódicos y revistas. No quería que sus admiradores se ofendieran. —Están tratando de lograr que todos me odien —dijo—. Si ellos no pueden ganar dinero sacando provecho de mí, quieren arruinarme la carrera para que nadie pueda ganar dinero conmigo. ¡Son unos animales!

A pesar de los chismes, Marilyn no se deprimió. Estaba enojada. Tenía la suficiente confianza en sí misma para luchar contra ellos. Quizá su siquiatra la haya ayudado realmente. Por cierto, ya no tenía miedo. Al cabo de un mes ganó la batalla. La Twentieth-Century Fox cambió de parecer; pidieron disculpas a Marilyn. La película continuaría. Aunque a ella no le hubiera importado no volver a ver el libreto nunca más, Dean quería a Marilyn y ella le debía lealtad. Durante la querella Dean Martin se había ido de la ciudad en una gira con un club nocturno. Debía regresar en septiembre. Entonces se reanudaría el rodaje.

A Marilyn le quedaba el resto del verano libre. Volvió a Nueva York para tomar más clases con Lee Strasberg y se sentía muy satisfecha de su trabajo con él. Después de cierto ensayo, los compañeros de Marilyn del Actor's Studio la aplaudieron con fervor. —Cuando me aplaudieron me di cuenta de que realmente lo sentían —me dijo Marilyn. Nadie percibía los falsos halagos más rápido que ella. Sabía que había trabajado bien. Le habían hecho miles de propuestas para piezas de teatro, espectáculos en Las Vegas y clubes nocturnos y películas. Tenía demasiadas ofertas y no podía decidirse. De todos modos, Marilyn tenía la cabeza en José Bolaños más que en su carrera.

Marilyn no permaneció en Nueva York mucho tiempo. Volvió a Los Angeles para estar junto a José, que, según Marilyn, volaba a California muy seguido para estar con ella. Ella quería que la gente supiera muy poco, o nada, del romance. Pensaba que la publicidad había arruinado su relación con Joe DiMaggio y con Arthur Miller. —José no quiere ser tema de habladurías. Se iría si llegara a serlo. Lo conozco bien—. Dijo que en California rara vez salían y nunca iban a lugares donde reconocerían a Marilyn. Iban a la casa de Marilyn, al hotel de él o a alguna parte retirada del centro de Los Angeles: a un autocine o a un restaurante automovilístico o a la playa de noche. A cualquier sitio donde pudieran estar solos, alejados de la gente.

La intimidad dio buen resultado. A fines de julio, cuando Marilyn volvió a Nueva York por unos días, trajo excelentes noticias. —Me pidió que me casara con él. No puedo creerlo—. Le di un beso y la felicité de todo corazón. —No sé qué contestarle—. Su amplia sonrisa desapareció y quedó pensativa por un largo rato. —Es que, bueno, él y yo no hemos hablado a todo del casamiento, de lo que José piensa de mi carrera y de dónde quiere vivir. Lena, es todavía más celoso que Joe. Tal vez también quiera que deje el cine. ¿Qué te parece, eh? Y ¿si tuviera que irme a vivir a México? ¿Qué hago? Yo lo quiero.

Durante su estadía en Nueva York Marilyn ocupó su tiempo en algunas reuniones de negocios, comprando ropa y durmiendo. —No hay otra cama como esta. No puedo dormir igual cuando estoy allí. Me sentiré tan feliz cuando pueda volver definitivamente—. Cuando le pregunté por su nueva casa me respondió: —no tiene importancia; es solo un lugar donde estar cuando estoy filmando. Estoy harta de hoteles. Ya la conocerás. Esa es tu casa también—. Marilyn se disculpó una y mil veces por no haber llevado a mi familia a Disneylandia, tal como habíamos planeado. Marilyn no había contado con todo el problema del estudio. —Eso arruinó todo. Te prometo que el próximo verano iremos, Ovejita.

Todas las noches yo me quedaba hasta tarde con Marilyn para prepararle distintos platos de pastas y carne. —Allí uno se muere de hambre —dijo y deseó que yo pudiese estar con ella en California. Tenía un ama de llaves, una señora mayor que le había recomendado su psiquiatra, pero

Marilyn no se sentía cómoda con ella. —Es como una espía para el doctor. Me observa todo el tiempo; apuesto a que después le cuenta todo lo que hago. Inspira miedo esa mujer, —dijo Marilyn—. Nunca podría ser amiga de ella. Ay, me siento tan sola allí. Si no fuera por José y el teléfono…

Durante su visita Marilyn no tomó una sola pastilla pero sí bebió más champaña de lo corriente. Estaba nerviosa, muy nerviosa, por lo que haría con José Bolaños. Un día mientras revisaba sus armarios vio la foto de Joe DiMaggio y de pronto comenzó a llorar — Ah, si hubiera salido bien… ¿Por qué? ¿por qué salió mal? No es normal que dos personas se amen… y no se casen. Quizás a Joe… pero si no me lo propone y luego José me abandona… yo me quedo igual, en cero. Y cada día estoy más vieja—. La champaña seguía corriendo. —Ay, ¡qué confusión! No sé qué hacer.

Le sugerí que si le hablaba a Joe sobre José quizá Joe cedería por fin. —¡Jamás! —gritó Marilyn—. Solo se enfurecería. Yo sé lo que diría: que José es un vividor o algo horrible. Joe no piensa que otro hombre pueda amarme salvo él. Es el mejor amigo que tengo. No quiero perderlo. Tampoco quiero perder a José. No quiero perder a nadie. Ay, ¡qué alguien me ayude!—. Siguió llorando con la almohada abrazada a su pecho.

—¿Y sus psiquiatras? —le pregunté—. Pensé que ellos podían ayudarla.

—No. Están confundiéndome más, eso es todo. A veces pienso que están podridos por dentro. Tienes razón, Lena. No necesito a un psiquiatra, necesito a un hombre. Al hombre indicado. Creo que lo he encontrado pero ¿cómo puedo estar segura?

—Dése tiempo —insistí—, José no está apurándola, ¿no es cierto?

—Y… no. Pero es tan inestable que podría cambiar de parecer mañana. Nunca sé qué le pasa. Tienes razón, Lena. Podemos esperar. Si me ama, me esperará… ¿No es verdad?

—Por supuesto —le respondí.

Marilyn podía estar confundida pero de ningún modo se sentía desgraciada. Cuando partió, con su camisa y pantalones de algodón blancos parecía una hermosa muchacha de veinte y pico de años. Tenía el cabello sano y hermoso, las uñas brillantes y hasta un tono dorado californiano de sentarse al borde de la piscina de su casa. Me dijo que las fotos de desnudos iban a aparecer en *Playboy*. En *Vogue* aparecerían otras fotografías y

también en *Life*. Tenía todas las revistas cubiertas. Eso le encantaba. —Nunca volveré a estar gorda —dijo riendo—. No es remunerativo—. Mientras esperábamos el ascensor Marilyn me dio un gran abrazo. —Cuida bien de todos, Lena. Es probable que vuelva antes de lo que imaginas… con muchas noticias buenas, espero. Deséame suerte—. Se la deseé y le di un beso en la mejilla. Yo me quedé pensando en lo hermosa que estaba y en la forma en que había superado todas sus depresiones. Su carrera ofrecía oportunidades brillantes. Estaba enamorada y llena de optimismo y fuerza. El último destello de su blanca figura se perdió en el ascensor y con un "Adiós" suave y susurrante se despidió. La puerta se cerró y así concluyó todo. Nunca volvería a ver a Marilyn.

Hablamos por teléfono varias veces cuando estaba en California. Era la primera semana de agosto y Marilyn estaba emocionada porque vería a José Bolaños muy pronto. Le daba "un poquito de miedo" decirle que necesitaba más tiempo para pensar en su proposición. Un día me preguntó si yo pensaba que la Fox podría llegar a cambiar de opinión y abandonar la película. La regañé por tener esas fantasías y reconoció que eran infundadas. Por lo demás, las cosas parecían marchar sobre ruedas.

El sábado 4 de agosto Marilyn me llamó por la tarde. Ella sabía que yo iría al departamento a guardar la correspondencia, a sacar el polvo y hacer las cosas que fueran necesarias. Ella siempre quería que su guardarropa estuviera en perfecto estado para sus súbitas visitas y quería estar segura de que había bastante champaña en la casa. Ese día Marilyn tenía miles de planes. Quería hacer una fiesta (la cena consistiría en *lasagne* en el Día del Trabajo para unas cuarenta personas. La fiesta era en honor de José Bolaños. Marilyn quería que todos los que ella trataba en Nueva York (los Strasberg, los abogados y agentes, etc.) lo conocieran. —Ovejita, encárgate de que el departamento esté lindo. Quiero que le guste. Sé que le gustarás —. Dijo que estaba tranquila y que trataba de descansar para cuando comenzara *"Something's got to give"*. Se sentía bien. Antes de colgar dijo: —Da a Joey y Johnny un beso, un beso grande de parte de Marilyn. Y diles que no me he olvidado de Disneylandia. Hasta pronto.

A la mañana siguiente, un domingo, fui a misa con mi familia. Cuando volvimos al departamento estaba sonando el teléfono. Lo atendió mi

marido. Era uno de sus compañeros de trabajo. De pronto Joe palideció y colgó el teléfono sin decir una palabra. Me miró con una expresión tristísima. —Marilyn ha muerto.

Antes de que yo pudiera comprender sus palabras el teléfono volvió a sonar. Era un familiar con la misma noticia. El teléfono no dejaba de sonar. No podíamos creer lo que oíamos. Prendí la radio para buscar un noticiero pero no tuve que mover el dial. Y lo oí: Marilyn Monroe había muerto a los treinta y cinco años. Un suicidio aparente causado por una sobredosis de somníferos.

No tuvimos tiempo de llorar. Joe y yo llevamos a los niños a la casa de mis suegros, que vivían arriba de nosotros. Los encontramos sentados llorando; tampoco podían creerlo. Cuando llegamos al departamento de la calle 57 y corrimos al ascensor el portero movió la cabeza y dijo: —No los dejarán subir, Lena. No dejan subir a nadie. Si usted hubiera llegado antes… estoy muy triste.

El portero tenía razón. Policías vestidos de civil hacían guardia en el salón de entrada. No dejaban subir a nadie salvo a los inquilinos de los departamentos del edificio. —Pero yo soy la mucama personal de la señorita Monroe —alegué—. He estado con ella muchos años. Yo soy la que me encargo del departamento cuando ella está fuera—. No sabía que ganaría con subir. De todos modos, yo no podía razonar con claridad en ese momento. ¿Quién podía hacerlo? Yo sentía que el departamento de Marilyn estaba bajo mi responsabilidad, que tenía que cuidarle las cosas. Y pasó por mi mente el pensamiento, la fantasía de que si yo estuviera allí Marilyn me llamaría. Quizá todo fuera una pesadilla, un error de la prensa. Tal vez se recuperaría. La había visto ingerir una sobredosis por equivocación una vez. Recordé que me había asustado mucho al verla tendida en el piso. Parecía muerta pero llegó el médico y la reanimó. A las pocas horas Marilyn estaba comiendo fideos feliz y contenta. Quizás esta vez hubiera pasado lo mismo.

Pero no fue así. Los detectives, o quienes quiera que fuesen, destruyeron mis esperanzas. No había la menor emoción en sus rostros, ninguna. ¿Acaso no habían visto a Marilyn en el cine? ¿Ella no los había hecho feliz? Les supliqué que me dejaran subir pero ellos se negaron con solo un movimiento de cabeza. —Son órdenes. Nadie puede subir—. Mi

marido trató de explicarles y el portero también. Solo hubo caras de expresión fría y cabezas que negaban.

Joe y yo nos dimos por vencidos. Atónitos, caminamos al pequeño parque al final de la calle 57. Allí era donde Marilyn y yo solíamos pasear al querido perrito que Sinatra le había regalado. Allí era donde Marilyn se había maravillado del puente Queensboro, todo iluminado en el crepúsculo, y de los gigantescos barcos cisterna que navegaban cerca de nosotros. Ese era “el sitio más romántico” de Nueva York, donde soñó que paseaba con Joe DiMaggio tomados del brazo. ¿Era posible que Marilyn hubiera muerto? A esa altura de mi vida yo nunca había tenido que abordar el problema de la muerte. A los pocos años mi marido murió y mis padres también. Pero aquella era la primera vez en vida que yo perdía a alguien allegado. Por primera vez comencé a llorar. Joe y yo nos quedamos sentados en el parque, ese sofocante día de agosto, abrazados llorando, mientras los grandes barcos pasaban frente a nosotros.

Los días que siguieron fueron tremendos. En vano tratamos de volver al departamento varias veces. Luego llegaron los periódicos, en donde aparecían las historias y los rumores. Me parecía del todo imposible que Marilyn pudiera haberse suicidado. Yo había hablado con ella pocas horas antes. Era feliz. Tenía proyectos. Era hermosa tenía todo por lo cual vivir.

El único motivo posible para deprimirse era que hubiera surgido algún problema en su relación con José Bolaños. Sin embargo, había vivido con decepciones a lo largo de su vida, tanto en el amor como en su carrera. De seguro había sido infeliz pero siempre se había levantado. La única vez que la había visto pensar en el suicidio fue la noche en que estaba de pie ante la ventana, cuando había perdido a Arthur Miller, Yves Montand y a Clark Gable casi al mismo tiempo, aunque de modo distinto. Se sentía desgraciada con respecto a su carrera. Detestaba estar gorda. Aun así no creo que esa vez Marilyn quisiera saltar de verdad. Había admitido que la idea era estúpida. A Marilyn le gustaban los desafíos y la vida era un reto demasiado grande para que ella se echara atrás.

En cuanto a la posibilidad de que su muerte hubiera sido por un occidente, Marilyn ya había estado tomando pastillas para dormir por mucho tiempo cuando la conocí. Solo la vez de la cena había ingerido una

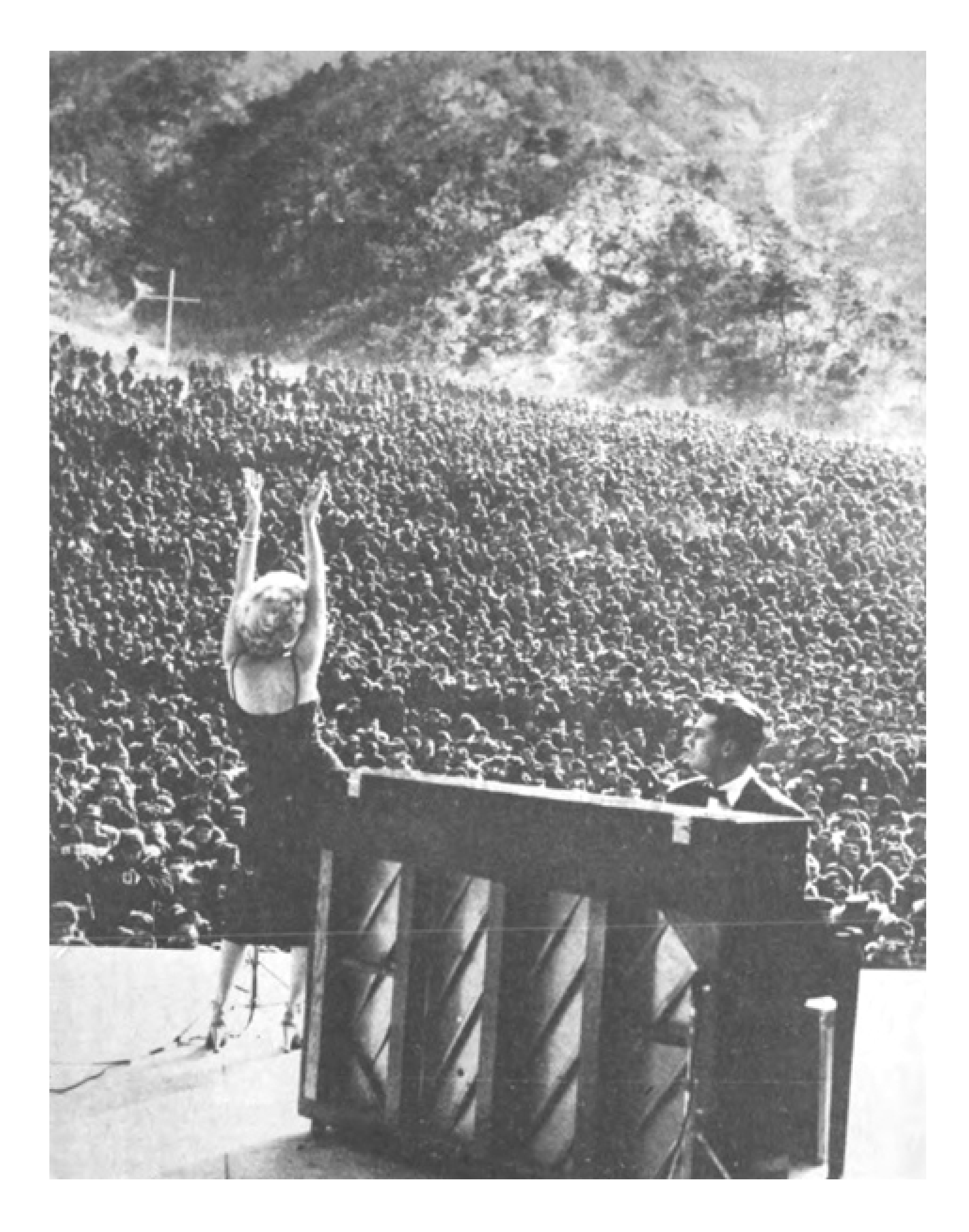
sobredosis por error. Y realmente se arrepintió. Por imprudente que pudiera haber parecido al tragar somníferos con champaña, Marilyn sabía exactamente lo que su cuerpo toleraba. Dentro de esos límites Marilyn era en extremo cuidadosa. Hasta el día de hoy su muerte ha permanecido como un misterio para mí.

Y también una tragedia. De todos los relatos de los periódicos, el que más me hizo llorar fue uno que narraba el día del funeral de Marilyn, en California, y que tenía una foto de Joe DiMaggio. Él siempre había acudido en su ayuda y acudió en el final, cuando a pesar de toda su fama, Marilyn no tenía otra persona que se encargara de su entierro. Por su expresión vi que DiMaggio estaba muy atormentado. Debía estar pensando que si se hubiera casado con ella, habría estado a su lado en todo momento y nada la habría lastimado. Leí que Joe se acercó al ataúd de Marilyn y le dio el último beso de despedida; no dejaba de repetir “Te amo”. Nadie sentía esas palabras más que él.

Para mí una de las cosas más difíciles fue explicar a Joey y Johnny que ya no volverían a ver a “su Marilyn”: Lo comprendieron y lloraron. Para todos nosotros fue una pérdida irreparable. Mi vida entera había girado en torno a Marilyn durante muchos años. Aparte de mi marido y mis hijos, era la persona más allegada a mí y era mi mejor amiga. Siempre me decía: —Ovejita, te necesito—. Por supuesto que me ocupaba de ella pero también sabía que si alguna vez yo tenía algún problema ella se ocuparía de mí.

Nunca volví a entrar en el departamento de la calle 57. Sin embargo, durante semanas tras la muerte de Marilyn solía caminar por la vereda de enfrente del departamento y mirar la ventana del piso trece. No había el menor signo de vida en el departamento. Las ventanas estaban cerradas y oscuras. Finalmente tuve que aceptar el hecho de que Marilyn no volvería. Pero los recuerdos persistían. Y el que ha quedado más grabado en mi memoria es el de haber mirado a ese sombrío departamento del piso trece y haber visto a Marilyn saludarme con la mano y tirarme besos desde la ventana de su cuarto para quedarse tranquila de que me dirigía a casa sin problemas. —Hasta mañana, Ovejita—. Recuerdo que su vocecita luchaba contra el bullicio de Nueva York. —Buenas noches, Ovejita. Hasta mañana

—. Así era Marilyn: amable, dulce, una mujer que sabía amar. Así era la Marilyn que jamás olvidaré.



Marilyn hipnotiza a las tropas en Corea durante su primera y última gira de confraternidad, en 1954. UPI.

“No podía creerlo. Había miles de soldados que clamaban por mí. Tuve miedo, pero volvería a hacerlo”.



Marilyn con Johnny Hyde, el famoso agente de Hollywood que le consiguió papeles en *Mientras la ciudad duerme* y *La malvada*, con los cuales Marilyn habría de llamar la atención. De la colección Lester Glassner.
“Él era tan dulce, pero como hombre no llegaba a atraerme. Yo pensaba que un hombre tenía que ser alto, moreno, buen mozo… Él no tenía esas cualidades”.



Una de las tantas fotografías en poses seductoras que el estudio exigía a Marilyn cuando se inició en Hollywood, alrededor del año 1950. UPI
“Me encantaba posar”.



Natasha Lytess, la primera profesora de teatro de Marilyn. J. R. Eyerman, de la revista *Life*.
“Era una excelente profesora pero se ponía muy celosa de los hombres a quienes yo veía. Pensaba que ella era mi marido”.



El Actors Studio hizo que Marilyn fuera a Nueva York para tratar de escapar al estereotipo de "rubia tonta" que Hollywood le había impuesto. UPI
"Lo único que quiero es representar un papel distinto… los Strasberg dicen que yo puedo hacerlo".



Lee y Paula Strasberg, los famosos profesores de teatro y fundadores del Actors Studio, eran los amigos mas íntimos de Marilyn en Nueva York. Popperfoto.
"Nunca me defraudarán… por nada del mundo".



Una de las primeras películas de Marilyn fue *Locos de atar*, con los hermanos Marx. De la colección Lester Glassner.
“No había nada de actuación, sólo sexo. Tenía que atravesar un cuarto contorneando las caderas. Tuve que practicar el movimiento durante una semana. A Groucho le enloquecía”.



Joseph Schenk, fundador de la 20th Century Fox y magnate de Hollywood, quien enseñó a Marilyn muchas cosas sobre el mundo del cine. Wide World Photos.
“Lo peor que una chica podía hacer era negarse… Joe era mi única esperanza”.



Marilyn firma un autógrafo a una pequeña admiradora en el aeropuerto de Reno, al dirigirse a filmar *Los inadaptados*, con libro de Arthur Miller. Habrían de separarse después de la película. Black Star/Don Dondero.

"Podría haberme escrito cualquier cosa y se sale con esto. Si eso es lo que piensa de mí, entonces yo no soy para él ni él es para mí".



Con el director de *Los inadaptados*, John Huston, que también la había dirigido en su primera película importante. *Mientras la ciudad duerme,* donde encarnaba a una prostituta. Black Star/Don Dondero.

"Me trata como a una estúpida. 'Cariño, esto'. 'Cariño, lo otro'".



Una fotografía de Marilyn cuando era una principiante. Le encantaba comer. Años más tarde, cuando a Marilyn le disgustó su papel de Sugar Kane en *Una Eva y dos Adanes,* solo la comida la sacaba de su depresión. Globe Photos/Nate Cutler.

"Voy a engordar tanto que no me dejarán trabajar en esta espantosa película".



Con el coprotagonista de *Una Eva y dos Adanes*, Tony Curtis, y el director Billy Wilder. Marilyn se ofendió mucho por el comentario de Tony Curtis. *"Besar a Marilyn era como besar a Hitler"*. Globe Photos.



Con Billy Wilder y Paula Strasberg (oculta detrás de MM) en el lugar de filmación de *Una Eva y dos Adanes*. UPI

"No es un director, es un tirano".



Aquí come pastas con su mejor amigo de Hollywood, Montgomery Clift. Le afectó mucho que Monty quedara desfigurado en un trágico accidente automovilístico. Wide World Photos.
“Me necesita. Necesita a alguien. Me encantaría ayudarlo pero, ay, es tan complicado”.



Los Miller y los Montand (Yves y Simone Signoret) tenían cuartos contiguos en el Beverly Hills Hotel. Marilyn estaba celosa de Simone, aquí junto a MM. Magnum Photos/Bruce Davidson.
“No es linda, además es más vieja que él. ¿Qué hizo para conseguirlo?”.



La adorable pecadora, la siguiente película de Marilyn, fue muy famosa por su romance con Ives Montand. Aquí aparece con Yves y Arthur Miller. Globe Photos.
“Me encanta la voz que tiene. Ah… Yves es tan sensual”.



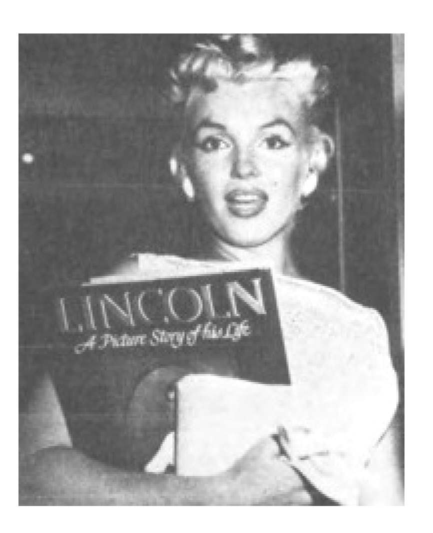
Joe DiMaggio y Marilyn al volver de su luna de miel en Oriente, en 1954. UPI
“Entre Joe y yo había algo enloquecido…”.



Marilyn, junto a un cartel, se siente fascinada por haber llegado finalmente a estrella. Globe Photos/Bruno Bernard.
“Siempre pasaba con el automóvil por ese cine, que exhibía mi nombre en la marquesina. Marilyn Monroe. ¡Qué emoción! Hubiera deseado que usaran Norma Jean para que lo vieran los muchachos del Hogar y los colegios que nunca se fijaban en mí”.



Fue una enorme sorpresa para todos que Marilyn Monroe se casara con Arthur Miller en 1956. La gente se preguntaba qué tendrían en común. Robert Kelley, de la revista *Life*.
“Él iba a cambiar mi vida… a mejorarla muchísimo. Si yo fuese solo una rubia tonta, no se habría casado conmigo.



Arthur Miller le hacía recordar a Abe Lincoln, el ídolo de su infancia. UPI
“Si el señor Miller tuviera barba sería igual a Lincoln”.



Marilyn y Arthur en el estreno de una película, en una de sus escasas salidas nocturnas. Radio Times Hulton Picture Library.
“No puedo ir a ningún sitio. Estoy prisionera en esta casa”.



En una proyección de *Una Eva y dos Adanes*, antes de su estreno. En estas insólitas fotos, sacadas con película al infrarrojo, Marilyn reacciona de distintas formas al ver su actuación, que habría de ser la más famosa de su carrera. UPI.

"¡Has visto lo gorda que estaba? Como una chancha… ¡Qué película horrible!".



Un tierno momento fuera de la filmación con Clark Gable, a quien Marilyn adoraba. Magnum Photos.

“No se enojó conmigo ni una vez por que me salteara parte del guión, llegara tarde o por ninguna otra razón… Era un perfecto caballero, el mejor”.



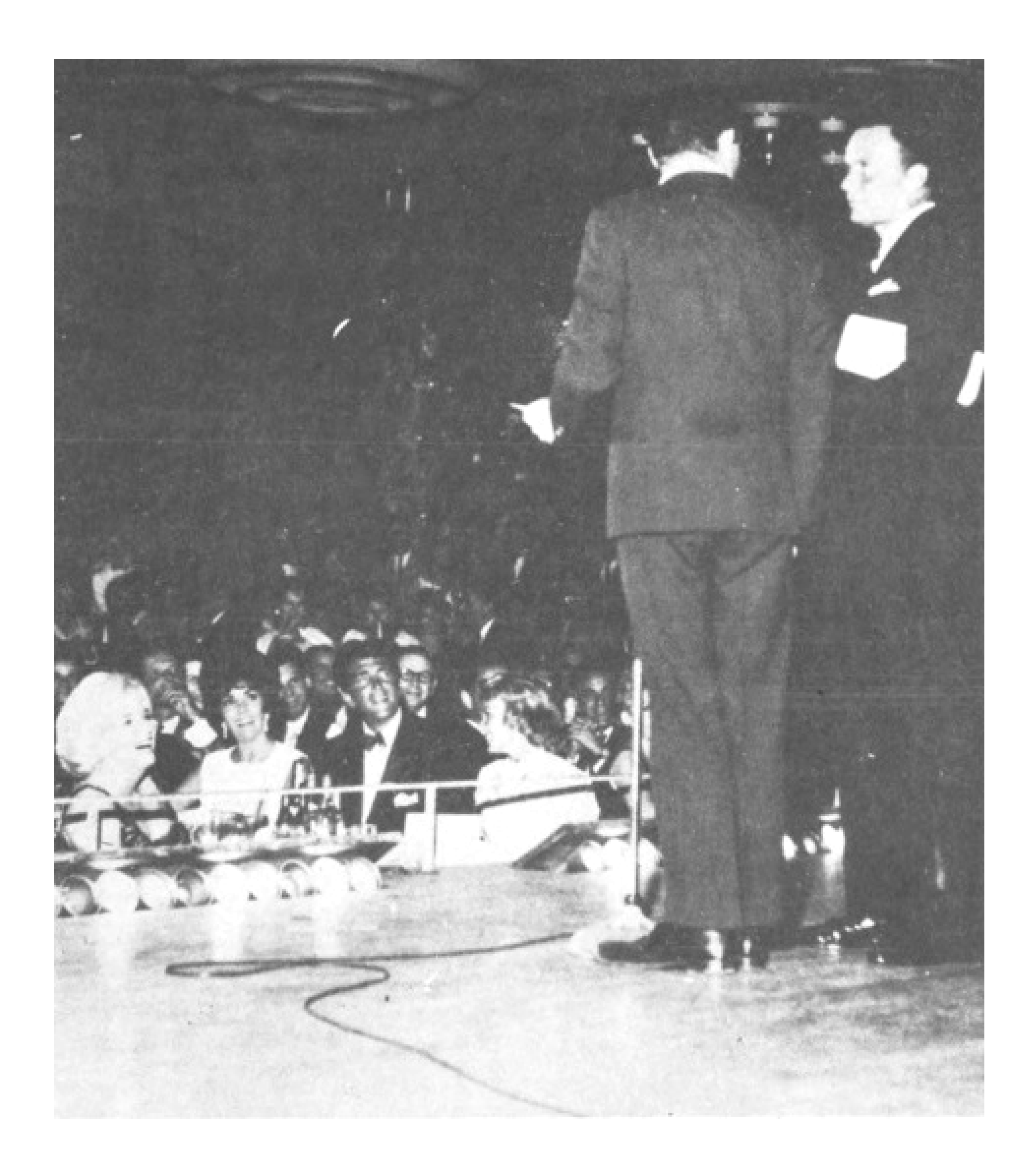
Los inadaptados fue la película más difícil y exigente para Marilyn, tanto en la filmación como en la vida real. Aquí descansa un momento para tranquilizarse. Magnum Photos/Dennis Stock.
“Es una tortura. No sé hasta cuándo podré soportarlo. Ojalá estuviera en casa”.



Marilyn con el guionista mexicano José Bolaños, su último (y secreto) amante. Arriba, Camera Press Ltd.; abajo, Wide World Photos.

“Me he enterado de que hace alguna de las peores películas de México… Pero ¿a mí qué me importa? Hace todo lo demás admirablemente”.





Marilyn mantuvo una larga relación con Frank Sinatra y sonaba con casarse con él. De hecho, le gustaba más él de lo que le disgustaba Elizabeth Taylor, su eterna rival. Hasta se sentaron juntas en este estreno de Sinatra en Las Vegas, en 1961. Wide World Photos

“No puedo atarlo, no a Frankie. Pero siempre lo amaré”.



Marilyn con Milton Greene (a la izquierda), el famoso fotógrafo de modas, al recibir la llave de la Warner Bros. de manos de Jack Warner. Milton era el cofundador de Producciones Marilyn Monroe. National Film Archive/Stills Library

“Me dijo que no volvería a ser una rubia tonta nunca más”.



Marilyn en Londres para el rodaje de *El príncipe y la corista*. Junto a Arthur y Marilyn aparecen su coprotagonista, el gran Sir Laurence Olivier, y su bella esposa, Vivian Leigh. Sindication International Ltd.

“Allí estaba yo, con el actor más famoso del mundo”.



¿Una alegre fotografía con *Sir* Laurence Olivier? National Film Archive/Stills Library.
“Me miraba con asco hasta cuando sonreía”.



Joe DiMaggio siempre estaría a su lado, aun en el momento de su muerte, en 1962. Aquí están Joe y su hijo, Joe *junior*, en el funeral, en Westwood, California. Black Star/Robert J. Smith.
“"Gracias a Dios que está Joe. Gracias a Dios”.

Notas

[*] «Luces de candilejas», en España *(Nota del editor digital)*. **<<**

[*] «La tentación vive arriba», en España *(Nota del editor digital)*. <<

[*] «Bus Stop» *(N. ed. digital)*. <<

[1] *The Bowery*: calle de Nueva York frecuentada por el pueblo bajo y caracterizada por los bares y pensiones baratos. *(N. de la T.)*. <<

[*] «Amor en conserva» *(N. ed. digital)*. <<

[*] «La jungla de asfalto» *(N. ed. digital)*. <<

[*] «Eva al desnudo» *(N. ed. digital)*. **<<**

[*] «Vidas rebeldes», en España *(N. ed. digital)*. <<

[*] «Con faldas y a lo loco», en España *(N. ed. digital)*. **<<**

[*] «El multimillonario», en España *(N. ed. digital)*. <<

[*] Ivy League: grupo de *colleges* del nordeste de los Estados Unidos que gozan de gran prestigio tradicional. *(N. del E.)*. **<<**